

LUIS ALBERTO RUIZ

Historia de la  
Literatura  
Entrerriana

Por su participación en el  
**PREMIO MUNICIPAL DE  
LITERATURA**

(ORDENANZA N° 7507  
DECRETO N° 1858)

AÑO 1993

Reproducción del original de la  
**HISTORIA DE LA LITERATURA ENTERRIANA**  
de LUIS ALBERTO RUIZ

SECRETARIA DE GOBIERNO  
MUNICIPALIDAD DE PARANÁ

LUIS ALBERTO RUIZ

HISTORIA  
LITERATURA  
ENTRERRIANA

## CANCEL

LUIS ALBERTO RUIZ falleció el 23 de julio de 1987. Fuimos amigos desde muy jóvenes. Una amistad brillante y alegre. Él era un poeta convicto. Para él la poesía era sagrada. Usaba la palabras poeta y poesía como esencias lustrales. A mí esas palabras llegaron a revolverme el estómago. El murió adorándoles. Esto nos divirtió desde el principio pues le costó conseguir que yo me dejara tratar como poeta y me relacionara con los que escribían. Además: yo no tenía intenciones de compilador; él sí; alcanzó la categoría de diccionarista (ver currículum). Desde chicos juntó papeles y libros sobre literatura mundial y entrerriana. Fue el único entrerriano que dedicó -que yo sepa- exclusivamente todas sus horas a la literatura, así pasara hambres en plural, en las tres primeras acepciones. Fue -según lo que sé- el escritor entrerriano que más obra escrita dejó, mucha con pseudónimos. Es autor de un Diccionario de la Literatura Universal en tres tomos grandes y dejó en trámite de edición un Diccionario de la Literatura Occidental en cinco tomos. Publicó en 1955 (Ed. Zamora) la primera Antología Iconográfica de Poetas Entrerrianos, “Entre Ríos Cantada”. Treinta años después, en 1985, tenía terminada la segunda edición actualizada (también en mi poder) y esta “Historia de la Literatura Entrerriana” que permanecía sin conseguir edición al momento de su muerte. Imperdonable falla oficial entrerriana. Así fue que me decidí por no

hacerles perder más tiempo a los que necesitan estas obras, ni a la evolución de nuestra cultura regional auténtica -no a la aparente- que es con la que se constituye la calificada y diferenciada universal de una época. Ruiz, escritor de obras con temas universales, cumplió con nosotros: nos regaló esta historia regional; nosotros como Estado, no cumplimos nuestra parte con él ni con ella, no se la editamos. Entonces -digo- decidí facilitar estos originales para quien quiera fotocopiarlos, tales como los dejó el autor. Algún demente que los tuvo desgraciadamente a mano trazó unas rayas sobre el nombre de Adolfo Argentino Golz y arrancó las dos hojas, 222 y 223, del texto de Ruíz sobre él, las que he reemplazado por una información simple completa. Si tal psicópata quiso borrar ese nombre, no hizo menos que lo contrario, pues acá se ve cómo lo destacó entre todos, mientras el suyo propio

no brilla ni como verdugo frustrado (anónima solapa entrerriana). -- La literatura entrerriana tuvo una suerte verdaderamente única con que le saliera, a esta altura de su historia, un ensayista del criterio y la erudición de Luis Alberto Ruíz; un tratadista de primera categoría en cualquier lugar del mundo. La ilustración de este escritor que dedicó toda su vida al estudio, se extendió por muy importantes materias, hasta el mito y la genética, incluidas las religiones antiguas y las metapsíquicas, lo que le permitió asistir con profunda información la crítica ubicativa respecto de los elementos estructurales de la historia literaria de la provincia. A pesar del tiempo que consumió en el tratamiento de temas universales que le producían dinero, dedicó interminables horas impagas a la micrográfica temática regional, biografías y bibliografías, tan menuda en sus detalles y personajes si se la compara con los temas de los tiempos del mundo. -- Para la difusión de esta obra cuento con la autorización epistolar de Ruíz y la de su familia. -- Creo que con la suma de estas obras la literatura entrerriana ya está bibliográficamente en condiciones para organizarse en materia lectiva.

LUÍS SADI GROSSO

Paraná, Julio 1990

PS: CARTA de LUÍS ALBERTO RUÍZ a LUÍS SADI GROSSO,

Buenos Aires, 25 Oct 82: “No he trabajado con esa Obra con una perspectiva puramente provincial, mi aspiración es darle a la Historia una estatura que la proyecte a una consideración literaria nacional”

## INDÍCE

- Palabras preliminares
- Consideraciones sobre la literatura provincial

### Primera Parte: EL SIGLO XIX

1. Alejo Peyret
2. Evaristo Carriego (el Viejo)
3. Martín Ruíz Moreno
4. Onésimo Leguizamón
5. Olegario Víctor Andrade
6. Gervasio Méndez
7. Francisco Felipe Fernández
8. Agustina Andrade
9. Benigno T. Martínez
10. Luis N. Palma
11. OTROS AUTORES DEL SIGLO XIX
  - Vicente G. Quesada
  - Clodomiro Cordero
  - Juan Antonio Mantero
  - Florian Zapata
  - Victoriano E. Montes
  - Julián Monzón
  - Máximo Álvarez
  - Emilio Onrubia
  - José Benjamín Zubiatur
  - Osvado Magnasco

Juan Coronado

Segunda Parte: EL DESLINDE

- El deslinde

12. José S. Álvarez

13. Ramón Romero

14. Francisco A. Barroetaveña

15. Juan Bautista Ambrosetti

16. Martiniano Leguizamón

Tercera parte: EL SIGLO XX

I. LA POESÍA

- El modernismo en Entre Ríos

17. Damián P. Garat

18. Diego Fernández Espiro

19. Eugenio Díaz Romero

20. Emilio Berisso

21. Evaristo Carriego

22. Daniel Elías

23. Delio Panizza

24. Guillermo Saraví

25. Luis María Grané

26. Eugenio Rebaque Thuillier

27. Manuel Portela

28. Gaspar L. Benavento

29. Galo Zaragoza

- La primera vanguardia

30. Andrés Chabrillón

31. Juan L. Ortiz

32. Carlos Mastronardi

33. Mateo Dumón Quesada

34. P. Jacinto Zaragoza

- La generación de Paraná

35. Marcelino M. Román

36. César Eduardo Medus Pérez Colman

37. Reynaldo Ros

38. Alfredo Martínez Howard

39. José Eduardo Seri

40. Agustín Rolando Barbagelata

41. José María Fernández Unsain

42. Carlos Alberto Álvarez

43. Alfonso Sola González

44. Lisandro Cayoso

- La nueva Poesía

45. Ana Teresa Fabani

46. Luís Sadí Grosso

47. Emma de Cartosio

48. Jorge Enrique Martí

49. Rosa María Sobrón de Trucco

50. Sofía Acosta

51. Orlando Florencio Calgaro

52. Marta Zamarripa

53. Miguel Ángel Federik

54. Juan Manuel Alfaro

55. OTROS POETAS ENTRERRIANOS

Carlos María Onetti

Juan Pablo Manfredi

María del Carmen Murature de Badaracco

Delfina López Etchevere

Vicente Julio Federik

Emma Barrandeguy

Antonio R. Gamboa Igarzábal

Susy Quinteros

Regina Suárez de Vanzini

Rosa Isabel Lucero

Ángel Vicente Araoz

Arnoldo Liberman

Guillermo B. Harispe

Luís Gonzaga Cerrudo

Poldy de Bird

Gloria Montoya de Daneri

Carlos Alberto Colotta

Carlos Suárez

Clara Luz Zaragoza

Walter Heinze

Lidia Triano

Amalia Aguilar Vidart

ILLA NARRATIVA

56. Manuel Gálvez

57. Alberto Gerchunoff
58. Eduardo J. Villagra
59. Mario César Gras
60. Juan P. Cartosio
61. Luís Gudiño Krámer
62. Victor Juan Guillot
63. Manrique Balboa Santamaría
64. Ernesto Bourband
65. Martín Luís Spiazzi
66. José María Díaz
67. Juan José Manauta
68. Eduardo Brizuela Aybar
69. Juan Carlos Ghiano
  
70. Miguel Silvestrini
71. María Esther de Miguel
72. ~~Adolfo Argentino Celz~~
73. Isidoro Blastein
74. OTROS AUTORES DE FICCIÓN
  - Ramón Luís Torres
  - Clara Isabel Marsilli
  - Gloria Iris Morad de Maffei
  - Guillermo Horacio Gruben
  - Celia de Schvartzman
  - Aníbal Romeo Cúneo
  - Roberto Beracochea
  - Omar Scolamieri Berthet
  - Arnaldo H. Cruz
  - María del Pilar Bescós de Siboni
  - Carlos Dubner
  - Diego Angelino

### III. ENSAYO Y CRÍTICA

- 75. Eleuterio F. Tiscornia
- 76. Félix E. Etchegoyen
- 77. Justo Germán Medina
- 78. Ana Etchegoyen
- 79. Amaro Villanueva
- 80. Susana Giqueaux
- 81. José Belbey
- 82. Roberto Ángel Parodi
- 83. Genaro Carrió
- 84. Carlos Sforza
- 85. Eduardo Julio Giqueaux

#### 86. OTROS ENSAYISTAS

Antonio Colón

Juan Carlos Federico Wirth

Miguel Ángel Andreetto

Ernesto Andrés Zapata Icart

Roque M. Galotto

Mario A. Presas

Jorge Díaz Vélez

María Luisa Cresta de Leguizamón

Domitila Rodríguez de Papetti

Elsa Elida Fehlesein de Ibáñez

- CAPÍTULOS COMPLEMENTARIOS

I. La poesía épica entrerriana

II. La poesía popular

III. La poesía política

IV. El teatro

Francisco Felipe Fernández  
Benigno T. Martínez  
Emilio Onrubia  
Manuel F. Fernández  
Martíniano Leguizamón  
Emilio Berisso  
César Iglesias Paz  
Mariano Sozio  
Manuel Gálvez  
Gustavo Caraballo  
Pedro B. Aquino  
Juan Bautista Abad Reyes  
Francisco Defilipis Novoa  
  
Nicolás Coronado  
Samuel Eichelbaum  
  
Pablo Palant  
Juan José Beoletto  
Juan Carlos Ghiano  
Juan José Manauta  
Osvaldo Dragún

## V. La historia

Juan Francisco Seguí  
Juan Ángel Martínez  
Wenceslao S. Gadea  
Luis B. Calderón  
César Blas Pérez Colman  
Juan Álvarez  
Antonio Sagarna  
  
Santiago Moritán Colman

Dardo Corvalán Mendilaharsu  
Aníbal S. Vázquez  
Julio Irazusta  
Antonio P. Castro  
Beatriz Bosch  
Leandro e Isidoro Ruíz Moreno  
Facundo A. Arce  
María del Carmen Murature de Badaracco  
Leoncio Gianello  
Bernabé Melquíades Marizza  
Manuel Eugenio Macchi  
Fermín Chávez  
Clara Luz Zaragoza

Pablo Schvartzman  
Albino Romanzo  
Mariano G. Calvento  
Oscar F. Urquiza Almandós  
Filiberto Reula  
Delio Panizza  
Guillermo Saraví  
Silvano Santander  
Segundo Luís Gianello  
Luís R. Boschetti  
Juan Antonio González Calderón  
Ernesto Bourband  
Juan B. Ghiano  
Juan José Nágera  
Manuel Portela  
Amaro Villanueva  
José Augusto Nadal Sagastume  
Juan José Antonio Segura

- Cronistas y memorialistas

## VI. La literatura polémica

Alejo Peyret

Evaristo Carriego el Viejo

Francisco Felipe Fernández

Clodomiro Cordero

Olegario V. Andrade

Máximo S. Victoria

## VII. La lexicografía

Margarita Grimaux de Gil

Francisco Maximiliano Ibáñez

Antonio Rubén Turi

León R. Naboulet

Amaro Villanueva

## VIII. El folklore literario

Marcelino M. Román

Eufemio F. Muñoz

Humberto Alfredo Seri

Manrique Balboa Santamaría

Martiniano Leguizamón

Eduardo J. Villagra

Juan P. Cartosio

Carlos Echazarreta

Enrique V. González

Alberto Gerehunoff  
Juan Carlos Ghiano  
Miguel Silvestrini  
José Hernán Pirro  
José María Díaz  
Ernesto Bourband  
Eduardo Brizuela Aybar  
T.A. Vergara Osuna  
Juan José Manauta  
Fray Mocho  
Martín del Pospós (Martín Luís Spiazzi)  
María Esther de Miguel  
P. Jacinto Aragoza  
  
Guillermo Saraví  
Juan B. Ambrosetti  
Juana Aladio Varela  
Juan Luís Cabral  
Manuel Linares Cardozo  
Amallo Baltasar García  
Pedro Enrique Alzogaray

#### IX. La literatura infantil

Ana Etchegoyen  
Reynaldo Ros  
P. Jacinto Zaragoza  
Manuel Portela  
René Mildred Oppen  
Hortensia Margarita Raffo  
Miguel Silvestrini  
  
Emma de Cartosio

Carlos Sforza

Rosa María Sobrón de Trucco

María Luisa Cresta de Leguizamón

Celia de Schvartzman

María Ruth Fischer

Aníbal Romeo Cúneo

X. Vida literaria provincial

Índice de autores

Índice de fotografías y dibujos

## ~~Palabras preliminares~~

TODO compendio arrastra, de modo irreversible, impiadosas omisiones, involuntarios cercenamientos, aparentes olvidos, y esta obra no ha de constituir la excepción a la regla. Una visión panorámica suele diluir los detalles, las minucias. Lima los sensibles desniveles, generaliza lo particular. Queremos permitirnos algunos ejemplos exculpatorios: una antología poética requeriría un área útil de cuatrocientas cincuenta páginas. La misma historia total de Entre Ríos no abarcaría menos de seis volúmenes, excluyendo buena masa de aparato documental y gráfico. Estos simples ejemplos hacen perdonable cualquier sacrificio de nombres, de bibliografía o de hechos personales o culturales. Cuando revisamos la mera nomenclatura de nuestros autores de todo género, comprobamos que el total del libro tendría que soportar estoicamente los riesgos de la amputación la simplificación. Más de ochocientos nombres significaban casi dos mil páginas, demasiadas para nuestra capacidad y hasta para una viabilidad editorial. Aceptar, no obstante, el desafío de los límites, conlleva el compromiso de observar las leyes del juego: los nombres representativos debían absorber naturalmente un espacio mayor; y los nombres que están haciendo su obra en estos momentos son más de la esfera de la posteridad que del fallido arbitrio del cronista, del antólogo, del crítico o del historiador. Con todo, a alguno de ellos nos decidimos a pronosticarles un venturoso, positivo tránsito y permanencia en las letras argentinas.

No aventuramos la afirmación de que la literatura de Entre Ríos está entera y fielmente reflejada en estos apuntes. Esperamos que, en líneas generales, sea así, porque de otra manera la provincia nos lo demandará, tarde o demasiado pronto.

Por la feliz o desdichada circunstancia de ser la primera, esta Historia no pudo obviar muchas trivialidades o detalles accesorios a la elaboración literaria para: rasgos biográficos no incidentes al fondo de cada obra; premios, viajes, medallas -es decir, meras contingencias o azares- y otras superfluidades. La alternativa **era hierro**: o se hacía una

historia puramente crítica, o se le adicionaba todo el aparato documental, personal y bibliográfico, sin **el e cada autor** tratado quedaba literalmente suspendido en el aire, **s** apoyo existencial y profesional concreto. Toda historia de una literatura de cualquier lugar del mundo debe y suele ser un **extra una selección**, una extirpación de valores de pequeño y mediano espectro. Una literatura provincial no puede darse ese lujo, **a mer** que se busque una extrema delgadez. Menos todavía, una literatura provincial de corta existencia. La presente, pues, es más un relevamiento tentativo que una Historia propiamente dicha; le concedemos únicamente ese carácter y así debe tomársela, sin exigir lo que ha estado fuera de nuestras intenciones.

\*\*\*

La literatura de un país en formación es casual. La de una provincia no. El lenguaje del cosmopolita, del hombre de una metrópolis o de una nación, es un lenguaje literario, internacional, casi diríamos “profesional”. El de un provinciano es un lenguaje natal. Está más cerca de la “madre” que de la comunidad. Objetivar en un libro esta paradoja (aparente) nos conduciría a la encrucijada de las contradicciones: un gran provinciano (Sarmiento, Atahualpa Yupanqui, Mastronardi) se hace nacional por exceso de provincianismo. La comarca nativa se hace más grande que la patria total. La provincia suele estar más cerca, y por esa circunstancia espacial muchas veces el escritor comarcano pierde la perspectiva nacional y continental, el escenario mayor, y se proyecta sin variantes hacia adentro; se imagina voluntaria y a veces suicidamente. Confunde la audiencia casi siempre indulgente de los convecinos con un dictamen de fondo, cuando no suele ser más que una tolerancia o aquiescencia de hecho, de forma. Un desvaído o desatento juicio municipal no es el puente más seguro o confiable para el estímulo creador: suele ser una trampa mortal.

Queremos anticiparnos a espontáneos y fáciles objeciones a lo antedicho: los nombres de Ciro Alegría, de Azuela, de Scorza, de Gallegos, de Rulfo, de Roumain, de Nicolás Guillén, de Atahualpa, nos remiten a un lenguaje natal indudable, lenguaje que involucra no sólo determinado vocabulario (americano) sino determinada situación social, económica y política. Pero, en virtud de la resonancia de sus fuertes contenidos, la obra de esos autores pudo traspasar tiempos y fronteras, y hacerse internacional. Más adelante señalamos, por ejemplo, que las obras de ambiente rural entrerriano (Mocho, Leguizamón,

Balboa Santamaría, Villagra, etcétera) no contienen la menor alusión a ninguna problemática social, como si realmente no hubieran existido. Esa ausencia es muy significativa, aunque negativa.

El escritor provincia suele girar en torno a su lugar de nacimiento. Pero no hasta consignar una anécdota, un árbol, un paisaje natal para que quede delineada por eso una obra, en el mejor sentido del término. Conocemos a un poeta del río Uruguay que quedó mortalmente circunscripto a su reducido ámbito. Todavía está allí, muerto; su propia obra es la tumba de su propia disolución. Desde luego, su lenguaje nunca pudo superar la superficie del paisaje o de la historia antigua y presente. El “costo local” puede convertirse a veces en un peligroso daltonismo literario, cuando no en una ceguera ante la vasta belleza del mundo. El amor a la provincia no es obstáculo para el amor a otra, o para juzgar que, para el “trabajo del escritor” hay otros sitios más adecuados para la canalización de su obra, que siempre existieron focos absorbentes e irradiantes de cultura es una irrecusable hecho histórico. Atenas, Pérgamo, Alejandría, Roma imperial o renacentista o pontificio, París, Flandes, Madrid, Londres, Basilea, Nueva York, Berlín, México, Buenos Aires, configuran la imagen del antiprovincialismo y la conformación de un vasto podio universal o continental. Curiosamente -o no- esos centros irradiantes contaron siempre con un adecuado complejo financiero y técnico para la edición y difusión de la obra escrita. Todo lo anterior está dicho, desde luego, en lo referente a textos de primera línea. Ninguna capital cultural hace bueno a un mal escritor. En la problemática creadora lo que importa es la inteligente selección y afinación de los medios expresivos, la correcta intelección entre lo perimido y lo original y sustancial. Esto es lo que llamaríamos conciencia del hecho creador, conocimiento o intuición de lo que llamamos literatura con mayúscula. En las ficciones, la clara invención e imaginación. En la crítica, el acto de sacar a luz para los demás lo que el escritor suele dejar (deliberadamente o no) en la sombra, en la incertidumbre o a la coparticipación del lector. ¿Y en Poesía? Esto ya es terreno vedado. “Los que saben, callan; los que ignoran, disertan”, diría Valery. Hay muchos que saben hacer versos sin Poesía, es decir, Retórica o versificación. No revelan ni tienen intuiciones intransferibles, incomunicables, herméticas. La Poesía es incandescencia, pero sólo los altos poetas se queman. Los otros quedan apenas chamuscados.

\*\*\*

Una Historia de la Literatura sería irrisoria sin literatos, aunque como escribimos en otra parte, la Poesía existe sin que sea necesario escribirla. Nadie escribe primordialmente para ser historiado, pero las leyes del género son tan rigurosas y al mismo tiempo tan aleatorias como las leyes genéticas o las de la errática estelar. El que empieza a escribir hoy con “conciencia de profesión” o de arte no lo sabe pero está dando materia y derecho para una futura historia literaria, o para quedarse al margen. Si el ejercicio de la literatura -con sus desalientos o sus triunfos- no colma o abarca la vida de una persona, es medio literato, dicha esta palabra en el mejor sentido. Pero si las letras tienen esa vida, aunque escriba poco<sup>1</sup> es un mártir, un galeote o meramente un escritor. No intentamos ningún magisterio, no propiciamos ningún sacrificio, no esperamos una galaxia literaria provincial. Eso sí, desalentamos las vocaciones por el facilismo, por las urgencias de las letras de imprenta, por el “divertimento” dominical. La mala poesía y hasta la mala versificación tendrá siempre malos lectores y peores críticos.

Esta no es un historia para siempre. Escritores con mayor paciencia, tiempo e información sabrán colmar las lagunas y reponer involuntarias omisiones. El lector sagaz o informado ha de advertir que, en algunos casos, sólo hay bibliografía y pizca biográfica. No debe interpretarse con suspicacia, ni a primera lectura. A veces, el propio autor ha borrado o disfrazado sus propias huellas; o simplemente, a nadie se le ocurrió consignar sistemáticamente los datos de los autores visibles. Entre Ríos careció hasta ahora de una tradición o disciplina bio-bibliográfica, disciplina que se ha puesto en marcha desde hace poco con algunas publicaciones.<sup>2</sup> Otros escritores han rehusado colaborar con el autor de la presente obra y de Entre Ríos Cantada, tal vez porque se autojuzgaron indignos de la preservación antológica. Conservo numerosas copias de cartas con esta nota roja al pie: no hubo contestación. ¿Autocrítica, soberbia, desidia, fallas del correo? Sería una hipótesis errónea la que nos atribuyera imperdonables o inadmisibles marginaciones. Al no existir una pública y notoria información biobibliográfica de muchos autores, nuestro deber era solicitarla y así lo hicimos. En caso de no haber recibido respuestas, buscamos los datos en

---

<sup>1</sup> Citemos los casos de Carlos Alberto Álvarez, de Delfina López Etchevehere, de Rolando Barbagelata, que han hecho una obra numéricamente breve, aunque valiosa.

<sup>2</sup> Mencionamos, entre otras, las siguientes publicaciones que cumplen disciplinadamente con la información bibliográfica: las Muestras Departamentales de la Dirección Provincial de cultura; las revistas “Ser” y “El Mirador” de la Escuela e Instituto del Profesorado y del Colegio Nacional de C. del Uruguay, respectivamente.

los escasos sitios en que existían. Es obvio que excluir el pesado andamiaje biobibliográfico hubiera sido como entregar una escalera sin peldaños, o hacer una antología e historia de escritores fantasmáticos. No debe olvidarse que esta presente Historia o minihistoria ha partido de cero. La aparición constante de nuevos autores en la provincia es casi aluvional. Varias antologías de prosa y poesía han seguido a la nuestra, que inició el camino. Al revés que otras historias, ésta incluye a escritores inéditos en libro, pero cuya labor se ha difundido por la prensa. Una parte de la misión está cumplida. La otra se espera en el azaroso asentimiento del lector y del crítico.

LAR

Buenos Aires, 1984

\*\*\*\*\*

-----

## CONSIDERACIONES SOBRE LA LITERATURA PROVINCIAL

---

### I

COMO pueblo joven, Entre Ríos carece de una arqueología literaria, de un arcaico yacimiento cultural. No tiene vejez, ni prehistoria alguna que desenterrar. No hay códices venerables, ni vetustas ruinas ni inscripciones herméticas ni antecesoras lenguas madres. Si de cierta manera quisiéramos exagerar esa juventud provinciana diríamos que no hemos salido aún del comienzo, y que nuestros precedentes, el primer capítulo real de nuestras letras, nuestros clásicoa -Alejo Feyret, Benigno T. Martínez, Olegario Víctor Andrade y su hija Agustina, Gervasio Méndez, Josefina Pelliza, Francisco Felipe Fernández, Martín Ruís Moreno, Evaristo Carriego el Viejo, José S. Álvarez- son vecinos de nosotros, casi físicamente tangibles, de presencia casi respirable. Comenzaron todo: la Historia, la Poesía, la Narrativa, el Ensayo, el Periodismo, la Oratoria. Fueron contemporáneos de la historia grande, de la organización nacional y provincial. Muchos alcanzaron a convivir con los arquetipos heroicos o meramente gauchos de la entrerrianidad. El mismo Fray Moho pudo dialogar más de una vez con el legendario matrero Calandria<sup>3</sup>. Fernández, secretario de Urquiza y de López Jordan, fue el primer periodista castrense itinerante de Entre Ríos.

Esos autores del siglo XIX -siglo de la República de Entre Ríos, del Pronunciamiento, de la Revolución Jordanista, de las colonias de inmigrantes- tuvieron que constituirse forzosa y simultáneamente en la caja de resonancia de la cultura lugareña, en la forma comarcana de pensar y de vivir que procedían manantialmente de un tipo de paisaje modelado, definido, de una naturaleza que iba a procrear una idiosincrasia sin comparación.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> José S. Álvarez, Balero criollo, edic. Tor, s/f., pág. 161.

<sup>4</sup> "Sobre esa tierra habita un pueblo con idiosincrasia espiritual, tradición propia, modos de vivir políticos tan visiblemente caracterizados como la fisonomía de su suelo. El entrerriano es 'alguien' en la historia de la República, y ni podríamos prescindir de él, ni podríamos confundirlo con el habitante de otra provincias, ni siquiera de las contiguas o cercanas" (Ricardo Rojas, "Las provincias. Entre Ríos" en Historia de la literatura argentina)

Casi debe sobreentenderse que la historia de la literatura de una provincia ha de ser necesariamente regional; de otro modo, se perdería en la generalidad de la literatura cosmopolita. Dos constantes ya irreformables distinguen las letras de Entre Ríos: el paisaje y la historia. Como provincia de llanos, ha tenido una literatura campesina, rural, pero con un claro sentido estético del paisaje; y como reducto de una política civil y guerrera de perfiles inconfundibles, como último frente de lucha por el verdadero Federalismo, ha debido dar una literatura histórica cuya característica más acentuada y vehemente es la voluntad autonómica<sup>5</sup>.

Pero, sin dejar de reconocer el poder avasallante de esas dos corrientes -la geológica y la histórica- la joven literatura de Entre Ríos abrió las compuertas de aislación y admitió el alud renovador de las distintas últimas del lenguaje y de la temática actuales, que desplazaron las pautas programáticas y multifacéticas del Romanticismo y del Modernismo, y aun de la vanguardia ultraísta. Un simple análisis de la nomenclatura de autores entrerrianos nos permite advertir que el registro es completo: novela, poesía, cuento, ensayo, historia, crítica, filosofía, ciencias naturales, etnografía, lexicografía, economía, sociología, pedagogía, estética y otras disciplinas constituyen sin duda un caudal nada desdeñable dentro del panorama de las letra argentinas. Creemos, sin pueriles orgullos lugareños, que la literatura entrerriana es una de las más ricas del país y que posee atributos enteramente propios. En una obra que dedicamos a Entre Ríos postulamos una “escuela poética entrerriana”<sup>6</sup> para señalar la real existencia de un estilo distinguible, de un modo personal entrerriano, identificable con la calidez emocional de sus mejores poetas, en el sentimiento de comunión con la tierra, en la virtual impregnación del alma entrerriana por

---

<sup>5</sup> La antigüedad guerrera dio una literatura bélica (no pocas veces plena de situaciones fantásticas): La Ilíada, la Ramayana, la Mahabaratha, La Eneida, el Beowulf, el Canto de la Expedición de Igor, la Anábasis, Los Siete Hijos de Uianasch, y muchas obras más. El cristianismo ofreció una literatura dogmática o apologética, y su hagiografía es inconfundible; el medievalismo católico, La ciudad de Dios, la Divina Comedia; el ingreso de la burguesía en el manejo del dinero y la cosa pública tuvo su historiador en Balzac; el naturalismo científico se reflejó en la obra de Zola (Los Rougon-Macquart); los movimientos sociales del siglo XIX la literatura marxista, anarquista o socialista de Marx, Engels, Bakunin, Kropotkin, Proudhon, etcétera, El cosmopolitismo y capitalismo de Estados Unidos, un literatura del dinero y del status; Sudamérica una novelística del subdesarrollo, subdividida en dos planos tajantes: la descripción de la psicología terrateniente o de la alata burguesía, y la exposición generalmente dramática de la vida del campo, los bisques, los ingenios, las minas, etcétera.

<sup>6</sup> Luís Alberto Ruíz, Entre Ríos Cantada, Prólogo, Ediciones Antonio Zamora, Claridad, Buenos Aires, 1955.

su paisaje. Paisaje no en el sentido plásticamente material, estético, sino en su proyección metafísica, cósmica, panteística, ontológica; en su sagrado carácter de mito geológico. Esta mitificación del hombre rural y del paisaje provinciano es claramente perceptible en obras como Calandria, de Leguizamón, Montielero, de Balboa Santamaría, en Los Gauchos judíos de Gerchunoff, o en Palo a Pique, de Villagra, en Las alegrías del Sol, de Daniel Elías, en el poema Luz de provincia de Mastronardi, en el parcialmente inédito El país de Los Dorados, de Eduardo Brizuela Aybar, en casi toda la poesía de Juan L. Ortiz, de Carlos Alberto Álvarez, Jorge Enrique Martí, Marcelino M. Román, José María Díaz. Hasta la poesía ciudadana rescató los antiguos o los cambiantes perfiles de las casas y las calles, de los extramuros o de los arrabales, como en los Motivos de Paraná, de Murga, en los recuerdos paranaenses de Luís Sadí Grosso, en las elegíacas visiones de San Miguel, elaboradas fastuosamente por Sola González, en las “urbanidades” de Amaro Villanueva, en las reconstrucciones novelescas de María Esther de Miguel, de Juan José Manauta, de Juan Pedro Cartosio. A esta mitificación o exaltación dramática o gozosa de la naturaleza y del hombre entrerriano, de la cual acabamos de citar algunos de sus fieles autores, ha correspondido paralelamente la mitificación y hasta apoteosis del arquetipo heroico y de la criolledad, realizada, ya por la historia, ya por la recreación novelística, por la lírica y la épica, que tienen sus representantes en numerosos historiadores así como en la voz de sus bardos o escaldas criollos, Andrade, Saraví, Dumón Quesada, en los memorialistas o en el examen de una topomástica curiosa y evocadora, en la que han descollado Francisco Maximiliano Ibáñez y Margarita Grimaux de Gil.

Vivimos en una época en que están desapareciendo los folklorismos fáciles, el minúsculo color local, la mentalidad aldeana o pueblerina. Lo que decía Ricardo Rojas en su Historia de la Literatura Argentina: “Un hombre de Gualeguaychú, por ejemplo, es primero de Gualeguaychú luego de Entre Ríos, después de la Argentina”, ya no es una aserción plenamente vigente. Aunque se mantenga el espíritu localista (común a todos los municipios y pagos del mundo), un criterio más nacional y universal, sobre todo en las formas artísticas, ha suplantado el aislacionismo comarcano. Los “tardíos vicarios del color local”, como acusó Mastronardi a los cultores de una literatura extremadamente descriptiva

y provinciana, están dando paso a expresiones de mayor dimensión geográfica, y aunque no se deja de exaltar de un modo u otro la querencia provincial, priva una desprovinciación en las letras como en otras manifestaciones artísticas. No queremos decir con esto que los contenidos telúricos o históricos hayan perdido su interés, ni que un tema aparentemente perimido no resurja por la magia verbal de un creador de excepción. Tampoco se trata de que haya empaldecido el amor al sitio natal. Eso no se pierde. Ocurre que hay muchas otras cosas que comunicar y revelar, y que provienen, no ya de predios abstractos como la nostalgia de los tiempos viajos, o de predios concretos, como los bosques, las aguadas, los pajonales, las cuchillas, las estancias, sino de las no menos reales solicitudes de la vida moderna, que imponen al escritor actual una actitud comprometida con todos los cambios, y lo enfrentan más al porvenir que al pretérito. Aquella temática dio al escritor entrerriano cierta independencia, cierta fisonomía diferenciada. Pero no hay la menor razón para que el autor entrerriano no pueda transmitir también muy diversas psicologías o paisajes interiores que no tengan la menor relación con el espacio topológico o con la historia. Aquí no estamos proponiendo un programa futuro; esas expresiones, ese contenido nuevo, ya se ha realizado en estos momentos, y altamente lo demuestran obras como las de Manauta, Emma de Cartosio, Osvaldo Dragún, Miguel Ángel Federik, Susana Giqueaux y el más joven de todos ellos, Juan Manuel Alfaro. Incluso en la elección actual de temas nunca tratadis en la provincia o tratados muy superficialmente, se advierte una intención o necesidad de explorar o transitar por campos extraprovinciales y hasta extranacionales, como los temas mitológicos o religiosos, caso Julio Eduardo Giqueaux, caso Juan Carlos F. Wirth. Toda una generación se ha desprendido del influjo de los viejos autores o los viejos temas, y la literatura escrita desde entonces nada tiene que ver o nada posee en común con los textos entrerrianos tradicionales. Los viejos localistas se han quedado de súbito sin discípulos; y quienes suelen elaborar gotosas protestas por el abandono de las “costumbres gauchas”, parecen no tener en cuenta que el orbe gaucho ya no existe, aunque existan el campo y los trabajos del campo. Pancho lamentaba la progresiva pérdida de los usos heredados, gauchos que no saben/ de vincha y culero.../ Patrones que en auto/ van a los rodeos.

Una realidad se ha hecho mera fantasmagoría. Los reñideros, las carreras cuadreras y de sortijas, las pulperías, los contrapuntos de los payadores “de cintillo”, las patriadas y

las montoneras, las lanzas de tacuara, los trabajos manuales del peón de campo, y hasta el legendario monte de Montiel, son dolidas, grandes ausencias, que sólo habitan en las mentes de los viejos criollos memoriosos. No debe olvidarse que en los últimos cuarenta años la vida entrerriana se ha tornado más cosmopolita y la nueva literatura espeja ese cambio. La problemática campesina es enteramente nueva, porque son nuevas las formas del trabajo, las relaciones del trabajo, la comercialización, las técnicas y mecanización del agro. El campo no ha muerto, ha cambiado. Un hecho es revelador, anticipador, ya cuando en el siglo pasado los colonos suizos de San José pedían a Urquiza que se los proveyera de elementos modernos de labranza, estaban indicando con claridad que los métodos criollos o gauchos del siglo XVIII eran anticuados, y que la técnica de producción no era una cuestión de tradicionalismo; por lo contrario, era una urgencia de adaptación al progreso, al desarrollo del maquinismo rural. Muchos se quedaron en el puro pasado de historia y folklore, y no han tenido ojos ni oídos para ver y oír desplegarse el nuevo mundo que crecía y rugía. Dejemos un poco tranquilos a los héroes en su bronca, y cantemos al hombre de carne y hueso, que a su vez tendrá su propio pedestal futuro. No proponemos un olvido, sino un cambio de temática.

Creemos que el primer ejemplo de cosmopolitización del escritor entrerriano lo tenemos en la figura de Alberto Gerchunoff. Proveniente de una colonia típica, esencialmente agraria, como Rajíl, habitada sólo por inmigrantes judíos que se habían hecho gauchos vertiginosamente, ese mundo fue después para Gerchunoff apenas una melancólica evocación, aunque jamás olvidó la hondísima atracción que la tierra ejercía sobre los gauchos judíos, desde el momento que fueron “gauchos” ya en los bíblicos campos abrahámicos, pese a Borges, que se equivoca en grande al escribir que “gauchos judíos no hubo nunca”<sup>7</sup>. Es ciertamente conmovedor y asimismo divertidamente insólito escuchar en sus páginas a esos judíos que llegan a un rancho a caballo y saluda a una familia judía con el clásico y católico “¡Ave María!”<sup>8</sup>, una mera ojeada a los títulos de las obras de Gerchunoff ---que llegó a ser en su adolescencia un perfecto peón de campo--- y un análisis de su contenido, sirve para denotarnos sus predilecciones extranacionales,

---

<sup>7</sup> Jorge Luís Borges, en el relato “El indigno”, de El informe de Brodie (1970).

<sup>8</sup> “La visita”, en Los gauchos judíos.

universales, desasidas de la umbilicalidad terrígena, tan raigal en otros autores coterráneos. Con Manuel Gálvez ---nacido en Paraná--- tenemos otro ejemplo destacado de ese desentendimiento con lo telúrico y lo tradicional. Es verdad que Gálvez, como Carriego el Joven, apenas vivió en Entre Ríos, y no pudo cargarse con las flotantes sustancias que hacen la vivencia provincial. Otros, depaysés como ellos, han llevado la provincia adentro, y la manifiestan constante y melancólicamente. Carlos Mastronardi vivió en Buenos Aires desde su juventud; la actividad periodística lo tiñó de ese mundanismo anejo a esa profesión. Y no obstante su versación humanística, sus conocimientos de la cultura literaria universal, su frecuentación de otras lenguas y su interés por temas en absoluto dispares o antípodas de lo regional, se mantuvo ligado de modo entrañable al terruño. ¿Qué mayor prueba pediríamos que el poema “Luz de Provincia”, iniciado en su juventud, publicado por primera vez en 1937 y cíclicamente corregido desde entonces incesantemente? Volver a ese poema es retornar a la provincia, el mítico eterno retorno. La reiteración.

#### la querida, la tierna, la querida provincia

es suficiente evidencia para hacer válida la afirmación del entrerrianismo indeclinado de Mastronardi, que coronó su obra, por si no bastaran otras expresiones escritas suyas, con las Memorias de un provinciano. Pero en este poema coexistieron el provincianismo y lo cosmopolita. En Valéry y la finitud del método, Mastronardi aborda un arduo tema universal de alta crítica, y en Formas de la realidad nacional recapitula diferentes instancias de la vida y las letras argentinas. En una serie de ensayos se diversifica y se evade a otros ámbitos. Pero ---si revés de desarraigados absolutos como Gálvez o Carriego o Joseph Kessel--- siempre se lo encontró escribiendo de una u otra forma sobre Entre Ríos, prologando libros de autores entrerrianos, haciendo la crítica de obras entrerrianas y poniendo, de cuando en cuando, las plantas sobre el mismo suelo natal.

Quien conozca a fondo Entre Ríos advertirá, por ejemplo, en Amaro Villanueva que, aun en sus trabajos minuciosos, de arduos temas o exegesis literaria o bibliográfica, parte de su vocabulario es netamente popular entrerriano; participa del modo de hablar (que

lo hay) entrerriano, y que lo tuvo también el Mocho Álvarez, y que lo tuvo también Marcelino M. Román. De una manera evidentemente poco académica, Villanueva tituló un artículo suyo sobre José S. Álvarez nada menos que “A los sopapos con Fray Mocho”. (Otros títulos suyos son asimismo ocurrentes: Versos para la Oreja; Son sonetos; Crítica y Pico). Otra circunstancia podría explicar el adobo criollo de muchos de nuestros libros: sus autores fueron hombres de campo, estancieros, como Leguizamón, Dumón Quesada, Eufemio Muñoz, los Berisso, Eduardo L. Villagra; y otros que, aunque no propiamente estancieros, vivieron en el campo o sintieron y sienten profundamente la vida rural en mayor grado y gusto que la vida ciudadana, como Román, Alzogaray, Balboa Santamaría y muchos más. (O la vida ribereña e isleña, a la que han sido notablemente sensibles José María Díaz, Reinaldo Ros, Omar Scolamieri, Brizuela Aybar, Ortiz, Álvarez, etcétera). El tradicionalismo está o estuvo en la misma médula de nuestra literatura. Lugares, calles, plazas, pueblos están recordando todos los días las horas épicas, las instancias del coraje montonero o montielero. A nuestro lado vive el descendiente de tal cual lancero. En una iglesia se conservan las espuelas de un caudillo, o en la orilla de un camino se alza rígido por la creencia popular en la santidad o providencia de un hombre muerto por un rayo un pleno mediodía de sol<sup>9</sup>.

## II

Contemplada panorámicamente, la literatura entrerriana presenta contornos perfectamente definidos y diferenciables, con respecto a otras literaturas de provincia, así como el hombre entrerriano, al decir de Rojas, no es igual al vecino de Santa Fe<sup>10</sup>. La riqueza literaria entrerriana que ya mencionamos antes, nos ha permitido incluso agrupar a nuestros prosistas y poetas por generaciones o ciclos de plena coherencia, con una impresionante suma de material escrito. De esas seis Generaciones literarias con que cuenta Entre Ríos, a nuestro juicio la Primera se integra con Martín Ruíz Moreno, los dos Andrade, F. F.

---

<sup>9</sup> Lázaro Blanco, chasque entre Feliciano y La Paz, a fines del siglo pasado. Mucha gente le dedica exvotos y oraciones y por suscripción se le construyó un verdadero mausoleo en el cementerio de Feliciano. Acerca de “Las espuelas de la Virgen”, ver el capítulo dedicado a Mateo Dumón Quesada.

<sup>10</sup> R. Rojas, obra citada

Fernández, Gervasio Méndez, Alejo Peyret, Carriego el Viejo, Clodomiro Cordero, Luís N. C. Palma, Victoriano E. Montes (uruguayo), Julián Monzón, Juan Coronado y otros. La Segunda es la que está “a caballo” entre los siglos XIX y XX, que se constituye con Floriano Zapata, Máximo Álvarez, Osvaldo Megnasco, Antonio Sagarna, Benigni T. Martínez, Juan B. Ambrosetti y los autores del “Deslinde”, José S. Álvarez, Francisco A. Barroetaveña, Ramón Romero, Martiniano Leguizamón, etcétera. La Tercera está formada con hombres que escribieron en el presente siglo y que abarcan el lapso de nacimiento entre 1880 y 1910, como Gerchunoff, Evaristo Carriego, Mastronardi, Manuel Gálvez, Guillermo Saraví, Juan Laurentino Ortiz, Amaro Villanueva, Gaspar I. Benavento, los Irazueta, Víctor Juan Guillot, Eduardo J. Villagra, Mario César Gras, Juan Pedro Cartosio, los Gianello, José Belbey, Marcelino M. Román y otros.

La Cuarta generación presenta nombres como José Eduardo Seri, Carlos Alberto Álvarez, Alfredo Martínez Howard, Alfonso Sola González, José María Díaz (que publicó tardíamente, como Susana Giqueaux), Guillermo Kaúl, Carmen Segovia García etcétera, continuada de cerca por una Quinta generación que, apenas menor de edad, se diferencia por muchos de sus caracteres literarios, de la precedente, y que se constituye con escritores como Juan José Manauta, Juan Carlos Ghiano, Eduardo Brizuela Aybar, Emma de Cartosio, Luís Sadí Grosso, Roberto Ángel Parodi, Ana Teresa Fabani, María Esther de Miguel, María Rosa Sobrón de Trucco, Miguel Silvestrini, Carlos Sforza, Osvaldo Dragún y muchos más. Puede objetarse que existe una indecisión de límites entre la cuarta y la quinta generaciones. Aceptamos esa objeción plenamente, sólo en cuanto a coincidencias o cercanías calendáricas; pero, reiteramos, lo que nos interesa para subrayar la personalidad generacional no es tanto fechas de nacimiento o de publicación, sino afinidades estilísticas o temáticas, y desde luego, las diferencias. La quinta generación, debemos acotar, reside en su mayoría en Buenos Aires.

Finalmente, la generación más joven, la Sexta, desvinculada casi en absoluto de lo telúrico y lo histórico, se expresa primordialmente por el cuento y el poema, y en modo subsidiario, por el ensayo. En esta última promoción literaria anotamos los nombres de Diego Angelino, Marta Zamarripa, Isidoro Blastein, Walter Heinze, Miguel Ángel Federik,

Orlando F. Calgaro, Susy Quinteros, Jorge Osvaldo Sito y otros que son tratados en esta obra.

Naturalmente, como toda clasificación, ésta participa de una forzosa elasticidad en la cronología y caben excepciones, ya que muchos autores empezaron a escribir tardíamente o publicar con gran retardo obras escritas con apreciable anterioridad a la fecha de edición. Hay muchos, además, que jamás han hecho editar sus libros. Aparte de la clasificación generacional, se podría intentar una agrupación temática, nada rígida por supuesto, privativa de cada bloque generacional. La primera de las generaciones en que hemos dividido nuestro caudal literario mostró una marcada predilección ---casi obsesión--- por la Historia y el periodismo político. La Segunda, por lo tradicional y lo telúrico, en que se empieza a recoger un pasado todavía palpitante. La Tercera se caracteriza por su rompimiento con el Romanticismo demorado y con el Modernismo, y la adopción de las nuevas formas lingüísticas de vanguardia, como el ultraísmo, el superrealismo, el creacionismo, que en Buenos Aires tomaron, en conjunto, la denominación de “martinfierristas” o grupo de Florida, y el Grupo de Boedo, de tendencia socializante. La generación Cuarta engloba a los nacidos desde 1910 aproximadamente, y ya se la ve desprendida por completo de la motivación lugareña, épica y folklórica, que se vuelca a lo puramente lírico, a la elegía, a una poesía pausada y sentimental, de tono nuevo. La Quinta, que viene inmediatamente después, está ligada a la generación anterior por muchos detalles, principalmente en poesía. Pero ésta se acendra, se hace mucho menos lírica y sentimental, casi elude el tema amoroso, y en algunos casos llega al expresionismo y a la denuncia social, como en Juan José Manauta, que margina la tierra mítica para exaltar o denostar la tierra de trasfondo dramático (Los Avantados, Las Tierras Blancas, los poemas de Entre Dos Ríos). El mito geológico, la leyenda del “paisaje”, deja paso al mito social, como lo veremos en su lugar correspondiente. Ni en Leguizamón, ni en Villagra, ni en Balboa Santamaría ni en otros autores que escribieron sobre la vida campesina o en los arrabales y extramuros de las ciudades entrerrianas, aparece siquiera un atisbo de protesta social.

Directamente, ignoraron el tema, en época en que se gestaba la gran novelística americana de denuncia. De cualquier modo, no se propusieron reivindicar, sino simplemente describir, evitando los riesgosos límites de la literatura ideológica. También en el plan de otras aperturas que no son las de la tierra y el hombre atado a ella se encuentran escritores como Emma de Cartosio, Ana Teresa Fabani, Marta Zamarripa, Sola González, Sobrón de Trucco y muchos más que han preferido manifestar su propia subjetividad.

Por último, los escritores más jóvenes de la provincia, la generación Sexta, que constituye algo más que una promesa, están temporal y espacialmente alejados de la tradición, y pese a la anécdota que pudiera inscribirlos en una literatura de extracción regional, superan términos y contérminos, abstractalizan el contorno del hombre y se hunden directamente en la complejizada psicología contemporánea. Muchos de ellos no eluden los planteos ideológicos, por otra parte ya universalizados, como Guillermo B. Haríspe, ni desdeñan u olvidan el paisaje, como Sofía Acosta (entrerriana de adopción), que suele sacar de su rico interior las más sutiles metáforas del espíritu de la tierra y las aguas.

Lo que antecede y lo que sigue podría ser acaso una pretensión de síntesis de las letras entrerrianas. Alguien, más tarde, completará estas páginas, ahondando en el análisis, al que nosotros hemos sustituido aquí muchas veces por una línea biobibliográfica y un comentario general. Aquella línea era necesaria, por otra parte. Pero el arte escapa a todo intento de estructuración rígida, desborda los dossiers, se desclasifica y diversifica en fondo y forma, y rehuye permanentemente la reducción a un fichero. Las páginas que siguen, importa reiterarlo, apenas procuran un primer ordenamiento cronológico de nuestros autores; no es realmente una “Historia” de nuestra literatura provincial, sino una serie de noticias e informes sobre los hombres y las mujeres que la hicieron y que, al hacerla, recogieron las partes visibles y a veces secretas de esa entidad huidiza que es el espíritu estético y la actividad intelectual del hombre.

PRIMERA PARTE

EL SIGLO XIX

ALEJO PEYRET - EVARISTO CARRIEGO

MARTÍN RUÍZ MORENO - ONÉSIMO LEGUIZAMÓN

OLEGARIO V. ANDRADE - FRANCISCO F. FERNÁNDEZ

BENIGNO T. MARTÍNEZ - LUÍS N. PALMA

VICENTE QUESADA - VICTORIANO E. MONTES

CLODONIRO CORDERO - JUAN ANTONIO MANTERO

FLORIANO ZAPATA - JULIÁN MONZÓN -

MÁXIMO ÁLVAREZ - EMILIO ONRUBIA - J.B. ZUBIAUR  
OSVALDO MAGNASCO- JUAN CORONADO

SI asumimos el rigor cronológico que impone el género<sup>11</sup>, Alejo Peyret debe considerarse el primer prosista entrerriano cuya obra demuestra coherencia, contenidos precisos y el tratamiento de temas de alcance local y general. No nació en Entre Ríos, ni siquiera en Argentina; pero en esta provincia maduró, a ella entregó los resultados de su selectiva inteligencia y aun su solidaria comprensión política, como lo revelan a cada momento sus textos.

---

11

Este rigor cronológico señalaría Remón al primer hombre de letras no profesional de la provincia, Fray Reginaldo de la Cruz Saldarriaga Remón, un misionero de la zona (concretamente, en Pueblo), y seguidamente, a don Cipriano de Urquiza (1789-1844), periodista.

Peyret nació en Serrers Catets (Bearn, Francia) el 11 de diciembre de 1826, y murió en Buenos Aires en 1902. Hijo de un oficial napoleónico, estudió en el Colegio Real de Pau (1837), pasó luego a París (1845) donde inició los estudios de Derecho en la Sorbona y la carrera política en el republicanismo revolucionario, ya que intervino en la insurrección popular de La Comuna, en 1848. Tres años después Peyret emigra a América, cuyos atractivos, a través de Rousseau y Diderot y sus ideas del “hombre natural” habían impregnado literalmente las mentes juveniles, apoyadas también por las páginas memorables de Bougainville, de Chateaubriand, del abate Prévost, de Diderot, de Bernardino de Saint-Pierre y de Alfonso de Lamartine.

Se radicó primero en Montevideo, donde actuó en el periodismo, y de allí lo sacó el llamado de su compatriota Larroque (que dirigía el Colegio del Uruguay). Larroque lo nombró profesor de Historia (1855), y para la misma época es designado director de “El Nacional Argentino”<sup>12</sup>.

Aparte de su labor estrictamente docente, Peyret demostró preocupaciones loables en el sentido de que se dotará a escuelas y colegios secundarios de talleres de trabajos manuales, con lo que resulta un verdadero precursor de nuestras escuelas técnicas, artesanales y profesionales; al mismo tiempo, convenció a Urquiza de la necesidad de fundar colonias para el desarrollo racional del agro. De ambas iniciativas surgieron la Escuela de Artes y Oficios de Concepción del Uruguay y la Colonia San José. Ésta, de cuya organización lo encomienda Urquiza en 1857, fue la tercera instalada en el país<sup>13</sup>, y Peyret permanece en su frente durante quince años. Después de la muerte de Urquiza y de los cambios políticos con subsiguientes, Peyret se radica en Buenos Aires (1872), donde ejerce la enseñanza del francés en la Universidad, y también el periodismo. Con el seudónimo

---

<sup>12</sup> Este periódico no figuro en Periódicos y Periodistas de Entre Ríos, casi exhaustiva historia de la prensa de nuestra provincia, obra de Aníbal S. Vázquez, editada póstumamente en 1970 por el gobierno entrerriano. Bearn, Boscán, Un siglo por la historia, en La Prensa, 15 de diciembre de 1963, donde se recogen numerosos datos casi desconocidos de Peyret.

“Un extranjero”, publica sus Cartas sobre la intervención del Gobierno Federal en Entre Ríos, en las que examina las concepciones políticas de Sarmiento en un tono que no deja lugar a dudas sobre su sentimiento federalista y aun jordanista: “Las fórmulas en la historia ---escribía en esas cartas publicadas en un diario--- tienen un gran inconveniente, porque nunca pueden ser bastante comprensivas para abarcar todos los sucesos, y por este motivo debían dejarse a las ciencias matemáticas. Los hombres, los pueblos, las sociedades, nunca pueden ser considerados como letras de una expresión algebraica, porque, siendo la esencia del hombre la espontaneidad y la libertad, resulta forzosamente que la consecuencia es la variabilidad hasta lo infinito. Por eso son falsos la mayor parte de los sistemas históricos que se han construido sobre una base exclusiva. La fórmula del Sr Sarmiento no podía evitar ese peligro. Su teoría no resiste el examen; con un sinnúmero de hecho el Sr Alberdi ha probado su vaciedad, su nulidad.”

Acá se refiere Peyret a la conocida fórmula civilización o barbarie. Pero este francés hecho entrerriano y, además, federal, no lo dejaría tan pronto a Sarmiento. En la misma obra lo acomete nuevamente: “Buenos Aires ha querido desde el primer momento imponer su autocracia a las provincias hermanas. Sea con los unitarios, sea con los federales, trató de absorberse las rentas y el comercio de la República. Esta pretensión de la nueva metrópoli que quería sustituirse a la antigua de ultramar, originó estas largas luchas que pueden resumirse en dos palabras, provincianos contra porteños, y no civilización contra barbarie, como lo afirma tan equívocamente el señor Sarmiento...”

Ignoramos si fue jordanista, que tantos años estuvo vinculado con el general Urquiza. Pero su sinceridad fundamental lo lleva a reconocer que “los entrerrianos agrupados alrededor de López Jordan representan la gran mayoría del pueblo...” y que son “realmente la autonomía nacional”.

En 1876 Peyret regresa a Entre Ríos, y durante otros siete años dicta clases de historia contemporánea y de las instituciones libres ---cursos creados para él--- en el colegio del Uruguay. Cuando aún vivía Urquiza, Peyret fue designado director de la Mesa

de Estadísticas de la provincia (1866-1869), y una vez de regreso de su “exilio” en Buenos Aires, pasó a ser Inspector de Tierras y Colonias (1889-1899). Más o menos hacia 1860, el señor de San José le había encomendado escribir una serie de artículos sobre el tema de la colonización. Aquí seguramente inicia Peyret su obra escrita de cierta coherencia. En “El Uruguay”, fundado en 1855, publicó varias notas, que luego él mismo tradujo al francés e imprimió en folleto ---quizá el primero en lengua extranjera de la provincia---, con el título de Emigration et colonisation. La colonie San José. “Peyret ---escribe Beatriz Bosch--- considera a la inmigración principio vital de las jóvenes repúblicas americanas”<sup>14</sup>. En esa obra Peyret estudia, transcribe y traduce algunos pasajes de las Bases de Alberdi, autor a quien admira; pasajes en los cuales el tucumano se pronuncia por la inmigración espontánea, contra la que sostiene el general Urquiza y apoya Peyret en sus artículos, la inmigración organizada. No hemos leído íntegramente ese folleto, “pieza bibliográfica casi inhallable” (Bosch), pero describe con singular vivacidad el espectáculo de la colonia y de la naturaleza confinante.

Por estos años, un incidente que ha sido reiteradamente referido, demora los planes inmigratorios de Urquiza. Este había comisionado a un sacerdote para que trajera colonos de Europa a Entre Ríos. Con una equívoca interpretación de las necesidades y las realidades de su misión y de sus finalidades, el sacerdote prefirió elegir buenos católicos antes que buenos agricultores, lo que provocó el enojo de Urquiza y el cese de la misión del cura. “Estamos autorizados a declarar ---escribe Peyret--- de la manera más formal y solemne, que esta exclusión (de colonos no católicos) no entra en las instrucciones dadas. Nada es más desagradable al general Urquiza que semejante novedad. Porque sería flagrante desmentido de su política, de la Constitución que ha promulgado, de sus sentimientos y de los de quienes le secundan en el gobierno” (pág. 37, op. cit.). Y seguidamente, este magnífico francés hace suyo el anhelo constitucional y el espíritu que alentaba Urquiza: “Lo decimos altamente a los hombres de buena voluntad del antiguo y del nuevo mundo;

---

<sup>14</sup> *Ibidem*

cualesquiera sean las opiniones religiosas que profecen o el culto al que pertenezcan, pueden venir a radicarse en la República Argentina, y para no hablar sino de la Colonia San José, diremos que está abierta a todos los inmigrantes laboriosos, protestante o católicos”. Peyret llama a la colonia “república independiente enclavada en medio de Entre Ríos, una aldea europea transportada al fondo de América” (pág. 39).

Aparte del folleto citado y de sus Cartas, Alejo Peyret escribió otros libros, dictó varias conferencias y diseminó en varios periódicos una serie de artículos que trascendían su sólida cultura y su ajustado estilo. De las obras mencionamos Historia Contemporánea; Una visita a las colonias de la República Argentina (1889); Manuel de l'émigrant; Orígenes del Cristianismo; Las máquinas agrícolas en la Exposición Universal de París; El Pensador americano; La Historia de las Religiones; Carta de las Misiones y Cuentos Bearneses.

EVARISTO Carriego, el Viejo<sup>15</sup>, pertenece tanto a la historia política como a la historia, no menos heroica, del periodismo provincial, ensamblados en forma muchas veces riesgosa en la última mitad del siglo XIX en Entre Ríos. Si se conoce la magnitud del poder que tenía Urquiza, ha de estimarse en todo su valor el coraje civil del hombre que lo enfrentó más abiertamente pero con la mayor honestidad moral que se puede poner al servicio de una causa sin recurrir a la injusticia ni a la falsedad. Cierta vez escribió Carriego: “No quiero ni que se sospeche que adulo a los muertos impotentes cuando ni siquiera supe adular a los vivos poderosos”<sup>16</sup>. Estas líneas lo definen enteramente, y a esa conducta lo veremos ceñido, sin declinarla jamás.

Gran parte de lo que conocemos de su vida procede de su propia y escueta Autobiografía<sup>17</sup>, breves páginas que fueron publicadas en setiembre de 1903 en la “Revista de Derecho, Historia y Letras” (Tomo XVI), que dirigía Estanislao S. Zeballos, y que habrían servido a manera de introito para las Crónicas de Entre Ríos que Carriego proyectaba editar.

Según Aníbal S. Vásquez, “después de él, en la historia del periodismo entrerriano, no se ha visto un periodista de su inteligencia, de su talento y de su ilustración”<sup>18</sup>. No

---

<sup>15</sup> Lo llamamos así para diferenciarlo de su padre, de su hijo y de su nieto, ya que los cuatro llevaron el mismo nombre. Por otra parte, hay numerosas tradiciones que legitiman este tratamiento, desde Plinio el Viejo y Plinio el joven, su sobrino; los dos Brueghel, los Champollion, etcétera.

<sup>16</sup> Carta de Evaristo Carriego en “La Actividad Humana” (Paraná, setiembre de 1901)

<sup>17</sup> Alejado de la vida pública, Carriego pensó en redactar su Autobiografía, que jamás pasó de borrador, y además, incompleto. Este borrador obraba en el archivo particular del historiador Martín Ruíz Moreno, amigo y corresponsal de Carriego. Y según descripción de su bisnieto Isidoro J. Moreno (“Entre Ríos”, 1956, pág. 103) eran unas pocas hojas escritas a lápiz en un papel cuadriculado, sin título, fecha ni firma y redactadas alrededor de 1896, con numerosas lagunas.

<sup>18</sup> Dos siglos de Vida Entrerriana, p. 53. Esto no es precisamente justo. Entre Ríos tuvo periodistas más completos y cultos que Carriego.

obstante, en muchos aspectos, Evaristo Carriego el Viejo es popularmente desconocido, y sólo cuando se menciona al poeta de Misas Herejes se recuerda que tuvo un abuelo también escritor. Se lo nombra en citas ocasionales (aparte de los libros de historia entrerriana, por supuesto), sin ofrecer pormenores de su obra escrita, que como en muchos otros casos se vio absorbida o postergada indefinidamente por las peripecias de su propia existencia trashumante y combatiente.

Gracias a aquellas cuartillas, sabemos que Carriego nació en Paraná el 16 de diciembre de 1828<sup>19</sup> y que su educación “fue enteramente descuidada”. “Entregado, por decirlo así, a mí mismo desde que faltó mi padre<sup>20</sup>, no tuve quien me sujetara ni dirigiese. Mi madre, demasiado complaciente conmigo, me dejó gozar de una libertad extremada. Afortunadamente, hallé en mis buenos instintos un guía más seguro que el que podía ofrecer la educación más rígida y austera”<sup>21</sup>.

A los diecisiete años pasó a estudiar a Buenos Aires, todavía la Gran Aldea, amada y al mismo tiempo odiada por los provincianos. Se estaba en pleno gobierno federal (1846), y Carriego describe las exterioridades ciudadanas, esa pequeña urbe “vestida de colorado: colorados los frisos de las casas, coloradas las puertas y las ventanas, colorados hasta los postes que resguardaban las veredas”, En la Gran Aldea ingresé en el Colegio Republicano, bien federal (Entre Ríos, para esa época, se había distanciado del federalismo rosista, bajo la gobernación de Urquiza). Lo dirigía un jesuita y ---declaró... “no aprendí casi nada”. En 1848 pasó a la Universidad, sin provecho alguno tampoco, a causa de la deficiencia de sus programas. Con motivo del Pronunciamiento de Urquiza el primer día de mayo de 1851, debe dejar subrepticamente la ciudad de Buenos Aires, junto con el doctor Diógenes J. de Urquiza, hijo del gobernador entrerriano y su compañero de estudios, y con su primo

---

<sup>19</sup> Hijo del coronel Evaristo Carriego, misionero, y de Isabel de la Torre, misionera también, pero con vínculos en Paraná (Ver revista “Tellus”, Paraná, N°19, p. 65). El coronel Carriego fue uno de los inspiradores de la

fundación de Concordia en 1836. Era entonces ministro de Guerra de la provincia.

<sup>21</sup> Autobiografía.

Manuel Ortiz. Se embarcaron en la Boca rumbo a Gualeguachú, abandonando en la ribera aún bagajes. Así terminó la primera etapa porteña y juvenil de Evaristo Carriego.

En 1853 lo vemos como Administrador de Correos, función que muy pronto cambia por la de Defensor de Pobres y Menores, en Paraná. Un año después, el gobernador provisorio general José Miguel Galán lo hace detener. ¿Las causas? Se había hecho antiurquista. “El delito ---escribió él mismo--- consistía en haber dicho que el gobierno de Entre Ríos no era patrimonio del general Urquiza”<sup>22</sup>, lo cual suponía entonces decir mucho, Su concepción de la política y del gobierno sería desde entonces la misma, profundamente republicana. Tres mese más tarde, el propio general ordenaba libertad, le pedía excusas y le regalaba “algunos cientos de pesca”. Este es un mensaje en extremo singular en la austera existencia de Carriego. Seguramente, lo que Urquiza hizo, interpretamos, fue compensar oficialmente la pérdida de sueldos a causa de su prisión. De otro modo no se explica el gesto de Urquiza ni la aceptación de Carriego.

Para obtener el título de doctor en jurisprudencia pasó a Córdoba en 1856; tenía entonces veintiocho años, y al cumplir los treinta años fue nombrado Juez de Primera Instancia en el Departamento de Uruguay<sup>23</sup>. Y fue en Concepción del Uruguay donde le tocó ser actor de un incidente de lamentables resultados. De acuerdo con Rodolfo A. Beró Mantero<sup>24</sup>, “se realizaban las ceremonias del Jueves santo y el doctor Carriego, como primera autoridad, pretendía que el párroco le entregara en tal carácter la llave del Santísimo. Ereño, en carta al Presidente de la Confederación Argentina (Urquiza) expone la inconsistencia de la queja... Pero la indignación del celoso cura párroco se debía a que el doctor Carriego, “con escándalo de la moral había promovido y llevado a efecto un baile de máscaras el miércoles de ceniza, en momentos en que el cura predicaba la palabra divina. Carriego volvió a promover otro baile el primer domingo de Curesma, excitando el celo del

---

<sup>22</sup> Habría sido reelegido por tercera vez.

<sup>23</sup> O Juez del Crimen, según R. A. Seró Mantero, El Presbítero D. Domingo Fraño (“Tellus”, 1949, N° 19, p.30).

<sup>24</sup> Seró Mantero, loc.cit., p.30.

cura en el púlpito. “Infames intrigas ---escribe Carriego--- se hicieron víctima de un proceso inocuo, en que se viciaron las leyes del procedimiento. Concluido el proceso me fui a Buenos Aires donde permanecí durante los pocos meses que transcurrieron hasta la guerra de Cepeda”<sup>25</sup>.

Pero es en 1859 cuando Carriego comienza su verdadera carrera pública, el periodismo, con la dirección de “El Progreso”, de Rosario, y también con la dirección y redacción del “Comercio de Rosario”, que apareció el 10 de enero de 1861 y se clausuró el 10 de junio del mismo año, según datos de C. Galván Moreno<sup>26</sup>. Durante su residencia en Santa Fe actuó de secretario de don Pascual Rosas, el gobernador, y después de la batalla de Pavón (17 de setiembre de 1861) fue llamado por el presidente Derqui para que sirviera de mensajero o enviado ante Urquiza, portando una carta. “Inmediatamente me fui a Paraná ---recuerda en su Autobiografía--- pero ya el general Urquiza estaba en San José y la carta no tenía objeto; quedó en mi poder y la conservo entre mis papeles viejos”. En Paraná editó los tres únicos números de “La Patria Argentina” (1861), que fue suspendida por la censura. En 1862 fundó “El Litoral”, que duró tres años y tres meses, al cabo de los cuales tuvo que huir de la provincia perseguido por el urquicismo. “El Litoral” fue un diario eminentemente político, dirigido a combatir la política del vencedor de Caseros, y servir a la vez a las libertades conculcadas de mi Provincia”.

La huída de Carriego de Entre Ríos, ocasionada por la persecución oficial, no era sino la secuencia lógica de una serie de hechos y declaraciones del periodista acerca de la política de Urquiza. En 1864, Carriego había sido electo diputado por Paraná, con gran disgusto de Urquiza, que tenía “su” candidato. Precisamente ocupando su escaño, una ley (abril 1864) ordenaba levantar una estatua a Urquiza en Concepción del Uruguay. Carriego se opuso a la ley proyectada (por Andrada, Febre y Moreno), y en su discurso de oposición dijo el doctor Carriego:

“Eso de decretar honores a un nombre, tiene algo de peligroso. Nosotros vivimos en la misma época y en el mismo país que vive el hombre de favor de quien se ha presentado el

---

<sup>25</sup> Autobiografía

<sup>26</sup> El periodismo argentino, p. 418.

proyecto que está en discusión. Esto puede dar lugar a que se dude de nuestra imparcialidad. Esto puede dar motivo para que se suponga que el miedo o la lisonja nos han inducido a decretar esos honores. Yo no quiero cargar con semejante partenidad. Yo no quiero que eso se diga mañana, porque eso heriría mi honra de diputado, y yo debo ser celoso de ella, porque es honra que pertenece por entero a mi país. Yo no quiero que la Honorable Cámara a que pertenezco venga a representar el papel del Senado Romano, que no tenía más que homenajes y humillaciones que ofrecer a los depositarios de la autoridad.

Yo no quiero que esta Legislatura, convocada en el seno de un pueblo libre, parodie a la Sala de América, como se llamaba a Rosas, cuando no era otra cosa que el primer tirano del Universo. La gratitud tiene también su oportunidad como todo sobre la tierra. El momento de ser juntos es el que empieza para los hombres el fallo sereno de la posteridad. La posteridad es el único juez imparcial de esta cuestión. Ella dirá, ajena a las pasiones o a las debilidades que pueden comprometer nuestro juicio en este momento, si el general Urquiza merecía el honor que se le trata de dispensar hoy... Sancionando el proyecto que se discute, sancionamos tal vez una deshonra para el país y para el hombre que es objeto de ella. Algo más que esto, nos arrogamos un atributo propio de la historia y nos atribuimos el derecho que ella tiene de recompensar las grandes acciones”.

Estas palabras de Carriego son magníficas, penetradas de una sabiduría inmemorial, clásica. El propio Urquiza dijo: “Combatiendo Carriego ese proyecto, me ha honrado; hay enemigos míos que hacen más en obsequio de mi dignidad personal que los que se llaman mis servidores y amigos”<sup>27</sup>. ¿Estaba esto último dirigido a Andrade, uno de los creadores y sostenedores del proyecto? Lo cierto es que esa ley, que se votó por la afirmativa, fue derogada el 18 de enero de 1875 por la intervención federal. De todos modos, era un nuevo resquemor para Urquiza, que sumaría otros más. Cuando el candidato de Urquiza, Dominguez, ganó la elección de gobernador, Carriego llamó a ese triunfo “el gran crimen”. Asimismo, lo había incitado a oponerse a la política mitrista, pero con un lenguaje muy carrieguesco. “¿Por ventura el general Urquiza tiene enferma el alma de hastío y desaliento? ¿Acaso ya no es aquel hombre para quien no había nada poderoso que le

---

<sup>27</sup> Floriano Zapata, en el prólogo a Páginas olvidadas de Ev. Carriego (Santa Fe, 1895). Dijo Borges “...se llama con entera razón Páginas olvidadas” (Evaristo Carriego, en *Obras Completas*, p.113)

estorbase el paso?... Entre Ríos en masa lo sostendrá; Entre Ríos en masa se pondrá de pie para sostenerlo y hacer triunfar este pensamiento”.

Por otro parte, Urquiza era hostigado en contra de Carriego. El general Navarro le escribe: “Las publicaciones de Carriego son bajas e infames; hace pocos días me aseguraba que sólo quería ir a la Cámara para trabajar por la reelección de V.E., pues a Ricardo [López Jordán, el otro candidato] lo consideraba un Déspota, y hoy lo considera a éste el único capaz de ocupar el primer puesto de la Provincia”. Dos hechos más rebalsaron la “tolerancia” oficial: Carriego publicó unos artículos antimitristas, por un lado; y por el otro, se negó a alistarse en la Guardia Nacional declarando ser hijo de madre viuda y padecer enfermedades. Esto ocurrió con motivo de la guerra del Paraguay. El 17 de junio su casa fue allanada por agentes del poder público. “Si no hubiera estado prevenido ---narró en sus apuntes biográficos--- como lo estaba, habría caído en sus manos”. Se ocultó durante veinte días en casa del vicecónsul del Brasil, y luego se embarcó para Buenos Aires, el 9 de julio. En 1867 edita un folleto titulado ~~Antecedentes para el proceso del tirano de Entre Ríos~~ Justo José de Urquiza: paradójicamente, por ese folleto fue procesado él mismo<sup>28</sup>. Desde Buenos Aires apoya, en 1870, la candidatura a gobernador de Héctor F. Varela, lo que desmintiría su jordanismo, y un Comité de la Paz designa una comisión para arbitrar amigablemente el retiro de López Jordán de la vida pública; Carriego integra esa comisión, que no da ningún resultado.

El doctor Carriego retorna a Paraná en 1871<sup>29</sup>, reabre su bufete y edita otra hoja periodística, “La Política”, que tuvo una vida de once meses. Resentido seriamente en su salud, parte para el Brasil en 1877, y el regreso reinicia su batalla periodística y su permanente combate moral. Integra, por ejemplo, en 1878, una comisión destinada a recaudar fondos para ayudar a los hijos de Ricardo López Jordán, junto con Guido Spano, José Hernández, Nicasio Oroño, Emilio Garubis, Héctor F. Varela y otros. Funda luego “Los Castigos” (Paraná, 1880), al que siguieron, en 1881, “Las provincias”, de apoyo al general Roca; en 1885, “Los Tiempos”, que ha de durar hasta 1887.

Fácil es advertir la relativa fugacidad de estas hojas de combate, con los cuales Carriego jamás defendió sus intereses particulares sino los más apremiantes de su tiempo.

---

<sup>28</sup> El folleto lo editó la Imprenta Republicana, Buenos Aires, 1867. En el juicio fue defendido por el doctor Manuel A. Argerich.

<sup>29</sup> Antes de regresar a Paraná, había integrado la Comisión Popular durante la epidemia de fiebre amarilla.

Enfermo nuevamente, viaja a Córdoba, donde redacta “El Interior” (1888) y funda “La Constitución”, en el mismo año. Durante toda esta época, mantuvo una pobreza digna, que transmitió a sus hijos y que alcanzó también a su nieto, el poeta Evaristo Carriego. Con el auxilio material de Martín Ruíz moreno, amigo suyo, regresó a Paraná después de la Revolución del 90’, y el gobierno de Sabá Z. Hernández (1891-1895) lo nombra mezquinamente defensor de pobres y menores, como en su lejana juventud, Poco tiempo desempeña este cargo, hasta que en 1895 se lo elige diputado por el departamento de Rosario de Tala.

Aníbal S. Vásquez, en su libro póstumo<sup>30</sup> relata una de las últimas actuaciones de Carriego: durante la convención que dio origen a la Constitución de 1903, le tocó tratar un tema para el cual estaba especialmente constituido espiritual y moralmente: la libertad de imprenta. Era el más digno desenlace de una vida que había hecho del periodismo más que un apostolado: una verdadera religión. Carriego murió el 1° de enero de 1908.

ES el primero de nuestros historiadores “clásicos, y no solamente le tocó escribir la historia, sino vivirla. En efecto, a Ruíz Moreno el general Urquiza le encomendó la tarea, delicada

---

<sup>30</sup> Periódicos y Periodistas de Entre Ríos (Edición de la Dirección de Cultura de la Provincia, Paraná 1970, págs. 22 a 24).

entonces, de entrevistar al general Mitre después de Pavón con el objetivo de armonizar los encontrados puntos de vista de ambos caudillos para arribar a una paz definitiva entre Buenos Aires y la Confederación, propósito que, como sabemos, no llegó a concretarse. También le correspondió a Ruíz Moreno intervenir como magistrado en el proceso que se le siguió a José María Mosquera, en 1871, por su participación en el asesinato de Urquiza. El acusado fue sobreseído por falta de pruebas. En el curso del presente capítulo, lo veremos actuar en diversas instancias políticas decisivas para la provincia, lo que no le impidió distraer sus escasos ocios con la ejecución de la guitarra.

Martín Ruíz Moreno nació en Rosario de Santa Fe, el 10 de abril de 1833, pero fue en nuestra provincia donde arraigó y a la que entregó sus mejores desvelos en varios campos de actividad. Estudió primeramente en Paraná, para ingresar en 1849 en el colegio del Uruguay, y el Consejo Universitario de esa ciudad les confiere el grado de Doctores en Jurisprudencia (1857).

De su copiosa actuación pública debemos anotar que se desempeñó como jefe de policía de Rosario y San Lorenzo, y Juez de primera instancia en la vecina provincia, donde también fue designado intendente municipal (Rosario), cargo que tuvo igualmente en Concepción del Uruguay y en Paraná. De su trashumancia, que fue permanente, nos da una prueba el hecho de que se desempeñó como convencional y luego ministro en Santiago del Estero. Otra vez en Entre Ríos, su actuación pública es múltiple: fue Juez de alzada, camarista y fiscal del Superior Tribunal de Justicia de Entre Ríos, catedrático de Filosofía en Concepción del Uruguay y docente en otros colegios provinciales. Ejerció la presidencia del Departamento de Educación, y se lo comisionó para organizar el archivo oficial entrerriano. En 1893 le tocó presidir el Comité de la Cruz Roja entrerriana.

De su situación política corresponde mencionar su amistad y su adhesión a Ricardo López Jordán, por quien había votado en 1862 como senador suplente al Congreso de Buenos Aires. Se lo eligió diputado por Entre Ríos durante el gobierno de Mitre, y no

podemos omitir mencionar la autoría (junto con Adolfo Alsina) del proyecto de repatriación de los restos del general San Martín, propósito que se cumplió en 1880.

Este patriarca de la historia entrerriana, que solía firmar algunos escritos con el seudónimo de Martín Guerra, fue gran amigo del general Urquiza y del gran adversario de éste, el doctor Evaristo Carriego. Cuando Carriego reponía su maltrecha salud en Córdoba, luchando al mismo tiempo con grandes penurias económicas, Ruíz Moreno arbitró los medios de su regreso a la provincia y la obtención de un cargo que le permitiera subsistir con decoro. Carriego dejó en manos de Ruíz Moreno una gran cantidad de papeles personales, entre ellos la Autobiografía, de la que hicimos referencia en el capítulo 2.

La obra escrita de Ruíz Moreno no es numéricamente abundante, pero se la debe considerar como uno de los puntales de esa pasión entrerriana por el pasado histórico. Es así como algunos de sus libros son, lisa y llanamente, piedra angular de la investigación de los orígenes y desarrollo del concepto de enterranfe, tan unido en muchos aspectos a los propios orígenes de la idea y de la realidad de la patria. De sus obras deben citarse una Contribución a la Historia de Entre Ríos (Buenos Aires, 1914); Historia de la Organización Nacional (Rosario, 1905); Estudio sobre la vida pública del general Francisco Ramírez (Paraná, 1894); El general Urquiza en la educación pública; Apuntes sobre el Jurado criminal (donde hay interesantes consideraciones sobre la libertad de imprenta) y otros textos. Martín Ruíz Moreno murió en Buenos Aires el 20 de setiembre de 1919.

HA dejado más testimonios escritos de su versación jurídica que obra puramente literaria, pero Onésimo Leguizamón pertenece por derecho indiscutible a la serie de hombres esclarecidos que constituyen la columna vertebral de la provincia. Hijo de estanciero, nació en Gualeguay el 15 de febrero de 1817, y fu hermano de Martiniano y Honorio. Murió el 20 de agosto de 1896.

Estudiante del Colegio del Uruguay, una anécdota refiere que el propio general Urquiza hizo bolear su caballo cuando el jovencito huía del establecimiento, porque no le agradaba asistir a las clases. Pese a todo, culminó sus estudios en forma brillante, doctorándose en Jurisprudencia en la Capital Federal. En 1868 es elegido diputado provincial, y después del asesinato de Urquiza se radica nuevamente en Buenos Aires para dedicarse al periodismo, en el que ya había participado (1866) como co-fundador de “La Razón”, del que fue director hasta su muerte. También ejerció la jefatura de redacción de “La Prensa”.

En 1870, interviene ante el general Emilio Mitre ---invasor de Entre Ríos--- para tratar de hallar una solución entre el gobierno nacional y el de la provincia. Un incalificable

decreto de Sarmiento declaraba reos de rebelión contra la Nación a López Jordán<sup>31</sup>. Debemos aclarar que Onésimo Leguizamón no era jordanista.

Como otros entrerrianos del siglo pasado, su vida se repartió entre Buenos Aires y la provincia natal. En 1873 se lo eligió diputado nacional por Entre Ríos, hasta 1875, y a partir de este último año, y hasta 1877, se desempeñó como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública de la presidencia de Avellaneda. Es en ejercicio de este cargo cuando se establece en el país la obligatoriedad de la educación, la autonomía económica escolar y la secularización de la enseñanza. Bajo Onésimo Leguizamón, la instrucción pública alcanza el más alto nivel logrado hasta entonces. Posteriormente, es miembro y presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (1877-1882), y presidente del Primer Congreso Pedagógico Sudamericano, celebrado en Buenos Aires en 1882.

De su obra como docente citamos su actuación de catedrático de Derecho internacional en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, y como profesor de Filosofía y Literatura en el Colegio de Uruguay (1896). Ejerció asimismo el ministerio de Gobierno de la Provincia. Como legislador, inspiró la ley de inmigración y colonización. A su muerte, su amigo y compañero de estudios en Entre Ríos, el doctor y escritor Eduardo Wilde lo llamó “el terrible campeón de la libertad de conciencia”.

Leguizamón escribió Memoria presentada al Congreso Nacional por el Ministro de Justicia, etc., doctor don O.I. (1875); La primavera de la vida (1879); Disraeli y Gladstone (estudio político, 1880); Discurso del diputado O.L. en el debate de la Ley de Educación Común (1883).

---

<sup>31</sup> Las gestiones pertinentes ante Mitre, en las que Leguizamón fue acompañado por Clodomiro Cordero, tenían como base la renuncia de López Jordán, pero de acuerdo a estas condiciones: el retiro de las fuerzas nacionales del territorio provincial; la no injerencia del gobierno nacional en la elección del nuevo gobernador provisorio; la intervención y garantía de una nación amiga de la República Argentina para la efectividad del convenio... Esta propuesta fue rechazada por Sarmiento (y Vélez Sarfield), en una nota redactada así: “No puedo concebir cómo personas de la ilustración de los señores Leguizamón y Cordero, hayan creído que el gobierno Nacional aceptaría por evitar males relativamente pequeños, la absurda teoría cuyas funestas consecuencias saltan a los ojos de cualquiera, que una provincia pueda exigir en ningún caso que se retiren de su territorio las fuerzas de la Nación que en él se hallan establecidas”.

“EL homérica entrerriano”, como lo llamara con excesiva vehemencia Ernesto Bourband, nació en Brasil, según los documentos incontrovertibles publicados por Anastasio Cardasay<sup>32</sup> en 1908, en “El Censor” de Gualeguachú. La fecha de nacimiento, 6 de marzo de 1839. Ya afincado en la provincia entrerriana, ingresó al Colegio del Uruguay en 1850, contrajo matrimonio a los veinte años de edad<sup>33</sup>, y se inició en la vida pública como

---

<sup>32</sup> El abogado y periodista Anastasio Cardassy publicó el 23 de mayo de 1908 en “El Censor” de Gualeguachú la partida de casamiento de Andrade, donde por declaración propia del poeta se confirma su nacimiento en Alegrete, y su edad de veinte años, en 1957, lo que da como fecha de nacimiento 1837. No obstante, su partida de nacimiento en los libros parroquiales de Alegrete dan como fecha de registro el 3 de abril de 1839, y de nacimiento el 6 de marzo de 1839. Sobre el mismo tema publicó un folleto Rodolfo A. Seró

<sup>33</sup> Su mujer se llamaba Eloísa González y era uruguaya. La hija de ambos, Agustina, fue la mejor, si no, quizá, la única, poeta entrerriana del siglo XIX:



decir que lo que caracteriza la prosa de Olegario V. Andrade fue su virulencia, que se correspondía a la perfección con igual virulencia desplegada por el enemigo político. “El Nacional Argentino” fue el vocero periodístico del nuevo orden político derivado de Caseros, y a su frente, desde la aparición (3 de octubre de 1852) estuvo Juan María Gutiérrez, que se rodeó de escritores como Andrade, Juan Bautista Alberdi, Juan Francisco Seguí (el redactor del Pronunciamiento del 1º de mayo). Lucio V. Masilla, Vicente G. Quesada, Carlos Guido Spano, Benjamín Victorica y otros. Para apoyar la política de Derqui, Andrade redactó en Paraná la hoja “Paraná” (1861); hacia 1867 dirigió el periódico “El Porvenir”, de Gualeguaychú, cuyas páginas motivaron la protesta del ministro del Interior, doctor Guillermo Rawson, dirigida al gobernador de Entre Ríos y concebida en estos términos.

“Los periódicos “El Porvenir” y “El Pueblo” de Gualeguaychú, y “El Eco de Entre Ríos” y el “Paraná” que se publican en la ciudad de este nombre, han tomado una dirección incompatible con el orden nacional y con los deberes que al gobierno general incumben en épocas como la presente. Estos periódicos sostienen, provocan y fomentan abiertamente la rebelión contra las instituciones nacionales y contra los poderes públicos creados por ellas; cometiendo así un delito que tiene penas fijas y severas por las leyes de la Nación, cuya aplicación será oportunamente promovida ante quien corresponda. Pero entre tanto se hace necesario suprimir el escándalo de dichas publicaciones, empleando los medios que la Constitución ha puesto en manos del Poder Ejecutivo, en casos como el presente “...sirva Ud. disponer que cese la publicación de los referidos periódicos, usando con las personas o con las cosas de medios de acción adecuados para conseguirlo”. Aquí ya vemos despuntar la Censura, no obstante estar prohibida por las leyes de la provincia<sup>34</sup>. El gobernador Domínguez acató la orden ministerial, claramente antifederalista.

Andrade ocupó asimismo las redacciones de “El Pueblo Entre-Riano”, dirigido por Eugenio Gómez; luego vino “El Porvenir”, subsidiado oficialmente (“plata mal gastada”, comentó Carriego), y en donde lo acompañaban Francisco Felipe Fernández y Cándido Irazusta (el padre de Julio y Rodolfo Irazusta) distinguido por su incisiva pluma. Las

---

<sup>34</sup> Aníbal S. Vázquez, *Periódicos*, etc.

mejores prosas de Andrade fueron recopiladas por Félix Etchegoyen en Artículos Histórico-Políticos (1863-1868) (Buenos Aires, 1919). Pero el libro que alumbra el relieve político de Andrade es Las Dos Políticas, que hasta ahora constituye una de las obras que arrojan mayor claridad sobre la difícil época en que Entre Ríos trataba de mantener una postura autonómica que le venía de tradición.

Andrade murió en Buenos Aires el 30 de octubre de 1882. Cuando, en 1924 se inauguró un busto de Andrade en Palermo, otro entrerriano, Antonio Sagarna, expresó

“Repetiré lo que algún día dije de un eminente argentino en el aniversario de su muerte. No sé con seguridad ni importa mayormente en recordarlo, dónde y cuándo nació, más me basta saber que vivió en y para la patria, para el bien y para la belleza, que no es el fruto geográfico del nacimiento susceptible de mutaciones en su dependencia jurisdiccional el que determina la vinculación, la consagración y el amor a la patria”

“La Vuelta al Hogar” representa, dentro del complejo estilístico neoclásico-romántico de la poesía de Andrade, una variante feliz y de una perdurabilidad no discutible ya. Para quien conozca su turbulenta vida, que hemos reseñado en páginas anteriores, y los azares políticos de la década del 60’ en Entre Ríos; y para quien no ignora su ingenio, combativa actividad periodística ---que tuvo vaivenes ideológicos notorios--- habrá de considerar el poema que tratamos como el memorándum de un día triste y feliz al mismo tiempo. La perfección formal de este romance, su modernidad, lo convierten en una pieza de transición entre lo romántico y “lo nuevo”, y que no podemos decididamente darle una filiación modernista antes del Modernismo, iniciado recién en 1888 en Chile, con la aparición de Azul... Sólo “La Vuelta al Hogar” Andrade deber ser inscrito entre los principales precursores del nuevo lenguaje poético americano, en una medida comparable a Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y otros, ninguno de los cuales, como él, había perdido del todo la tenuidad sentimental del Romanticismo. La delicadeza del lenguaje nace par con la delicadeza de la evocación, y la total ausencia de superfluidades convierten al poema en una pieza de antología. No ha envejecido, cosa que ha ocurrido en gran medida con “El

nido de cóndores”, influido por el entonces universal Víctor Hugo y por el grupo de románticos argentinos, en especial “los proscritos” (Juan Cruz y Florencia Varela, Mármol, etc.). “El Nido de cóndores” --homenaje a San Martín-- fue leído el 25 de Mayo de 1877 en el antiguo Teatro Colón por el doctor Mariano Varela. Su poema “Atlántida”, que traduce la fe en el futuro y en la comunidad de los pueblos y la raza latina, fue premiado el 112 de octubre de 1882, apenas dos semanas antes del fallecimiento del poeta. Y dentro del tono romántico pero no marcial, debemos nombrar “El Arpa Perdida”, un homenaje a Esteban de Luca. La Academia Argentina de Letras editó en 1943 sus Obras Poéticas, con una introducción de Eleuterio Tiscornia, quizá el mejor ensayo sobre la lírica y la épica de Andrade.

DE modesta, con toda razón, juzgó Darío la poesía de Gervasio Márquez en los estremecidos párrafos que le dedicara, casi espantado por forzosa inmovilidad de la

parálisis del poeta entrerriano<sup>35</sup>. De “romanticismo declinante y sombrío” lo juzgamos nosotros hace ya treinta años<sup>36</sup>. No podía ser de otro modo, y él lo sentía y decía con lúgubre convicción:

porque yo sé que mi existencia triste  
arrastraré por sobre espinas ásperas

Muchas resonancias y similitudes de Méndez ---tanto íntimas como estilísticas--- encontramos, por ejemplo, en Almafuerte. Éste añadió a esa penetrante tristeza su agresiva autodefensa, su ira, su justiciera ira, la irrenunciabilidad de lo más vital suyo, algo que el enfermo Méndez no podía esgrimir.

Había nacido en Gualeguaychú, el 2 de diciembre de 1842, y murió en Buenos Aires el 18 de abril de 1897. Atacado de parálisis, permaneció en cama durante sus últimos veinticinco años. No concurrió a colegios ni universidades, se desempeñó un tiempo como empleado de comercio en su ciudad natal, radicándose luego con su madre en la ciudad de Buenos Aires, donde empezó a publicar sus poemas en el periódico “El Alba”. Más tarde fundó “El Álbum del Hogar”, que no solucionó sus problemas económicos pero que sirvió por lo menos para destacar a Méndez entre el periodismo literario de la época. La miseria llegó a ser casi absoluta, y la muerte apresurada por el estado anímico producido por tal situación no podía tardar. Se trató de aliviarlo, y un grupo de amigos escritores organizó en su beneficio una función en el teatro “La Ópera”, que tuvo lugar el 8 de febrero de 1877.

Algunos de esos hombres era Rafael Obligado, Mendilaharsu, Glegario Andrade y la hija de éste, Agustina, que leyó en ese acto un poema en homenaje al poeta, titulado “La Fe”.

La producción poética de Méndez fue escasa, cabe en un pequeño libro. El escritor cordobés Efraim U. Bischoff le dedicó un exhaustivo estudio biográfico.

---

<sup>35</sup> “Fue uno de los más crueles casos de poetas baleados por la ataxia, aherrojados por las ponzoñas de la sangre o quebrantados por la parálisis. Baudelaire entristece, Heine da pena, Méndez espanta. Y su poesía, poca y modesta, adquiere un extraño valor dorado tristemente por el reflejo de la palidez enfermiza y funesta de esa existencia crucificada.

<sup>36</sup> Entre Ríos Cantada, p. 21

FRANCISCO Felipe Fernández nació en la entonces Villa del Paraná, 1° de mayo de 1842<sup>37</sup>, y pocas vidas como la suya tipificaban el modo de vida entrerriano del siglo XIX,

---

<sup>37</sup> También se supone que nació en Gualeguaychú (A.R. Turí, en “Entre Ríos y el Teatro”, Boletín del Fondo Nacional de las Artes, s/l, 1962.

del hombre culto que no podía eludir de ningún modo la necesaria toma de posición: fue jordanista, tanto con la pluma como con las armas en la mano; pero aparte, escribió obras de teatro, hizo periodismo político, fue funcionario y hombre de mundo, poeta y novelista, y se lo reconoce como uno de los fundadores de logias masónicas argentinas. Muchas veces debió oscilar entre las dos políticas que fueron el eje de la vida argentina: el centralismo porteño<sup>38</sup> y el autonomismo provincial. Podríamos agregar que su vida fue su mejor literatura.

En el colegio de Concepción del Uruguay obtiene en 1859 las mejores clasificaciones en Filosofía, como lo informa Sagarna<sup>39</sup>, y a esa casa le dedicó Fernández ---Francisquillo para sus condiscípulos--- un himno. A los dieciocho años se lo ve como secretario del general Urquiza, cargo que mantiene durante dos años, y que dejó cuando Urquiza vetó la candidatura de López Jordán (1864), junto al cual desde entonces cumple las funciones de consejero-secretario. (También Andrade, redactor de “El Pueblo Entre-Riano”, debió dejar el diario por haber negado su voto al candidato de Urquiza, Domínguez).

En 1861, Fernández interviene como alférez en la batalla de Pavón, entre las filas confederadas, junto a López Jordán, José Hernández, Juan A. Mantero y Crispi Velásquez. Al año siguiente lo vemos como redactor de “El Soldado Entre-Riano” (Paraná), y trabaja con Andrade en “El Pueblo Entre-Riano”. En 1864 es redactor de “El Porvenir”, de Gualeguaychú, junto con Cándido Irazusta y Belisario Ruíz. El 23 de diciembre de 1864 aparece en “El Porvenir” un poema dedicado a Paysandú, cuyo heroísmo ante el invasor

40

portugués estremeció a todo el país, tanto como la muerte brutal de Leandro Gómez . Entre 1868 y 1870 Fernández redactó una secuela de manifiestos y proclamas jordanistas, contra la corrupción mitrista y urquicista, erigiéndose en cabeza civil del movimiento autonómico de Ricardo López Jordán, que éste quería proyectar revolucionariamente a todo el país.

---

<sup>38</sup> Este centralismo tuvo variantes, sin dejar de ser jamás unitario, el centralismo monopólico del virreinato; el centralismo dirigente de la Revolución de Mayo y el Directorio; el centralismo monarquista de las logias antipopulares; el centralismo de Rosas; y después de Caseros, el centralismo de los masones (Mitre, Urquiza, Sarmiento), llamado liberalismo.

<sup>39</sup> El Colegio de Uruguay.

40

Aparte del poema a Paysandú, Fernández escribió el citado Himno al Colegio del Uruguay, la “Canción Patria Paraguaya” y el himno jordanista “La libertad entrerriana”. Su poesía carece de tales valores literarios.

Después de la aparición de las proclamas, Fernández es dejado cesante de su cargo de prosecretario de la Cámara Legislativa, adonde ingresara en 1867. En 1868, año de su cesantía (29 de abril) tiene lugar la batalla de Arroyo Basualdo contra los liberales (porteños), en la que actuó como ayudante López Jordán. En 1869 participa en un complot jordanista, y proyecta editar en Paraná “El Obrero Nacional” (que aparecerá en 1870, en plena marcha de combate) Entre tanto, funda “La Nueva Era” en Gualeguaychú, en donde sus artículos aparecen firmados con el seudónimo de Harmodio. Ya entonces es la figura clave de la política jordanista, y hombre de confianza absoluta del general. El 31 de marzo de 1870 Urquiza ordena la clausura de “El Obrero Nacional”, y la prisión de Fernández. Nombrado gobernador López Jordán en 1870, Francisco F. Fernández actúa nuevamente como su secretario privado, interviene junto a su jefe como sargento mayor (capitán) y jefe del batallón Paraná, en los encuentros contra las fuerzas nacionales (mayo), y edita en campaña “El Obrero Nacional”. El 26 de enero de 1871 tiene lugar la batalla de Ñaembpe, donde sufre una aplastante derrota López Jordán y se pierde la imprenta de Fernández, que entre tanto ha sido ascendido a teniente coronel. Como otros jefes de la revolución jordanista, Fernández se exilia en el Salto uruguayo, de donde pasará a Asunción del Paraguay. Allí es designado secretario del Congreso Nacional<sup>41</sup>. Luego de varios viajes, se radica en Buenos Aires, donde dicta cátedras en el Colegio Nacional, durante el rectorado de Juan Manuel Estrada, y nombrado luego Inspector General de la Nación. Desde Buenos Aires auxilia a López Jordán, que se halla prisionero en Rosario (1879), y se hace cargo de su hijo. Cuando López Jordán logra fugarse y pasar al Uruguay, el general Roca encomienda a Fernández, que es amigo de ambos, sondear a López Jordán para llegar a un acuerdo que ponga punto final a las disensiones provincia-gobierno nacional.

Aunque Fernández logró disponer de algún tiempo para hacer obra literaria, aun en las épocas de turbulencia bélica y política, sólo en Buenos Aires logró una merecida tranquilidad. “El carácter más noble de este escritor ---escribió Ricardo Rojas--- fuera de la simpatía que despierta su vocación tan desinteresada y constante, es la tendencia a hacer de sus drama una especie de misterio laico, bajo las formas de la evocación histórica, del cuadro realista o de la alegoría doctrinal.

---

<sup>41</sup> Fue y regresó varias veces a y de Paraguay. En un pequeño libro que dedicamos a Fernández, historiamos con cierta minuciosidad su actuación dentro de la Masonería Argentina, en la que alcanzó el grado 33.

Sus obras se editaron en 1877 y fueron reeditadas por Casavalle en 1881, con un prólogo de Matías Calandrelli. En 1878, un jurado que integran Bartolomé Mitre, Olegario Andrade (dos enemigos suyos) y Miguel Cané, seleccionan una pieza suya (Monteagudo) para ser representada. Fernández fue secretario de la Sociedad Protectora de Teatro Nacional, una forma arcaica de la actual Argentores.

La producción total de Fernández consiste en: Monteagudo; El Sol de Mayo; Clorinda; Solané; El Borracho; La triple Alianza; y las óperas El genio de América; Pachacamacy Viracocha. Francisco Felipe Fernández, que también usó los seudónimos de “Francisquillo” y “El Soldado Entrerriano” para sus notas políticas, y que fue llamado “el hombre de las tres F” por sus enemigos, murió en Buenos Aires el 22 de diciembre de 1922, a los ochenta años de edad, luego de haber residido un tiempo en Dolores.

El 28 de mayo de 1857, el poeta Olegario Víctor Andrade contraía matrimonio con la joven uruguaya Eloísa González, y la primogénita de esa unión sería Agustina, que nació en Gualeguaychú el 9 de agosto de 1858. De acuerdo a la cronología, es nuestra primera mujer poeta, que publicó sus versos iniciales en el periódico “El Telégrafo”, de su ciudad natal,

cuando sólo contaba doce años de edad. Formada literariamente por su padre, una fuerte vocación la llevaba también hacia el dibujo y la pintura, disciplinas que abandonó más tarde. Hacia 1870 ---año aciago en la provincia--- se radica con su familia en Concordia, donde el poeta Andrade había sido nombrado Administrador de Aduana. Seis años después fijan su residencia en Buenos Aires, donde el autor de “El Nido de Cóndores” dirige un periódico, “La Tribuna Nacional”, donde la poeta hace conocer sus poemas. En oportunidad del homenaje-beneficio que se le ofrece a Gervasio Méndez, tullido desde hacía muchos años y en extrema pobreza, Agustina Andrade escribe y lee en el teatro “La Ópera” su poema “La Fe”, dedicado a Méndez, con quien la liga un generoso afecto:

Poeta infortunado que caíste  
en la lid gigantesca del dolor  
cautivo del destino que te hiere  
con salvaje tesón.

No estás solo en la noche de tus penas;  
aún te queda el bendito resplandor  
de la fe, que es la escala misteriosa  
que conduce hasta Dios

Agustina Andrade publicó, además de en las hojas citadas, en “El Álbum del Hogar”, en “La Ondina del Plata” y en “El Álbum Poético”. En 1878 edita, fuera de comercio, su primero y único libro, Lágrimas, que constituye la feliz culminación del romanticismo en nuestro país, y cuyos atributos líricos merecen atención si tenemos en cuenta que son poemas escritos hasta los dieciocho años de edad. Perdonable son, pues, las notorias influencias de Bécquer, Guido Spano, Rafael Obligado, su propio padre y otros poetas románticos argentinos. De esa obra escribió Méndez: “El título no corresponde a la obra. Debiera ésta llamarse Páginas del Cielo<sup>42</sup>. Otra crítica aparecida en la misma revista y firmada por Martín Coronado, expresaba, entre otras cosas: “LA poesía de la señorita Andrade no sólo se distingue por el sentimiento exquisito, por la unción y la dulzura... Hay

en ella pintura vivísima que hiera profundamente la imaginación. Sus versos están destinados a grabarse en la memoria, porque tienen el encanto de los bellos paisajes y la atracción de las voces amadas”<sup>43</sup>. En cuanto a Ricardo Rojas, en su Historia de la Literatura (falta página 33 en el original, por eso las notas al pie están vacías)

COMO Alejo Peyret, Benigno Teijeiro Martínez procedía de Europa, y como aquél y muchos otros, su personalidad se hizo enteramente argentina y entrerriana. Benigno T. Martínez (siempre firmó así, suprimiendo casi su primer apellido) nació en Santa María de Ortigueira (La Coruña) en 1846, y murió en Paraná el 18 de agosto de 1925. En su país

natal había obtenido el título de agrónomo (agrimensor y tasador de tierras), y cuando llega en 1875 a América, se radica en Concepción del Uruguay, donde obtiene otro título profesional: el de Preceptor de Escuelas Primarias, dedicándose entonces a la enseñanza y a la pesquisa de pasado histórico de la provincia, labor que lo coloca como el segundo de los patriarcas de la historia de Entre Ríos. (Cronológicamente, el primero fue Martín Ruíz Moreno).

En 1880 Martínez ingresa, como profesor, en el Colegio de Concepción del Uruguay y posteriormente en Escuela Normal. En 1882 viaja a Buenos Aires para asistir al Congreso Pedagógico Internacional Americano, del que fue presidente Onésimo Leguizamón. En el mismo año interviene en la organización de una muestra continental. Dedicado con intensidad a los estudios históricos, integró la Junta de Historia y Numismática, la Academia de la Historia y otras instituciones nacionales y extranjeras. Fue director del Archivo de la provincia de Entre Ríos, que había iniciado Ruíz Moreno, y murió mientras desempeñaba ese cargo.

La vocación histórica de Benigno T. Martínez se hizo pública en 1883 (25 de junio), fecha del primer centenario de Concepción, en que obtiene una medalla de oro de la Municipalidad de Juegos Florales por su obra Memoria acerca de la Conquista y Fundación de los pueblos de Entre Ríos. Pero ya era conocida su dedicación a la literatura escénica, aunque en general su producción en este campo no fue bien acogida por los críticos de su época; hasta donde llegan nuestros conocimientos, esas piezas no se han vuelto a representar. Su primera obra, según refiere Jacobo A. de Diego<sup>44</sup> fue estrenada en Asunción del Paraguay (Teatro Nacional, 1874), y se llamaba Independencia y Tiranía (o El doctor Francia). Más tarde, se volvió a montar a Gualeguay, Otras de sus obras para el teatro fueron Misterios del tío Pascual, que se estrenó en el teatro 1° de Mayo de Concepción del Uruguay en 1877; Por Aquí y por Allá, estrenada en 1878 en el mismo sitio; y la zarzuela Guerra de los Solteros, con música del maestro Lagarza. De Diego supone que también le pertenece La Flor del Azafrán.

Benigno T. Martínez ejerció el periodismo, y en tal carácter editó y dirigió “El Orden”, un bisemanario de Concepción del Uruguay, y a cuya redacción perteneció Luis Bonarparte. También creó y dirigió “El investigador”, de la misma ciudad, que, más que un

---

<sup>44</sup> Entre Ríos en la Dramática Argentina, edición de la Dirección de Cultura de la provincia (Paraná, 1970, p. 18).

diario corriente era un museo de informaciones históricas, científicas, artísticas y literarias de incalculable valor para los estudiosos y que todavía es de provecho consultar. Pero su obra máxima es la Historia de Entre Ríos, que algunas autoridades consideran no superada todavía, y que consta de cinco tomos. Por otra parte, escribió más de un centenar de monografías, numerosos poemas y tuvo tiempo asimismo para dedicarse a la pintura. Una hija suya, Argentina Martínez de Muzio, se consagró a escribir literatura teatral para niños.

A. Benigno T. Martínez se debe la información de que José Hernández, “tenido por algunos como hijo de Buenos Aires”, provenía de una familia de Paraná<sup>45</sup>.

NACIÓ en Gualeguay el 6 de diciembre de 1863. Ingreso al seminario de Santa Fe, ordenándose sacerdote a los veintiún años de edad<sup>46</sup>. Escribió algunos discursos y poemas, y de acuerdo a las escasas noticias que se poseen, asumió su vocación sacerdotal con verdadero espíritu evangélico. Sus frecuentes y arriesgadas visitas a la casa de una familia

<sup>45</sup> Diario “El republicano”, del 5 de febrero de 1890.

<sup>46</sup>

El nombre completo de Palma era Luis Nicolás Cayetano. Entre otros sacerdotes que escribieron en nuestra provincia debemos mencionar a Fray Reginaldo de la Cruz Saldana Retamar, Martín del Pospos, Luís Jeannot Sueyro y Luís de la Calle.

cuyos miembros padecían una enfermedad incurable hizo que ese mal lo alcanzara también a él, que murió ciego, en Paraná, el 27 de agosto de 1894. En 1898 la feligresía de Gualeguachú le erigió un monumento frente al templo parroquial. Pero sus restos sólo fueron trasladados a la ciudad de su adopción el 27 de agosto de 1919. También una calle

recuerda a este humilde poeta, que pasara por el Parlamento entrerriano, ocupando una banca como diputado. Sus versos, de tono menor, se reunieron en el libro Poesías, y solamente hallamos parcialmente rescatables algunas estrofas de un poema que dedicó a Gualeguaychú:

Gloria de aromas que a sus plantas quema  
un sol de fuego en el jardín del valle.  
Bella, ciñendo a su elegante talle  
de inmensas selvas el flotante tul,  
desde su lecho de fragantes flores  
virgen cautiva modulando amores  
levántase gentil Gualeguaychú

Bajo el celeste pabellón del cielo  
le dan arrullos las brillantes ondas  
donde las vestes de los sauces blondas  
sus pliegues mojan en el lago azul;  
e inclinada en el borde de la playa,  
como en el marco de luciente espejo,  
se retrataba en espléndido reflejo  
¡siempre esbelta y gentil Gualeguaychú!

CONTEMPORÁNEOS de los escritores que hemos venido tratando y que actuaron en medios políticos periodísticos o docentes similares, pero que han dejado una obra menor fueron, entre otros, los porteños Vicente G. Quesada y Juan Coronado, el uruguayo Victoriano E. Montes y los entrerrianos Honorio Leguizamón, Clodomiro Cordero, Benito G. Cook, Juan A. Mantero, Julián Monzón, Emilio Onrubia, José Benjamín Zubiaur y Floriano Zapata. Ninguno de ellos fue literario puro, pero su obra está conectada profundamente con las vivencias provinciales.

Josefina Pelliza

Nació el 4 de abril de 1848, en Concordia y murió en Buenos Aires el 10 de agosto de 1888. Era hija del coronel José María Pelliza, que tuvo destacada actuación en las luchas de la Independencia y en Caseros. Su madre fue Virginia Pueyrredón (hija de Juan Martín de Pueyrredón), y su hermano el historiador Mariano Pelliza.

Empezó a escribir muy joven: ya en Buenos Aires divulgó sus poesías en “La Nación” y otras publicaciones. “Fue alternativamente alabada y desdenada...” pero su obra ha perdurado y es indiscutiblemente una de las precursoras de las letras entrerrianas. De ella siempre se recuerda esta cuarteta:

Yo conozco un albergue allá en la loma  
que desciende el nivel del Uruguay,  
donde las plantas de silvestre aroma  
se abrazan en las ramas del Yatay.

Vicente G. Quesada

Dentro de la historia cultural y literaria de la provincia, la obra Quesada significó una aportación singular y sumamente valiosa con la fundación de la “Revista del Paraná” (1861). Nacido en Buenos Aires el 5 de abril de 1830, cursó el colegio de don Antonio Larroque y luego la universidad porteña, donde obtuvo el título de doctor en jurisprudencia (1855). En 1853 viaja por el interior del país, donde hace acopio de datos históricos y se radica finalmente en Paraná, entonces capital de la Confederación Argentina, donde obtiene un cargo en el ministerio del Interior. En 1856 es designado diputado nacional por Corrientes, y en 1860 se lo nombra secretario del Instituto Histórico y Geográfico.

Conjuntamente con el empresario del Boletín Oficial, don Carlos Casavalle, planea y lleva a la realización la obra que en esos tiempos y en América podría considerarse visionaria: la aparición de un órgano de cultura ajeno a las peripecias políticas comunes de la época. Un prospecto declara las intenciones de los fundadores: “Creemos que la revista será un medio eficaz de propender a la formación de un círculo literario nacional, que se consagre preferentemente al estudio de nuestro país y lo dé a conocer en todos sus aspectos: que preste a la historia, literatura y legislación americanas una atención especial,

poniéndonos al corriente del movimiento intelectual de las repúblicas Hispano-Americanas”<sup>47</sup>. En total, la “Revista del Paraná” llegó a editar ocho entregas mensuales; desde el número inicial (28 de febrero de 1861) hasta el último (30 de setiembre de 1861), con reimpresiones de varios números. El tema predominante es el histórico, y debe

destacarse las crónicas fundacionales de las ciudades de Corrientes y Salta, del propio Quesada, y textos de Benjamín Victorica, Balcarce, Necochea, Tomás Guido, coronel Melián, T.C. de Mosquera (sobre la entrevista de Guayaquil), Laspiur, Juana Manuela Gorriti (residente en Perú), Juan María Gutiérrez, Carlos Guido Spano, Juan Bautista Alberdi, Jerónimo Espejo, Diego Barros Arana, Ricardo Palma y muchos otros autores nacionales y extranjeros. La acogida de la revista fue unánime, y sus directores obtuvieron un cálido elogio estimulante del general Urquiza, que Beatriz Bosch transcribe en un artículo de “La Prensa”, del cual extraemos parte de los datos sobre esta publicación<sup>48</sup>.

En los números de esta revista, excepcional para la época, publicó Quesada varios ensayos propios, como una biografía de Monteagudo, las impresiones de viaje por las provincias del interior del país y un estudio sobre el juicio político en la Argentina. Publicó además la “Revista de Buenos Aires” y la “Nueva Revista de Buenos Aires”. Aparte de su obra en prensa, Quesada editó Memorias de un viejo, ¡que refleja una serie de recuerdos de la vieja sede de la Confederación” y de los hombres que actuaron en Paraná en esos tiempos. Este libro lo publicó Quesada con el seudónimo de Víctor Gálvez<sup>49</sup>. Escribió además: La vida intelectual en la América española (siglos XVI al XVIII); Crónicas potosinas; Los indios en la provincia del Río de la Plata; La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española; Historia diplomática latinoamericana (3 volúmenes), donde incluye una denuncia de la política expansiva de Brasil; Historia colonial argentina, que contiene, entre otros temas, el de las cuestiones limítrofes que aún tienen vigencia. Finalmente, debemos citar los tres libros que dejó inéditos: Mis memorias diplomáticas;

---

<sup>47</sup> Citado por Beatriz Bosch en el artículo Centenario de la “Revista del Paraná”, de “La Prensa” del 24 de diciembre de 1961. Esta nota está colmada de valiosas informaciones, según es habitual en esta historiadora entrerriana.

<sup>48</sup> “Trabajos de esa especie ---escribía Urquiza a Quesada--- merecen todo estímulo; tienen valor para el porvenir; no es la lucha estéril de la política, que esteriliza tantos talentos”. Es sugestiva esta última opinión

de un político profesional, como Urquiza.

<sup>49</sup> Ver Revista “Entre Ríos”, Paraná, 1956, págs. 35 y 62, publicación oficial que fue dirigida por Leandro Ruíz Moreno. Memorias de un Viejo se reeditó en Buenos Aires, en 1942.

Mis memorias políticas y Mis obras de historia colonial. Vicente G. Quesada, que tuvo una larga actuación en la Cancillería argentina, murió en Buenos Aires el 19 de setiembre de 1913. Su hijo Ernesto Quesada (Buenos Aires 1858-Suiza 1934) fue uno de los precursores del llamado “Revisionismo” histórico.

Clodomiro Cordero

Abogado, político jordanista<sup>50</sup> y escritor, muerto el 27 de setiembre de 1884, Cordero actuó como Juez de primera instancia, diputado provincial e integrante de la Cámara que eligió gobernador a Ricardo López Jordán en 1870. Luego de ser depuesto ese caudillo, Clodomiro Cordero pasó a Buenos Aires, donde, desde las páginas de un diario defendió ---bajo el seudónimo Clodio--- la causa jordanista contra el porteñismo. También en Buenos Aires ejerció su profesión. Con anterioridad, había defendido la libertad de sufragio prácticamente suprimido por Urquiza y denunció las anomalías del Poder Judicial, que dependía enteramente del caudillo de San José. Escribió en especial sobre el caso Frigueiro, hombre a quien se le había encomendado la recaudación de la contribución directa y el arrendamiento de los campos (1869), ocasión en que se cerraron todas las receptorías públicas. Fue un verdadero escándalo, que naturalmente debió incidir sobre el desprestigio de Urquiza.

Junto con Onésimo Leguizamón, Cordero escribe a Emilio Mitre para tratar la solución del diferendo entre el gobierno nacional y López Jordán y sus ministros, puestos fuera de la ley por Sarmiento (abril 1870). Ya hemos visto (Capítulo 4) los resultados de estas gestiones.

Cuando se suscitó la cuestión capitalina entrerriana entre Concepción del Uruguay y Paraná, sobre cuál de estas dos ciudades decía recaer la sede del gobierno, Cordero, en adhesión a Juan A. Mantero (que renunciara a su cargo de ministro de Hacienda del gobernador Racedo) escribió su obra más conocida, Horacios y Curiacios, publicada en Buenos Aires en 1883, en la que defiende el derecho histórico de Concepción del Uruguay

---

<sup>50</sup>

He aquí un texto apologético de Cordero sobre López Jordán: “El general López Jordán no es el caudillo vulgar y ambicioso que se ha dado en retratar; es el militar modesto y valiente que ha conquistado con virtudes cívicas el amor con sus comprovincianos”.

a ser capital de la provincia. Por otra parte, se opuso en forma terminante a ese traslado, e incluso trató, junto con otras personalidades de entonces, de insurreccionar a la población de Concepción del Uruguay.

Además de la obra mencionada, el doctor Cordero publicó Revolución de Entre

---

Ríos. La Guerra y la Paz, un folleto de 1871 acerca de los acontecimientos del año 1870, que tuvieron como figura central a Ricardo López Jordán.

Juan Antonio Mantero

Nacido en Paraná, estudió en el Colegio del Uruguay, donde obtuvo el título de abogado. Desde abril de 1870 fue ministro de López Jordán. El 23 de agosto de 1870 fue hecho prisionero de Diamante por las fuerzas nacionales, ya que Mantero había abandonado sus tareas oficiales para sumarse a la lucha armada. **Mmmmmmmmmmm** con la exquisitez de un orfebre”. De su obra publicada debemos citar Sinopsis de la ciudad de Santa Fe; Historia del periodismo argentino; Historia anecdótica del general Urquiza; Diccionario Bufo-Político y La cuestión presidencial.

Victoriano E. Montes

Abogado, poeta y educador, había nacido en la Banda Oriental el 8 de junio de 1855, pero desde su infancia residió en la Argentina, donde habían nacido sus padres y su mujer, Haydée López Torres. Estudió en el Colegio del Uruguay y luego en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, donde se graduó de doctor en jurisprudencia, profesión que no ejerció, dedicándose en cambio a la docencia y a la literatura. Fue profesor mientras estudiaba derecho, y en aquel carácter dictó las cátedras de Filosofía y Letras en el Colegio del Uruguay, y se desempeñó como primer bibliotecario y organizador de la Biblioteca Popular de Concepción del Uruguay. También dirigió la Escuela Normal de Dolores entre 1888 y 1894, y de la Capital Federal, desde 1894. Posteriormente pasó a ejercer el cargo de Inspector de Enseñanza Secundaria y Normal. Igualmente dictó clases en el Colegio Nacional de Tucumán y luego en la Escuela Normal de Profesores de Buenos Aires. Cuenta

León Rebollo Paz<sup>51</sup> que en la época de tensión con Chile, Montes formó un batallón de jóvenes de la escuela Normal de Dolores (de la cual era director) y desfilaban marcialmente por esa ciudad bonaerense, cantando las estrofas de “El Cadete del quinto batallón”. La educación absorbió toda su vida y aunque escribió preferentemente sobre temas de didáctica y legislación escolar, dejó muchas composiciones poéticas que han logrado permanecer en las antologías. Su obra lírica se recogió en un pequeño volumen el año 1942 y se reimprimió en 1955 (centenario de su nacimiento). Poeta de temas tradicionales e históricos, toda una legión de estudiantes supo de memoria esos poemas que el mismo autor les entregaba: “La lanza de Baigorria”, “Canto a Juan Bautista Cabral”, “El abanderado de Belgrano” y, desde luego, sus divulgados ---en toda América--- “La tejedora de ñandutí” y “El tambor de San Martín” (Bruno Alarcón, que fue entrerriano), muchas de ellas musicalizadas. “Montes se reveló en él [“El tambor de San Martín”] un verdadero poeta, ingenuo, popular, a la manera de Béranger, en su mmmmmmmmmmmmm sus mejores tiempos, y sus estrofas, reproducidas inmediatamente en toda la República y en el exterior, sirvieron de base para la sólida reputación que desde entonces le acompaña. La profunda originalidad de esa composición, la elegancia y sencillez de su estilo, la emoción patriótica de que está impregnada, hacen que ella se destaque alumbrada por luces propias entre las producciones contemporáneas de nuestra literatura” (Martín García Mérou, Recuerdos literarios).

Julián Monzón

Son muy escuetos los datos que se conocen de este escritor entrerriano, nacido en Rosario de Tala en 1847 y muerto en 1940. Su actuación fue eminentemente política, y su obra única, Recuerdos del pasado, lleva como subtítulo Vida y Costumbres de Entre Ríos en los tiempos viejos. Se publicó en 1929. Se trata de un conjunto de evocaciones de la vida y los hábitos de la gente provincia ¿. Se editó en Buenos Aires.

Máximo Álvarez

---

<sup>51</sup> “La Nación”, 27 de febrero de 1977.

Educador entrerriano y humorista que popularizó el seudónimo de “Fray Lanceta”. Nació en Rosario del Tala el 2 de octubre de 1858 y murió el 25 de noviembre de 1921. Tenía quince años cuando fue favorecido con una beca para estudiar en el colegio de Concepción del Uruguay, donde intervino activamente, con Zubiatur ---de quien fue muy amigo--- en la fundación de la sociedad educacionista “La Fraternidad”, en 1877<sup>52</sup>. Se le encomendó preparar la edición del primer “Número Único” del Colegio (hoy pieza para bibliógrafos), y colaboró en la erección del monumento triangular del Patio de Honor del Colegio histórico, del cual fue catedrático de Dibujo Lineal, Aritmética, Álgebra y Geometría práctica, Trigonometría y Cosmografía. El 27 de julio de 1892 fue nombrado vicerrector del establecimiento. En otro orden de actividades, integró la Comisión de tierras, puentes y caminos, y como vocal, formó parte del Consejo de Educación del distrito. Es tarea perentoria recobrar para los lectores de hoy su vasta obra humorística enterrada en desaparecidos diarios de la provincia.

### Emilio Onrubia

Fue periodista, militar, novelista y autor de teatro. Nacido en Paraná el 6 de octubre de 1849, falleció en Buenos Aires el 18 de abril de 1907. Según algunos documentos<sup>53</sup>, habría nacido en 1942. Tomó parte en la guerra del Paraguay, ejerció el periodismo en “El Amigo del Pueblo” y en “La Patria Argentina”. De acuerdo a algunos comentaristas, se lo llamaba “el loco Onrubia” por su forma más o menos disipada de vivir, afecto al juego y otras especulaciones. Construyó un teatro en Buenos Aires, que luego perdió, y que inicialmente se llamaba “Onrubia”. Luego de vendérselo a un amigo pasó a denominarse “Victoria” y luego “Maravillas”, donde se representaba la pieza de Leguizamón, Calandria. Fue demolido hace algunos años.

---

<sup>52</sup> Cf. La fraternidad: Tres hombres, tres épocas, de Enrique Codina, y el ya citado libro de Antonio Sagarna, El Colegio de Uruguay. Aparte, se han publicado numerosos, recuerdos de aquel internado, de los que señalamos las Memorias de un provinciano, de Mastronardi.

<sup>53</sup> Libro de Bautismos de la Iglesia Catedral de Paraná, da la fecha de 1842. Pero Jacobo A. de Diego, en su obra Entre Ríos en la Dramática Argentina ya citada, conjetura que esa inscripción puede no haber sido la del Onrubia que tratamos, sino de un hermano mayor que falleció prematuramente y que, como se acostumbra, al hijo siguiente se le adjudicó el mismo nombre.

La obra escrita de Onrubia carece de reales valores y revela una gran falta de imaginación. Aparte de sus novelas Descenso; En Carne Viva y Adela Alfaro, dejó para la escena las siguientes piezas: La Coqueta de Gualeguaychú (1863), juzgada por Cándido Irazusta como un plagio de Bretón de los Herreros<sup>54</sup>; La Hija del Obispo; Los Cofrades de Pilatos; La copa de Miel; El Payador (con música de A. D. Podestá); Lo que sobra y lo que falta (revista política) y Vieja Doctrina.

Si nos atenemos a su fecha de nacimiento, Onrubia habría escrito su primera obra para teatro a los catorce años de edad.

José Benjamín Zubiatur

También íntimamente ligado a la historia de “La Fraternidad”, Zubiatur es inseparable de los orígenes de esa singular institución entrerriana. Nacido en Paraná el 31 de marzo de 1856 y muerto en Buenos Aires el 7 de setiembre de 1921, realizó los estudios primarios en su ciudad natal, fue dependiente de comercio a los diecinueve años, hasta que pudo ingresar al Colegio del Uruguay donde actuó, además, de celador y bibliotecario. Junto con Barroetaveña, Sagarna y otros, participó de la fundación (1877) del internado de estudiantes que ya mencionamos al principio de este párrafo y que alojó a estudiantes de muchas naciones sudamericanas. Zubiatur no ejerció su profesión de abogado (se graduó en Buenos Aires), dedicándose de preferencia a la enseñanza, en cuyo ámbito se desempeñó como inspector nacional, rector, profesor de la Escuela Normal y Liceo de Señoritas (1897), vocal del Consejo de Educación (1897) y rector, durante siete años, del Colegio Nacional del Uruguay “Justo José de Urquiza”, varias veces mencionado en esta obra como Colegio del

---

<sup>54</sup> Magnasco tradujo a varios poetas latinos. Sus Odas de Horacio (L. de Berra, Buenos Aires, 1893) llevan un extenso prólogo, de una prosa ática, como por ej. Este pasaje: “El ánfora que guarda en sus seno perfumado el claro juego de racimos de Falerno, como la sombra protectora de las arboledas en los días abrumadores del verano; el título ambiente del hogar en las noches de invierno en que emperadores o campesinos se reconfortan en torno de la lumbre, como el húmedo frescor de los arroyos que encantan con los rumores de sus náyades risueñas y la plácida serenidad de la vida agreste y las dulces satisfacciones del reposo, son el ideal moral de la existencia, el bien que perseguimos; como lo son del alma la consoladora tranquilidad de la conciencia, la estoica conformidad por las contrariedades dolorosas, las fruiciones sin excesos en las horas fugaces de las alegrías; el sentimiento de la gratitud para con la amistad bienhechora; el culto de la memoria paterna, y el reconocimiento levantado hacia la suprema bondad de los dioses y la sumisión resignada por sus altos y siempre benéficos designios. Ese es el bien moral y ese es Horacio”. Esta es una página ejemplar, entre las mejores y de más pura prosa poética que se hayan escrito en Entre Ríos.

Uruguay. Precisamente fue bajo su rectorado cuando se inició la admisión de mujeres; la primera de ella fue la más tarde brillante doctora en medicina Teresa Ratto. También en el ámbito educacional dictó cátedras de Filosofía y presidió el Consejo de Educación de la provincia de Corrientes.

En 1899 viajó por Europa en representación del gobierno argentino, y como enviado de Entre Ríos y Corrientes en la Exposición Universal de París. Visitó asimismo Suiza, Bélgica y Alemania, imponiéndose de sus más modernos sistemas educacionales. Más tarde pasó a Estados Unidos con idéntico propósito. En 1903 se lo designó miembro de la Convención Constituyente. Zubiaur escribió: La Protección del Niño; la Escuela Primaria de Francia; Enseñanza de Adultos e Instituciones Complementarias de la Escuela de Norteamérica; La Enseñanza Práctica e Industrial en la República Argentina; Surcos y Semillas Escolares; y Educar es Gobernar.

#### Oswaldo Magnasco

No se lo puede considerar un escritor “profesional”, porque las tareas oficiales y políticas públicas colmaron toda su existencia. Nacido en Gualeguaychú el 4 de julio de 1864, estudió en el Colegio del Uruguay, se graduó en leyes (con una tesis sobre “el hombre delincuente”), pero jamás descuidó el estudio de la cultura latina clásica, sobre la cual ha dejado algunas páginas de excelente prosa<sup>55</sup>. Pero fue en la oratoria parlamentario ---actuó como diputado nacional por Entre Ríos--- donde halló la consagración de sus contemporáneos, y en su labor de jurista y funcionario demostró una capacidad singularmente creativa. Cuenta Ricardo Rojas que se jactaba del hecho de que sus colegas del Parlamento le llamaran “montielero”, por su vehemencia. Magnasco instituyó los

---

<sup>55</sup> Magnasco tradujo a varios poetas latinos. Sus Odas de Horacio (L. de Berra, Buenos Aires, 1893) llevan un extenso prólogo, de una prosa ática, como por ej. Este pasaje: “El ánfora que guarda en su seno perfumado el claro jugo de racimos de Falerno, como la sombre protectora de las arboledas en días abrumadores del verano; el tibio ambiente del hogar en las noches de invierno en que emperadores y campesinos se reconfortan en torno de la lumbre, como el húmedo frescor de los arroyos que encantan con los rumores de náyades risueñas y la plácida serenidad de la vida agreste y las dulces satisfacciones del reposo, son el ideal moral de la existencia, el bien que perseguimos; como lo son del alma la consoladora tranquilidad de la conciencia, la estoica conformidad por las contrariedades dolorosas, las fruiciones sin excesos en las horas fugaces de las alegrías; el sentimiento de la gratitud para con la amistad bienhechora; el culto de la memoria paterna, y el reconocimiento levantado hacia la suprema bondad de los dioses y la sumisión resignada por sus altos y siempre benéficos designios. Ese es el bien moral y ese es Horacio”. Esta es una página ejemplar, entre las mejores y de más pura prosa poética que se hayan escrito en Entre Ríos.

Consejos de Guerra de la Justicia Militar, así como el Tribunal Superior de la misma, y perteneció a esa jurisdicción como abogado asesor. Durante la segunda presidencia de Roca fue designado ministro de Justicia e Instrucción Pública, cargo que declinó después de un debate parlamentario con otro entrerriano, Alenjandro Carbó. Sus proyectos y realizaciones fueron considerados revolucionarios y se le hizo una denodada oposición, que llegó hasta la mofa, y hasta el insulto y manifestaciones callejeras en su contra. “¡Abajo el ministro loco!” era una de la frases más corrientes en aquellas manifestaciones, y la revista “Caras y Caretas” abundaba en caricaturas y versos satíricos. Magnasco se retiró de la vida pública, obviamente desencantado, en 1901.

Antes, el 30 de marzo de 1900, un decreto del Poder Ejecutivo Nacional establecía cuáles eran los versos del Himno Nacional que debían cantarse, y se suprimían aquellos que eran agraviantes para España, “escritos con propósitos transitorios, los que hace tiempo han perdido su carácter de actualidad”. Todos los ministros firmaron tal decreto, menos Magnasco, actitud que Aníbal S. Vásquez encuentra, sorprendentemente “digna de mención”<sup>56</sup>.

Su ciudad natal le ha rendido un perdurable homenaje al dar su nombre al más importante de sus institutos culturales. Magnasco murió en Buenos Aires el 4 de mayo de 1920.

#### Juan Coronado

Actuó en Entre Ríos pero nació en Buenos Aires, desde donde debió emigrar luego de la caída de Rosas, puesto que era profundamente federal. En esta provincia, no obstante su militancia rosista, se desempeñó como secretario de Urquiza en diversas oportunidades, hasta que abrazó la causa jordanista. Como Francisco F. Fernández, también jordanista, se dedicó a redactar proclamas antiurquicistas. Juan Coronado publicó, en esta tendencia, un folleto titulado La Candidatura Urquiza ante la Historia de sus propios hechos, en 1867, el mismo año en que Andrade edita Las Dos Políticas. Un año antes había dado a la imprenta

---

<sup>56</sup>

A.S. Vásquez, Dos Siglos de Vida Entrerriana. Agreguemos que Magnasco procedía de una familia de navegantes genoveses, cuyo primer emigrante político a América fue el abuelo de este autor, Giambattista (Vida y Obra de Osvaldo Magnasco, precursor, Juan Manuel Palacio, Clarín, 2 de marzo de 1981,

otro libro desfavorable al gobernador entrerriano, Los misterios de San José (Buenos Aires, 1866).

Juan Coronado, después de la derrota de Ricardo López Jordán, pasó a Buenos Aires, donde continuó luchando por la restauración del jordanismo. Fue padre del crítico teatral Martín Coronado.

SEGUNDA PARTE

## EL DESLINDE

JOSÉ S. ÁLVAREZ - FRANCISCO A. BARROETAVERÑA

RAMÓN ROMERO - JUAN BAUTISTA AMBROSETTI

MARTINIANO LEGUIZAMÓN

## EL DESLINDE

EN esta segunda parte de esta Historia de la Literatura Entrerriana tratamos a esos escritores que, por su nacimiento y la fecha de publicación de sus obras están a caballo entre el siglo XIX y el siglo XX. Con el mismo criterio con que agrupamos a los autores del pasado siglo, es decir, sin hacer ninguna discriminación de los géneros que frecuentaron, en esta parte soslayamos asimismo esa división. Sólo a partir de la tercera parte, EL SIGLO XX, dividimos a los autores por géneros, por considerar que sólo entonces se aprecia una diferenciación neta en las respectivas producciones. Muchos escritores participan de la frecuentación simultánea de varios géneros literarios ---ensayo, teatro, cuento, novela, poesía, caso Manauta i Susana Giqueaux ---sin que pueda decirse que alguno de ellos tenga más marcada primacía sobre el resto.

FRAY Mocho es seguramente el primer caso de escritor entrerriano para quien la literatura fue una vocación profesional, el que dejó una obra estructurada a conciencia, personificando por ello y por entero al hombre de letras dedicado a una labor que todos los que hemos tratado antes realizaron puramente por imperio de las circunstancias o por mero pasatiempo evocativo (por ejemplo, la obra de Monzón o la de Evaristo Carriego el Viejo). Claro está que no se puede considerar “pasatiempo” a las arduas investigaciones de Benigno T. Martínez, Floriano Zapata, Ruíz Moreno o Juan Coronado, entre otros. Hablamos aquí de autor literario casi puro, para quien el arte literario representa la cardinalidad de su vida, la manifestación de una voluntad creadora, el testimonio vital de una época y de la gente de una época y de un lugar determinado. Y en este diagrama, sin duda, el primero que entra con amplios derechos es justamente Fray Mocho.

En la Argentina son muy pocos los antecesores de una narrativa de tipo naturalista realista: Martel, Cambeceres (sin olvidar el primer gran antecesor del realismo: el Echeverría de El Matadero). Pero a ese realismo, el Mocho Álvarez le adicionó un integrante nuevo: el habla popular, preanunciado, pero con gente de la campaña, por Ascasubi y por Hidalgo, por Obligado y José Hernández. El habla de la ciudad callejera (milicos, sirvientas, mayoriales de tranvía, lecheros), y el habla de la gente de “medio pelo” irrumpe en las letras argentinas por primera vez con Fray Mocho.

Todo lo referente al “Mocho Álvarez” ---como se lo llamaba--- parece comenzar con un enigma que no es tal: el de su segundo nombre. En el acta de bautismo se lee: José SEFERINO, con S. No nos explicamos por qué razón algunos autores lo han rebautizado José de los Santos Álvarez, como hizo Amaro Villanueva en una lejana publicación<sup>57</sup>; o José Ciriaco, como lo escribe Pedro Daniels<sup>58</sup>: “Había nacido José S. Álvarez ---escribe este

<sup>57</sup> Mario “La Calle”, de C. del Uruguay. No recordamos con exactitud la fecha, pero fue en enero o febrero de 1944. El título de la nota era “A los sopapos con Fray Mocho”, que se remataba con un soneto, “Sermón a Fray Mocho”, incluido luego en Son sonetos (1952).

<sup>58</sup> Advertencia de P. Daniels que antecede al texto de Un viaje al país de los matreros (Editorial Hemisferio, Bs. Aires, 1953). Además, en un “Noticia” de esta misma edición, hacen morir a Fray Mocho en Asunción del Paraguay (!!). Lo cierto es que el Mocho estuvo en esa ciudad, adonde viajó en procura de una mejoría a su enfermedad de pecho. En la edición popular de Eudeba de En el mar austral (2ª. Edic. enero de 1961) su

autor--- (la S. corresponde al nombre Sixto, aunque en realidad su verdadero nombre era José Ciriano)”, pese a la S. irreversible, se llamaba Ciriaco ---tendría que haber sido Siriaco entonces, que onomásticamente tiene otro significado<sup>59</sup>--- pero tomaremos esto por conjetura. Tampoco dice por qué la S corresponde a Sixto. En esta obra nos ajustaremos a la denominación documental, a las notas citas, y en especial, la última.

José Seferino Álvarez, que se ha perpetuado con su seudónimo Fray Mocho (con el cual lo trataremos aquí en adelante, ya que su propia familia la llamaba “el Mocho”, como a José Hernández lo llamaban en su casa “Martín Fierro”), nació en Gualeguaychú el 26 de agosto de 1858 y murió de bronconeumonía en la Capital Federal el 23 de agosto de 1903, cuando apenas le quedaba un solo pulmón útil. No había cumplido todavía cuarenta y cinco años. Fue asistido hasta sus últimos momentos por su hermano médico, Fernando Álvarez.

Hijo de Desiderio Álvarez Gadeao y de Dorina Escalada Baldez, el Mocho estudió sus primeras letras, desde 1866, en la escuela particular de don Olegario Errazquin y pasaba los meses de vacaciones en la estancia “Campos Foridos”, del departamento natal. No es extraño, pues, ver el manejo que hace Álvarez mucho después del vocabulario campero, al comprobar un conocimiento tan exacto de la vida rural entrerriano.

Agraciado con una beca, pasó al Colegio del Uruguay, y cuando las becas fueron suprimidas en 1879, por economía, ingresó a la Escuela Normal de Paraná, gracias a otra beca que le hiciera conceder Onésimo Leguizamón, entonces ministro de Educación Nacional, hecho que el propio Álvarez relata en Salero Criollo. En Paraná abandonó los estudios y se radicó en Buenos Aires en diciembre de 1879 para dedicarse al periodismo tal como él ya lo concebía, pero con una característica personal tan acentuada que al mismo tiempo iba a inaugurar un amplísimo campo en la esfera propiamente literaria.

Su paso por la repartición policial no dejó de ser notado, porque en 1886 el Jefe de Policía, coronel Aureliano Cuenca le pide la organización de la Comisaría de Pesquisas, tarea que llevó a buen término y a la que dotó, asimismo, de un Reglamento, agregando por su cuenta, en 1887, un libro para uso privado de la oficialidad: Galería de Ladrones, con

---

anónimo prologuista escribe José Cirisco, y agrega: “a quienes muchos conocen por José Sixto Álvarez” (?).

<sup>59</sup>

Ciriaco deriva del armenio giragos o Kirakos, traducido por Ciriaco. Kirakos es también griego, y se sabe que la K helénica se traduce siempre por C (o por Q) como Kalisto (Calixto), Kefiso (Cefiso), etc. Siriaco, por otra parte, es un gentilicio, y significa “oriundo de la Siria”.

retratos y maneras de delinquir de cada uno<sup>60</sup>, sin mayores valores literarios, pero que nos ofrece un indicio valioso sobre sus dotes de observación. Terminada esa labor, se lo nombró inspector general de la Municipalidad (intendencia de Antonio Crespo), en la que organizó una campaña contra el juego clandestino.

Su obra Memorias de un Vigilante aparece en 1897, firmada con el seudónimo Fabio Carrizo. El ministerio de Marina lo contrata ese mismo año para reclutar futuros marineros en las islas del Delta, y esa misión fructificó en otro libro, Viaje al país de los matreros (1897), cuyo subtítulo era “cinematógrafo criollo” que motivó un estudio de Miguel Cané en “La Prensa”. En 1898 escribe, por una apuesta, En el Mar Austral (Croquis fueguinos), libros de pura y entera imaginación<sup>61</sup> ya que el propio Fray Mocho se encargó de acentuar que jamás había visitado los lugares que describía (en la Patagonia), y que allí estaban recreados con un inusitado realismo e increíble vivacidad, de acuerdo a las opiniones de testigos presenciales.

Este mismo año 1898 adquiere un significado muy especial para José S. Álvarez y para el periodismo argentino y latinoamericano, pues se funda la revista “Caras y Caretas”, cuyo primer número data del 8 de octubre de 1898. Son sus fundadores José S. Álvarez, Bartolito Mitre, el dibujante Manuel Mayol y Eustaquio Pellicer. Esta revista semanal, aparte de su significación estrictamente periodística (que fue excepcional) interesa porque llegó a constituirse en el vehículo natural que utilizó el Mocho para dar salida a esa ingente y abigarrada colección de personajes populares (Cuentos de Fray Mocho) que por primera vez hacía irrupción en la literatura argentina y que acabaron por consagrar a su autor como a uno de los psicólogos más perspicaces y como un exactísimo precursor del lunfardo. Es en esos cuentos y esas crónicas populares donde Fray Mocho desecha por completo “las flores de papel de la literatura”<sup>62</sup>, y su estilo es la fidelísima resonancia del habla de la cotidianidad ciudadana, El mismo esmero en transcribir lenguajes de áres hablantes separadas está reflejado en casi todas las páginas del Viaje al país de los matreros.

---

<sup>60</sup> Se asegura que fue el primer trabajo de criminología en la Argentina, y que se ocupó de él en la cátedra de Derecho el doctor Luís María Drago. Se lo conoce también con otro título: La vida de los ladrones célebras de Buenos Aires y sus maneras de robar.

<sup>61</sup> Hay una edición reciente (Eudeba, Bs. Aires, 1960) con una introducción sin firma.

<sup>62</sup> Esta expresión de César tiempo está contenida en una nota que escribió sobre Roberto Arlt.

Se sabe que Fray Mocho pensó escribir para el teatro, y no cabe duda alguna que se hubiera volcado sobre el sainete, dadas sus inclinaciones. Por último debemos decir que, en su juventud, el Mocho escribió poesías.

Aparte de los diarios que hemos citado al principio, José S. Álvarez fue redactor de “El Nacional”, “La Patria Argentina”, “La Razón”, “Sudamérica” y “Fray Gerundio”; en esta última revista tuvo como compañero a su amigo Ramón Romero, al que dedicó unas emotivas páginas, recogidas luego en ensalero Criollo, y al que nosotros trataremos seguidamente. Los celebrados Cuentos de Fray Mocho, editados en 1906, son los mismos que publicaba “Caras y Caretas”, revista en la que utilizó otros seudónimos: el ya citado Fabio Carrizo, y Detective, Nemesio Mechua, Fray Gerundio y Benigno Pinchuleta. Según Fernando Guilbert<sup>63</sup> utilizó el seudónimo de Sargento Pita para firmar una nota sobre el tango.

Fray Mocho se constituyó ---y se mantiene aún--- en un arquetipo de la literatura popular, picaresca, satírica del Buenos Aires previa al Centenario, la de la primera gran expansión. Pese a haber vivido más en Buenos Aires que en su provincia natal, nunca dejó el Mocho Álvarez de ser un entrerriano, recordar a Entre Ríos y escribir comprovincianos (Leguizamón, Romero) o condiscípulos del colegio de Concepción del Uruguay.

En la historia de nuestra literatura, el Viaje al país de los matreros es una presencia insoslayable. De un valor mucho mayor que cualquier libro de su comprovinciano Leguizamón, esa “crónica” realista de ciertos ámbitos de la provincia se ha convertido en la primera obra que describe costumbres, personajes, y también de criollos de pura cepa, pescadores, nutrieros, carboneros y hasta gringos, que acogían muchas veces a los bandoleros románticos del cuño de los dos Calandria y los Poncho Verde.

Sin Mocho, la mayoría de ese material vivo y auténtico no hubiera perdurado, porque ningún otro entrerriano de la época los resguardó en tal magnitud y con tal naturalidad<sup>64</sup>. Al Mocho le somos deudores de que vaya siempre más allá de la anécdota y ahonde en el tipo, en la idiosincrasia entrerriana, intuidos también por Ricardo Rojas y

---

<sup>63</sup> El tango, un mito popular, en “Clarín” del 3 de enero de 1980. El artículo de Fray Mocho salió en “Caras y Caretas” (1903).

<sup>64</sup> J. S. Álvarez menciona las leyendas entrerrianas que oyó por primera vez “en los fogones camperos de Entre Ríos” (Cuentos de Fray Mocho, p. 11, Edit. Tor, 1947). Temas entrerrianos figuran en las págs. 11, 24, 33, 50, 62, 64, 95 y 97 de esta edición).

otros autores extraprovinciales. Igualmente, ese estilo sin barroquismos de Álvarez es un factor idiomático que lo eleva muy por encima del lenguaje sintácticamente plagado de incorrecciones de Montaraz, por ejemplo. Los personajes de Viaje al país de los matreros son enteramente de carne y hueso, no meros entes ventrílocuos del autor. El Mocho fue, esencialmente, un hombre de pueblo, y esa personalidad múltiple le hizo accesible todas las más variadas psicologías, aun las perturbadas por el instinto del crimen.

Aunque José S. Álvarez, salvo ese libro, no dedicó otro en especial a su provincia, casi todas sus obras están salpicadas de recuerdos y anécdotas de Entre Ríos. Falta “Cuadros de la Ciudad” (1906); “Salero Criollo” (1920).

DURANTE años fue el amigo y compañero inseparable de Fray Mocho, y éste, así como a Martiniano Leguizamón debemos las más ciertas (aunque escasas) noticias de su vida colmada de penurias económicas. Ramón Romero era entrerriano, y autor, primeramente anónimo, de una novela, Los amores de Giacumina, que publicaba en forma de folletín en la hoja picaresca y política llamada “Fray Gerundio”, que había fundado con Fray Mocho en 1886. José S. Álvarez relata, en Salero Criollo, que se habían conocido “allá por 1880”, cuando ambos estaban interesados en la lucha por cuestiones del gremio periodístico. “Esta lucha nos hizo intimar mucho”, dice Álvarez, al recordarlo en el artículo necrológico que le dedicó. Solían reunirse con otros activistas de la profesión en dos cafetines de la calle cortada del Mercado del Plata (hoy Carabelas), llamados “Croce di Malta” y “Volta”, y luego en la “Rotisserie Charpentier”. Nunca quiso casarse Ramón Romero, y ponía como principal obstáculo su pobreza. Murió de una enfermedad pulmonar, como el mismo Fray Mocho. Martiniano Leguizamón, en carta a García Velloso<sup>65</sup>, lo retrata así: “Era un tipo travieso, de gracia fácil, que escribía con mucha intención. El diarito era popular (“Fray Gerundio”), el público lo arrebatava a los vendedores. Viajaba por ese tiempo en el tranvía de a caballos de la línea Flores, los viajeros nos conocíamos y se hacía tertulia en voz alta. Recuerdo haberlos oído comentar y reír de las saladas ocurrencias de Giacumina, entre otros a mi profesor, el Dr. Pedro Goyena... Yo solía discutir con Romero sobre el género cocolichesco que explotaba, porque lo consideraba falso, pues fue inventado como Ud. sabe por un bohemio durante las representaciones de Juan Moreira, porque el grotesco personaje no existe en la novela de Gutiérrez...”

El origen entrerriano de Romero está certificado por Leguizamón en la misma carta: “Ramón Romero, un talentoso y espontáneo escritor entrerriano...”

---

<sup>65</sup> Juan José de Urquiza, Martiniano Leguizamón, en “La Nación” del 24 de febrero de 1961.

Los amores de Giacumina de Romero, sirvió de base para el autor Agustín Fontanella, que en 1906 escribió un sainete con el mismo título.

COMO Fray Mocho, como Leguizamón, abarca dos épocas, está en el declive de dos siglos. No fue nunca un literato, en el sentido corriente del término, pero su obra debe figurar en esta primera recensión de autores de Entre Ríos que, más que pretender erigirse en historia aspira única y modestamente ser un registro, que otras manos ampliarán y perfeccionarán más adelante.

Barroetaveña es oriundo de Gualeguay, donde habría nacido en 1856<sup>66</sup>. Cursó estudios secundarios en el Colegio del Uruguay donde, con otros estudiantes ---Zubiaur, Sagarna, etcétera--- participó en la fundación de “La Fraternidad”. Radicado en Buenos Aires, ejerció su profesión de abogado simultáneamente con la de periodista, en el ya extinguido “El Diario” de Láinez. Sus crónicas sobre la primera guerra mundial, excepcionales modelos de prosa diaria y que absorbieron el interés del gran público, constituyeron de inmediato el libro Alemania contra el mundo (1915), donde se lo ve decididamente antigermano. En una respuesta a David Peña ---que defendía cierta forma de germanismo--- escribió Barroetaveña: “...Siento instintiva repulsión por el kaiserismo, sin palabra ni honor internacional; por el bandolerismo que asalta, mata, viola, corta las manos a los niños, inmola prisioneros y heridos, saquea, incendia, practica el chantage con el cañón al pecho a ciudades indefensas... También siento repulsión por la cínica falta de fe honesta (ya que hay púnica y prusiana), con que el kaiserismo viola las leyes y doctrinas de la guerra, de Ginebra, de sus universidades, etc. ¿Cómo se extraña, amigo Peña, que no me subleve contra ese azote prusiano, bárbaro, sanguinario, infidente, desleal, destructor, perturbado al rojo con ensueños napoleónica?”

---

<sup>66</sup> Román, en “Terruño”, dice que nació el 20 de julio de 1856 en Gualeguay y murió el 27 de noviembre en Bs. Aires.

Fue un decidido antiimperialista, en especial cuando protestaba por la expoliación extranjera a que era sometido nuestro país. En ocasión de su doctorado, presentó una tesis sobre el matrimonio civil, “que fue ---dice--- reprobada por los doctores católicos”. En la carta antecitada, que alude a un reproche de uno de sus profesores en el sentido de que debía escribir con menos apasionamiento, escribe: ¡Sigo creyendo que el atraso y el absolutismo, requieren la vehemencia en las ideas, y la explosión revolucionaria, cuando se agotan todos los procedimientos pacíficos. Hay que derribar la iniquidad prepotente, sea la teocracia, Juárez Gelman o el káiser invasor y exterminador; el lema de Voltaire es bandera: écrassons l’infame!”.

La obra de Barrostaveña se integra con: El Matrimonio Civil; Inconstitucionalidad de una ley de Entre Ríos; Perfiles Biográficos; Naturalización de extranjeros; Política Contemporánea; 14 Panegíricos; Autonomía Municipal; Propaganda Liberal (en colaboración con J.B. Zubiaur, edición de la Cía Sud Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1913); El clericalismo y el divorcio. La emancipación italiana; Sociedad de Beneficencia; Residencia constitucional para ser diputado nacional; Reseña histórica de Unión Cívica; Ensayos Periodísticos; La vitivinicultura en el Litoral; Derecho de representación en la línea colateral; Usufructo máximo de las corporaciones; Las capellanías ante el derecho moderno; Primas a la exportación de azúcar; Quiebras y síndicos; Prescripción treintenaria; Convención Nacional; Depósito judicial a metálico; Elena de Montenegro; Radicalismo Argentino; y Rectificaciones al señor Groussac.

JUAN Bautista Ambrosetti nació en Gualeguay el 22 de agosto de 1865, y murió en Buenos Aires el 28 de mayo de 1917, luego de haberse constituido, en mérito a una incansable labor, en uno de los pilares de las ciencias etnográficas y arqueológicas del país y de América. Radicado desde su adolescencia en la Capital Federal estudió en el Colegio Catedral al Norte y después en el Nacional de Buenos Aires, donde ya evidenciaba su predilección y preocupación por las disciplinas ---incipientes aún--- que se basan en un estudio de la evolución del hombre; la antropología y las materias conexas, como el folklore, la etnografía, la arqueología y la epigrafía. En 1882 conoció a Florentino Ameghino, y aunque su vocación ya estaba encaminada, esa relación sirvió para fortalecer su decisión de rehacer la prehistoria argentina, es decir, la reconstrucción del pasado indígena. Apenas tiene veinte años cuando participa de una expedición de naturalistas al Chaco, y al año siguiente se radica en Paraná, incorporándose al Museo de Ciencias Naturales, al que dona sus primeras colecciones etnográficas y zoológicas. Entre tanto, se desempeña como secretario de policía y trabajo con el profesor Pedro Scalabrini, hasta la definitiva fundación del citado Museo.

Más tarde efectúa numerosos viajes a lo largo y ancho del país, especialmente a la quebrada de Humahuaca, pagándose las expediciones de su propio peculio. En aquella zona realiza importantes descubrimientos que esclarecen algunos puntos controvertidos de las culturas indígenas, entre ellos, la revelación de las ciudades de los quilmes y La Paya.

En 1886 se lo designa Director de la sección zoológica del Museo paranaense- En 1902 viaja a Estados Unidos, donde asiste al Congreso Científico de Nueva York. En 1905 dirige el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, instituto que, además, le otorga el título de doctor honoris causa, le brinda sus cátedras (de arqueología americana) y lo adscribe como académico. Este ralo Museo fue muy pronto enriquecido por Ambrosetti, en forma tal que pasó a ser el más importante de América

Latina. Con posterioridad, el sabio entrerriano dirigió el Museo Etnográfico de la Universidad de La Plata.

Esta naturalista brillante y sagaz representó a la Argentina en gran número de congresos científicos. Su labor fue continuada por su discípulo Salvador Debenedetti, quien realizó la compilación del Índice bibliográfico de su maestro que figura en la obra Supersticiones y Leyendas (Edic. "La Cultura Argentina", 1917, con numerosas reediciones).

Ambrosetti desposó a la hija de otro naturalista, Eduardo Holmberg. Un monumento a su memoria se le erigió en el Pucará de Tilcara.

De su intensa labor escrita citamos Viajes de un maturrango (1893), libro firmado con el seudónimo Tomás Bathata, que relata con minuciosidad sus viajes, excavaciones y hallazgos. Además: Las Grutas Pintadas; Los monumentos megalíticos del Valle de Tafi; El símbolo de la serpiente; El sepulcro de La Paya; Los cementerios prehistóricos del Alto Paraná; Viajes a la Pampa Central, etcétera.

A caballo entre dos siglos, Martiniano Leguizamón está considerado como el patriarca de la literatura típicamente entrerriana, título acordado en especial por el contenido telúrico de algunas de sus obras, como Calandria y Montaraz, y ¿por qué no?, por su propia personalidad y su actuación en distintos ámbitos de Entre Ríos, a lo que debe sumarse una evidente influencia sobre la temática de escritores que le sucedieron y que en varios casos retomaron el mismo camino, rehicieron idénticos personajes y paisajes, se apoyaron de modo obstinado en las mismas constantes de la entrerrianía.

Hijo de estanciero, criado en estancia, dueño de campos propios, Leguizamón no podía eludir ese reclamo de la tierra y sus hombres, y aún cuando estuvo dedicado a menesteres ciudadanos y a intereses muy distintos y distantes de los que caracterizan la vida campesina, jamás dejó de estar espiritualmente habitado por los recios hombres y mujeres que conociera en su infancia y en su juventud, y que más tarde llevaría a las páginas de sus libros. “Es urgente salvar al gaucho, antes que se pierda para siempre”, fue una de sus consignas. ¿Lo salvó? La renuncia de Calandria a un tipo de libertad nos deja este interrogante. ¿Se salvó Martín Fierro y se salvaron sus hijos después que se separaron?

Martiniano Leguizamón era hijo del coronel santafesino Martiniano Leguizamón, que sirvió a las órdenes de Urquiza, y de doña Paula Rodríguez, emparentada con Francisco Ramírez. Nació en Rosario del Tala, el 28 de abril de 1858; pasó su adolescencia en la estancia familiar en el Rincón de Calá, y asistió al Colegio del Uruguay, donde inició una perdurable amistad con Fray Mocho. En 1870, durante la revolución jordanista, vuelve al campo; y de retorno a Concepción del Uruguay, a raíz de la supresión de las becas a estudiantes, funda, con varios compañeros, la sociedad educacionista “La Fraternidad”, que subsiste<sup>67</sup>. Para esa época escribe su primera pieza teatral, Los apuros de un sábado; hace

---

<sup>67</sup> Sobre “La Fraternidad”, ver nota 7 del cap. 8.

sus primeros poemas elogiados por Andrade y Magariños Cervantes, y se inicia en el periodismo, colaborando en las páginas de “El Pueblo”, de Paysandú, en 1879.

Al año siguiente viaja a Buenos Aires y se reúne con su amigo del Colegio, José S. Álvarez, capeando ambos las penurias económicas. Pronto ingresa Leguizamón al periodismo porteño, junto a Paul Groussac, que dirigía entonces la revista “Sud América” y más tarde en “La Pampa” y “La Patria Argentina”. Por otra parte, está por concluir sus estudios de Derecho, los que corona con una tesis doctoral sobre el tema de la estafa.

Cuando todavía no había hallado dentro suyo esa veta que lo distinguiría, escribía estudios sobre escritores franceses y traducía poemas, algunos de los cuales publica su hermano Onésimo en “La Razón”. Y cuando éste fallece ese mismo año de 1886, Martiniano queda a cargo del bufete, desempeñando simultáneamente el cargo de jefe de la segunda sección del Registro Civil y el de secretario de “La Razón”. (No debe confundirse este diario con el del mismo nombre, que aparecería muchos años después).

En 1887 contrae enlace con Edelmira Fernández, que se dedicaba a la pintura, y sobre la cual Leguizamón había escrito un artículo en “La Patria Argentina”.

La primera obra que lo muestra en camino hacia una literatura regional es Cayó el matrero, publicada en la revista “Sud América” en octubre de 1866, bajo el seudónimo Max. En 1888 se inicia en la docencia, dictando clases de Literatura y en 1890 de Historia en las escuelas Normales de la Capital Federal. Atraído políticamente por el autonomismo ---palabra grata a un entrerriano--- hace periodismo partidario en “El Diario” de La Plata, que dirigió, y parte de cuyas deudas debió pagarle de su propio peculio, renunciando al diario y a la política juntamente. Con el seudónimo de Lázaro Montiel escribió en “El Fogón”, revista gaucha del uruguayo Alcides de María.<sup>68</sup>

Pero es en año 1896 cuando Leguizamón estrena, la noche del 21 de mayo, en el teatri “Victoria”, su pieza Calandria, que según Luís Berisso, ofrece un cuadro vivo, tomado del natural, arrancado de las sombrías espesuras de las selvas entrerrianas. Aunque el fondo de la obra lo constituye el gaucho, lo ha colocado a una distancia inmensa de esos tipos sanguinarios y brutales como Juan Cuello y Juan Moreira<sup>69</sup>. Muchos años después, al comentar esta obra, el crítico entrerriano Juan Carlos Ghiano dice que Calandria fue vista “como la encarnación de ese ennoblecimiento del gaucho y, con la alegría de la

<sup>68</sup> Alcides de María, o “Calixto el Ñato”.

<sup>69</sup> “La Nación”, 22 de mayo de 1896.

rehabilitación, se sacrificó en su homenaje el teatro gauchesco anterior. Sin embargo, a través de los años transcurridos desde entonces (Ghiano escribe en 1961), y en perspectiva librada de prejuicios, Calandria adquiere su pleno sentido si se sitúa como el final de una serie de creaciones, no como el comienzo de un nuevo género, que debe buscarse por otros

70

rumbos: los de los dramas rurales de Florencia Sánchez y de Roberto J. Payró .

A partir de este estreno, la obra de Leguizamón, como escritor y colaborador de diarios se intensifica. Naturalmente, escribe en la revista “Fray Mocho”, y su primera entrega es “La Quemazón”, prosa descriptiva que incorporará a su novela Montaraz, publicada en 1900. Con otras prosas aparecidas en la revista del Mocho Álvarez.

En momentos en que corregía las pruebas de sus libros Papeles de Rosas y La cuna del Gaucho, murió en su estancia “La Morita”, de González Catán (provincia de Buenos Aires), el 26 de marzo de 1935<sup>71</sup>. Había efectuado un viaje a Europa en 1927. El Museo Histórico “Martiniano Leguizamón”, de Paraná, se constituyó con las donaciones hechas por los herederos del escritor, de innumerables piezas de gran valor coleccionadas por don Martiniano (manuscritos, objetos camperos, piezas de valor históricos, obras de arte, etcétera).

De su bibliografía<sup>72</sup> debemos citar: Recuerdos de la Tierra (1896); Calandria (1898); Montaraz (1900); Alma Nativa (1906); De Cepa Criolla (1908, reeditada en 1932, con ampliaciones); Páginas Argentinas (1911); La Cinta Colorada (1966); Hombres y Cosas que Pasaron (1926); La Cuna del Gaucho (1935); Papeles de Rosas (1935) ---estas dos últimas póstumas, y casi todas reeditadas---. Fiesta en la Estancia es otra obra de teatro que

estrenó Elías Alippí en el Teatro Nuevo. Son artículos de diarios y revistas se han compaginado otros libros, como Junto al Fogón (Eudeba, 1966, prólogo de E:M:S Danero, donde este último atribuye erróneamente a Leguizamón el seudónimo de Fabio Carrizo, que pertenecía a José A. Álvarez, Fray Mocho); Del Tiempo Viejo es otra obra teatral editada junto con Calandria, con un estudio preliminar de Juan Carlos Ghiano (Hachette, colección “El Pasado Argentino”).

<sup>70</sup> Martiniano Leguizamón, por Juan José de Urquiza, en “La Nación” del 24 de febrero de 1963.

<sup>71</sup> Leguizamón, en su vida pública desempeñó, además de los citados, los cargos de subsecretario del ministerio de Hacienda, director del Boletín Oficial, Presidente del Consejo Nacional de Educación, presidente de la Sociedad de Autores y presidente de la Junta de Historia y Numismática.

<sup>72</sup> Juan Canter le dedicó un importante trabajo bibliográfico.

Calandria, que Leguizamón subtitulara “comedia de costumbres campestres”, fue estrenada por los hermanos Podestá en su histórico abandono del picadero circense por el tablado de teatro, que si bien cierra una época, como escribió Ghiano, también abre otra, y en donde comienzo y fin sin contérminos borrosos. Leguizamón hace aparecer un caballo en escena, como más tarde lo haría Canal Feijóo en su Pasión y Muerte de Silverio Leguizamón. El matrero Calandria personifica el ocaso del gaucho rebelde de Entre Ríos, que a través de la tesis de Leguizamón es redimido por el trabajo. El tema ---pronunciado en el Santos Vega de Obligado--- fue retomado por el novelista Balboa Santamaría en Montielero, donde relata las peripecias del segundo Calandria.

Guillermo Ara puede resumir cabalmente lo que representa Martiniano Leguizamón en nuestra literatura. Este crítico, en el prólogo a De Cepa Criolla, escribe: “La obra de Martiniano Leguizamón, historiador, novelista, cuentista y crítico, ha quedado, por vocación profunda, enmarcada en el espacio de la historia literaria reserva a la literatura de inspiración regional o nativa. Esa obra responde a la primera de las direcciones que el nacionalismo poético asumió entre nosotros, nacionalismo que se prolonga en la prosa y da en ella frutos de vigorosa entraña en la novela y el cuento. Esto es decir que Martiniano Leguizamón se interna en la historia, en el folklore, en las tradiciones, y de ellas extrae particularmente elementos activos, dinámicos, que juegan en torno del pivote del ser representativo por excelencia, el gaucho, recortado casi siempre sobre una perspectiva de amor a la tierra y a la libertad. Y si partimos de esta consideración es porque el mismo Leguizamón quiso no ser sino el narrador de esa tradición y en particular de la de su provincia.

TERCERA PARTE

EL SIGLO VEINTE

I

LA POESÍA

EL MODERNISMO EN ENTRE RÍOS- LA PRIMERA VANGUARIDA  
LA GENERACIÓN DE PARANÁ - POESÍA ÚLTIMA

- EL MODERNISMO EN ENTRE RÍOS

VARIOS entrerrianos rodearon ---en distintos años--- a Darío durante estada en Buenos Aires. Eugenio Díaz Romero, tal vez el más joven de todos ellos. Y Julio Monteavaro, Osvaldo Magnasco, Diego Fernández Espiro, Evaristo Carriego, Emilio y Luís Berisso, Alberto Gerchunoff y otros de menor notoriedad. Y visitado por el propio Darío, el último romántico argentino: Gervasio Méndez. A esta nómina sumaremos el nombre del médico Martín Reibel, oriundo de concepción del Uruguay, que fue ---profesionalmente--- asiduo visitante de la cabecera de cama del poeta nicaragüense.

¿Quién podría eludir a Darío en el fin de siglo? Lugones, el mejor modernista argentino, fue uno de sus más devotos contertulios y amigos. Nadie ignora que la estética rubendariana impregnó la América y la España; los argentinos ---menos que los demás-- no pudieron salvarse de esa impregnación del nuevo lenguaje poético. Por un

tiempo, Darío fue porteño, también argentino. Pero la marejada modernista no llegó contemporáneamente a Entre Ríos; más bien, suscitó una pequeña revolución modernista local, con poetas que asumieran visiblemente el nuevo credo literario. Los primeros entrerrianos influidos fueron, por lógica del espacio y del tiempo, los que vivían en la capital de la República. No debe olvidarse que cuando apareció Prosas Profanas Carriego tenía sólo trece años, como Gerchunoff. Este precoz escritor, años más tarde, fue un dilecto amigo de Darío, como lo comprobaremos en su sitio. Debemos recordar asimismo que, lejos para siempre Darío de Buenos Aires, fue una presencia absorbente muchos años después de su muerte, ya junto con la de Lugones. Carriego, entre otros, lo corrobora, así como la pléyade de poetas modernistas de Buenos Aires.

De todos los autores que citamos al principio, creemos que ninguno volvió a Entre Ríos. La primera falange modernista entrerriana, pues, hizo sus armas jóvenes en Buenos Aires. Y es necesario agregar que, lamentablemente, ninguno tuvo destacada figuración dentro del espectro modernista del país, que fue timado y modificado por Enrique Bancha y Leopoldo Lugones y por sus epígonos locales: Ernesto Mario Barreda, Rafael Alberto Arrieta, Ricardo Rojas, Carlos Ortiz, Arturo Marasso, Evar Méndez, etcétera. Carrieguita, felizmente, dejaría a un lado la parte decadente y parnasiana del modernismo de sus Misas Herejes para perpetuarse como un poeta personal en La canción del barrio, iniciando con esta modalidad una poesía intimista, suburbana, familiar y coloquial, con un lenguaje enteramente nacional, o porteño si se quiere. Un lenguaje instintivamente natal.

Aclarada la posición de los modernistas entrerrianos en Buenos Aires, resta por concluir que, por un rigor calendárico, por una cuestión de fecha, los modernistas de nuestra provincia aparecen directamente en el Posmodernismo. Tomaron elementos elaborados o preelaborados por los posmodernistas ---ya nacionales--- Lugones, Banchs, y en el Uruguay Julio Herrera y Reissig, Horacio Quiroga, Sabat Erceasty y otros. En una provincia muy aislada como era entonces Entre Ríos, es ya importante que Saraví empezara a escribir poemas posmodernistas en 1916. Lo sigue Grané, con obras del año 20 y luego Daniel Elías, aunque se publicaron muchos años después.

No representa ningún desoro en este desajuste temporal. El problema de las transmisiones estilísticas fue casi siempre así, demorado, cosa que no ocurre en nuestra época de publicaciones simultáneas de un mismo libro en distintas partes de la tierra. No nos referimos, desde luego, a los “pasatistas”, que son una verdadera plaga en cualquier cuerpo literario. Por ejemplo, Delio Panizza. Reiteramos que la demorada toma de conciencia del nuevo estilo modernista no es una circunstancia disminuyente de la pléyade provincial. El mismo caso se dio en España y en toda América. Gabriela Mistral, por ejemplo, es posmodernista, como DElmira Agustini o como Ángel Cruchaga Santamaría. Caso parecido ocurrió con las corrientes de Vanguardia, aunque la Argentina tuvo la suerte de poseer espíritus alertas ---Borges, Méndez, Güiraldes, Xul Solar, y otros “martinfierristas” que trajeron, entre otras corrientes, el ultraísmo, el surrealismo, el feísmo, el futurismo, el creacionismo, etcétera, en la misma época en que florecían en sus lugares de origen. El imaginismo americano se originó en Estados Unidos e influyó en Europa. No fue un movimiento “de retorno”, sino un verdadero nacimiento.

Los estilos suele “flotar”, desplazarse y tomar diversas cartas de ciudadanía. Algunos prenden, otros se marchitan. En la Argentina, el surrealismo francés de posguerra no prosperó, salvo en casos muy aislados, como los de Keller Sarmiento, Jacobo Fijman y otros pocos. Reiteramos: en provincia es normal que las formas de vanguardias se conozcan y adopten con cierta demora. Por lo demás, las influencias de un poeta sobre otro son comunes en las literaturas de todo lugar y tiempo.

Algunos líricos entrerrianos abarcaron dos etapas: la modernista, inicialmente, y luego las formas de la “nueva sensibilidad”. Casos típicos son los de Berisso, Guillermo Saraví, Jacinto Zaragoza: fueron primero modernistas, y luego pasaron a una discreta vanguardia. De la “Generación de Paraná”, Roman y Martínez Howard se iniciaron como modernistas. Seri fue posmodernista siempre.

EL MODERNISMO

EN Damián P. Garat persisten algunas de las características de los escritores entrerrianos finiseculares: primordialmente ejerció el periodismo y la política en diversos lugares del país. Nacido en Concordia el 30 de junio de 1869, murió en Jesús María (Córdoba) el 5 de abril de 1921. Como hombre de prensa, formó parte de las redacciones de los diarios “El Amigo del Pueblo”, (Concordia), “El Municipio” (Rosario), “El Orden” (1895) y “El Nacional” (Tucumán). En Rosario presidió el Círculo de la Prensa. En su ciudad natal fundó el “Diario de Concordia” (1902), vocero del Partido Conservador, y en Paraná dirigió “La Provincia”, nombre que también llevó otro diario concordense de su dirección. En los aspectos puramente literarios, colaboró en “La Nación” y “La Prensa” de Buenos Aires.

Además de su obra periodística y política, Garat se dedicó a la docencia, y en tal carácter fue profesor del Colegio Nacional de Tucumán. En la misma ciudad se desempeñó como secretario de la Gobernación durante la gestión del doctor Mena. Ministro del gobernador entrerriano Prócoro, Crespo (1910-1914), fue asimismo reelegido dos veces diputado provincial y una vez diputado nacional. Su función pública ---fue designado para otros cargos, además de los que ya citamos--- no le permitió una copiosa producción literaria, pero ya en 1897 ganó flor natural en los Juegos Florales tucumanos. En dicha oportunidad, un comentario de “La Prensa” decía: “La composición acusa parentescos inevitables con Andrade, en cuanto a ciertas formas e imágenes; adolece de debilidad y prosaísmo en cuanto a la exposición histórica, pero se levanta con tonos, inspiración, sonoridades, colorido y robustez propios y originales, hijos de la tierra misma y del talento, cuando olvidándose de la naturaleza, se lanza al espacio el impulso de su solo vuelo”. En la Argentina, su tono logró una cualidad épica al enfatizar los faustos patrióticos. Aquel tondo andradesco que señala la crónica transcrito, desaparece más tarde, cuando describe, por ejemplo, esto “Avanzada” que nos trae reminiscencia del pintor Bernaldo de Quirós:

Negra noche. Diluvia. Bajo ruinoso ramada,  
que se alza entre los escombros de abandonada tapera,  
embozados en sus propios ponchos y en torno de roja hoguera  
forman corro los soldados desprendidos de avanzada,

El cuadro es alegre y vivo. La mitad de una ternera  
se extiende sobre dos troncos, en una pica ensartada,  
la vigila un viejo gaucho con solícita mirada,  
mientras otro cuida el agua, que borbotea en la caldera.

No distante se divisan los fuegos del campamento,  
sobre el cual, visión de gloria que alas celestas bate:  
los héroes veían el sueño de un bravo regimiento,

y comentan con orgullo las hazañas del combate,  
en tanto, gallarda moza, que es la prenda del sargento,  
mirándoles de soslayo, les brinda sabroso mate.

DIEGO Fernández Espiro nació en Colón, en 1872<sup>73</sup> y murió en Buenos Aires el 14 de octubre de 1912, ocho días después de la muerte de Evaristo Carriego. Había realizado estudios en el Colegio de Uruguay, radicándose luego en Buenos Aires donde, en 1901 fundó la revista “Juvenalia”. En 1907 publicó sus poemas en un libro, Espejismos, el único que recoge su producción, con un prólogo de Juan Cancio (Mariano de Vedia). Son, en su totalidad, sonetos. El 14 de octubre de 1918, a seis años de su muerte, la revista porteña “La

---

<sup>73</sup> Según Orente D’Aló, Fernández Espiro nació en Concepción del Uruguay el 13 de abril de 1868. Ignoramos de qué fuente se sirvió D’Aló para tal afirmación. En la ciudad mencionada, no existen tradiciones al respecto. Aníbal S. Vázquez, en ~~Los Siglos de Vida Entrerriana~~ (Paraná, 1950) dice sólo que nació en Colón en 1872. El dato de D’Aló está contenido en un artículo publicado en “La Capital” de Rosario, en 1968, titulado “Diego Fernández Espiro, sonetista y caballero andante”.

Novela Semanal” publicó en su homenaje un trabajo firmado por Hugo del Monte (¿César Carrizo?).

Sin duda alguna, Fernández fue el más romántico de los poetas modernistas, y Manuel Gálvez lo hizo figurar en su novela El Mal Metafísico bajo el nombre de Félix Rodríguez Pirán. Dice Gálvez: “En ese momento, con sus habitual solemnidad, apareció el célebre poeta romántico Félix Rodríguez Pirán. Era un hombre erguido, de grandes mostachos a lo D’Artagnan. Usaba ropa a la española, terciada con elegancia y ancho sombrero mosquetero. Hablaba enfáticamente, con gesto desdeñoso. Era un bohemio según los cánones tradicionales: trasnochador, desocupado, gran causeur, generoso, mal pagador, y espíritu brillante. Como Noulens<sup>74</sup> y otros amigos, pasaba el día de bar en bar. Soltando paradojas y saboreando whiskys. Sus informalidades eran célebres, y se decía que una vez envió a un banco, para cubrir un vencimiento, un soneto”.

Su labor periodístico-política la realizó en la Capital Federal y en Santa Fé. En la capital trabajó en “Libre Palabra” y en “Tribuna”. Su vida entera estuvo trabada por la pobreza, por los achaques de una naturaleza sometida al desgaste incesante de la vida bohemia, por el alcohol. Pero esa vida se cuajó de episodios memorables y de anécdotas a las que se agregaron dos leyendas: la dorada y la negra. Su más célebre sonetillo responde precisamente a una de esas anécdotas, sólo es que tal lance existió. Pasando una vez frente al exclusivo Club del Progreso se cruzó con un señor de muchísimo dinero que había bajado de su carruaje y al que conociere pocos días antes. Al parecer, ese señor no lo saludó con la debida deferencia, y un día después Fernández Espiro le envió este despectivo poema:

---

<sup>74</sup> Charles de Soussens, en el mismo libro.

Aunque me veas así  
de burdo paño vestido,  
llevo en el ser escondido  
lo que te hice falta a ti.

Anoche cuando te ví  
-- proletario del sentido --  
tanta lástima he tenido  
que de lástima me fi.

Tu, personaje de feria,  
que en la más negra miseria  
de talento vivirás.

Cabe, opulento mendigo,  
que comparado contigo  
hasta en cueros valgo más.

Pese a ser, en fondo y forma, un lírico modernista, no alternó con los poetas de su escuela nueva. Fue un decidido antiburgués (como lo demuestra el sonetillo que hemos citado), y pareció añorar siempre las época caballerescas. “Su poesía ---escribía Oreste D’Aló--- no tiene maticas melancólicos o nostálgicos; no suena en ella el llanto o el gemido, ni menos eco de una plegaria; su acento es enfático y altivo, orgulloso y desafiante, como si el poeta tuviera por norma moral aquel verso de Vigny ‘Gémir, pleurer, pier, est égalment lache’<sup>75</sup>. Corrobora lo antedicho el soneto “Resurgem”, que constituye toda una profesión de fe rebelde:

No estoy vencido. Mi orgulloso frente  
levanto de la vida en el combate  
como el peñón la furia del torrente.

---

<sup>75</sup> Gemir, llorar, rezar, es igualmente cobarde...

Mi espíritu genial temor no siente.  
El golpe de la suerte no me abate.  
Mi corazón en la esperanza late  
de luchar y vencer mientras aliente.

El espacio es del águila altanera  
que con las alas acotando el viento  
navega audaz en la azulada esfera.

También yo, cual el águila arrogante,  
triunfador me alzaré ---tengo su aliento---  
y a través de las tumbas, ¡adelante!

Esta última línea, ¿no nos hace recordar el final del “Pegado” de Darío?

adelante en el vasto azur, siempre adelante!

De Fernández Espiro escribió Manuel María Oliver: “De fuerte y hondo contraste, sin duda: de arcilla y de oro, de sombra y de destello, de virtudes y de vicios. Puede decirse que fue el más original de los poetas, y que en su divino astro vagaba melancólico el espíritu de la gloria... Sonetista insuperable, él confesaba que escribía versos sin aprenderlos y sin meditarlos. Atico en la forma, majestuoso y amplio en el pensamiento, la Gracia lo habría saludado cantor de la Patria. Exquisito orfebre, sus trovas sonaban como trompetas vibrantes, evocando viejas añoranzas de hazañas romanescas y aventuras gentiles de pujantes y homéricos guerreros... Fernández Espiro no fue sólo un rotundo y épico vate;

fue igualmente prosista elegante, preciso, firme, eficaz, cuando esgrimía su pluma sirviendo grandes ideales”.

No obstante ciertas notorias exageraciones, el texto anterior caracteriza la idea que podemos tener de Fernández Espiro.

NACIDO en Entre Ríos, estudió en el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay. Radicado en Buenos Aires, vivió las horas del Modernismo cuando aún Rubén Darío residía en Buenos Aires. Contertulio del Viejo Ateneo, fundador de la revista “Mercurio de América” (1898-1900) integró también la Cooperativa Editorial Buenos Aires, que sólo publicaba obras de sus asociados y que fue fundada en 1917. Su actuación dentro de la literatura modernista está casi totalmente olvidada, pero la ilustran los títulos siguientes:

Harpas en el silencio (1900); Raza que muere (drama, 1905); La lámpara encendida (1911); Horas escritas (crítica literaria, 1913); El templo umbrío (poemas, prólogo de José Enrique Rodó), y En el reino de Psiquis (cuentos). Darío le dedicó un poema, que sirve de pórtico a su obra El templo umbrío, y Emilio Berisso le destinó uno de sus “trioletes”.

Como no podía ser de otro modo en un poeta menor dentro del espectro modernista, la temática y el estilo de Días Romero se inscriben nítidamente en la línea rubendariana, con prescindencia de otros posibles influjos (Lugones, Herrera y Reissig, Banchs). Asimismo, Rodó le reconoce una filiación gala de su tiempo: “Pocos serán, entre los escritores americanos de su generación, los que le aventajan en el conocimiento directo y minucioso de la poesía de las escuelas francés contemporáneas, donde ha elegido mentores y modelos”. Consecuentes con el método de esta obra, incluimos una pieza de El Templo Umbrío:

IMPREGNACIÓN SACRA  
(fragmento)

En extraño paisaje de misterio  
brotó la nota del laúd sonoro.  
La noche recamaba su alto imperio  
Encendiendo sus lámparas de oro.

El soñador surgió tras la colina  
Triste el semblante, pálida la frente,  
iba a decir su pena peregrina,  
como el ave que canta al sol poniente.

Silencio prodigioso lo envolvía.  
El lugar era agreste y solitario.

La luna castamente se cubría  
y el cielo era un fantástico sudario.

... ..

Miedo tuvo el Orfeo taciturno  
de interrogar las vírgenes extrañas

que en el silencio diáfano y nocturno  
bajaban de las rispidas montañas,

acaso porque había en sus semblantes  
y en el lánguido ritmo de su paso  
la tristeza que impera en los instantes  
dolorosos y breves del ocaso.

AQUELLOS QUE CONOCEN LOS ENTRETRELONES DE LA VIDA LITERARIA DE Buenos Aires en los años capitales del Modernismo, están entonces familiarizados con el nombre y la persona de Emilio Berisso. El mundo de la literatura, como sabemos, hierve de contradicciones: Amado Nervo pensaba que con La Amada Inmóvil había concluido su labor poética. Sin embargo, sus mejores poesías las escribió después. Se sobreentiende que el premio Nobel se destina a los más brillantes exponentes de las letras de un país y de una época; pero el que hojee la nómina de esa recompensa internacional advertirá fácilmente que, salvo algunos casos, la mayoría ha pasado con justicia al olvido; y también ha de advertir que, contemporáneamente a los premiados, existieron mejores escritores. Joyce, por ejemplo, que conmovió los cimientos de las estructuras literarias, no recibió esa distinción. Ni Rubén Darío, que fundó el movimiento literario de mayor extensión geográfica e idiomática del siglo XX. Con estos ejemplos demostramos que las

contradicciones y los errores, lo insólito e inesperado pueblan el mundo de las letras. Con Berisso pasó algo similar en su medio y su tiempo; se hizo célebre en el mundillo del teatro rioplatense (su ámbito más ambicioso) con una obra folletinesca, Con las alas rotas (1917). Sin embargo, lo más acendrado de su labor creativa está constituido por sus poemas universalmente desconocidos por historiadores, antólogos y autores de diccionarios de literatura argentina. De esas poesías, ya distinguimos en Entre Ríos Cantada (1955) esa larga nostalgia titulada “El regreso”, muy similar en el tema rememorativo pero muy superior en el nivel lírico a “La vuelta al hogar”, de Andrade. La métrica se hermana con la que usó Darío para su “Canción de otoño en primavera”. En este poema, Berisso se independiza de la opresión rígidamente modernista que caracterizó a casi todos sus contemporáneos, y aun de las influencias de poetas europeos que él tradujo y que pudieron dejarle su impronta, como D’Anuzzio, Albert Samain, Rémy de Gourmont, José María de Heredia, Dante y otros. Imitó, bien que deliberadamente a Banville y recordó en un soneto a Violante, una de las tres “vírgenes de las rocas” danuzzianas. Otra de sus características fue escribir poemas con determinado estilo y dedicárselos a quienes se distinguían por ese estilo o lo habían creado.

Emilio Berisso nació en Avellaneda, el 18 de enero de 1878, pero pasó varios años en Entre Ríos, y sus descendientes residen aún en Villaguay. Murió el 3 de octubre de 1922. Su obra completa consta de Arpagios (1898): A la vera de mi senda (1915), publicado más tarde bajo el título de La herida que sangra por Guillermo Stock, que prologó esa edición con fecha anterior, 1914; La amarra invisible (teatro, 1919); Reminiscencias (poesía, 1920); En los esteros (novela, 1926) y una reedición de A la vera de mi senda (1952).

Tanto Emilio como Luís Berisso supieron ejercer un discreto mecenazgo y formaron parte de los cenáculos que tuvieron por alma al propio Rubén Darío, sobre todo el del Ateneo, a cuyos personajes principales fijó Berisso en sus Recuerdos del viejo Atenas (Darío, Obligado, Ángel de Estraba, Lugones, Jaimes Freyre, Ghiraldo, Luís Berisso, Nirenstein, Escalada, Leopoldo Días, Carlos Ortiz, Ezcurra Pardo, Soussens, Martinto, Roldán, Margnasco, Carlés, Schiaffino, Delia Valle, De la Cárcova, Sívori, Eugenio Díaz

Romero -otro entrerriano-. Guillermo Stock y demás contertulios, entre los cuales notamos pintores y políticos, una de las composiciones más logradas de la poética provincial:

La lluvia de ayer y el sutil  
soplo del frígido pampero  
refrescan el ambiente: pero  
con todo, entibia el sol de abril

un cielo azul, cual suelen ser  
los divulgados por el cromo,  
y una tarde tan dulce como  
la sonrisa de una mujer.

Lleno de indecible inquietud  
traspongo el puente de la zanja  
para llegar hasta la granja  
donde pasó mi juventud.

Como sobre ella, en el lugar,  
corre una lúgubre conseja  
aún pende el cartel de la reja,  
pues nadie la quiere alquilar.

Abro el desgonzado portón  
y es tan hondo el grito que lanza  
como el que arrojó la esperanza  
al morir en mi corazón.

Con una espesa y verde red  
las enredaderas de tasa,  
de la tapia que se deshace  
cubren del todo la pared.

En los canteros del jardín  
va trepando la verdolaga,  
y se apodera la biznaga  
de la casilla del mastín.

Allí, huye el lagarto, el rumor  
de mis pasos; aquí el escuerzo  
caza moscas entre el mastuerzo  
bajo la madre selva en flor.

Al pie del musgoso pilar  
el surtidor rojo gotea  
Diríase que en la batea  
llora las cuitas del hogar.

Y sobre el trazo de cordel  
donde se tendía la ropa,  
desfincándose como estopa  
se agita al viento un arambel.

Las largas guías del rosál  
se confunden con la masiega  
y la tina que nadie riega  
se ha convertido en matorral.

Allá, en el húmedo rincón  
de los tiestos casi deshechos,  
van ascendiendo los helechos  
por las grietas del paredón.

Hecho nada donde había  
hacia un costado se inclinaba

por darle espacio al alelí.

En el patio, junto al brocal  
des fresco aljibe, las babosas  
se deslizan por las baldosas  
bajo la sombra del parral.

Un desgarramiento interior  
me producen estos despojos,  
y cierro un instante los ojos  
para reprimir el dolor.

Invade el hogar el tropel  
de los recuerdos, y en los roces  
de las ramas oigo voces  
de los que vivieron en él.

Pero es tarde; ya el caracol  
se oculta en su concha, y el grillo  
comienza a cantar su estribillo  
a medida que se entra el sol.

De allí me retiro, y por fin  
penetro en las piezas, en donde  
el eco a mis pasos responde  
desde su remoto confín.

Después me dirijo hacia el pie  
de la escalera de caoba,  
para subir hasta la alcoba  
que en otros tiempos habité.

El fuerte olor de la humedad  
me infunde terrores de abismo,

como si respirase él mismo  
aliento de la eternidad.

Y entonces empiezo a sentir,  
sugestionado por la calma  
que me suben a flor de alma  
vagos deseos de morir.

Más, de mi honda cavilación,  
de pronto el piano me recuerda  
haciendo estallar una cuerda  
cuya sonora vibración

repercute en la gran quietud  
como el grito del Desengaño...  
¡Y me siento sobre un peldaño  
para llorar mi juventud!

De La herida que sangra transcribimos este soneto:  
LA INCURABLE

Et c'était comme une musique qui se fane...

La enferma mira cómo se están ya despojando  
las rosas en el césped, y la brisa, en voz baja,  
le insinúa que sólo para hacer su mortaja  
se deshojan las rosas. Sentada sobre el blando

almohadón de la hamaca, medio oculta en la sombra,  
tose la niña pálida, las ideas inciertas  
ruedan en su memoria como las hojas muertas  
que el viento arremolina sobre la húmeda alfombra.

El parque silencioso con la quietud le atrae,  
le invita al sueño eterno cada hoja que cae,  
y el surtidor le canta para hacerla dormir;

pero el insomnio alarga sus horas de tristeza  
la tísica en el hombro doblega la cabeza  
y espera así el instante supremo de morir

ÚNICAMENTE el vínculo de la sangre y el haber nacido en Paraná “en la misma casa en que vivieron sus padres y su abuelo”<sup>76</sup> hacen a Evaristo Carriego, Carrieguito, un poco entrerriano. Como a Gálvez, no podemos reclamarlo, salvo por el mero título de su partida de nacimiento, del 7 de mayo de 1883. Nieto del periodista y política doctor Evaristo Carriego, hijo de otro Evaristo periodista y bisnieto del coronel del mismo nombre, Carriego fue llevado a La Plata donde residió hasta 1887, en que la familia pasó a Buenos Aires. Su corta vida (murió en 1912) transcurrió en el barrio de Palermo, a pocas cuadras del arroyo (Maldonado) que, para la época modernista constituía el límite ciudadano, las “orillas”<sup>77</sup>.

No tuvo premuras económicas ni sentimentales ni políticas. No fumaba ni bebía, aunque era asiduo contertulio en algunos cafés del centro, de donde retornaba, muchas veces a pie, a la casa de la que tantos recuerdos ha dejado en sus libros. Pocos escritores son tan “porteños” como Carriego, y por esa misma razón estas líneas no quieren insistir demasiado. Creemos que en su obra hay sólo una pasajera alusión a un entrerriano<sup>78</sup>, y nada más. Carriego llegó hasta el tercer año del bachillerato visitaba la redacción de “La Portesta”, diario anarquista donde a veces aparecía alguna de sus composiciones. También publicó en “Caras y Caretas” y en “Fray Mocho”. Esta revista fundada por el entrerriano José S. Álvarez le dedicó el 18 de setiembre de 1912 una nota cronológica.

Aparte de Misas Herejes (1908) y La canción del barrio (póstumo), y de ciertos poemas lunfardos que firmaba con el seudónimo de “El barretero”, Carriego escribió cuentos y una obra de teatro, Los que pasan, comedia estrenada como homenaje póstumo el

---

<sup>76</sup> Su padre vivió humildemente como periodista; su madre se llamaba María de los Ángeles Giorello, porteña.

<sup>77</sup> La casa en que vivió y murió se halla situada en la calle Honduras 3784, y fue construida en 1898. Actualmente, es el Museo de Evaristo Carriego. “Evaristo comenzó a escribir en esa casa a los dieciséis años, décimas para los gauchos de los carnavales de Palermo... Los traía a casa y pese a la protesta de sus mayores, los hacía ensayar aquileas estrofas.” (Declaraciones de Enrique Carriego, hermano del poeta, muerto el 26 de setiembre de 1971. Publicadas con la revista “La Nación” del 2 de diciembre de 1973), Enrique Carriego fue el recopilador de La canción del barrio.

<sup>78</sup> En el poema “Los perros del barrio” (El alma del suburbio)

Y otro, patriotero, bravo y talentoso,  
 ---nació en Entre Ríos--- elogiando el suelo  
 de su cuna, agrega que en tiempo glorioso  
 fue hermano de Calandria y hermano de mi abuelo.

16 de noviembre de 1912 por la compañía de María Gómez en el Teatro Nacional, y que carece de reales valores escénicos.

José Gabriel y Jorge Luís Borges, primero, le dedicaron brillantes estudios de emocionada exégesis, y más tarde numerosos autores exploraron su obra, no vasta, pero que lo convirtieron en el máximo cantor de la ciudad.

Entre Ríos le dio hace tiempo un condolido adiós. Y ahora estamos buscando un arqueólogo para Carriego. Para un arqueólogo, una ciudad rescatada de debajo de un montículo no es una ciudad vieja: es vivir en ella como si estuviera viva. Es devolver a la atmósfera histórica la respiración vital de un pueblo desaparecido hace muchos siglos: es hacer sentir otra vez sus conversaciones, su lenguaje, sus ruidos cotidianos. Tal vez, pese a la apariencia, nada muere. Una realidad puede hacerse irreal, pero algo la mantiene en una especie de hibernación. Los libros de Carriego, en especial El alma del Suburbio y La canción del barrio, han resguardado para el hombre de hoy es Buenos Aires que se fue detrás de la piqueta, que fue reemplazada por la nueva arquitectura gigante. Cuando el último tranvía 14 dobló chirriando la esquina de Honduras y Godoy Cruz ---donde vivimos años ha--- supimos que la civilización de un barrio se había desmoronado, que un mundo había desaparecido. Varios indicios agoreros preanunciaron esa muerte lenta, esa ominosa borradura del color en un cuadro viejo. A los turistas de la nostalgia porteña sólo les queda una guía para leer y revivir el pequeño pasado de ese pedazo de Buenos Aires: La canción del barrio, gesta vecinal y esquinera que Evaristo Carriego fuera escribiendo ---y a veces protagonizando--- en los primeros diez años del siglo XX. Su barrio es ya uno de los sitios consagrados de la orografía sentimental porteña, pero solamente en los versos populares de esta obra se la puede reencontrar. Ya no existen aquellos zaguanes, hondos como una sala; las casas nuevas comienzan en la puerta de calle. Aquellas antiguas casonas de patios y traspatios se alzan ahora como torres: no tienen lugar para las madreselvas. Los aljibes, con el misterio de su profundidad que nos embrujó la niñez, fueron cegados hace ya mucho tiempo; la presuntuosa canilla y el agua corriente exiliaron impiadosamente el pasado. El

“caminito de nuestra casa” es más corto, porque los rugientes ómnibus nos dejan en la misma puerta. Ya no se marca el sendero que cortaba los baldíos constelados de margaritas, y donde los grillos bebían el relente recién escanciado. Los perros del barrio ya no dibujan su coreografía orillera ni husmean los churrascos fraternales de los corralones.

En algún desván, en alguna chacharita de trastos, estará arrumbado y herrumbrado más de un organillo, y más de una “cotorra de la suerte” yacerá embalsamada sobre una repisa cursi y polvorienta. ¿Para qué sirve el organillo sin organillero? La muchacha enamorada, la enferma de enfrente, ya no interroga su destino en la tarjeta del “tano” sino en la sección astrológica de alguna revista o en el horóscopo falaz de algún profesor de porvenires. Ya el ciego no ilumina su sombra con la música de Saborido. Mamboretá, la huerfanita de Palermo, tampoco mira más para arriba buscando a Dios: lo está mirando ahora cara a cara, a un metro de distancia, y el viejo Júpiter judío le regala una manzana de oro verde que jamás se agota. El arroyo Maldonado, que era el confín misterioso de Buenos Aires, donde recalaban los “matreros” ciudadanos, corre ahora, protestando, dentro de un inmenso túnel de cemento, y sobre él, siguiendo las sinuosidades de su capricho fluvial, se tendió la avenida Juan B. Justo, la de veredas rojas. Las casas de baile que lo bordeaban fueron demolidas, pero los tangos que las hacían sigilosas, clandestinas y a veces crueles, se fueron al centro. Donde estaba Hansen, el Triánón de Mireya, se entristece ahora un jardín inglés, y en vez de velódromo, ágiles amazonas porteñas colorean los domingos de Palermo, sudorosas de pursang y de studs. En las antiguas orillas, donde se escuchaban los rasgueos provocadores de una guitarra o de un bandoneón, y se podía presenciar el entrevero filoso de dos payadores, suenan ahora los zapateados de un chamamé correntino. Las solapas del malevo se han llenado de polvo. Todo se lo ha llevado el almanaque, dirá más tarde uno de los herederos de Carrieguito, Cadícamo<sup>79</sup>. Ya no hay costureras curvando las espaldas bajo la luz amarilla y tosiendo hasta la madrugada. Y es muy difícil que, si alguna queda, dé algún mal paso. Solamente las comadres son inmortales. Ellas no han

---

<sup>79</sup> Enríque Cadícamo, en el tango El cantor de Buenos Aires.

pasado, ni pasarán. Seguirán haciendo periodismo adicionado, callejero, oral, en numerosas ediciones diarias, que circulan en las peluquerías, los mercaditos y en la rueda del mate. Pero, en verdad, cada día se las escucha menos. Sus hijas jovencitas las interrumpen a menudo: “Callate mamá, vos no sabés nada de estas cosas”. Naturalmente, estas cosas son las que sabemos todos.

A los veintinueve años de edad Carriego dejó el barrio y el mundo. El suburbio, el ciego, el callejón, el organito, el guapo, el residuo de fábrica, las viejecitas, Mamboretá, los perros del arrabal, la silla vacía, son las comarcas y los protagonistas de una mitología entrañable, perdurable, cuya desvanecido realidad, como la de todas las mitologías, nos parece increíble, pero que nos está esperando, siempre, desde las páginas de La canción del barrio. No toda la muerte es muerte.

ESTE descendiente de Cristóbal Colón, según Ana Etchegoyen<sup>80</sup>, nació en Gualeguaychú el 14 de marzo de 1885<sup>81</sup> y se suicidó en las afueras de Concepción del Uruguay el 29 de noviembre de 1928. No había publicado en vida ningún libro, pero sus amigos remitieron póstumamente sus poesías en dos obras, Las alegrías del sol y Los arrobos de la tarde, este último con la producción primigenia y a veces prescindible, en comparación con el primero citado. Daniel Elías vivió hasta los dieciséis años en Villaguay, en una estancia de su padre, en el distrito Mojones. Pasó luego a estudiar al Colegio Nacional Justo José de Urquiza y más tarde en La Plata, donde obtuvo el título de doctor en jurisprudencia. Se desempeñó en la magistratura (juez en lo civil y comercial) en Gualeguaychú (1919) y luego en Concepción del Uruguay.

En una posmática reiterativa de temas del campo entrerriano se inscribe formalmente dentro del modernismo lugoniano y herreriano, sin que esas notorias influencias quiten a sus libros un verdadero y agreste sabor provincial típico, tan del gusto

---

<sup>80</sup> “Este poeta descende de Cristóbal Colón. El parentesco viene por el hijo de éste, Diego Colón de Palestrello, duque de Veragua, grande de España. El tronco argentino comienza con Isabel Colón de Larreategui, nacida en Charcas, Bolivia; casó en primeras nupcias con Juan Pedro de Elías” (Ana Etchegoyen, Daniel Elías: poeta nativista, en “La Prensa”, 5 de setiembre de 1965). Ana Etchegoyen remite al artículo del doctor Alfredo Días de Molina, de Córdoba, titulado La casa de Veragua en la Argentina, publicado en la “Revista del Instituto Argentino de Ciencias genealógicas, N° 1, 1942.

<sup>81</sup> Para la misma Ana Etchegoyen, nació el 10 de marzo de 1884 (ibídem).

de las generaciones que están desapareciendo. Los trabajos y las alegrías de la campaña, los ocios de la caza y de la pesca y las motivaciones del amor campesino redondean las predilecciones líricas o descriptivas contenidas en su obra.

Contemplado dentro de los rígidos mareas de su forma, Elías significó para el movimiento rubendariano de Entre Ríos un aporte casi similar al de Saraví. Desde el punto de vista de la provincia, Las alegrías del sol perpetúa el rusticismo de nuestras zonas rurales y ribereñas, las imágenes soleadas y estremecidas de nuestro bestiaro. La ciudad casi no aparece en Elías, como casi no aparece en Gaspar L. Benavento. Quizá ambos pensaron que se debían a ese paisaje, a esa tradición comarcana, entonces muy poco cosmopolita. Si es así, no pensaron mal de ningún modo ni erraron el objetivo. En una ciudad imperial, en la capital y centro del mundo de entonces, en la gran cosmópolis romana, el poeta Virgilio elaboró sus Geórgicas, la universalización del orbe campesino romano. El mismo Teócrito, hijo de una civilización madre de ciudades, de ágoras, prefirió los Idilios, como Longo se decidió por la novela selvática.

Un soneto alejandrino de Los arrobos de la tarde y otro de Las alegrías del sol quieren totalizar esta imagen del poeta:

### OTOÑO

Aquella tarde triste del mes de abril, tenías  
la palidez enferma de una pálida rosa,  
y tu memoria erraba como una mariposa  
buscando en tus recuerdos no sé qué lejanías

Vanamente mis frases (¡oh pobres frases mías!)  
volcaban en tu oído alguna que otra cosa.  
Id siempre indiferente, tú siempre silenciosa  
flotabas en tu mundo de hondas melancolías.

Recuerda tu mutismo y el cruento dolor mío.  
Otoño prodigaba sus ráfagas de frío  
como si fueran penas de muerte contra el huerto.

Caían a millares las hojas del ramaje,  
y aquella perspectiva doliente del paisaje  
tenía el parecido de un dulce idilio muerto.

### SONETO XXXVI

En la quietud de la fuente  
se diluyó la tarde perezosa  
y un vago tinta de color rosa  
encantó la agonía del poniente.

Sonó en las frondas bulliciosamente  
la sensitiva brisa rumorosa,  
y un cisne blanco de apostura airosa  
ancló su barca pensativamente.

Desde la azul inmensidad del cielo  
un cirrus virginal con su pañuelo  
se despidió del sol agonizante;

y ante la voz ritual de un campanario  
sentí el corazón de visionario  
suspenso en la armonía del instante.

La crítica no se puede hacer a contramano, o exigirles a los poetas a posteriori que escribieran otras cosas. Elías accedió a su amor por la tierra, a la atracción indudable o insoslayable del paisaje. No desafió a su propia naturaleza poética. Elías, tanto como Benavento, han escrito páginas resguardables. Y si bien Elías se limitó a pocos metros y formas ---décima, soneto--- lo que hizo, para su época y lugar, merece tener la consideración de sus comprovincianos. Es así como Ernesto Bourband y Roberto Ángel Parodi le dedicaron sendos libros críticos, y julio C. Pedrazzoli un tramo de sus Líricos Entrerrianos: “Es un poeta modernista, sin ninguna muestra de exotismo no honda preocupación por evadirse de la realidad cotidiana”. De él dijo Enrique Mouliá: “Fue un gaucho que se sentía orgulloso de su raza, porque sentía la tierra, escuchaba las voces que le llegaron de la selva montielera”.

DELIO Panizza nació en Rosario de Tala el 26 de enero de 1893, y murió en Concepción del Uruguay el 7 de agosto de 1965. Estudió en Tala y luego en el Colegio Nacional Central de Buenos Aires y en el Colegio Nacional “Justo José de Urquiza” de Concepción del Uruguay. Cursó escribanía y derecho en la Capital Federal, donde obtuvo el título de doctor en jurisprudencia, en 1918. Radicado primeramente en Gualeguay, se trasladó en 1927 a Concepción, ciudad que adoptaría definitivamente. Enrolado en el radicalismo, se distinguió por su entender democrático, tanto en el orden nacional como internacional, pronunciando una arenga poética en un teatro de Concepción con motivo de la voladura de las naves francesas de Tolón por parte de los propios patriotas galos, durante la segunda guerra mundial. Se distinguió por sus actividades culturales aunque en muchos aspectos parcializadas por su concepción particular y un poco anticuada de las letras y las artes, incommovida frente a las nuevas corrientes que habían modificado las estructuras de la creación.

Panizza fue consejal, presidente varias veces de la biblioteca “El Porvenir”, presidente del Centro Comercial, miembro del Consejo Directivo de “LA fraternidad”,

secretario de la Comisión de Museos y Monumentos Históricos del Palacio San José, miembro del Instituto de Estudios Históricos provincial, etcétera. Un reclutamiento sorpresivo de socios jóvenes y nuevos de la Biblioteca aludida, lo desalojó definitivamente de esa institución. Panizza escribió profusamente y con una fácil espontaneidad, publicando, en verso: Cardos en flor (1923); De tierra adentro (1926); Ramírez (1926); Las horas provincianas (1927); Poemita de estío (1928); Guitarra y lanzas (1929); Letanías de ausencia (1929); Lámpara votiva (1936); La fragata Sarmiento (1938); Sonetos de salutación, de gracia y de consejo (1941); A un grupo de médicos (1945); Motivos líricos (1946); Sonetos patrióticos a la juventud (1950); San Martín (1950); Victoria (1952); Canto de la liberación (1955); En el cerro de la Gloria (1958); y Cimarrones (Inédito). Lira de Hierro (1948).

Las obras en prosa llevan estos títulos: Parva Domus Magna Quies (1931); Martiniano Leguizamón (1938); Urquiza, el Paraguas y el Uruguay (1942); A Esteban Echeverría (1951); Semblanza de Herminia Brumana (1954) y Juan Zorrilla de San Martín (1956). Jubileo (1952); Culminación (1953).

A Delio Panizza pareció no importarle nunca trascender los límites de su provincia; casi diríamos que no le importó más que el consenso que no logró del todo en primer lugar, de las gentes de letras entrerrianas, excepto aquellas cuyas preferencias tenían notoria similitud con las suyas, que eran, contablemente hablando, pocas, y reducidas a una esfera invariable a lo largo de una proficua obra de versificación.

No hay comarca que no tenga un poeta que, por encima de cualquiera otra temática, elija ---casi para siempre--- el elogio del pago natal, de los paladines militares y sus hazañas, de las características de su paisaje ...incluidos los pájaros---, de las costumbres y tradiciones lugareñas y, por último, de más o menos minúsculos y hasta intrascendentes hechos del paraje. Panizza pertenece a tal categoría: se nutrió de la literatura histórica, de la poesía y la prosa gauchas, criollas, provinciales y folklóricas desdeñando la caudalosa producción universal. Así desembocó, de modo inevitable, en la factura espontánea de una literatura análoga, de soldadura posmodernista, con algunos remanentes románticos, especialmente visibles en sus odas y en Letanías de Ausencia. La predilección histórica de Panizza, en lo que respecta a Entre Ríos, no podía ser sino ramirista y urquicista, como que

él mismo vivió en la casa que había pertenecido en el siglo pasado a la novia de Ramírez, Norberta Celventos, y que hace poco el gobierno de la provincia adquirió para convertirla en el museo “La Casa de Delio Panizza”. Como para reafirmar su entrerrianía, Panizza ponía como pie de imprenta a sus libros (de edición de autor) MONTIEL, esa antigua y ya desaparecida selva de cervantino nombre que cobijó la flor del matrerismo provincial. Dicen en Concepción del Uruguay que Delio Panizza dejó ordenado que lo sepultaran de pie, como a Ben Johnson y Facundo Quiroga. Ignoramos si tal mandato fue cumplido.

SU obra en verso ha condenado a una permanente marginalidad a toda o casi toda su labor en prosa (como en el caso de Darío o de Machado). El nombre Saraví evoca de modo instantáneo a ese poeta que colmó toda una época de Paraná y de la provincia---, y refleja una arraigada convicción en la circunstancialidad y exigüidad numérica de su prosa. Mucho de ese juicio se acerca desdichadamente a la verdad. Su obra más conocida, o más nombrada (porque decir conocida es arriesgar o aventurar una probabilidad y no una certeza), más nombrada, decíamos, es El Escudo de Entre Ríos, no nacida de la voluntad de Saraví sino fruto eventual de un encargo que le fue hecho por el gobierno de la provincia.

Es verdad que no interesan los pormenores que anteceden a algunas obras (no a todas, desde luego, ya que en muchos casos esos pormenores que anteceden son la misma maravillosa sustancia que le constituye); pero en este casi sí porque, específicamente, Guillermo Saraví no fue un prosista. Y aunque su prosa nada le quita a su poesía, jamás

podrá suplantar el efusivo lirismo de Hierro, Seda y Cristal, de Carne de sueño o las nostálgicas líneas de Tarde Antigua.

Guillermo Saraví nació en Paraná, el 11 de agosto de 1899 y murió en la misma ciudad el 31 de diciembre de 1965. Obtuvo el título de maestro en la Escuela Normal, ejerció en forma pasajera el periodismo y desempeñó la dirección del Archivo Histórico de Entre Ríos. Por su Salmo del Hambre, le fue adjudicado el lauro mayor en los Juegos Florales de Paraná en 1921.

Escribió y publicó, en prosa: El escudo de Entre Ríos (Paraná, imprenta de la Provincia, edición oficial, 1941); Montiel. Crónica de matreros, Vagos y Mal Entretenidos (publicada en el diario “La Capital” de Rosario y no recogida aún en libro). En verso: Hierro, Seda y Cristal (escrito en 1916, publicado en 1925, con segunda edición en 1928, Buenos Aires, con un prescindible prólogo de J. J. de Soiza Reilly. Recoge el “Salmo del Hambre”); Numen Montaraz (Buenos Aires, 1928; segunda edición, Paraná, 1933); El Supremo Entrerriano (poema histórico, 1929); Carne de sueño (Paraná, 1932); La lágrima de plata (Paraná, 1947) y Tarde Antigua (publicada parcialmente).

Hubo toda una “edad Saraví” en Entre Ríos, y particularmente en Paraná que resistió incluso la ruptura de las estructuras formales y temáticas operada por el ultraísmo y persistió más o menos hasta los años 40, en que el propio Saraví, marginando su opulento lenguaje modernista derivó hacia una poesía nostálgica, intimista, de valores verbales renovados (en lo que concierne a su propia poesía). Esta nueva actitud poética es la reunida bajo el título de Tarde Antigua que, en este momento (1979) no ha sido publicada aún. Su primer libro, Hierro, seda y cristal irrumpe en la un poco aislada Entre Ríos y cautiva de inmediato a un público que esperaba, hacia 1926, un poeta representativo. Pensemos que para entonces, Chabrillón sólo era conocido por algunos “iniciados” y su poema de mayor divulgación era “Los camalotes”, que de ninguna manera constituye su mejor creación. Ortíz publicaría recién en 1933; Mastronardi había dado su primer libro en 1926, obra que no tuvo resonancia provincial; aún fue escasa en Buenos Aires. Amaro Villanueva estaba virgen en materia de libros. Rebeque Thuiller gozaba de un anonimato total, casi como hoy mismo, parcialmente rescatado por Luís Sadí Grosso en sus conferencias sobre “Poetas Olvidados”. Panizza había hecho imprimir ya cuatro libros, de tono menor y estilo

campesino. Daniel Elías era otro inédito, conocido sólo en círculos de amigos. En torno a estos nombres había varios poetas más: unos con una popularidad exclusivamente departamental; otros condescendían sólo a los periódicos y no podían estar jamás al nivel de Saraví, que entonces sólo contaba con veintisiete años y exhibía una típica estampa romántica al estilo Fernández Espiro: chambergo, corbata Levelliere, capa como su amigo Mateo Dumón Quesada, también inédito entonces. De este modo, pues, Saraví estuvo soberbiamente solo, aunque el elenco modernista entrerriano ---hablo de los residentes en la provincia--- contaba con Luís María Grané, Luís Dosilo Jurado, Manuel Portela, Delio Panizza, Ernesto Bourband y algunos otros. Recordamos que con un grupo de estudiantes del Colegio del Uruguay, allá por los años 1938 al 41, éramos devotos de Saraví, devoción que sólo la llegada de Residencia en la Tierra, de Neruda, iba a hacer disminuir.

Es comprensible que Hierro, seda y cristal se constituyera en una biblia poética modernista si decimos que pocos poetas del país tienen obras de tanta organicidad estilística y pareja calidad como esa. Citamos a Lugones, a Enrique Banche, a Leopoldo Díaz, a Ernesto Mario Barreda, a Ricardo Rojas, a Rafael Alberto Arrieta, y en menor nivel, a Arturo Marasso, Ever Méndez, Carlos Ortiz. De todos ellos, sólo Lugones y Banche superan a Saraví. Hierro, seda y cristal, aparte de la unidad que lo caracteriza, recoge piezas verdaderamente antológicas, como “Adiós a la Bohemia!”, “Keiwen”, “Tremonto bizantino” (cuatro sonetos descendentes), “El buque trágico “ y “Tu sombra”. No hay ningún poema prescindible, lo cual es mucho decir de un primer libro.

Mi alma es un buque trágico joyado de secretos  
corsario ya deshecho que se hunde en el confín  
llevándose una carga de blancos esqueletos  
entre los áureos cofres de un antiguo botín      —  
... ..  
Y es fama que en las noches más azules y bellas  
han visto bajo el tenue fulgor de las estrellas  
una espantosa imagen, de pie, junto el timón...

Si bien la temática y aun ciertas formas expresivas han envejecido parcialmente, el libro permanece como la cúpula del Modernismo en el interior del país. Es ya histórico, de manera irreversible. Sólo en épocas de revolución literaria se recusa lo anterior. Pero una

vez la demolición de los novísimos, los revolucionarios se hacen clásicos e ingresan ---como Saraví--- a la posteridad- Recusar hoy a Saraví sería una imperdonable ingenuidad- Lo mismo que recusar a Darío por haber sido modernista. Nosotros releemos de cuando en cuando a Saraví, y entre los escritores actuales de la provincia existe la tendencia a restituirle el prestigio que, por otra parte, no perdió nunca, salvo, dijimos, por el “patricidio literario” característico de la juventud, que es intolerante en materia estética, en la defensa de “lo nuevo” y en la concesión de reconocimiento en tiempos de batalla.

Era inevitable que Saraví incluyera algunos temas decadentes y hasta ligeramente “satánicos” en su primer libro. “Tu sombra”, poema espectral, modelo de literatura gótica, se mezcla con poemas de contenidos románticos con lenguaje modernista. Los temas de las escuelas parnasianas, decadentes, simbolistas y modernistas figuran en mayor o menor medida en Hierro, seda y cristal. Una revisión de los nombres que incluye en “Adiós a la Bohemia” nos retrotrae a los bardos gaélicos, a la batalla literaria de Hernani, a los personajes de las escenas de la Vida Bohemia de Mürger a Verlaine. Poe es aludido a través de su cuervo. Los temas del chambergo y de la altivez de poeta son típicos de fin y principio de siglo, cuando ser poeta era también una forma de lucha social:

Sobre la tristeza diaria  
y el desdén de la fortuna,  
mi chambergo es como una  
canción revolucionaria.

Pálida lumbre estelaria  
a su negrura se aúna  
y a veces, blanco de luna  
tiene un alma imaginaria.

Bien me acompaña en mi marcha  
por vastos yermos de escarcha  
callados y taciturnos...

Y lo mismo que su dueño  
bendice, mudo, el ensueño  
y ama los perros nocturnos.

Cervantes y Rostand, con sus respectivos héroes Quijote y Cyrano, fueron muy del gusto de los modernistas como, como lo ejemplificó inicialmente Darío mismo.

El “Salmo del Hambre” nos presenta a un joven Saraví preocupado por la problemática social, un poco al estilo anarcosindicalista o mejorando el de Alberto Ghiraldo:

Hambre que divagas por los bulevares  
soñando distintos limbos estelares,  
llena de contagios y de castidad,  
o que alucinada por dichas inciertas  
duermes en el gesto lleno de suma piedad

En Carne de sueño Saraví atenúa la expresión modernista y deriva hacia un posmodernismo, aunque cierta temática (la última Thule, etcétera) lo mantenga dentro de la escuela. Finalmente, en la parte menos importante de su producción poética, el poeta de Paraná accede al canto épico, nativo, provincial, de temática histórica, cuyo ápice lo constituye “Cerro Coré” (La Última Revista), dedicado a los heroicos soldados del mariscal López. Entre Ríos tuvo el honor de no a- **mmmmmmmmmmmm**

ES muy poco lo que se sabe de este poeta entrerriano, nacido en Gualeguaychú y muerto antes de cumplir los treinta y tres años. No obstante su breve existencia, publicó tres obras poéticas, que aunque influidas en el estilo rubendariano poseen una alta dignidad poética, realmente intocable por la crítica. Esos libros son En olor de juventud; Alabastrón (1920) y Ananké. Ejemplifica, mejor que Rebaque Thuillier y otros contemporáneos, el estilo modernista de su tiempo, y sus libros lo sitúan inequívocamente en la cumbre de la poesía renovadora cuyo modelo fue el poeta de Nicaragua. Nada mejor que este soneto para poner en evidencia su estilo:

Psiquis, toda hecha de aromas se diluye en las cosas  
 dormida en el frescor de la brisa argentina;  
 y al beso de la grata dulzura matutina  
 como en rosal de encanto reflorecen mis rosas.

Está en mí la fragancia matinal y divina  
 que el interior redime de frases y de prosas;  
 el horizonte imita telas maravillosas  
 y el ensueño es un monje que su creación termina

Flores inmateriales, la Armonía difunde,  
 y en su perfume toda mi ilusión se confunde  
 convertida en seis cuerdas de una lira sonora.

Mi corazón se olvida del obscuro destino,  
 mientras bebe en el cáliz del orto un dulce vino  
 con la alondra que ríe y el ruiseñor que llora.

NACIÓ en Nogoyá el 20 de setiembre de 1895 y murió en Paraná el 12 de mayo de 1971. Fue funcionario de la administración pública. Literariamente, su vida transcurrió sin estridencias y sólo dos hitos personales señalaron su dedicación al verso: la publicación de su primer libro, Poemas de amor, de dolor y de tedio (J. Lajone y Cía. Editores, Buenos Aires, 1926) y del segundo y último, el Pliego de Poesía N° 2 que le dedicó al Club de Letras de Entre Ríos en 1968. Colaboró ocasionalmente en “Caras y Caretas” (1925) y figura en una ignota antología, Los mejores Poetas de la Argentina (1927)<sup>82</sup>

<sup>82</sup> Casi todos los datos que figuran en esta introducción a Rebaque Thuillier me fueron transmitidas por Luís Sadí Grossi. También he recibido de él tres obras de este poeta nogoyense.

Durante muchos años abandonó Rebaque Thuillier toda elaboración literaria, pero la retomó hacia fines de la década del 60, en que compuso numerosos poemas todavía inéditos. Gracias a la dedicación y pasión investigadora de Luís Sadí Grosso conocemos hoy muchas circunstancias de su labor y de su silencio. Grosso lo incluyó en una serie de conferencias titulada “Los poetas olvidados” y asimismo presentó el Pliego de Poesía en la Asociación Verdiana de Paraná el día 18 de enero de 1968. También le ha consagrado algunas notas periodísticas esclarecedoras.

Dos vertientes nítidas alimentan el dual estilo de Rebaque Thuillier. Una, acentuadamente romántica, becqueriana; otra, modernista, que a su vez es posible escindir en dos: modernismo con motivaciones románticas, y modernismo puro, con rasgos lugonianos y herrerianos, dos influencias casi insalvables en su tiempo (excepto Chabrillon y Ortíz). Precisamente hemos decidido elegir a este poeta para ejemplificar cuán hondo penetró el modernismo decadente de Lugones en la generación siguiente, la del posmodernismo. Ese modernismo se convirtió en un verdadero estilo flotante, y lo sufrieron Saraví, Daniel Elías, Portela y otros. Veamos una muestra en este “Tramonto” de Rebaque Thuillier:

Era el silencio en torno. Sobre el lago  
semidormido en su quietud unciosa  
la tarde deshojó su última rosa  
en un supremo y apacible halago.

Turbó la calama del tramonto vago  
a la distancia, una canción luctuosa,  
y a la manera de un ala misteriosa  
rozó tu frente un pensamiento aciago.

Cual una flor que se tornara mustia  
tu beatitud se resumió en angustia...  
Y al confiarme tus sueños dolorosos,

rendida a la crueldad de su tormento,  
como en un súbito descuajamiento  
tu alma, transida, se volcó en sollozos.

Verleniano también por el estilo y temática, estos últimos “Motivos de la lluvia” recogidos en su obra primigenia. Véase el modo reiterativo:

Oh, cómo gime su canción

El desolado corazón;  
A la caída de la lluvia  
Llena de vaga evocación

¡Oh, cómo gime su canción  
El angustiado corazón!

¡Oh, cuán lejana la canción  
Rosa y azul de Ilusión,  
Cuya alegría ya no efluvia  
Sobre el cansado corazón!

¡Oh, cuán lejana la canción,  
Rosa y azul de la Ilusión!

¡Cuán dulce fue aquella canción,  
cuán dulce y grata al corazón!  
¿Por qué, por qué no florecer  
Sobre la gris desolación?...

¡Oh, cómo fue aquella canción  
De dulce y grata al corazón!

¡Oh, si tornara a florecer  
Aquella diáfana canción!  
Sería el cielo como ayer  
Aun en su gris desolación...

¡Oh, si tornara a florecer  
Aquella diáfana canción!

\*   \*  
\*

Llanto del cielo, calmo y triste;  
Llanto del cielo, bendición:  
Su bienhechora mansedumbre  
También nos lava el corazón.

Por un camino solitario

(Por el camino que olvidé)  
Acudes tú, sombra doliente,  
Resto de mi perdida fe.

Y el llanto lento de tus ojos,  
Llanto de angustia, bendición,  
Lava de agravios ancestrales  
El serenado corazón.

Sombra doliente y trashumante  
Resto de mi perdida fe:  
Para tu halago va este verso  
Por el camino que olvidé.

Llanto del cielo, calmo y triste;  
Llanto del cielo, bendición;  
Su bienhechora mansedumbre  
También nos lava el corazón...

(Versos de amor, de dolor y de tedio)

¿Quién evitaría recordar a Verlaine?

Cae el llanto de mi corazón  
como la lluvia en la ciudad.  
¿De dónde viene esta aflicción  
que penetra en mi corazón?

También hay reconocibles rasgos becquerianos en la obra de Rebaque Thuillier. Son nítidos en este “Símil” (de su obra inédita):

Llegué hasta el mar y en sus riberas áureas  
dibujé un corazón  
Vino una ola y otra ola y otra  
y el infantil dibujo se borró

Llegué hasta ti. Grabar una palabra  
quise en tu corazón.  
Vino una ola y otra ola y otra  
Y ¡ay! También mi palabra se borro.

De cualquier modo, este poeta ha legado una poética triste, no original en su estilo ni en sus motivaciones, y además, según propia confesión, coartada por sus “urgencias y necesidades” que “habían vencido al escritor”. Nosotros creemos que, para un verdadero poeta, lo más importante en su poesía, y hay que asumirla heroicamente. De otro modo, vale más no escribir ninguna línea.

NACIÓ en Montevideo el 24 de noviembre de 1897 y se afincó en Gualeguaychú desde niño. En 1921 se le otorgó la carta de ciudadanía. Su afincamiento llegó a ser tan profundo que sus orígenes prácticamente fueron olvidados por el poeta, quien se dedicó a escribir la historia de la ciudad que adoptara como propia. Después de una prolongada y penosa

dolencia, murió en Gualeguaychú el 1° de junio de 1949. Hasta entonces, había publicado Sonetos de Buen Amor, Música Vana (1934), Canto a Gualeguaychú y Canto a Entre Ríos. Creemos que aún permanece inédito un libro para niños que titulara Cucuruchos.

La poesía de Portela es típicamente modernista y no escapó a la entonces opresiva influencia de Lugon es, que se ejercía no sólo en la Argentina sino fuera de los límites del país. Esta influencia ---que también sintiera Daniel Elías--- es enteramente visible en el estilo metafórico característico del poeta cordobés y del uruguayo Herrera y Reissig. En otro lugar destacamos ciertas líneas de Portela que lo mostraban ejerciendo también la metaforización ultraísta:

Martirizaron tus pequeñas manos  
la fragante blancura del pañuelo

Pero fue más fiel a la fórmula lugoniana:

La tarde, como un ave moribunda,  
plegó la seda de sus rubias alas...

dice en Música Vana. En este sentido puede colocarse a Portela a la par de otros entrerrianos (Saraví, Elías, Zaragoza) que eligieron el soneto como la forma ideal, tal como hiciera Fernández Espiro en la generación anterior. Más aún: uno de sus libros está constituido enteramente por sonetos.

GASPAR Lucilo Benavento nació en la ciudad de Victoria ---la antigua Matanza--- el 6 de enero de 1902 y murió en Buenos Aires el 21 de abril de 1963. Luego de ejercer como maestro, se lo nombró director de escuela, inspector de zona e inspector viajero,

recorriendo en este carácter casi todo el país. En el Chaco fue profesor-fundador del Colegio de Resistencia. Finalizó su actuación en el campo de la enseñanza como inspector técnico de distrito en la Capital Federal, donde se había radicado.

Su obra, descriptiva en general, se compone de Sol de amanecer (prólogo de Héctor Pedro Blómerg); Tierra maldita (1929); Ciudad de Vera de las Siete Corrientes (1934, edición del gobierno correntino); Madre (1940); La de las Siete Corrientes (1947, premio Regional de la Comisión Nacional de Cultura); Entre Ríos, tierra de horneros (1950); Jujuy, rosada de airampos (1951, Imprenta del Estado, Jujuy); Soledad pensativa (1960, Primer premio “Alfredo R. Bufano del Consejo de Escritor); La patria está en el canto (1958); Leyendas guaraníes (1961, premio “Ricardo Rojas” de la Municipalidad de Buenos Aires); El guaraní en Entre Ríos (1962) y tres textos escolares. La escritora Rosa María Sobrón de Trucco le dedicó un estudio, La voz de la tierra en Gaspar L. Benavento (Cuadernos de Crisol Literario, Victoria, 1966), y Juan de Mate Ibañez incluyó en su única obra Discursos y Poesías (edición del autor, Victoria 1972) una conferencia en su homenaje dictada en 1964.

Casi en su totalidad, la poética de Benavento proviene del paisaje y de las repetidas instancias de la vida campesina. Su vocabulario tiene, pues, una definida ubicación rural, y con su manejo lúcido y pleno de ternura, de humanidad, ha logrado una poesía diáfana, solidaria, entregada a la contemplación y a la alabanza de los trabajos y las fiestas agrarias. Un ligero cómputo de las cosas y temas entrerrianos (o de cosas y temas de otras provincias donde residió) nos advierte que la tierra fue la apoyatura de su canción:

Yo soy un árbol más en este prieto  
 monte padrino de las Siete Gracias:  
 tengo un calor de nidos en las manos,  
 se trenzan en mis brazos las pitengas,  
 los crispines se asientan en mis hombros,  
 pican mi corazón las lechiguanas  
 y me afiebre un escándalo celeste  
 ---luz y canción, luciérnaga y chicharra<sup>83</sup>

No ha de buscarse en Benavento otras motivaciones; será difícil hallarlas. Y tanto en las sierras, en las llanuras litorales surcadas de ríos y sembrados se lo verá recurrir invariablemente a las comparaciones de la naturaleza vegetal o animal.

LA poética de Galo Zaragoza, modesta en lenguaje y en extensión, tiene todos los matices de un posmodernismo atenuado, con algunas reminiscencias románticas, que no son sino los propios remanentes sentimentales de su autor, hombre de una sensibilidad ingenua y espontánea, que siempre estuvo lejos de las escuelas literarias, de las lecturas y de los libros donde se intenten iluminar las peripecias y vericuetos de la creación. Tuvimos a la vista y tenemos aún los originales íntegros de toda la obra en verso de Galo Zaragoza, y evidencian una cosa: no pulía jamás sus poemas, salvo alguna palabra aislada, o un verso; y así hallamos líneas sin escavar, líneas imperfectas, que esperaban una corrección que no llegó nunca, que su enfermedad impidió definitivamente. También hallamos poemas inconclusos, no ya líneas, indicaciones para trabajos que no se efectuaron, y borradores de ardua lectura.

En vida, publicó muy poco, tanto que era desconocido, salvo para un círculo de sus amigos, que tampoco eran muchos. Su modestia le cerraba los labios, y se podía estar horas con él sin adivinar ese temperamento decidor del poeta, temperamento, costumbre que se ha permitido bastante, en el tráfago actual de la antipoesía. Si quisiéramos hacer un juicio (en modo alguno magistral e inapelable) diríamos que, salvo contados poemas, Galo Zaragoza no halló su expresión, o no pudo macerarla debidamente. Pasó toda su vida muchos sinsabores, y murió entre sufrimientos tremendos provocados por el cáncer. Que estas líneas se interpreten como un sincero homenaje a un escritor doliente y frustrado.

Hace ya veintisiete años, nosotros incluimos en Entre Ríos Cantada tres poemas de Galo Zaragoza. En uno de ellos, titulado “Anna”, hay una línea, bajo la lámpara lunar, que tomamos como título de su obra poética completa, que por encargo de sus hijos ordenó en 1973. Lamentablemente, permanece inédita. Como aquella antología se halla agotada hace años y la nueva edición ampliada y actualizada no tiene aún fecha de salida, queremos dar una muestra de lo mejor de Zaragoza. Justamente el poema “Anna”

Vivió muy poco tu sonrisa  
murió mi estrella en el pinar  
agua que breve se desliza  
muy pocas veces llega al mar

Las tardes graves me dijeron

que esto tenía que terminar  
bajo la lámpara lunar.

Bien haya el tiempo indefinido  
que me llevó a la eternidad,  
si tanto, tanto te he querido,  
¿por qué te habré de condenar?

Tu vida está en un cautiverio  
que ya no habrá de libertar  
aunque mi nota en el salterio  
haya dejado de sonar...

Bendito sea el infortunio  
que hoy hacia ti me hace llegar  
en placidez de plenilunio  
bajo la lámpara lunar.

Galo Zaragoza nació en Diamante el 17 de octubre de 1904 y murió en Paraná de cáncer, el 31 de marzo de 1965. En su juventud ejerció el oficio de tipógrafo, más tarde se desempeñó como secretario de la municipalidad de Diamante y como empleado de Trabajo y Previsión, ya en Paraná. Varios poemas suyos se publicaron en “La Capital” de Rosario, en “Democracia” de Buenos Aires y en hojas periodísticas de Paraná y ciudades vecinas.

QUIENES hacia 1930 podían ser considerados todavía poetas jóvenes o muy visibles avanzadas de una nueva actitud literaria, constituyeron la primera vanguardia entrerriana que introdujo en la provincia las frescas ramas del Creacionismo, del Surrealismo, del Ultraísmo y otras formas nuevas del gay saber revolté contra el decadentismo, el parnaso y otros esquemas y estructuras poéticas ~~demodés~~. Acostumbrados a consagrar sólo glorias vetustas sobre cuerpos yacentes, Entre Ríos tuvo el privilegio de ver jóvenes de más de setenta años señorear todavía en una evidente vanguardia. Nacidos antes o muy poco después del siglo XX, todos pudieron desentenderse del Modernismo y definirse estilísticamente por expresiones de reforma que, a partir de 1923 pautarían toda creación o, por lo menos, toda intención creadora y renovadora en el país. Para cualquier efecto, consideramos “nueva literatura” todavía a la que se vierte en oposición a nosrmas constructivas anteriores y a la que espeja nuevas realidades sociales y subsiguientemente artísticas. En especial en nueva sensibilidad” y sus actuales prolongaciones o pleamares. Debe entenderse que no cometeremos el error de hablar de poesía “nueva” ni aun “novísima”, lo que comportaría reconocer un proceso o un progreso calendárico, con superaciones de fondo y desde luego, con una implícita declaración de senectud y caducidad a toda poesía anterior. Aquel criterio, propio de los parricidas estéticos, es automáticamente rechazado por esa entidad intemporal que es la Poesía. Hay poetas nuevos y hasta novísimos; hay ---es reconocible--- formas distintas, lenguaje diverso. Hay una actitud vital enteramente disconforme con las anteriores concepciones de la vida o de la visión del mundo. Pero la Poesía, como entidad, ontológicamente, en Una, inclasificable e indivisible en estancos temporales o espaciales, en lo que respecta al fenómeno de su origen, al misterio de su embriología. Aquellos que ponen su mayor vehemencia en los cambios externos no transmiten Poesía sino que “hacen literatura” porque se suele confundir Poesía con Poema, y de este malentendido común provienen nuevos y largos equívocos, como el antilenguaje y la antipoesía, dos aberraciones de nuestra época.

Nuestra primera vanguardia entrerriana fue ---con una sola excepción: Chabillon--- inevitable rebote de la avanzada europeo-porteña: el futurismo, el dadaísmo y el surrealismo, que se iniciaron oficialmente en 1909 con los manifiestos de Marinetti, a

comienzos de los '20 con el grupo Dadá y las tomas de posición de los surrealistas de 1924, y por supuesto, con el contemporáneo surrealismo español llamado ultraísmo que Borges y

Guillermo de la Torre trajeron de la península y que en Buenos Aires se escindió en dos: el grupo de ética y poesía social de Boedo y la estética llamada de Florida. Ambos grupos nunca muy divididos, constituyeron el “martifierrismo” o ultraísmo criollo, nombre originado en el de una revista de ese tiempo.

Hemos dicho que en nuestra provincia hubo una excepción: Andrés Chabrilón aparece como el primer avanzado del estilo creacionista, que busca dar a cada vocablo, dentro del poema, un carácter de creador de una realidad, o de transformador de la misma. Es decir, es fundacional. Chabrilón daba a luz en 1911 su libro A la luz de una sombra, que contiene atributos creacionistas que sólo más tarde aparecen en Vicente Huidobro. Pese a esa prelación, Chabrilón no encabezó activamente ningún movimiento revolucionario; careció de maestros y de discípulos. Siempre estuvo solo, en el sentido que no tuvo o hizo política literaria. De los que le siguieron en edad, únicamente Mastronardi militó en las filas ultraístas porteñas y publicó (1926) antes que los demás ultraístas de Entre ríos. Sólo siete años después aparecía el primer libro de Juan L. Ortiz, que no pasó por ninguna etapa modernista o posmodernista. Con todo, debemos descontarle los años de silencio anterior a 1933. Junto a Juan L. debe citarse a Amaro Villanueva, y aunque no las publicara, las hermosas páginas de los Poemas Chúcaros de Mateo Dumón Quesada son una clara manifestación del mejor ultraísmo, una consagración de la metáfora. Del grupo modernista sólo Ponciano J. Zaragoza y Guillermo Saraví pasarían a un recatado ultraísmo, aquel Poesías de mi Aldea (1938) y éste en los parcialmente conocidos poemas de Tarde Antigua.

ESTE místico de la luz interior y profeta de su propia ceguera, nació en Paraná el 20 de setiembre de 1887 y murió en Buenos Aires el 7 de octubre de 1968. Efectuó sus estudios primarios y secundarios en su ciudad natal, para continuar en la carrera de Derecho en la facultad respectiva de Capital Federal, doctorándose en 1913. Radicado en Paraná, contrajo enlace en 1914: pasó luego a Posadas (Misiones), donde entre 1915 y 1919 ejerció su profesión. En 1918 desempeñó el cargo de juez de primera instancia en lo Civil y Comercial de Concordia, renunciando al año siguiente, para continuar con su profesión. Fue asesor letrado de los ferrocarriles de Entre Ríos, del Ferrocarril Nordeste Argentino y del Banco de la Nación. En Victoria fue defensor de pobres y menores. Simultáneamente actuó en la docencia, como catedrático de Literatura española, americana y argentina y de Instrucción Cívica en el Colegio Nacional y en la Escuela Nacional de Comercio de Concordia. Asimismo, presidió la Comisión Municipal de Cultura y la biblioteca popular O. V. Andrade y el Rotary Club de esa misma ciudad. Chabrilón viajó por América y Europa. En sus últimos años había fijado su residencia en Buenos Aires donde, dos horas antes de morir, escribió su último poema. Sufrió de ceguera y fue operado con éxito de cataratas.

La obra de Chabrilón consta de A la luz de una sombra (1911); Oro pálido (1919); Desnudez (1930); Si pensara la rosa (1954, que contiene además De la espiral sobre sí mismo y reedita Desnudez); La cigarra (1955, que reedita A la luz de una sombra y Oro pálido, e incluye el poemario Momentos del Camino); Tres lágrimas de topacio (1963), Todos de poesía, y el opúsculo Al poeta julio Garet Más (1965).

Ya no puede siquiera despuntar ningún debate sobre la antelación del poeta entrerriano sobre el chileno Vicente Huidobro, líder del creacionismo, cuando éste mismo dedicó un ya lejano homenaje al poeta de Oro pálido. La influencia de Chabrilón sobre Huidobro es perfectamente visible en la segunda parte de La gruta del silencio (1913). Allí hay un poema, “El libro silencioso”, dedicado precisamente a Chabrilón, a quien llama “Gran duque del Silencio y el Misterio”, definiendo con una agudísima síntesis las características principales de la poética chabriloneana: silencio y misterio, que iban más tarde a acompañarse con otro sustantivo: oscuridad.

Ya antes de la retirada del Modernismo, Chabrilón transitaba otros niveles líricos que poco o nada tenían que ver con la escuela rubendariana o con la de sus epígonos o

hipóstasis. Nada más distinto de Chabrillón que un Lugones, o un Herrera y Reissig. Al único que podría comparárselo, por ciertas coincidencias en su gusto por las zonas misteriosas del alma o de la naturaleza, es a Enrique Banchs que, con el poeta entrerriano, son los menos retóricos herederos del Modernismo. Lo que interesa anotar es que Chabrillón tampoco fue un mero “posmodernista”. Ya inicialmente superó ese escalón, haciéndose conocer con una poética personal cuyas características trataremos de puntualizar en la medida en que no sea inasible a las desafinadas herramientas de la crítica o la exégesis. Chabrillón, en efecto, tras un nuevo simbolismo, más centrado en sus peripecias o experiencias vitales subjetivas que en aquel encadenamiento virtual entre el hombre y la naturaleza proclamada por Baudelaire, y cuya desaparición deplora Emmanuel Maunier<sup>84</sup>. Muy bien ha caracterizado Nélica Salvador la poesía inicial de Chabrillón: “un acendrado subjetivismo, en el que predominan el ensimismamiento y la visión atemporal,

casi onírica del mundo, alejan de la sensorialidad modernista a esta obra [A la luz de una sombra] de Chabrillón. El paisaje se desdibuja, los objetos asumen una vibración interior que va más allá de su correcta apariencia. Todo es apagado, estático en ese clima brumoso donde sólo se perfila el silencio como una presencia sigilosa que recorre “unos corredores inacabables”, “unas sendas que no transite nadie”<sup>85</sup>. Este libro, de acuerdo al crítico salvadoreño Juan Felipe Toruño, colocó a su autor en “avanzada de los ultramodernos americanos”<sup>86</sup>. Naturalmente como la literatura argentina se dirige hacia Buenos Aires ---como muchas otras cosas---, y como la mayoría de nuestros antólogos y críticos literarios padecen de una enciclopédica ignorancia en cuanto a literatura, Chabrillón no ha logrado aún el conocimiento que se merece y que merecen los lectores de hoy. Se exalta a poetas mediocres como Girondo, o autores prefabricados como Macedonio Fernández, sin pensar que están siguiendo una corriente sabiamente inducida por determinados círculos. Por supuesto, hay muchos autores más para nombrar.

Desde su primer libro, como dijimos, Chabrillón se nos aparece desembarazado del lenguaje, clima y temática modernistas específicamente rubendarianos, y parece conservar, algo mágicamente, cierto vocabulario romántico ---del más secreto y puro romanticismo--- que otorga a esa poética inicial un matiz que lo distingue de sus contemporáneos. Este

<sup>84</sup>

<sup>85</sup> Emmanuel Maunier, *Tratado del Carácter* (Edic. Antonio Zamora, 1955).  
<sup>86</sup> Nélica Chabrillón, *Andrés Chabrillón y el posmodernismo* (en “La Nación” de Buenos Aires, 16 de enero de 1966)

mátiz romántico (que Chabrillón conservó toda su vida) participa en parte del de Poe y otros góticos. Es como si un poeta moderno descubriera en sí elementos románticos inéditos inusuales en los propios románticos del siglo XIX. Esto es muy difícil de explicar con palabras. Sólo lo explica la percepción y la recepción correcta del lector (por correcta entendemos excepcional), porque Chabrillón parece haber comunicado la mitad de sí mismo

Y me recliné en la penumbra  
de la esencia y del secreto

O bien, su de profundis fue tan delicadamente asordado, tan discretamente descubierto por él mismo a los demás que llegamos más a admirar su enunciación verbal que su dolor profundo. El poema “La Perla” (del libro Desnudez) de 1930 es una ceñida, “virilmente amarga” confesión del tiempo de adentro, diferente al del reloj cotidiano.

La existencia de Chabrillón, sin estridencias, con la convivencia agraciada de su mujer y sus hijos, ocultaba, en cierto sentido, la gestación secreta de esa perla que era la belleza pura ---aquella de Mallarmé---;

en honduras de enigma

Siempre lo areano, la pululación secreta:

sólo el alma profunda tiene monstruos y enigmas

Esa reconcentración, ese “espiral sobre sí mismo”, no podía sino dar una poesía con misterio, con soledad de adentro, con cierta inasibilidad:

...la soledad, en torno  
del alma es un fecundo  
silencio luminoso

Pero además, esa concentración preanunciaría ---él mismo lo predijo--- el velo de los ojos. Debe saberse que hace más de veinte años Chabrillón debió ser operado de cataratas:

Mis ojos aman la sabiduría  
pero ya están enfermos de lectura.  
Cuando caiga en la noche de los ciegos  
condenado a mirar mis amarguras,

que mis libros curen los ojos enfermos,  
que su desolación las almas viudas  
corten en la ribera de mis cantos  
el myosotis de las quimeras trucas.<sup>87</sup>

Mucho más tarde, en Si pensara la rosa:

La noche ha entrado ya en mis ojos:  
¿Qué hará mi vida sin la luz?  
El adivino de los versos  
de mi lejana juventud,

vio la luz negra de mis ojos,  
en fondo negro es azul.

Pero la fortaleza íntima del poeta ---ciego, semiciego o plenamente vidente--- lo hace ascender “en la invisible marejada/de la vida interior”. ¿Es en verdad la ceguera una especie de muerte, un vívido anticipo de la muerte? Las imágenes que dieron a Chabrilón la certidumbre de esa sombra de los ojos que ilumina mucho más la conciencia y el alma, son hermosas:

En acordadas caracolas  
tiñe el crepúsculo a morir...

o si no, el alma

viste de altiva seda oscura  
la poesía del anochecer

El final de “El velero Negro” ---uno de los poemas más hermosos escritos en este país--- es casi un grito jubiloso, como aquel “¡Más es mía el alba de oro!”

¡Pero en su seno resplandece  
mi vieja carga de la luz!



hacia 1910 ingresó en la Escuela Normal de Gualeguay, de la que salió para desempeñarse como empleado del Registro Civil de esa ciudad hasta 1942, en que se radicó definitivamente en Paraná. A los diecisiete años viajó a Buenos Aires, para vivir tres años de bohemia; y en 1957 efectuó un viaje por los países socialistas (Rusia y China).

Des su primer libro, Ortíz adoptó el sistema de bonos para poder financiar curiosas ediciones, de minúscula tipografía y tintas muy claras. En lo que respecta al aspecto físico de Ortíz, podía comparárselo con el Mahatma Gandhi<sup>88</sup>. Retirado en Paraná, primero en una casa cercana a la costa y luego sobre las mismas barrancas, en medio del parque Urquiza, se dedicó esporádicamente a la traducción y lectura de sus autores preferidos, que a veces aparecen, translúcidos, en sus propios poemas: los lakistas ingleses, Thoreau, Masterlinck, Albert Samain, Rodenbach, Verhaeren, Ungaretti, Juan Ramón Jiménez, Schéhadé, Hilaire Voronca, Rilke, Cher, Supervielle, Enrique Banchs, John Keste. Aparte de un estudio sobre

---

Reynaldo Ros, poeta de los niños y del Delta (1950), su obra está constituida por libros de poesía: El agua y la noche (1933, con poemas escritos desde 1924); El alba sube (1937); El ángel inclinado (1938); La rama hacia el este (1940); El álamo y el viento (1947); El aire conmovido (1949); La mano infinita (1951); La brisa profunda (1954); El alma y las colinas (1956); De las raíces y el cielo (1958) y la Obra Completa, editada en tres tomos bajo el título general de En el aura del sauce (Editorial Biblioteca, Rosario, 1970, con introducción de Hugo Sola).

Según Susana Giqueaux<sup>89</sup> habría escrito en colaboración con Carlos Gianello en Gualeguay, una novela juvenil llamada El alma de las llamas, no publicada jamás. Por otra parte, se le han dedicado varios libros y artículos críticos y exegéticos, y en la actualidad su nombre se ha difundido en una medida que no logró en su vida.

Para empezar a hablar de la poética de Ortiz habría que definirlo con palabras Pablo Antonio Cuadra sobre César Vallejo: “Basta ver cómo se funde en el paisaje, ignorándolo como descripción, para vivirlo y expresarlo en comunión”<sup>90</sup>. Durante toda su existencia, Ortiz mantuvo una desvelada atención a la naturaleza, a lo interior de la naturaleza. El

---

<sup>88</sup> Ortíz tuvo siempre predilección por la delgadez, la finura de las cosas. Su boquilla y su bombilla eran largas y delgadas; su perro preferido fue un galgo, Prestes; sus lapiceras eran gráciles, finísimas, como las plumas, que nadie sabe dónde conseguía. Las letras de su máquina de escribir apenas podían percibirse en las finas

<sup>89</sup> columnas de sus cartas escritas en delgadas hojas de papel. Hasta su firma era casi invisible. (Juan C. Ortiz y la poesía como desvelar (Ser), C. de Uruguay, 1971).

<sup>90</sup> César Vallejo, o Hispanoamérica en la cruz de la razón, por Juan Larres (Universidad Nacional de Córdoba

término “desvelo” es el más cercano a su actitud, ya que ofrece la mejor imagen de la insomne atención selectiva con que Ortiz indagaba humildemente en las delicadas metamorfosis y metempsicosis cotidianas de la vida terrestre, auscultando casi las savias. Parecía mimetizarse en los ramos florales más tenues, en el vuelo estilizado de las bandadas que se borran en el confín, en los bordes levemente rosados de las crepusculares nubes errantes, en el contérmino esfuminado donde no se puede distinguir el agua del río de las barrancas que lo ciñen. Una humilde consagración casi ritual a las individualidades más modestas ---un galgo, un gato vagabundo, una florecita silvestre, una brisa imperceptibles--- fue su incomún actitud de hermandad y de comunidad jamás disminuida en su quehacer poético tan extenso, en el que afirmó la poderosa debilidad (aunque eterna) del mundo de las formas y las no formas. Siempre inquiría a la naturaleza: esperó y ---como Rilke--- obtuvo respuestas. Por eso sus poemas son una vasta taracea de signos de interrogación, que quizá veía corroborarse en su profundo interior. Pero eran algo así como afirmaciones vacilantes, tímidas, como si el poeta temiera o dudara proclamar lo que una flor o una rama querían silenciar. Maestro de impresionismo, logró algo imposible: que el conjunto de sus libros se nos aparezca como un único poema, como una casi impalpable y elegíaca metáfora sin solución de continuidad.

Esos son los “reflejos animistas o mágicos” de que habla en su obra, que por una suerte de ósmosis (casi perceptible en su delgadez) se convertían en fragmentos o sensaciones trizadas. En la mayoría de sus poemas flota una atmósfera suprerreal o extraterrenal, y aun de los misterios del Origen, una “radiación adánica”. La brisa cósmica le entró por las ventanas del corazón, y lo endulzó y refrescó para siempre. Como a su amado Keste, como a Banchs.

Panteísmo, impresionismo y simbolismo: estas serían las fórmulas expresivas que traducen su tono, su forma de decir. Para Ortiz, por su inmensa humildad, tal vez diría que lo poético no sale de nosotros, cuya duración y distancia no conocemos. Su panteísmo no es fáustico sino órfico. Su impresionismo ---también en su evanescente pintura juvenil--- no es un “estilo” deliberado, una voluntariosa estructura, sino una radiografía de su propio espíritu que buscó siempre atemperar los contornos restallantes, Su simbolismo

baudeleriano no fue sino el instinto cósmico de resolverse en una materia orgánica única, el casi delirio de la idéntica constitución del hombre, la piedra, el agua o la flor. Esta

compenetración con la Naturaleza (Cosmos)-Hombre-Alma es visible en muchas composiciones. Ortiz llegó a captar instantes inéditos de la naturaleza, y este poema (que creemos el mejor que ha escrito) lo atestigua:

Hay entre los árboles una dicha pálida,  
final, apenas verde, que es un pensamiento  
ya, pensamiento fluido de los árboles,  
¿luz pensada por éstos en el amanecer?

Imágenes oscuras, los pájaros, vacilan,  
y quiebran, al fin, tímidas frases entre las hojas;  
la pura voz delgada de ese pensamiento  
que quiere concretarse porque empieza a sufrir.

¿Sufrir por qué? Alado, tiemble hacia las nubes,  
miedoso de perderse, de morir, a pesar

de la gravitación ya sensible de algunas flores.  
estrellas, y del llamado espectacular de las flores.

(El Alba sube)

El que haya leído su obra total advertirá una característica: todo es un solo soloquio, colmado de preguntas tanto como de silencios. El poeta parece no querer afirmar, porque tal vez tema que esa vida de lo natural sea el reflejo de su propia vida interior.

Hoy, las abejas de oro que se posan en los laureles rosas de las orillas del Paraná, producen un rumor asordinado, que quizá no sea, para los que amamos lo sobrenatural, sino la sobrevivencia de su propia voz.

CARLOS Mastronardi Negri, como filmara su primer libro, nació en Gualeguay el 7 de octubre de 1901 y murió en Buenos Aires el 5 de junio de 1976. Estudió en el Colegio

Nacional del Uruguay "Justo J. de Urquiza" al tiempo que era interno del vasto alojamiento de estudiantes conocido como "La Fraternidad". Ya en la Capital Federal, cursó dos años la

carrera de Derecho, que abandonó para dedicarse al periodismo, revistando como redactor de teatro y letras en “El Diario” de Láinez y luego como editorialista de “El Mundo” (1955). Escribía en diversas publicaciones como “Caras y caretas”, “Martín Fierro”, “Nosotros”, “Sur” (crítica de libros), “La Nación”, “síntesis”, “Comentario” ---donde publicó en 1955 un artículo crítico sobre Entre Ríos Cantada, en el que dividía graciosamente a los poetas entrerrianos en “gauchos crudos” y “ángeles rebeldes” según fueran terruños y montaraces (Panizza, Román) o elegíacos y delicados (Sola González, Martínez Hoard, etc.)

Ejerció de modo profesional la traducción y vertió a nuestro idioma obras de Rilke, Claudel, Apollinaire, Montherlant, Éluard y muchos otros.

Aunque con cierta intención peyorativa, ha escrito que “el desarmado ideal federalista halló consuelo y ocasión en la literatura”, y que “Ramírez, Urquiza, los dos Velásquez y las impetuosas lanzas montieleras se convirtieron en motivos épicos obligatorios y suscitaron numerosas páginas celebratorias”; y que “emblemas parejamente prestigiosos, la reja del arado y la hoja de la lanza se disputaron el interés de los poetas entrerrianos<sup>91</sup>”.

Ya hemos señalado en la introducción que el propio Mastronardi, aunque en un tono fundamentalmente distinto y lírico, recurrió a la nostalgia comarcana, y Entre Ríos empapa literalmente toda su obra. “Luz de provincia”, su poema mayor, evoca a esos paisanos que llegaban a embriagarse las fiestas patrias, esos montieleros tan realísticamente llevados al libro por Balboa Santamaría. Mastronardi enjuició más de una vez a “los tardíos vicarios del color local” pero él fue uno de ellos. Las Memorias de un provinciano nos relevan desde el título de insistir sobre el profundo, inocultable entrerrianismo de este poeta. Desde luego, Mastronardi va mucho más allá de un mero ejercicio descriptivo, aunque no pone mucho énfasis tampoco en un hondo sentimiento como el amor, por ejemplo, como la muerte. Un paisaje transmitido en crudo, puramente literal, es decir fotográfico, tiene indudablemente menos jerarquía que cuando ha pasado y trascendido el tamiz anímico, cuando se ha convertido en un “estado de alma”.

A cuarenta y siete años de su primera publicación (1937) en el libro Conocimiento de la noche, podemos considerar que el vasto poema “Luz de provincia” es como la Carta

Magna de la poesía entrerriana no específicamente lírica, el estatuto cenital de su paisaje. “Luz de Provincia” propuso ---y propone siempre--- a toda una generación impulsada por la creación espontánea y fácil, el ejemplo de una vigilia lúcida destinada a recrear demoradamente, con delectación y de manera constante, los planes más sutiles de la apoyatura formal y los vagos contornos del poema. En otro tiempo y en otro lugar<sup>92</sup> pudimos decir que “Luz de Provincia era la perpetuación del paisaje por medio de la palabra. Ahora reiteramos, hondamente convencidos, que el paisaje de la provincia de Entre Ríos es más paisaje después de Mastronardi; podemos asegurar que ahora se ve a Entre Ríos con mayor perspectiva, a través de las cincuenta y siete estrofas alejandrinas del gran canto. Mastronardi ha suscitado una afinación óptica, un esclarecimiento visual que se han hecho indispensables para comprender, no sólo un paisaje, una geografía íntima, sino una forma de poesía.

Las doscientas veintiocho líneas de “Luz de Provincia”, en su múltiple fluir, reiteran con delicadas variantes los temas de la vida natural que se proponen por sí solos al espíritu del poeta. Mastronardi sabía, al empezar su poema, que no había muchas maneras de concretar una intuición del paisaje, para que la intuición y el paisaje se hicieran comunicables, verídicos, reales, a través de la materialidad, a veces huidiza, de las palabras.

Pese a su otra labor poética y a su obra en prosa, y pese a él mismo, Mastronardi quizá sea para siempre, en historia de la literatura entrerriana y argentina, el autor de “Luz de Provincia” como Gray será siempre el autor de la “Elegía en un cementerio de aldea” y García Lorca el autor de “Romancero Gitano”. Y no es que las preferencias de los contemporáneos y de la posteridad sean inescrutables: “Luz de Provincia” es ya un clásico argentino, objeto de varias traducciones, estudios, casi agresivas defensas o imitaciones notorias y abundantes. Su autor no pudo eludir a poema, como lo demostró todas las veces que lo ha entregado a las prosas: no existe una versión igual a la anterior<sup>93</sup>.

---

<sup>92</sup> En Entre Ríos Cantada (Claridad, 1955).

<sup>93</sup> Conocemos, por lo menos, seis versiones diferentes: dos en libros nuestros (Diccionario de la Literatura Universal, Raigal, 1955; y Entre Ríos Cantada, 1955); dos en las dos ediciones de Conocimiento de la Noche: una en la Antología Poética Argentina de Borges y Silvina Ocampo, otra en la antología de poemas de Mastronardi (Eudeba) y otra inédita aún. Tampoco dudamos que existe un prototipo del poema, si es que

Es decir que “Luz de Provincia” es el curioso ejemplo de un poema heraclitano, jamás idéntico a sí mismo, pero que no deja nunca de poseer el mismo clima, sonido esencial de sus vivas alteraciones:

y el esplendor desierto donde se abisma el pájaro

Es un poema viviente, y como tal, cambiante. Los sucesivos afinamientos, las reiteradas variaciones, no le hacen perder ni una arista de su fulgurante origen, ese perfil provincial ya delineado en las memorias y en las antologías.

Un fresco abrazo de agua la nombra para siempre

Borges definió una vez a Mastronardi como “gran ejecutor de todas las delicadezas del idioma”, y ésta es seguramente la más singular de sus características verbales, porque el poeta ha sabido trasladar a su geórgica los valores acústicos del paisaje, sus dimensiones cósmicas, el cromatismo variable de sus estaciones y toda una escala de perfume y sabores. Hay líneas con implicancias cosmogónicas, como:

sus costas están solas y engendran el verano

Porque, como lo dice Vico, “toda metáfora es un mito en pequeño”, y hay mucha mitología provincial, una suprarrealidad mítica que se levanta desde la imposición de la metáfora:

cuando la provincia es del viento

O bien:

las voces tienen leguas

y muchísimas otras. Hasta los mismos trabajos del campo han sido promovidos a hechos estéticos después de una encarnadura emotiva y evocativa. Las viejas quintas, los arrabales, el mediodía que reverbera y la noche poblada de guitarras, las muchachas de antaño “festejando colores”, los jazmines, las islas, los corros de trigo, los matreros, toda esa realidad pasada y presente la devuelve al ocaso en una verídica, conmovida nostalgia. Nada de folklorismo fácil, de provincianismo sensiblero. Hay una suprema dignidad que impide el acceso al lector desganado, al turista de la lectura.

Este poema es entrerriano, argentino, americano y universal, y por eso es imperativo hablar largamente de él. Porque no conocemos otro poema nuestro que concentra mayor número de cifras develadoras de la realidad natural. No podemos enumerarlas todas, ya que cubren la superficie íntegra del poema, como esos casi espectrales troperos que “vuelven de las tormentas”.

Carlos Mastronardi no se ha dejado llevar por la corriente del alejandrino, uno de los sectores menos dóciles al rigor. El poeta ha realizado un juego constante, un equilibrio de pare y triduos, hemistiquios que se espejan, que se responden, que se abren y se cierran en su dimensión precisa, en circuitos cerrados, como estos:

las mañanas de hielo/los vivos resplandores  
el inconstante cielo/las plagas vencedoras  
cariñosas distancias/favores del silencio  
el verdor extendido/la dulzura incansable

y el alejandrino tripartito

capaz el brazo,/justa la boca,/el pecho en orden  
sus aguas remolonas/su octubre/sus maizales  
durable rosa/quieto fervor/gajo de patria

▪

y a veces, una sola palabra, o dos, para comunicar con amplitud, un paisaje, un estado de alma de la naturaleza:

Leguas, y en ese brillo la torcaz y el aroma

y también esa cifra conmemorativa:

Son recuerdos...

La economía descriptiva de Mastronardi le ha permitido en ocho líneas el climax de un duelo singular, de un duelo “criollo”

De lejos, en las fechas respetadas, venían  
paisanos que orillaban las alegres reuniones  
Llegaban de los montes a embravecer las fiestas,  
La mirada filosa y el destino en las voces.

Una vez se miraron y extendieron dos hombres.  
Los vi salir borrosos al camino y callados,  
para explicarse a fierro: se midieron de muerte.  
Uno quedó; ora dulce la tarde tiempo claro.

Nótese cómo la línea nos ofrece un tremendo contraste: la dulzura y la claridad de la tarde y del tiempo frente a la sangre derramada.

En 1967 Mastronardi nos entregó sus Memorias de un provinciano. Pero nosotros queremos creer que la mejor de sus memorias está en “Luz de provincia”, de esa provincia que siempre ha de venir a nuestro encuentro, a nuestro ser, como un “criollo espléndido” desde el fondo de este poema fundamental.

La obra total de Mastronardi se constituye con los libros de poemas Tierra amanecida (Mundo Latino, 1926); Tratado de la Pena (1930, retirado de la circulación); Conocimiento de la noche (1937, y una reedición de Edit. Raigal, Buenos Aires, 1955); y Siete Poemas (1963), además de una antología (Eudeba, 1966). En prosa, Valery o la infinitud del método (Raigal, 1954); Formas de la realidad nacional (1966) y Memorias de un provinciano (Ediciones Culturales Argentinas, 1967).

Mastronardik obtuvo los premios municipales de poesía, el nacional de literatura, el Gran premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores y el premio de Fundación de la Poesía.

LA obra, breve en cantidad, pero de una expresividad estilística incomún, de Dumón Quesada, constituye a nuestro juicio el más alto arquetipo de literatura heroica entrerriana, y sus estampas de caudillos, matreros cantores y hombres chúcaros de la campaña perpetúan una visión consagrada parcialmente por la historia y por la peculiar psicología del hombre de Entre Ríos.

Mateo Dumón Quesada nació en Gualeguaychú el 24 de abril de 1901 y murió de cáncer en la misma ciudad el 13 de mayo de 1954. Hijo de estanciero y estanciero él mismo hasta que el dinero y el campo se diluyeron en los caminos de la trashumancia bohemia, descendía también de aquel coronel Dumón que fue campeón de truco del ejército de Urquiza, que una vez se dejó ganar por el general para obtener de éste una gracia a favor de un amigo exiliado por el mismo caudillo, hecho que narra en un relato titulado “El campeón de truco”, de intensa emotividad.

Entrañable amigo y discípulo de Yamandú Rodríguez, el magnífico creador de Humo de marlos y Bichito de luz, y gran maestro de la nueva poesía gauchesca, Dumón alternó con él largos años en Montevideo, en Entre Ríos y en Buenos Aires, y es probable que bajo su influencia haya escrito su primer libro, los poemas gauchos de Sol de los rastros, que datan de 1917. Dueño de una figura casi espectacular y de una voz incomparablemente majestuosa, empezó a difundir sus propios poemas en teatros y salas rioplatenses, primero en el teatro Solís de la capital uruguaya y luego en las ciudades del litoral argentino, especialmente en Entre Ríos.

En Buenos Aires colaboraba en “La Novela Semanal”; fue asiduo concurrente a las peñas del “Napoleón” y en Mar del Plata llegó a grabar un disco con temas propios. Ese disco estaría probablemente en Paraná, en poder de un viejo amigo suyo. Poco antes de su deceso proyectaba viajar a Europa. En general, su vida fue un poco la del romero o juglar, y muy pocas cosas pudieron atarlo a los suelos.

Tal vez por influencia, otra vez, de Yamandú Rodríguez (quien en sus últimos años adhirió a las concepciones teosóficas y metapsíquicas) Dumón Quesada escribió una serie de sonetos místicos que tituló, sugestivamente, Liberación (1939), y que permanecen inéditos, según nuestro conocimiento.

Pero la obra principal de Dumón Quesada está constituida por una serie de relatos poemáticos con temas históricos entrerrianos y con estampas del campo, matreris y donjuanes de Montiel, También dedicó algunos de sus poemas a figuras del Uruguay, país al que quería entrañablemente. Nunca emprendió la tarea impar de hacer la epopeya de la entrerrianía, objetivo, por otra parte, que no se había propuesto pero que hubiera resultado de un valor también impar, dentro de su estilo épico. Este poeta quiso más bien rendir homenaje a esa tradición que la historia grande dejó en borradores. Así, sus Poemas Chúcaros<sup>94</sup> casi todos inéditos y cuyo título en verdad no manifiesta realmente su contenido histórico, nos traen, en apoteosis gaucha, las figuras del heroico capitán de Cepeda. don Martín Zanabria, del señor de horca y cuchillo de Villaguay, Crispín Velázquez; de su hijo Polonio, heredero del feudo de “Palmas Altas” (Evocado también por Balboa Santamaría en su Montielero), de Fausto Aguilar, proclamado por Urquiza en Campo Álvarez “la primera lanza de América”; del general Lamadrid, gritando desde el suelo “¡No me rindo!”; o los postreros momentos del Supremo entrerriano; o del segundo matrero cantor de Montiel, “Calandria”, y otros personajes que conforman parte de la mitología montonera y montielera de la provincia.

De todos, Dumón Quesada, que no fue nunca un gran lector (salvo de Historia) y que no se había formado sistemáticamente para la “profesión” literaria, inició la escritura gradual, no de los hechos más sobresalientes y divulgados de nuestra historia provincial, ya muy socorridos, sino de esos episodios que el conocimiento medio ignora, y en los que la realidad y la fantasía se entraman, tal como las gestas clásicas, en donde la verdad histórica está flanqueada por lo sobrenatural y lo místico. En la épica de este escritor, los héroes olvidados reencarnan con una obstinación prócer, y hasta las derrotas se llaman de gloria, saltando del puro olvido al escenario de la emoción y del homenaje. De su colección de poemas Liberación, transcribimos este soneto:

Si tú me comprendieses, cuando muera no he muerto.  
Vibraré en otra forma dentro de la armonía.

Seré lo que ya he sido, niebla por el desierto  
camino donde pague otra melancolía.

Después, tenlo seguro, regresaré a este huerto.  
Abriré nueva senda, esperaré otro día;  
pero la vida es Vida; morir, es el acierto  
de comprender la muerte por la filosofía.

¿A qué llorar? ¡Escucha! En la mitad del Todo  
somos ánforas rotas, que nos damos a modo  
de Dios, por ser Dios mismo quien nos dio floración.

Pero que nunca, nunca, jamás estamos muertos  
¿comprendes? No te angusties; las almas tienen ciertos  
Cielos, donde no cabe la luz de la razón.

PONCIANO Jacinto Zaragoza<sup>95</sup>, nogoyaense, publicó en vida un único libro, Poesías de mi aldea, y a mimeógrafo, con prólogo de Amaro Villanueva. Después de una etapa modernista, ineludible entonces, e influido notoriamente por Julio Herrera y Reissig, se identificó con las pautas estilísticas del ultraísmo y la pleamar del año 40', algunos de cuyas muestras coexisten en la obra citada. Si recordamos la polémica continental que hubo acerca de Lugones y Herrera y Reissig por la antelación de determinado estilo, no nos puede producir asombro el hecho de que ni Saraví ni Daniel Elías lograran eludir el influjo avasallante de ambos poetas. Una de las partes del libro inicial de Saraví se titula herrerianamente "Los Cadalsos azules", y uno de sus sonetos es nítida reflexión del lírico uruguayo:

Parecías de mármol. Tu cabeza  
conjeturaba luminosamente  
una alucinación resplandeciente  
de armonía, de luz y de belleza.

Tendida con hierática pereza  
tu oscura cabellera displicente  
se volcaba en tus hombros, raramente,  
como un negro girón de noche espesa.

Rutilaban pupilas estelares  
en el áureo fulgor de tus collares.  
Y abogando el grito del sensual empeño.

Bajo el prestigio de tu dulce encanto,  
en una beata inmolación de santo  
¡me eché a tus pies a vigilar tu sueño!

o aquel otro, “Elogio de seda negra”, más herreriano aún:

Obsédenme las tétricas arañas

o bien

Voy a dar a los tálamos votivos

la inmolación de mis corderos yertos

todos de Hierro, Seda y Cristal.

Daniel Elías, sobre todo en Las alegrías del Sol, herreriza continuamente:

y trisca en los dominios de la granja

una blanca alegría de conejos

o esta imagen

y en las escamas de aquel por cautivo

la tarde derrochó su pedrería...

Zaragoza, en cambio, fue más influido por los Sonetos Vascos, hasta en la predilección de ciertas voces hispánicas: aldea, alquería<sup>96</sup>. Al eludir las fulgurantes metáforas y figuras decadentistas, se vuelve hacia la estampa, hacia el cuadro:

Se adormece la aldea bajo una siesta de oro  
mecida por el áspero canto de la cigarra;  
y a robar de las uvas el morado tesoro  
una oruga ladrona va subiendo a la parra.

Con su pico curvado como un alfanje, el loro,  
que bajo un sol de fuego su plumaje achicharra,  
tiene el perfil adusto de un caballero moro  
escuchando impasible la guerrera fanfarra.

Bostezando su tedio abre la boca el pozo;  
un pollo inicia un flirt, mirando receloso  
el gallo que le acecha con instinto asesino,

y camino del charco, dejando el garabato  
de una escritura china, va caminando un pato,  
y es un burgués rechoncho que se marcha al casino.

Dueño indudablemente de una rica paleta colorística y figurística, Zaragoza se volcaría no obstante hacia otras formas verbales, formales y temáticas, hasta transitar con toda felicidad por los cauces del ultraísmo y de sus manifestaciones posteriores. La necesidad creadora de Zaragoza tendió, ya desde el libro inicial, hacia la manifestación emotiva y equilibrada de las efusiones amorosas. Así su poesía se ve envuelta en una atmósfera conmemorativa de mujeres y muchachas vivas y muertas. Sus romances, de una delicadeza incomún, transparentan claramente una fuerte emotividad:

¡Ay, que se me va la via!  
¡Ay, que tu savia se muere,  
corazón enamorado  
de los soles y las mieses!  
Vida que fue de los vientos

¡Qué no diera por tí, poeta!  
¡Boca de tantas mujeres!  
Ya te alejas como un árbol  
entre la sombra que viene  
grave de silencios grises  
atormentando mis sienas.  
¡Ay, no te acerques, invierno,  
en frías lunas de nieve...  
más bien me clave una estrella  
su fría daga celeste,  
y muera de alto morir  
sin que se sepa qué muerte

negó a mis ojos la luz  
y se tornó transparente.

en sus labios para siempre,  
como una buena palabra  
que sólo mata la muerte!  
¡Si me mirasen sus ojos  
sólo una vez para siempre!

P. J. Zaragoza y Saraví son quizá los dos únicos poetas entrerrianos que hicieron uso de dos modos estilísticos: el modernista y el vanguardista, y en ambos en forma atenuada. Ni la disociación surrealista ni la inanidad del dadaísmo. En la “Canción de los barrios pobres”, de Poesías de mi aldea (1938), surge la técnica ultraísta:

Barrio de la Bolsa:  
los Moreiras, los Sosas, los Peraltas  
copian tu regeneración

Al parecer ---lo dudamos mucho--- Borges conoció a algún malevo de las orillas de Buenos Aires; no sabemos si los frecuentó. En cambio, sabemos que Zaragoza conoció, frecuentó y conversó copa a copa con muchos “malevos” de Paraná y con arisca gente campesina de la provincia. Conoció bien los arrabales del Antoñico, del barrio Anacleto Medina, de Montiel. Su mapa de boliches, canchas de taba y mesas de truco no era imaginario: o recorrió. Eran partes de una vida que él bebió ávidamente, a fondo:

Barrio de la Bolsa  
eres como una boca siempre sucia  
de malas palabras...  
Barrio de guapos sin color a miedo  
que bordaron con sangre y con hazañas  
tu pequeño gran mundo circunscripto  
a seis cuadradas de leyendas...

Zaragoza no persistió en esa temática. Se hizo celebrador del vino sacralizado por la poesía, de la amistad, del amor, de la mujer y de la muerte. La muerte fue uno de sus temas acuciantes, sobre todo la muerte de la mujer. Poe decía que el mejor tema era el canto a una hermosa mujer muerta. El muchas veces iracundo Zaragoza se dulcificaba mágicamente ante el acto final del morir. Es una viejísima tradición poética que muerte no sólo quede

viva en el poema sino incorporada ---pero incorporal--- en el alma del poeta. Desde la Antología Griega, desde Dante y Petrarca, desde Shelley y Poe, la presión de la mujer ya ida deja una fresca huella en la carne lírica. El tema es reiterativo en Zaragoza, desde su primer libro hasta sus poemas inéditos. En su obra inicial, “Versos a un recuerdo” termina así:

Presiento que tanto venir a mis recuerdos  
 quedarás una noche dormida sobre mi alma,  
 y negada a mis ojos y al recuerdo latente  
 te llevaré a la muerte escondida en mí mismo

A veces, el poema entero no ofrece una imagen lírica integral, pero algunas líneas son realmente totalizantes

Siento que ya eres algo más real que tu carne

Y esto, dicho a una muchacha muerta, pertenece a la esfera de la más riesgosa metafísica. Es una especie de metapsíquica poética. Veamos otra sugestión creacionista:

Te llamo y responde un lento olor a invierno...  
 Flores sin alma, y cartas pálidas en mi frecuencia  
 Mi frágil vida tiene la eternidad en los labios...

Es una negación de lo visible que floreció en el mundo

Otra vez la gran tradición, la legítima tradición. El poeta y la amada hacen su propia creación del mundo, y vuelven a ser los primigenios habitantes, los Adán y Eva del amor al mundo nuevo de cada uno. Esta temática universal ---desde el monumento de amor de mármol llamado Tahaj Mahal hasta los poemas de Rosetti y Miss Sidal--- halla en Zaragoza su culminación en un soneto que incluimos en nuestra antología de poetas enterrerianos, que juega con gracia y felicidad con los opuestos, las metástasis y el hipérbaton:

No por tanto quererte y gemir tanto

Por no olvidando lo que se olvida  
es que me duele ere dolido llanto.

Si breve en tiempo aquí te quise, cuánto,  
te querré de ángel alto azul vestida!  
Sin tu vida no es vida esta mi vida  
ni es muerte este morir que muere en canto.

Si por tanto quererte y no olvidarte  
es que anhelo esa patria de la muerte,  
donde en pálido viaje iré a buscarte,

de pura muerte al fin podré tenerte  
para siempre y después al encontrarte  
sin el miedoso miedo de perderte.

El soneto, como se sabe, es la forma cenital del arte poética, la probadura de fuego del poeta. Este de Zaragoza es uno de los más bellos que se han escrito en el país, y en Entre Ríos se hermana con las hechuras sonetísticas de Carlos Alberto Álvarez, de Luís Sadí Grosso, de Amaro Villanueva. Y como se advierte, aquí se ha despojado Zaragoza para siempre de toda instrumentación modernista, para hacerse creacionista y ultraísta:

Era mi corazón un árbol  
y todas mis palabras eran pájaros

El nombre de la mujer, como una clara paloma, va a posarse

en la rama verde de mi palabra

Es casi única la mujer a la que fueron dedicados sus poemas, salvo estrofas mortuorias bellísimas posteriores a Poesías de mi Aldea. En este libro pide a esta mujer:

Que tus brazos rodean como dos ríos pálidos  
este mundo en que vives:  
cabeza mía donde ruge un lirio.

En sus últimos treinta años Zaragoza acuñó una serie de “milongas” cuyos temas son la muerte, la mujer, el fracaso, la vida, el vino y la poesía, sus temas de siempre:

Siempre dije que la suerte

de morir es la más bella,  
si se piensa en una estrella  
cuando se bebe la muerte.

Es por eso que el latir  
de mi sangre es el torrente  
que no escucha, que no siente  
el espanto de morir.

Ponciano Jacinto Zaragoza nació en una aldea de Nogoyá llamada Don Cristóbal, el 16 de agosto de 1903, y murió en Paraná en 1979. Vivió una larga temporada en la entonces Villa Crespo, especie de hipóstasis cultural de Paraná, hasta que se radicó en la capital de la provincia, donde promovió cenáculos, fundó agrupaciones culturales y editó revistas literarias, haciendo una vida bohemia y escribiendo sin preocupaciones publicitarias su obra. Fue autodidacto, y por eso su canto es como el de los pájaros, intuitivo. Por declaraciones propias, tenía una pizca de sangre india (charrúa), de una bisabuela que fue raptada de una toltería. Un abuelo o bisabuelo suyo peleó en las guerrillas entrerrianas, y un sablazo montonero le levantó la tapa del cráneo, por lo cual ---anticipo Apollinaire--- debió llevar siempre como protección un casco hecho con una calabaza hueca. Por un tiempo, fue funcionario público en Paraná. Su obra poética total, sus estampas y sus recuerdos merecen una edición completa.

### \* LA GENERACIÓN DE PARANÁ

A una numéricamente fastuosa generación, que llamaremos de Paraná ---por ser su centro geográfico de radicación y por ser paranaense la mayoría de sus componentes--- y bajo el virtual misterio del uruguayo Carlos María Onetti<sup>97</sup> y los “viejos renovadores” (Chabrillón, Ortiz, Mastronardi, Villanueva). Le correspondió mantener vigente el proceso de transformación de las estructuras y los contenidos poéticos a partir de 1930, e incluso gestar una lírica diferenciada, muy entrerriana por muchos conceptos (paisaje y lenguaje, en especial). Le tocaría también liquidar un folklorismo fácil y una épica y heroística puramente celebratoria y sin profundidad verbal, con muy reconocidos cultores.

Marcelino N. Román, Reinaldo Ros, Alfredo Martínez Howardm Carlos Alberto Álvarez, Alfonso Sola González, José María Fernández Unsain, José Eduardo Seri ---poetas que persistieron--- se independizaron de toda línea tradicional, de todo arquetipo heredado, aunque no practicaron el corrosivo belicismo de futuristas y surrealistas, ni llegaron jamás tampoco a la antipoesía o el antipoema, actitud que tampoco han asumido los más jóvenes de nuestros creadores, la nueva generación de Paraná y de otros lugares de la provincia.

Queremos aclarar perfectamente el término “generación” cuando lo aplicamos a los escritores de Entre Ríos. Los términos generacionales, en la provincia, carecen de fechas definidas, aunque los poetas que citamos un poco más arriba tienen la cohesión de un mismo tiempo de trabajo. No así otros, como pasamos a discriminar, porque los campos cronológicos se interpenetran, las líneas marchan un tiempo paralelas y luego sufren bifurcaciones insólitas apariciones inesperadas. Además de esto, la coexistencia entre independientes, modernistas y vanguardistas.

Hay grupos excéntricos y concéntricos. Un joven parecía envejecido en 1940, en tanto que un adulto hacía una literatura plenamente nueva. Gente coetánea a la generación de Paraná (1930-1943) publicaron por ejemplo veinticinco años después de aquella eclosión de la capital provinciana y otros no publicaron nunca, hasta hoy.

¿Cómo situarlos? ¿Por fecha de nacimiento, por fecha de publicación? Esto último hubiera constituido un caos, si es que el caos puede constituirse. He de tenerse en cuenta que Villanueva publicó su primera obra en 1938; que Juan L. Ortiz la editó en 1933, a los treinta y ocho años de edad; que Reinaldo Ros publicó su único libro en 1948, a los cuarenta y un años, y que además nunca reunió sus poemas en libros; que Gudiño Kramer lo hizo a los cuarenta y un años de edad también. Carlos Alberti del Mestre, nacido en Paraná en 1917, editó recién en la década del 70, como Susana Giqueaux, nacida en 1904. Balboa Santamaría como la citada Giqueaux fueron tardíos y otros murieron inéditos, como Medus Pérez Colman, Galo Zaragoza, Carmen Segovia García, Delfina y Maximiliano López Etchevehere. Lo mejor de Brizuela Aybar, de Ana Teresa Fabani, de Miguel Silvestrini, de Reinaldo Ros, de Dumón Quesada, permanece sin publicar. José María Díaz publicó también tardíamente, unos treinta años después de haber escrito sus poemas y sus estampas en el río y la costa del Uruguay. También permanecen inéditos Carlos, Guillermo y Humberto Alfredo Seri, hermanos de José Eduardo. ¿Cómo hacer, cómo armar entonces esta pequeña historia? ¿Cómo colocar a los poetas desarraigados en Entre Ríos, trasplantados a Misiones, Mendoza, Chaco, como Guillermo Kaú, Hugo Amable, Alfredo Veirabé, Concepción Ríos, Alfonso Sola González, y los tantos radicados definitivamente en Buenos Aires, o en Estados Unidos o en Europa. Es difícil, reiteramos caratular "generacionalmente" a muchos autores que se tratan aquí. Susana Giqueaux es enteramente "nueva", porque no consideramos "nuevo" de ningún modo la chatarrería surrealista de hoy, ni el pseudo Pop Art, ni los disparates sintácticos o verbales o de mera grafía tardíamente copiados del viejo dadaísmo o del futurismo, ni la literatura escabrosa, que sólo denuncia un caprichoso y apresurado parricidio psicológico ni el realismo socialista o el feísmo, etc. Muchos escritores jóvenes (y otros no tan jóvenes) de hoy parecen ignorar ---y lo ignoran nomás--- que ya antes de 1909 Marinetti escribía sin puntuación, y que lo mismo

hizo Whitman en muchos de sus poemas antes que Marinetti y que después lo han hecho Joyce, los surrealistas y García Márquez. Mastronardi, en rueda de amigos, solía denominar irónicamente a los surrealistas criollos de hoy de este modo: “Veinte años después”, o “golpean las puertas que ya están abiertas”, o “bombas con la espoleta retardada” y otras cosas más, sin olvidarse de los versos con colita, esos que se salen de la formación, de la fila. Nosotros creemos que sólo una constante y tenaz autocrítica levantará el nivel de muchos autores, atolondradamente conformes con la facilidad y con la primera versión, enceguecidos por la letra de imprenta.

Hemos querido titular esta parte o reservar, más bien, una parte de esta Historia, a la Generación de Paraná, porque fue la que tuvo mayor cohesión y coincidencia de propósitos líricos, y asimismo porque se distinguió por su elevado número y por sus actividades culturales. En la actualidad Paraná goza de otra pléyade de poetas jóvenes, pero de los “viejos” poetas sólo queda en Paraná: Carlos Alberto Álvarez; otros, como Díaz o Grosso, escriben y publican como poetas jóvenes también, y ejercen sin duda un magisterio vehemente sobre las nuevas generaciones.

LA múltiple inquietud intelectual y existencial de Marcelino Mariano Román ---periodista, poeta, ensayista, folklorólogo y crítico---; las sensibilizada resonancia que hallaron siempre en su espíritu las más altas creaciones de la cultura universal como las más modestas manifestaciones del pueblo, se han traducido en una obra propia, continua, veraz y autorizada que lo situó en un primer plano dentro de la historia de las letras de Entre Ríos.

Román nació en Victoria el 2 de junio de 1908<sup>98</sup>, y ejerció profesional y vocacionalmente el periodismo en numerosos diarios de la provincia. En 1933 tuvo su iniciación en Nogoyá, de donde pasó al diario “El Tiempo”, que dirigía Silvano Santander en Paraná. En ese mismo año figuró entre los redactores de “El Radical”, de Adolfo Perotti; en 1925, en el diario “El Día” y en “Alerta”, de su ciudad natal. En este último año tuvo lugar la fundación del Círculo de Periodistas de Paraná, cuya comisión lo tuvo como vocal y como presidente. En 1938 fue redactor de “Libre Palabra”. Actuó como delegado en varios congresos de periodistas (Mendoza y San Juan, 1933); de Rosario (1940), Tucumán y Santiago del Estero (1957) y Córdoba (1948). Durante largos años ejerció la secretaría de redacción de “El Diario” (Paraná), donde asimismo dirigió su página literaria.

Marcelino M. Román, que en sus mocedades llegó a escribir poemas gauchos bajo el seudónimo de Froilán Lucero, se dedicó especialmente a la investigación de las raíces populares y anónimas de la creación; al estudio del fenómeno folklórico, al rastreo minucioso del arte payadoresco y a la exposición cronológica de los distintos conceptos que

ha suscitado la creación poética a través de los siglos. Es así que editó un fundamentado estudio, Itinerario del Payador (1957); otro estudio titulado Sentido y alcance de los estudios folklóricos (1951), y Reflexiones y notas sobre poesía y crítica (1966). Además, una dilatada serie de artículos diseminados en diarios y revistas de todo el país y en conferencias sobre Racionalismo y universalismo en la expresión literaria, a partir de 1941.

Reflexiones y notas sobre poesía y crítica constituye un valorable esfuerzo por sistematizar, revisar y comentar, en nuestro país, todo lo que se ha meditado y escrito en otros tiempos y lugares acerca del fenómeno poético. En un alarde bibliográfico arrasante e inusual, Román examina críticamente las concepciones más dispares y antagónicas de la Poesía, situándose para ello en una posición que considera fundamental, ya que su centro es el hombre. Su criterio básico, que oriente todo el libro, es que “la creación poética está indisolublemente ligada con intereses, necesidades y valores humanos y sociales”. No otra fundamentación revela su propia poesía, que siempre se ha alejado de la retórica estética para sumirse en la expresión, muchas veces desprovista de todo adorno, de la peripecia humana de los pobres, de la aventura y riesgo de vivir, de la salvación del espíritu por medio del amor y la fraternidad. Este libro no fue escrito como un “tratado”, sino que aparece como un espigamiento inteligente, intenso y casi exhaustivo del muchas veces centenario caudal de expositores del fenómeno creativo. Es un vasto carnet de notas y reflexiones, con lo que Román no hace sino acatar el título y el propósito. No hay desarrollo, en el sentido corriente que se le puede otorgar a este término. La elección de la forma expositiva ha sido quizá muy feliz. Otorgarle un desarrollo a una materia tan infusa como la Poesía hubiera sido limitarse y parcelarse, verse obligado a marginar mucho material. De este otro modo elegido, se abarca más, se evita caer en excesiva dogmatización (casi inevitable cuando un poeta habla de la creación poética) y, por último, se ofrece al lector una verdadera “antología” de textos exegéticos y críticos sobre el tema tratado. Pero además de analizar numerosas concepciones tonto del hecho poético en sí como de la estética poética, las relaciones del hombre con su tiempo y su compromiso con el orden social, o con la esperanza social, más bien. Suma de definiciones, especulaciones y

acotaciones, esta obra, Reflexiones y notas, es un valioso auxiliar para el historiador y el ensayista, y un verdadero goce para el lector.

Hemos preferido elegir esta obra de su producción en prosa porque precisamente es una obra sobre Poesía, y en esta parte de poesía es donde debemos poner el acento al tratar al Román poeta. En este carácter, adelantemos que su obra lírica está constituida por los siguientes libros, unidos todos por la cadena visible de una sólida unidad: Cantar y soñar (Tor, Buenos Aires, 1931, que influido por Carriego y Amado Nervo el autor no incluyó nunca en su nómina de libros, así como su segundo poemario, La humana canción, escrito entre 1932 y 1934, cuyos ejemplares destruyó); Calle y cielo (1941); Tierra y gente (1943); Pájaros de nuestra tierra (1944, segundo premio de la Comisión Nacional de Cultura, 1943-44), en el que se hace visible el conocimiento del autor de la naturaleza entrerriana; Coplas para los hijos de Martín Fierro (1949), donde se revelan con mayor amplitud las concepciones sociales del autor y aparece manifestada su crítica a un sistema económico, político y social grandemente imperfecto; Canciones del mar Caribe (1950); Tierra de amor (1950); América criolla (1953); La querencia y los caminos (1961); Comarca y universo (1964); Tiempo y hombre (1967); y Nuevas coplas para los hijos de Martín Fierro, todos editados en Paraná.

Sin contar el par de libros incinerados por el propio Román, el poeta inicia su circunstancia poética pública con Calle y cielo, donde preanuncia una temática que, con escasas variantes estilísticas reiterará en su obra posterior, pero yendo de lo personal y local hasta lo colectivo, social y universal. Tanto es así que su último libro se denomina Comarca y universo, en donde se conecta esa comarca con aquella calle, aquel cielo con el cosmos, el alfa y el omega de un verdadero lírico preocupado por el hombre más o menos “concentracionario” de nuestro tiempo. En la juventud, ve Román la circunstancia, la anécdota, pero debajo de las sencillas líneas que muestran los primeros amores, los bailes de extramuros, las reyertas y el alcohol, los trabajos del peón de campo mal pagados (“con veinte pesos mensuales/como para novia estoy”, dice un poema que trasunta una cruda realidad campesina). Hace ya muchos años que escribimos acerca de su temática; “El pobrerío, sus bailongos, sus borracheras, sus carnavales ---salidas para su desgracia---; su desamparo, sus nacimientos y sus muertes, muertes violentas y crueles, o miserables o

desesperadas, con el infierno con salida, infierno de latas pintadas, de calles fangosas, de polleras floreados, de mate, vino y carne, de cuchilladas, de lealtades de hombres y traiciones de mujer, de guitarras y burdeles; el infierno del trabajo, de las inundaciones, del barro, de la lámpara de kerosén; el infierno de doña Gabina la Brava, de don Jeromito Díaz, contador de cuentos; de don Crisolito Pérez, criollo filántropo; de Juancho, el niño-hombre, de Juana Rosa y Tristana, heroínas de la mala vida; de José Manuel, hombre de fama y juerga. Todos los marcados por un destino implacable, que juegan la aventura de vivir en medio del infierno de los domingos rojos del Puerto, del Antoñico, del Puente, del Cementerio<sup>99</sup>.

Román no estaba de acuerdo con los poemas de sus primeros libros; pero nosotros siempre los preferimos a los de las últimas obras, en las que no reconocemos el diestro hablante de un lenguaje popular inimitable, intransferible, verdaderamente popular y entrerriano, cosa que raras veces aparece en Comarca y Universo y en Tiempo y hombre. Los poemas de sus dos primeros libros en 1941 y 1943 no han tenido paralelo ---lingüísticamente hablando--- en toda la provincia, y me atrevería a decir, en todo el país. Muchos poetas tienen la tendencia a desmerecer sus primeras obras, a veces con singular injusticia y absurdo acto de fe. En los primeros poemas de Román hay una auténtica transferencia del Romancero, de la lírica popular española, de la gracia hablante del pueblo. Es lengua coloquial, conversacional, algo que no puede inventar el “literato”, el intelectual o el lingüista académico. Es un don ---muchas veces doliente--- del origen de esos hombres, de su ambiente, de su trabajo, de sus penas. El es el que da el lenguaje, el que muchas veces lo crea, lo saca de sí mismo. Tampoco román lo ha sacado de alguna parte del campo o de extramuros: él estuvo allí, él en muchos sentidos fue ese hombre de campo y de arrabal. Conoce lo que canta, lo que gime, lo que añora, lo que le falta. Conoce las labores del campo, pues fue peón de estancia.

En las Coplas para los hijos de Martín Fierro se ve a Román saliendo de la fecunda vertiente hernandiana, empapado enteramente del trasfondo social y político del gran poema, y continuando, por decirlo así, la lección conceptual y humana del gaucho desdichado y sus más desdichados hijos. Con América criolla, el poeta victoriense parte de

su canto entrerriano y argentino hasta el canto continental, por el mismo impulso de hermandad con que escribió sus primeros y últimos libros.

Román está, fundamentalmente, en el canto, lo que en poesía se llama formalmente, canto, lo que perdura en la memoria de las gentes:

porque por mi canto corre  
sangre de pueblo sin fin...

\* -

---Será terrible la pena  
y no podrás escapar  
sufrirás doble condena  
por cantar y por pensar.

El cantor sin pestañear  
dijo: ---Seguiré cantando;  
a mí me podrán matar,  
pero a mis canciones, ¡cuándo!

ES uno de los “poetas olvidados” que el siempre generoso Luís Sadí Grosso ha rescatado para nosotros<sup>100</sup>. Sólo vivió veintiún años, pero su densidad lírica, su instrumento para expresarla y la temática que abordó con felicidad merecen aquel rescate de Grosso y un estudio más prolongado de su vida y su obra, obviamente breves ambas.

Medus Pérez Colman nació en Paraná el 19 de diciembre de 1905 y murió en Alta Gracia (Córdoba), el 19 de agosto de 1926. Grosso anota en su crónica que “es importante recordar que cuando Pérez Colman escribe esto<sup>101</sup>, hay unos cuantos futuros poetas, mayores que él en edad, que luego configuraron sus obras; y entre ellos, el “Negrito” ---así lo llamaban--- da la impresión de no haberse quedado ni un ápice, coetáneamente, en cuanto a la formación poética con perfiles de vanguardia”.

Su escasa salud, que finalmente lo condujo a su prematura muerte, le impidió frecuentar los colegios; no obstante, aprobó como alumno libre el bachillerato, para

<sup>100</sup> Desde las páginas de “El Diario” (Paraná, 9 de noviembre de 1957).

<sup>101</sup> *Ibidem*.

inscribirse luego en la facultad de Filosofía y Letras y más tarde en la Universidad de Ciencias de la Educación, en Paraná. Esta vocación por el estudio se frustró con el agravamiento de su dolencia, que lo obligó a radicarse en Córdoba.

Alcanzó a publicar varios poemas en revistas de vanguardia, como lo informa “Prometeo”<sup>102</sup>, así como notas sobre músicos y escritores. Grosso señala su afinidad con Ángel Cruchaga Santamaría ---ese maravilloso poeta chileno que difícilmente haya podido conocer<sup>103</sup>--- y con Enrique Banchs. De aquél quizá se advierte la similitud en estas líneas:

Después de ti las lluvias serán primaverales;  
el agua caerá límpida, leda y serenamente;  
el viento, que ahora gime entre secos sauzales,  
cantará junto al duraznero floreciente.

Las notas de mi lira perfumaré con rosas,  
para loar tu alegre llegada, primavera,  
y romperé en mi alma las violetas llorosas  
de tu invernal recuerdo, triste lluvia postrera

---

Grosso señala sagazmente el uso de la cesura rubendariana: “Cantaré junto al duraznero floreciente”. En cuanto a las violetas llorosas, ¿no nos parece oír esa música interior de Chabrillón?

En otro poema aparece uno de sus poetas favoritos, Banchs:

Noche blanca de estrellas, oh, silente  
calma llena de voces de las frondas;  
yo sé que tu silencio es un ardiente  
pensar, umbría alberca de aguas hondas.

Grosso, que en su artículo menciona la increíble información que César Eduardo Medus Pérez Colman poseía sobre pintura, música y ciencias, y que ya a los doce o trece años leía inglés, francés e italiano, transcribe en la nota citada varios poemas, el último de los cuales, escrito un año antes de su muerte, traslucía cierta esperanza de vida:

¡Alegría, alegría!  
hoy te me has dado entera,

<sup>102</sup> Desde las páginas de “El Diario” (Paraná, 9 de noviembre de 1957).

<sup>102</sup> Paraná, N° 61.

<sup>103</sup> Ángel Cruchaga Santamaría nació en 1893, doce años antes solamente que el poeta que tratamos. Su primer libro data de 1915.

en todas partes donde voy te encuentro:  
apenas nació el día,  
en las hojitas verdea una esperanza,  
y en la gota, que luces del rocío,  
y en la flor que unguía en polen

~~y en la primavera~~ y en el gorjeo del ave  
y en el vientito manso,  
y en la tranquilidad lejana de la sierra. \_\_\_\_\_

REYNALDO Dardo Rosillo, que publicó con el seudónimo de Reynaldo Ros, nació en Paraná en 1907 y en la misma ciudad murió el 22 de octubre de 1954. Solía publicar en “La Prensa” de Buenos Aires y en las hojas literarias de interior. Ejerció el oficio o profesión de forestador en el Delta entrerriano, labor que asumía con la misma emoción que volcaba en la elaboración de sus poemas, ya que amaba entrañablemente los árboles, las aguas y los animales ribereños. Obviamente, ese oficio le permitía vivir en contacto con la naturaleza, que le fue siempre más grata que la existencia ciudadana.

Ros publicó un único libro de prosa, La huerta azul (1948) una serie de estampas evocativas que no tienen la calidad literaria de sus poemas, aunque rebosen de emotividad familiar. De todos modos, esas estampas constituyen en algo así como una biografía de su infancia y de su adolescencia. En esa huerta habría de nacer su vocación por la botánica.

“Con los años ---escribe en la estampa titulada “Los cautivos”--- pasaría la vida entre libros

y cultivos. Y dirigiría labores forestales en producción y cuidado de miles y miles de

plantas. Con la frente húmeda finalizaría muchas jornadas rodeado de la amistad de hombres laboriosos. Hijos del país y extranjeros dignísimos estrecharían mi diestra. Así, bajo la mirada limpia y la voz cordial, el contacto de las manos callosas ha sido sencillamente más valioso que el de un puñado de medallas”.

Juntamente con su entrañable amor a la naturaleza, Reynaldo Ros amó fervorosamente la infancia, los niños, y a ambos dedicó lo mejor de sus obra en verso. Esos poemas, actualmente, se hallan registrados y dispersos en ignotas hojas de periódicos, en algún arcón familiar, en manos de amigos, de donde deben salir para ser publicados en libro. Patinón, Pepín Punzó y otros personajes imaginarios son los protagonistas de esos romances coloridos y tiernos que algunos memoriosos recuerdan, y uno de los cuales hemos incluido en el Capítulo Complementario dedicado a la literatura infantil de la provincia. También Ros escribió tristes poemas de amor. Aquí deseamos hacer transparente su dedicación a la naturaleza arborea de un paisaje tan excepcional como el del Delta. Creemos que esta “Oda forestal a la primavera” lo representa con exactitud:

Primavera: en el Delta  
 tu presencia proclaman  
 la abeja venidora  
 al oro de las flores del sauce y de la acacia,  
 Primavera; y también el zorzal y el boyero  
 cuyos picos te ayudan a al bajar la mañana.  
 Primavera suavísima en cada tarde isleña  
 dormida en la tesura de sus aguas;

con cielos y arboledas reflejados  
 con su riujo de nubes y de rama.

Primavera: en el delta, aquí, en el alto Delta.  
 Sé benéfica y premia las jornadas  
 de quienes arbolaron estos terrones fértiles,  
 luchando con crecientes y lluvias y borrascas,  
 siempre a brazo partido con las adversidades,  
 ¡sólo Dios sabe cuántas!  
 si al plantar los sauzales y alamedas  
 en que peones y jefes se arremangan  
 de sol a sol, van filas de estacas y de guías  
 forestando un rincón insular de la patria;  
 si al sembrar fresno, roble, ciprés, pino, eucalipto,  
 nogal, arce y acacia

hojas blancas y acacias,  
hoy, bajo tu sonrisa, se esmera en los almácigos,  
este puñado de hombres entre miles de plantas;

CLXX

Primavera que reinas aquí en el alto Delta:  
con esas manos pródigas y diáfanas,  
vuelca tu sol al bronce de los rostros  
y al hierro de labranza,  
y brota los plantíos que alineáramos<sup>104</sup>  
con esta voluntad y esta esperanza .

NACIÓ el 23 de setiembre de 1910, y luego de pasar fugazmente por la docencia y la escribanía de Crespo, viajó por Córdoba y Tucumán, para radicarse de 1941 a 1944 en Concepción del Uruguay, donde dirigió el diario “La Calle” en ese último año, del cual fue uno de los inspiradores y fundadores. En 1944 se radicó en Buenos Aires. Con la salud muy deteriorada por una existencia bohemia debió instalarse en La Serranita (1946), pequeña villa cordobesa cercana a Alta Gracia, que abandonaría de tanto en tanto para fijarse por temporadas en la Capital Federal. Luego de una agravación ---con alternativas de tubos, drenajes, carpas y varias operaciones--- murió en La Serranita el 26 de agosto de 1968. Fue sepultado en Paraná.

Después de un libro inicial, Adolescencia (1928), que condice su contenido con el título y en donde se hallan influencias notorias de Vargas Villa, Darío y otros modernistas ----de los que siempre se mantuvo adicto, aunque en sus libros posteriores se volcó a la nueva sensibilidad---, Martínez Howard fue seriando, en verso, las diversas vicisitudes de su vida estudiantil, como estudiante y como maestro de escuela en Crespo, y en 1942, partes de su Cuaderno de Estudiante fue editado por iniciativa precisamente de jóvenes del Colegio Nacional y la Escuela Normal<sup>105</sup>, entre los que se contaba el autor de la presente obra. Este Cuaderno ---precedido por una plaqueta, Aire de Gracia (Córdoba, 1941)---

<sup>104</sup> Este y otros poemas no infantiles de Reinaldo Ros se publicaron por primera vez en Entre Ríos Cantada (1955).

<sup>105</sup> Concepción del Uruguay.

había sido divulgado oralmente por el propio poeta en varios recitales. Creemos que gran cantidad de poemas que componían el libro original se han perdido, así como una bella correspondencia amorosa que firmaba Yongler. Aquel Cuaderno, que él asociaba muy afectuosamente con el de Luis Cané, Mal Estudiante, se redujo a una cuarta parte. Ya en Buenos Aires, publicó Presencia por el Aire (1945, que contiene Aire de Gracia y que es, estilísticamente, una continuación). Pero cierto ahondamiento verbal, cierto ensimismamiento psíquico, quitan a la obra última el ligero romanticismo de sus primeros poemas. En todo este cambio no está ajeno su seguro presagio de la muerte, que, como la de Rilke, quiso que fuera propia, haciendo él mismo incurable su dolencia, con su tipo de vida, tradicionalmente despreocupada de lo material. Con todo, esa presencia fúnebre, presentida, no se hizo ominosa y esos poemas finales son más una despedida que una queja. En La Heredad (1958) y en El alba. Libro de ausencias y adioses (1963), se conserva, en verdad, el tono melancólico, pero las imágenes se tornan más herméticas, provienen de un interior no develado del todo, que necesita expresarse en símbolos y premoniciones, como un definitivo pudor varonil. La anécdota se aleja, desaparece, y aparece lo anímico puro. La rosa, que en sus poemas iniciales pudo constituir un emblema amoroso, pareció encarnar después la fragilidad y la fugacidad.

CUATRO son los Seri escritores, todos hermanos, todos de Entre Ríos: Humberto Alfredo, José Eduardo, Guillermo Augusto y Carlos. De todos ellos, José Eduardo fue quien logró una mayor difusión por el simple hecho de haber editado su obra, caso que es ni fue el de sus hermanos y el de su propio hijo Víctor. Nacido en Paraná el 12 de febrero de 1911, pasó su adolescencia entre la capital entrerriana y la entonces Villa Crespo, donde luego compartió la vida literaria, de bohemia y creación con Martínez Howard, Nicolás J. Jozami, Miguel Ruíz Moreno, P. Jacinto Zaragoza, Carmen Segovia García y otros escritores. Miguel Ruiz Moreno había fundado con Carlos Sanguinetti la revista “Vida” (1918) y publicado una novela inhallable, La sombra que vino. Fue a fines de 1929 y a principios del 30 cuando José Eduardo Seri fundó con Zaragoza el semanario político “Democracia”, que tuvo una existencia fugaz<sup>106</sup>. La evocación fidedigna de aquella época está consignada en una obra biográfica de Seri, Vida, Obra, pasión y Muerte de Alfredo Martínez Howard (1973) que permanece inédita y donde nuestro escritor rememora minuciosamente las peripecias de la “Generación de Paraná”.

Seri viajó por casi todo el país Uruguay y Brasil, y desde principios de 1932 se radicó en Federación, donde desempeñó la secretaría del Juzgado de Paz. Por razones

políticas estuvo exiliado en el Uruguay, y más tarde vivió en Tandil y Mar del Plata, dos ciudades donde ejerció el periodismo. En 1972 regresó a Paraná, donde murió el 8 de enero de 1976. Su obra lírica mereció varias distinciones, en Río Cuarto (1928), Concordia (medalla de oro del Poder Ejecutivo provincial, 1932 y 1943), en Concepción del Uruguay (1951). Obtuvo, como representante de Entre Ríos, un premio del diario metropolitano “Clarín”. Además de tres libros en prosa, inéditos todavía<sup>107</sup>; y el citado sobre Martínez Howard, y de centenares de páginas también en prosa, dispersas en varios diarios y revistas del país, publicó: Mundo sin ti y sin pájaros (1944), La hiedra y el muro (1949); Perfiles de ceniza (poemas a varios amigos muertos, 1970), Memoria de una sombra (elegía a Marta Salvo, una joven que se suicidó después de varios años de locura, en Federación. Cuadernos Iser, Crespo, 1972), y dos libros de poemas inéditos Ramito verde y Rosa de otoño. Un poema suyo figura en el “Homenaje de la lira entrerriana” a Daniel Elías que sirve de introducción a Las alegrías del sol, de este poeta muerto trágicamente.

Seri escribió regularmente en “La Prensa”, “La Nación”, “Mundo Argentino”, “Caras y Caretas” y “El Diario” de Paraná.

Afectado desde 1970 por una parálisis parcial, Seri no abandonó por ello su actividad creadora ni su profunda vocación de amistad.

Verdaderos poemas de juglaría amorosa y amistosa, la labor lírica de Seri se resolvió casi toda con los metros cortos, el más ágil vehículo para lo que, en idioma literario, se denomina canción, aunque sólo tenga la música del ritmo, del acento y del hondo sentir amoroso. Desde su primer libro, Seri manifestó esa predilección por el verso corto quizá porque suele imprimir al poeta una inusual economía de palabras, y también de discurso. El metro breve es quizá uno de los más difíciles porque obliga involuntariamente a comprimir al máximo el pensamiento poético. No debe olvidarse que el octosílabo es la columna vertebral de la lengua castellana, el alma del romance.

NACIÓ en Paraná, en 1913, y estudió en el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay. Bajo el seudónimo de Rolando Agus publicó en 1936 el libro Versos adolescentes, y el Club de Letras de Entre Ríos, que dirigía Segundo Luís Gianello le dedicó el número 12 de sus “Pliegos de Poesía”, titulado Entre Ríos grietas (1972). Barbagelata frecuenta muy especialmente el soneto y el que incluimos aquí bastaría para calificar a Barbagelata como poeta experto en melancolías y en buen decir lírico, y se concilia asimismo con su carácter y sus impulsos trashumantes, como si quisiera en verdad desasirse de toda raíz. “Invierno” es la descripción de un paisaje sin dejar por eso de ser un espectacular paisaje de alma. Quien esto escribe recuerda cuando lo veía para por alguna calle de Concepción del Uruguay o sentado y absorto en un banco de la plaza Ramírez. Recién empezábamos nosotros a escribir ---1939--- y leíamos en “Los Principios” los poemas de ese estudiante algo misterioso, poemas que expresaban reales misterios de la existencia. Algunos años después ---1948--- nos reuníamos con Barbagelata en nuestra bohardilla, la vieja Torre de los Murciélagos para hablar del único tema que nos resultaba válido: la Poesía. Nuevos libros de este autor nos advertirán seguramente que sus sentidos poéticos permanecen

INVIERNO

Tras el vidrio empañado de neblina  
como pupila muerta, el ojo escruta  
entre una vaga oscuridad de gruta

la figura del árbol que se inclina.

Con un temblor sin fin que la domina  
se rinde al cielo gris la rama enjuta  
y el fantasma impreciso de la ruta  
hacia un país de olvido se encamina.

Pasan hojas marchitas con el viento.  
Inútilmente el corazón se apiada  
sin saber cómo dar su sentimiento.

Como en la tierra sola, triste, helada,  
cerrados por la bruma, nuestra pena  
no alcanza a acompañar la pena ajena. -

BIEN mundanal, hombre de teatro por añadidura, periodista: esta imagen parece desdibujarse o contradecirse por entero frente a los poemas de Este es el campo o de Conocimiento de la Patria. En el primer libro, Fernández Unsain presenta el campo entrerriano ---parejamente tierra y hombre--- con la magnitud de un mito viviente y presente. Más metafórica que Álvarez y Martínez Howard, compañeros de generación, Fernández Usain, nacido en Paraná en 1915 halla en el tropo su cauce más personal para su expresión. El tropo campero, índice de la interpretación que todo hombre de la provincia tiene con la campaña, aunque lo que deba decir pertenezca al ámbito puro del sentimiento íntimo, como en este soneto:

Para pialar la pena, esa baguala  
de músculos de tierra, es que yo canto.  
Todo cimbrón aguanto y porque aguanto  
me voy endurecido como un tala.

Todo el querer que es mío se resbala  
por el repecho de quererla tanto  
y yo, jinete puro del espanto,

desario la luz de su luz mala.  
Y estoy así, sereno como un rezo,  
alto de amor, de amores sin encauce,

CLXXVII

roto en un mundo pálido y espeso.

Estoy así, torrente por el cauce,  
perdido para siempre como un beso,  
para siempre llorando como un sauce.

Fernández Unsain fue subdirector del diario "Cabildo" de Buenos Aires, miembro de la Comisión Nacional de Cultura y Director del Teatro Nacional Cervantes durante la primera presidencia de Perón. Actualmente reside en México, donde ha presidido la sociedad de autores teatrales.

Si pesamos la perfección y la claridad expresiva de Carlos Alberto Álvarez recordamos de inmediato lo que escribía Ottimo: "Yo que escribo, he oído decir a Dante que jamás rima alguna le arrastraba a decir otra cosa que lo que tenía intención de decir; pero que a menudo y muchas veces hacía decir a los vocablos, en sus versos, cosas que habitualmente no expresaban entre los otros autores". He aquí, al descubierto, uno de los altos secretos del arte poética: la poesía es un verdadero fluir del alma, y el verso y la rima son dóciles y

sencillos cauces de ese fluir. El contenido no se va condicionando por el continente, sino que son paralelos y simultáneos sin esfuerzo. Dentro de esa tesitura, la poética total de Álvarez es de feliz vigencia. Vino nuevo de odre viejo, incluida la forma romanceada, otro de sus visibles logros. Muchos autores suelen desechar con apresuramiento no racional la métrica y la rima ---atacadas en los últimos ochenta años--- y se ofrecen al libertinaje informal, ignorando que también el verso libre tiene también sus leyes propias, su fluir íntimo, sus encadenamientos musicales o de cántico, su rigurosa metrología secreta. Dentro del poeta, el verso libre digno de expresión espiritual, desde los versículos de los libros mal llamados sagrados hasta Whitman o Neruda por ejemplo. Muchos filósofos griegos

escribieron en verso, pues como lo sostuvo Vico en su Scienza Nuova, el verso es el fundador del lenguaje. Curiosamente, toda la gran marea poética universal fue tendiendo a una armonía verbal y acentual, conjuntas, siamesas, inescindibles y no rígidas. No es éste el sitio para historiar demoradamente la marcha de las formas poéticas, pero sí algunos hitos reveladores: la poesía del Antiguo Testamento creó la poesía paralelística; Omar Jálam los rubaiats o cuartetos; y en seguida los poetas árabes que, con sus zéjeles fueron la piedra angular de la poesía europea moderna a partir del dulce stil nuovo italiano y el nacimiento del endecasílabo, del cual fueron excepcionales cultores Dante, Petrarca, Boscán, Garcilaso, Fray Luís y muchos otros en lengua galaico-portuguesa. Desde entonces, el endecasílabo español, con el romance octosilábico, se convirtieron en la columna vertebral del idioma poético, hasta hoy. Dentro de cualquier verso libre, hay un endecasílabo o un octosílabo dormidos.

El amor a la mujer y a los árboles provincianos parece personalizar las dos categorías líricas que distinguen a Álvarez desde su primera obra poética, Fábula Encendida (1943). Desde aquella iniciación, Álvarez se ha mostrado poseedor de una delicadísima madurez, excepcional en el país. Así como Eliot destinaba a Pound el dantiano elogio de Il miglior fabbro podemos caracterizar a este poeta entrerriano como uno de los más exigentes pulidores de las formas consagradas. Pero aparte de esa tarea de pulimiento, este poeta cumplió y cumple otra exigencia del soneto: el desarrollo obicular, la perfecta redondez, la unión polar del alfa y el omega de esa forma, nunca superada, de recoger la poesía. Realmente, en el soneto la forma se estancia. Álvarez evidencia la estructura inatacable de los catorce versos, y además, dentro de esa forma arquetípica, vierte un lenguaje plenamente moderno, con un decir amatorio enteramente inédito, con gracia nueva, con nombres nuevos, con imágenes absolutamente novedosas y propias. Álvarez en muchos sentidos, no proviene de nadie, aunque si quisiéramos señalar una fuente tendríamos a mano el Siglo de Oro español. Leed este ejemplo:

Como el ciervo se acerca al hontanar  
después de vulnerado en la espesura  
y se busca en el agua la figura

morbunda en la luz crepuscular,  
yo vengo a vuestros brazos para hallar

CLXXIX

en vos la soledad del agua pura  
porque siento la vida que apresura  
su fin, después de tanto suspirar.

No permitáis mi muerte entre las frondas.

Dejad que herido al borde de las ondas  
en cuya fielt procura me anquilo,

como el ciervo remoto al gua inerte  
me abandone a la orilla de la muerte  
la poca sangre que me lleva en vilo

(Fábula encendida)

Este soneto viene de verdad del fondo del tiempo, del fondo de la Poesía. Fábula encendida es quizá el libro poético más perfecto de la “Generación de Paraná, el que guarda una mayor unidad y en el cual ninguna de sus líneas puede llamarse envejecida o rezagada, como aquellos poemas que a sí mismos, prefieren ser fieles a una escuela literaria. Significa el goce de una lenta, reiterada lectura gratificante; el disfrute de una impecabilidad idiomática y una gran honorabilidad sentimental. Las suaves peripecias de la intimidad, de la emoción, se transforman en hechos estéticos al rendir el poema. No es tarea fácil trasvasar un calor interno en la proporción áurea de la Poesía. Pero en Álvarez parece un logro natural, una innata artesanía.

\*\*\*

Entre Ríos es una tierra de árboles hermosos. Los árboles son una especie de fiesta misteriosa de la tierra madre. Y han de festejarse. Álvarez lo ha hecho desde el título de su libro Donde el tiempo es árbol. Pero ya en su obra inicial los árboles entrerrianos tenían en este poeta una lírica celebratoria. Hay que conocer Paraná en primavera para asombrarse de la paleta arbórea, pero, en especial, de los jacarandáes que le otorgan un tinte inconfundible:

la gracia de Pasaná, vestido  
y una muchacha acostada  
se me antoja la ciudad...

CLXXX

Pero el poeta llega a la cima celebratoria del árbol con un soneto, “Primavera en mi tumba”, de su, hasta ahora, último libro:

A estos que fueron labios enamora  
una raíz que se habla con el viento;  
pronto seré en la sombra su alimento,  
seré la sombra que la luz devora.

Con mensajes del aire llega ahora;  
ella me habla del cielo y yo consiento  
en gratitud gozosa porque siento  
que la raíz sedienta me perfora

Quiero subir por la raíz mordida,  
trepar desde mi muerte hasta la vida  
que en la copa del árbol prolifera;

y allá, en la cumbre verde de mi tumba,  
ser la sombra otra vez, que se derrumba,  
sombra de flor sin sombra en primavera.

La poesía amorosa entrerriana tiene en Álvarez un cultor artífice de magnitud nacional. Personalmente, siempre hemos creído y sostenido que la poesía más alta y digna es la que tiene el amor como tema o como destino. Porque muchas veces el poeta no elige el motivo de su poesía sino que es elegido, emocionado, por él. La poesía amatoria pasa del homenaje trovadoresco a la devoción secreta, del deslumbramiento del encuentro inicial (Dante) a la culminación gratificante, sin la cual ningún amor puede llamarse amor. La Urna de Enrique Banchs es la imagen reiterada de una ausencia, de una imposibilidad cruel, de un desasimiento impuesto y no querido. Fábula encendida es la eclosión lírica de un encuentro feliz y colmado. Suele ocurrir que existan mínimos roces, sensibles indisposiciones de ánimo de una pareja. La poesía, felizmente llega no para minimizar estas situaciones pasajeras y efímeras sino para sobredimensionarlas en otro plano. En todo poeta

parece que la lastimadura breve se agranda, se magnifica, y el ímpetu lírico extiende el horizonte y consigue expresar como en espejo gigante esa dolencia casi trivial:

Tenga el alba piedad de este apagado

de Fábula encendida; pasos más allá se grandifica con la ternura de lo que se dice y con lo que se dice:

Duérmete, que mis labios son canción;  
y mi canción un ramo de jazmines  
para que en ellos tu dolor reclines,  
olvida a la luz del corazón.

Mi voz cultiva un huerto de emoción;  
voz perfumada de cuidar jardines,  
desmemorió la boca de confines  
y hoy dedica a esta rosa su ilusión.

Corra sangre tranquila por tus venas;  
zarpa de esta vigilia, ya sin penas,  
envuelta en un velamen de alegría

porque yo soy tu mar, barca serena:  
navega por la voz del agua buena,  
duerme en mis brazos, duerme, cosa mía.

Carlos Alberto Álvarez nació en La Plata, en 1916, pero descende de familiares paranaenses de muchas generaciones de atrás. “El nacimiento de Carlos Alberto Álvarez en La Plata es un accidente. Sus raíces son antiquísimas en éste. Los Álvarez (y los de su familia) son tan viejos como Paraná. Es muy difícil encontrar un Álvarez que no sea de aquí. Algunos, para remachar esto, son Álvarez y Álvarez”<sup>108</sup>.

Álvarez ha sido profesor de literatura en Instituto del Profesorado de Paraná y ha tomado parte en numerosas empresas culturales de esa ciudad. Fue fundador de la revista y del grupo “SaUce”. Ha publicado: Fábula encendida (1943); Donde el tiempo es árbol

(1963) y dos pequeñas plaquetas: Canto a Santa María de los Vientos (1967) y las Coplas del andariego (1975).

FUE el más suntuoso de los poetas entrerrianos, pero, curiosamente, no publicó ningún libro en Entre Ríos. Si existen jerarquías semánticas, Sola González ha espigado el más prestigioso vocabulario de nuestra lengua para conformar una poesía que se goza como un lujo y se celebra como una aquilatación verbal. Hace casi treinta años escribíamos sobre su poética: “Poeta del amor, sus criaturas parecen detenidas en un perpetuo éxtasis, y en un tiempo y espacio que no son ciertamente los cotidianos, Toda una mitología vegetal y una aristocrática nomenclatura de lugares y objetos sirven a ola González para alejar de este mundo el secreto de los amantes, que se citan misteriosamente en moradas inverosímiles, profundas, donde parece respirarse la atmósfera misma de la poesía”<sup>109</sup>. El poema “Drama” de La Casa Muerta, evoca irresistiblemente ciertos poemas hispánicos anteriores a la Edad

de Oro. El que sigue participa además de un clima mítico o de leyenda medieval, o una como resonancia de predicción gitanesca después de la consulta a los tarots:

No subas en esa nave  
porque está muerta esa nave.

Velas no tiene ni tiene  
marinero que la mande.

No subas amor a esa nave.

Nave de madera amarga  
con un rey muerto, amarillo.  
No subas en esa nave.

... ..

No subas en esa nave  
que va muerta por el río.

¿No recordamos de inmediato el famoso tema de “A nao Catrineta”, flor de la poesía medieval hispano-lusitana?

El segundo libro de Sola González ha filtrado algunas influencias inevitables para la generación de la revista “Canto” (1940) del poeta lituano-francés Oscar Wladialas de Lubioz Milosz:

El árbol del verano verá llegar el fulgor otoñal  
y de nuevo sonarán las campanas de San Miguel en las soledades  
del domingo.

¿En dónde buscaré entonces tu corona de nieve?

¿En dónde, en dónde tu reclinada azucena de amor y dulce frío?

La fuente mace el cielo espléndido de Enero  
Cuando llegue el otoño las hojas dirán la canción de los reyes  
olvidados

Hay que conocer la plaza que está frente a la iglesia de San Miguel en Paraná ---iglesia de paredes altas y de oscuro gris--- para comprender toda la melancolía de “La Amiga”, poema del que acabamos de transcribir fragmentos. La plaza está, puede decirse, en una colina. Desde la esquina misma de la iglesia bajan dos calles y una avenida. Esta y una calle, en abanico, se deslizan en pendiente hacia el río; la otra, se va hundiendo hacia el norte, desaparece y vuelve a emerger a lo lejos.

Muchos años más tarde, ya lejos de su Paraná natal, Sola González ha ido acendrando y aun diríamos “austerizando” su lenguaje. Este sigue siendo fulgurante, pero la carga existencial lo solemniza, lo descarna. Ya no se trata de goce verbal ---aun en función de un hondo decir íntimo--- ni tampoco la espontánea elegía hermosa del principio:

Fue un lento sueño apenas descendido en el mundo.

~~Bajo una pisa palpó sus gráciles ternuras~~  
 dijo en la tierra nombres alegres y profundos...

En sus Cantos a la Noche logró este poeta entrerriano un nivel dramático inusual en la poesía argentina, tan caracterizada por su pudor hacia el expresionismo, el romanticismo y la poesía intimista o yoística. Hispánico y católico, este poeta que respetó a la muerte ilustre quizá más que a la vida, quiso celebrar ---la Poesía es siempre celebración--- con una múltiple imagen fulgurante una imaginada turba de don Francisco de Quevedo, y compuso una penetrante elegía para su viejo amigo Reinaldo Ros, crea un ataúd para el conde de Orgaz --- aquel del entierro del Greco---, y deja un recuerdo para un ciego desconocido de Salamanca la Pontificia. Su catolicismo, en último caso, es el menos inficionado de dogmatismo que puede pedirse. Es más bien estético, humanístico. Sus alusiones a la Virgen, más plenas de belleza que de unción, y el poema a Max Jacob nos confirman lo dicho.

Alfonso Sola González nació en Paraná el 25 de mayo de 1917 y murió en Mendoza en octubre de 1975. Estuvo casado con Graciela Maturo. Integró el movimiento literario porteño nucleado alrededor de la revista “Canto” desde 1940, y perteneció

cronológicamente a la 2ª Generación de Paraná”, ciudad donde fundó la efímera peña del Camello. Más tarde se trasladó a Buenos Aires, donde compartió días de bohemia y periodismo con otros poetas de su provincia, incluido el autor de esta obra. Después de

CLXXXV

1944 se radicó en Cuyo, como catedrático de su Universidad. Pese a su desarraigo físico Sola González ---que viajó por España--- no cortó el cordón vital que lo unía a su provincia, que si bien no aparece notoriamente en sus libros, subyace en el paisaje explícito de muchos de sus poemas, y se corporiza en el recuerdo del amigo-poeta muerto, Reynaldo Ros:

No te verán las frutas otra vez. Ni el verano  
de las islas que ordena el Ibicuy. Ni el aire.

Lejos estaba yo en mi largo destierro;  
mis ojos no te vieron en ese ocaso último.  
sólo podré mirar algún día tu piedra  
en un ocioso cementerio y el arroyo  
que pasa entre los muertos como un ángel.<sup>110</sup>

Ni la victoria regia será de ti el regalo,  
ni los frutos que ofrecen los fuegos litorales,  
ni el peso de la vida que mirábamos juntos,  
ni el verso que traías en tus oscuras manos  
diciendo que eran bellos el día o la pobreza.

No son los ríos los que mueren. Somos  
apenas sueño junto a un río eterno  
que arrastra tarde victoriosas, luces  
apasionadas entre lentos barcos.

Detrás de la Isla Puente tus manos prodigiosas  
no enseñaran ya nunca  
el esperado paso del azul camalote  
y la vieja madera de un bote andará sola  
sobre el agua de siempre, entre las voces  
de los que te quisimos, Reynaldo, y te llamamos  
cuando la muerte cruza las pacíficas islas.

Sus últimos poemas ---inéditos en libro--- nos revelan un Sola González plegado a otro lenguaje poético, el surrealista, y mostrando otra visión, trastornada del mundo. La obra de este poeta está constituida por: La casa muerta (Cántico, Tucumán, 1940); Elegías de San Miguel (Edic. Gulab y Aldabahor, Buenos Aires, 1944); Cantos para el atardecer de

una diosa (D'Accurzio, Mendoza, 1954); Tres poemas (Edic. Carmina, Buenos Aires,

<sup>110</sup> Se refiere al arroyo Antoñico, que bordea Paraná y lame el fondo del cementerio paranaense. Allí hemos visto niños jugando con calaveras.

CLXXXVI

1958) y Cantos a la noche (Edic. Azor, Mendoza, 1963, con reedición facsimilar en Edic. Palemor, 1961). En prosa, Capítulos de la novela argentina (Edit. Versión, Mendoza, 1959). Había anunciado una obra sobre la literatura española del siglo de oro.

ENSAYISTA, poeta y autor de cuentos, Lisandro Enrique Gayoso nació en Paraná el 30 de marzo de 1919. Desde joven se radicó en la Capital Federal, donde se desempeñó como Inspector Mayor de la Inspección General de Comunicaciones. Es vocal literario de la Comisión Asesora del Servicio de Promoción Postal del libro Argentino, y profesor titular de Sumario Administrativo del departamento de Capacitación Profesional de aquella repartición (Correos). Escribe y dirige desde 1965 la audición literaria “Gacetilla Oral” de LRA Radio Nacional. En otro orden, ha sido jurado en varios certámenes, como el “Fray Mocho” (oficial) de Entre Ríos y en el concurso de cuentos de la secretaría de

por la Secretaría de Cultura de la provincia de Buenos Aires (Pergamino, 1969). En el certamen de cuentos organizado por el diario “El Litoral” de Santiago del Estero obtuvo el primer premio (1966). Ha dictado conferencias sobre literatura argentina en el Instituto Nacional de La Banda (Sgo del Estero), en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (1970), en la Galería Nexo y en otros lugares. Colabora en “La Prensa” ---comentarios bibliográficos firmados a veces O.O.--- y en otras publicaciones. Su obra publicada está constituido por Intimidad (1944); Tiempo y distancia (1960); Tiempo y Espacio (1969); La herencia (1979); Tiempo y Tiempo (1982). En prosa, La pajarera (1964); Simplemente Infierno (1973). Figura en las selecciones Antología de la poesía lírica (Ediciones Centro, Córdoba, 1950) y en 13 cuentos, 13 escritores argentinos (Galea, 1974).

De sus relatos ha escrito Luís Sadí Grosso: “Gayoso ha llegado, en el arte de narrar, a la altura de los cuentistas que hacen sentir al lector mientras lee, la realidad de los que cuentan, y luego esa ficción queda instalada en la realidad como una realidad más. Suele decirse que un libro debe tener unidad. Supongo que se trata de una unidad temática. Sin embargo, en éste de Gayoso los temas son muy diferentes, pero los une la calidad”<sup>111</sup>.

### La Nueva Poesía

ELIGIÓ un destino literario trágico, sobrecogedor: ir narrando su propia disolución física, musitandi en hermosos y melancólicos versos un adiós circunstanciado, sabido y preferido, porque Ana Teresa Fabani no quiso poner nada de su voluntad para sobrevivir en un compasivo alargamiento de su dolencia. Nunca lamentó su enfermedad; la llevaba como llevaba encima la poesía y la belleza; y un poema también favorito, del más amado de sus

---

<sup>111</sup> En LAR, Crespo, febrero-marzo de 1974.

Somos como la cama de un enfermo  
que está viendo una estrella de costado

También Ana Teresa Fabani hablaba, en su única novela autobiográfica, Mi hogar de niebla, de ese lecho que ya era en su conciencia, en su seguro presagio, la caja mortuaria definitiva<sup>112</sup>. También musitaba enamoradamente:

Se murió porque ella quiso  
No la mató Dios, ni el destino...

de Pedro Salinas. Quienes compartimos con ella una amistad llena de esplendores y de vívida poesía; quienes leímos sus cartas, que alguna vez se editarán, y que dicen tantas cosas sin el camouflage de la literatura; los que conocimos sus poemas inéditos, posteriores a Nada tiene nombre (1949, único libro que ella vio publicado) no podíamos menos que advertir ese lento desgaste de sus días y esas angustias nocturnas, solitaria en medio de la enorme Buenos Aires, donde una noche de Año Nuevo, casi adelanta el calendario de la muerte, esa que llevaba en vilo:

Piso la noche y parto. Me parece  
que todo este camino fue antes tumba...

---

<sup>112</sup> “Me parecía y estaba en el molde de una muerte”. Esto es ya más que una simple premonición.

En la hermosa elegía de sí misma, sale siempre al encuentro con la muerte, sin el temor que la juventud ha tenido de modo constante por el tránsito final.

La misma prosa de Ana Teresa Fabani nos trae de inmediato el recuerdo de sus poemas. Prosa y verso están entramados por el tema obsesivo y único, y también por una unidad de estilo que las hace inseparables. El hogar de niebla (1950) es más válida por lo que tiene de testimonio que por su estructura literaria, completamente informal, evadida voluntariamente del coto cerrado del “género”. La necesidad de contar verazmente su experiencia de tuberculosis en una clínica de Córdoba prevaleció sobre las exigencias del rigor estilístico de otras menudencias de la obra literaria.

Dolientemente amada, porque se sentía fugaz y porque lo trasmitía, y porque se sentía pasajera y desasida, queda en la historia de nuestras letras provincianas señalada con el signo luctuoso de esos ~~amados del cielo~~ que, por serio, mueren jueves, como lo pretendía Menandro.

\*\*\*

Ana Teresa Fabani Rivera había nacido en Concepción del Uruguay en 1921, y se graduó de maestra normal. Ya adolescente, contrajo la enfermedad que había de llevarla a la muerte, y en busca de una curación siempre diferida por ella misma, residió en Córdoba y luego en Buenos Aires, donde murió el 21 de junio de 1949, a los veintiocho años de

edad. Está sepultada en la necrópolis de su ciudad natal. En el primer aniversario de su fallecimiento un grupo de amigos de Entre Ríos y Buenos Aires editó un cuaderno de homenaje, que contiene poemas y prosas de Juan L. Ortiz, Córdoba Iturburu, Raúl González Tuñón, Luís Alberto Ruíz y Juan Portogalo. Está incluida en la antología Entre Ríos Cantada (1955), el autor de esta obra le dedicó una plaqueta titulada Los Ojos Cerrados, que apareció en Paraná en 1950. También ha escrito sobre ella la profesora Domitilia Rodríguez de Papetti y otros autores.

PARA quien se interese en forma permanente por las actividades culturales de la provincia, y especialmente las de Paraná, el nombre de Luís Sadí Grosso ha de resonarles como vinculado estrechamente a toda promoción noble de las artes y de las letras, ya en forma de contribución personal, o como secretario de Letras de la Dirección de Cultura o como colaborador de varias publicaciones. Nacido en Paraná el 10 de octubre de 1921, publicó en 1958, una antología: Poesía Argentina. Poemática entrerriana contemporánea, que, entre otros méritos, suma el de haber recogido en sus páginas varios poemas inéditos de Guillermo Saraví, que lo mostraban ejerciendo una nueva expresión lírica. Recogía además a varias poetas omitidos en nuestra propia selección de poetas de la provincia. Antes de esa crestomatía o florilegio, Grosso había publicado Odas Ínfimas, cuyo título no debe

inducirnos a error: la modestia natural de Grosso disimulaba, bajo esa denominación minimizante, una de las mejores creaciones de poesía lírica de los últimos tiempos, con ciertas ---pero nada objetables--- reminiscencias de Petrarca y Banchs; por lo cual, además, se entroncaba con la tradición de la mejor poesía amatoria, y la continuaba. Odas ínfimas apareció en 1955. En la colección Entre Ríos de la editorial Colmegna de Santa Fe se publicó un pequeño libro suyo, de poesía popular, ligera, una coplería, titulado Recuerdo de Paraná (1974). Mantiene inéditos hace bastante tiempo otros dos libros de poemas, Pequeño espectáculo, donde se vierte al verso libre y Las Estatuas, una serie de sonetos, como así también una vasta colección de “scherzos” amorios anteriores aún a los que acabamos de citar.

Como prosista, Grosso se inició hace muchos años con la publicación de estudios breves sobre maestros de guitarra (instrumento que Grosso ejecuta). Luego se dedicó a difundir la obra de escritores entrerrianos desconocidos para las nuevas generaciones, y dictó una serie de conferencias bajo el título general de “Poetas Olvidados”, donde entre otros, revalorizaba o “descubría” a Rebaque Thuillier, Medus Pérez Colman, etc. Muchos de sus ensayos y notas han aparecido en “El Litoral” de Santa Fe, “LAR” de Crespo, “El Diario” de Paraná. Como funcionario de la Dirección de Cultura entrerriana, inició hace años la programación y edición de varias colecciones y la institución de premios, del que destacamos el Fray Mocho”.

\*\*\*

En Odas ínfimas, el primer libro de poemas de Grosso, afloraba toda una estética amatoria ---ya que hay una belleza del amor--- y se unía umbinicalmente con el modo de

decir trovadoresco y del “dolce stil nuovo”, para reaparecer, como ya lo dijimos, con un lejano dejo de Banchs, sin que por ninguna de estas inevitables impregnaciones esa poesía suya dejara de ser eminentemente personal, inconfundible. Al darle al Amor, con mayúscula, la categoría de persona y de ser, Grosso retoma el antiguo senhal que el trovador utilizaba para velar el nombre de la mujer amada. Este poeta, en este caso, no ejerce ninguna transfiguración semántica; hace de Amor una criatura (al revés de los provenzales), le da movimiento, voluntad, destino y fatalidad:

Amor siempre se pierde en el camino  
laberíntico y largo del vivir...

En eso deja de ser meramente influido para ser influente. Odas ínfimas (un libro cuya reedición es urgente) ha logrado, a través de imágenes felices y nuevas revivir el perpetuo estado romántico del hombre apasionado y enamorado de la mujer, como en la provincia lo han hecho líricos como Álvarez, Seri y algunos más.

Luego de aquellas Odas ---su título es válido por su entusiasmo---, Grosso escribió una larga colección de pequeños poemas amorosos que no publicó jamás, pero que conocemos de labios propios del poeta. En esos poemas el amor aparecía desligado de toda sublimación; se había encarnado y personificado. Era la pasión, es decir, el padecimiento, pues se padece por gozo y por penuria, y el amor se hace más amor por la magia del verbo. En 1974 Grsso publicó “Recuerdo” de Paraná, un libro coplero y decidor, una especie de “intermezzo” de otros dos libros de poemas suyos, Pequeno espectáculo y Las Estatuas.

Libros bifrontes, disímiles en forma y fondo, que ofrecen una visión distinta del grande y pequeño universo por el que transitamos. Anticipándonos a la inminente publicación y para no dejar de incluirlos en los presentes apuntes históricos de las letras entrerrianas, diremos algunas palabras sobre esas obras.

De Pequeño Espectáculo hay un poema que constituye todo un “manifiesto” poético:

    Escribir  
es como vivir.  
    El vivir y el escribir  
mueren.  
    Se vuelven  
polvo, viento, lluvia.  
    Y después otra vez  
escribir y vivir.  
    Y otra vez  
polvo, viento, lluvia.

    No hay que desanimarse;  
mejor será, quizá,  
volar pulverizado,  
mover las arboledas  
mojar los vidrios de una ventana.

    Lo que te atemoriza  
es permanecer inmóvil  
y sepultado muchos siglos.

    Pero piensa

si tu vivir y tu escribir  
no lo están ya.

¿Trasciendes acaso?  
¿Mueves a alguien?  
¿Mojas algún alma seca?

Para nosotros, es el mejor poema de esta colección de cincuenta y cinco composiciones. El que acabamos de transcribir tiene un paralelo en otro apenas anterior, que también se revierte como el “arte poética”:

Hay un momento  
en que la poesía nos exige  
comparecer solos.  
Hay un momento  
en que la vida también  
en que la muerte también.  
Y hay un momento  
en que el dolor también.  
Nos exigen  
comparecer solos.  
Debes presentarte  
solo,  
y aguantártelas.  
Son los momentos  
en que más necesitamos...  
Pero la vida es dura entonces...  
La muerte es dura entonces.

El dolor es duro entonces.

Y la poesía es dura también entonces  
cuando es  
como esa vida,  
como esa muerte,  
como ese dolor.

Muchas páginas más de Pequeño Espectáculo dan vueltas sobre el impacto del mundo rodeante contra la paz o la inquietud necesariamente creativa del poeta. Por tal causa, pensamos, a veces, Grosso deriva hacia una especie de “humor negro”, de ironía también negra, que quizá sea una de las actitudes defensivas del creador para resguardar lo más íntimo del canto.

Las estatuas es el otro libro que espera salir de las prensas. Tal vez está publicado antes que aparezca la presente obra. Son, en su totalidad veintidós sonetos, los viejos conocidos de Grosso:

Este viejo soneto que es mi amigo  
Y que de vez en cuando me visita...

Los temas son dispares, y la única es la formal. Un sentido profundo y melancólico tiene trasfundida esta obra: es la observación del Yo y la meditación de lo que pasa o de lo que está detenido en el vasto contorno de la vida. Los hallazgos verbales son múltiples, y la temática alude o reinventa, según los casos, hechos y figuras conocidos. Este soneto puede representar a los demás.

IX

Tanto que he escrito sobre Amor, amado;  
tanto que quiso mientras escribía.  
Tanto que sin tenerlo ya tenía  
y que he perdido sin saber ni cuándo.

Tanto que estaba para mí soñando  
como bella durmiente en pleno día  
y lo ignoré porque la estrella mía  
aún no estaba como hoy brillando.

Belleza es ahora sobre el fondo  
de cielo en que recorta su perfil  
la estatua que en el agua se refleja.

Belleza es ahora allá en lo hondo

de la fuente senecta y juvenil  
donde la mariposa un vuelo espeja.

CONSAGRADA inicialmente con un libro de poemas, Madura soledad (1948) y corroborando con su reiteración lírica sus indudables facultades poéticas, Emma de Cartosio, nacida en Concepción del Uruguay en 1921, se ha volcado parcialmente a la prosa con inédito fervor, especialmente con temática infantil, aunque esa prosa no posea ese

trastorno psíquico y metafísico que tiene su obra en verso. La vida y la obra de esta poeta singular, en idéntica densidad y en idéntico misterio vital, constituyen un momento personalísimo en las instancias de la literatura provincial y aun en la nacional. Su lenguaje, que siempre surge de los abismos infantiles rescatados por una pertinaz memoria, o las psicologías asombradas de sus criaturas, el halo de inocencia y pureza que las rodea, hacen del mundo de figuraciones y de almas de sus libros una presencia distinta e insólita. Los últimos poemas difieren de los de su primer libro en un tratamiento del lenguaje menos indirecto o menos metafórico, pero en cierto sentido ganan otro terreno, el de yoísmo dramático, el del acontecer rodeante que tritura la sensibilidad y no da tregua a la pelea por la supervivencia pura del espíritu. Su autorretrato, en ese sentido, es una pieza clave de su poesía última. No están ajenas a esta nueva visión desnuda de su mundo evidentes connotaciones psicósomáticas, que ocurren en todo poeta verdadero. Si un chirrido agudo y penetrante nos crispera los nervios, cuánto más no ha de crisperlos el mucho más enorme chirrido de una realidad y un mundo que se desmorona entre arquetipos pútridos y cotidianas falacias. Del hermoso lenguaje de su primera obra, realmente incomparable, no queda casi nada en el último, Automarginada. Desde el título se advierte la clara voluntad de una esfumación, de un aislamiento y de otra mucho más madura soledad. Dos ejemplos harán mucho más claras estas palabras. En Madura soledad todavía parece existir un dios a quien se le pueden dirigir deseos y pedidos

Hoy necesito al Dios de todos, hoy ruego en la iglesia común...  
 Necesito sentir la sangre y no la muerte de la madera  
 bajo las palmas.  
 El Dios que siento ama con tanta intensidad  
 y tan profundamente lo que Él ha creado, que respeta  
 perfectas a la ceguera, a la lepra y a la muerte.  
 Mi amado Dios es un sabio viejecillo dulce, un abuelo  
 Infatigable repartiendo golosinas, sonrisas, historias, duendes,  
 Signos, lápices de colores, respuestas, juguetes, símbolos  
 Entre sus propias criaturas ciegas, paralíticas, solas, taciturnas,  
 Llorosas, benditas y endemoniadas...

Pero en Automarginada nada de eso aparece ante la visión, y los deseos son otros:

donde el vivir es provisorio, igual a mí por dentro sin hogar definitivo que apresure mis paso y corazón hacia él.  
No tengo hogar ni esposo ni hijos ni por supuesto, status respetable que me instale en la butaca numerada para ver la película de mí misma en progreso y colores.

Soy la enamorada de los lugares y tiempos transitorios pero en su cenit esplendoroso, cuando simulan eternidad y un montón de maravillas que no se cumplen.  
Nunca tendré una gran recepción y una piscina para recibir en invierno y en verano a mis anumerosas amistades que hablarían de mis cuadros, mis muebles, mi máscara.

Siempre habitaré libros, angustias, discos, alegría y el suelo alfombrado donde se entremezclan caracoles con poemas de otros o míos, no importa al fin quien escriba lo que dicta.  
Alguien que quizás tampoco conozca una a una sus leyes matemáticas que rigen al ojo y la estrella, a la mica y al mar.  
Mi libertad es helada a fuerza de ser sola y sin mentiras que finjan rostros agradables en mí, en los vertiginosos espejos simultáneos que enfrento y me enfrentan, que rompo y me trizan.

No me quejo, no me jacto, me deslizo felizmente entre objetos y criaturas rodeadas de amor o de costumbre, de hábitos útiles que lo transforman en indispensables como nunca lo seré.  
Nadie me ama exclusivamente, a nadie amo exclusivamente tengo una tristeza que son mil y sonrío porque es lo correcto según mi portero y el presidente de la república.  
Me moriré pronto o después, sin admiradores ni velorio en un día de la tierra que me soportó y soporté y crecerá un yuyo, ni lindo ni feo, de mi polvo.

Ni una sola metáfora fulgura en este poema algo más que melancólico. Las cosas que deben decirse se dicen sin elipsis ni deferencias verbales. “Mi libertad es helada a fuerza de ser sola” resume, creemos, toda la inmensa problemática existencial que trasmite este poema. Mucha de la temática de este libro, y de su estilo, están prefigurados en un libro anterior, En la luz de París (1967), sobre todo en un poema titulado “Self Service”:

Iba sola y se servía un steak con papas fritas  
 una fruta quizás pan, y se sentaba junto a la pared  
 o la vidriera porque iba temprano o muy tarde.  
 Una mañana llegó con la multitud; su bandeja  
 tropezaba con gestos actitudes movimientos  
 y tal vez para huir de sí misma se sirvió nada  
 sentándose a contemplar sus árboles de Cluny.

Un camarero y la señorita de los tickets  
 se echaron entre las risas contenidas  
 de la gente que come comida sin árboles  
 que bebe sin otoño, que ama sin amor.  
 Hicieron bien.

Obtuvo el título de maestra normal, pero creemos que no ejerció nunca. En La Plata cursó la Facultad de Humanidades donde siguió los cursos de filosofía y ciencias de la Educación. Ha realizado numerosos viajes por América y Europa, casi siempre gracias a diversas becas o invitaciones<sup>113</sup>. Su obra está constituida por Madura soledad (poemas,

<sup>113</sup> Becada por el Ministerio de Relaciones Exteriores visitó en gira de conferencias las ciudades de Lima y Cuzco (1960). En 1962, otra beca de la embajada brasileña en Buenos Aires le permite viajar a Brasil, donde estudia la literatura infantil de ese país. (Asimismo llevó una muestra de cerámica, pintura y dibujo infantiles de institutos argentinos). En esos dos meses dictó conferencias y efectuó lectura de poemas. En 1963 el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid le otorga una beca en mérito a sus trabajos sobre literatura, artesanías y costumbres españolas. En 1964 permanece en Madrid o viaja por toda España, dictando conferencias y leyendo su propia obra, así como colabora en las principales revistas literarias (Poesía hispánica”, “Puntaeuropea”, “Cuadernos Hipanoamericanos”, etc).

Escribe simultáneamente en varios diarios argentinos (“La Prensa”, “La Nación”, “Clarín” y “La Tribuna” de Rosario). En 1965 se instala en París, donde escribe los ya mencionados Cuentos y relatos de la Pampa y su libro de poemas En la luz de París. En 1969 regresa a España, becada también, y pronuncia conferencias en distintas ciudades españolas. En 1973 viaja a Amberes y Bruselas, invitada por el Instituto Belga-Ibero-Americano, donde lee cuentos y poemas. Aparte ha viajado por Italia, Suiza, Egipto, Grecia, Líbano, Turquía,

Americano, conduce cuentos y poemas. Aparte ha viajado por Italia, Suiza, Egipto, Grecia, Líbano, Turquía, países que va describiendo en crónicas que se publican en nuestro país. Ha asistido a varios congresos, ha ocupado los micrófonos de Radio Municipal y Nacional así como las cámaras de Canal 11 de televisión. Gratuitamente ha trabajado en Jardines de Infantes privados, haciendo mímica sobre la base de textos propios.

CCI

Peuser, 1948); Cuentos del ángel que bien guarda (Hachette, 1958); El arenal perdido (poemas, Losada, 1958); Elegías analfabetas (poemas, ediciones J. Herrera y Reissig, Montevideo, 1960); Tonticanciones para Grillito (poemas, Hachette, 1962, premio Fondo Nacional de las Artes); La lenta mirada (poemas, ediciones Rialp, "Adonais", Madrid, 1964); Criaturas sin muerte (poemas, Edic. del Instituto de Cultura Hispánica, premio Finalista "Leopoldo Panero", Madrid, 1967-); En la luz de París (poemas, edic. Colombo para Hachette, 1967); Cuando el sol selle las bocas (poemas, Hachette, premio Fondo Nacional de las Artes, 1968); Contes et Récits de la Pampa (Edic. Fernand Nathan, París, 1971); Cuentos para la niña del retrato (edic. Doncel, Madrid, 1973); Automarginada. Mantiene idénticos otros libros de poemas, de cuentos y de relatos para niños. En diversos órganos de prensa publicó varios reportajes a escritores europeos. Juan Ramón Jiménez, en su viaje a la Argentina, distinguió a Emma de Cartosio como una de las más promisorias poetas de este país. En 1950 firmó un prólogo crítico a la edición de las páginas de una adolescente suicida, Nora Okliar, con el título de Antes de Tiempo. -

NACIÓ en Rosario de Santa Fe el 11 de setiembre de 1926, pero desde los dos años de edad reside en Colón (Entre Ríos). Estudió en el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay y fue interno en la residencia de estudiantes “La Fraternidad”, de la que tiempo más tarde llegó a ser director. Cursó la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. En Colón estableció una imprenta propia en la cual aparecieron el diario “El orden” y el diario y luego revista “Tribuna”, y de cuyas prensas suelen salir muy bellos libros tipeados a mano por el propio Martí. Además del periodismo escrito, Martí mantiene varias audiciones radiales periodísticas y de cultura general en C. del Uruguay, distinguiéndose en el apoyo y el estímulo hacia todas las formas artísticas. Antes de la edición de su primer libro, firmaba sus trabajos con el seudónimo de Javier U. Paz.

Con motivo del Centenario de “La Fraternidad”, Martí ordenó y publicó la antología La Frater Cantada (1957), constituida por poetas que residieron en distintos tiempos en esa casa ya histórica y hoy con el rango de Universidad, aunque no ha perdido el carácter residencial que le otorgaron sus fundadores. A la misma benemérita institución Martí dedicó un libro propio, Fraternilia (1952).

En 1974, un jurado constituido por Luis Sadí Grasso, Ernesto G. Anselmi, entonces director de Cultura, y Luís Alberto Ruiz, le otorgó el premio “Fray Mocho” de poesía. Su producción literaria consta de Panambí (Colón, 1949); Al Colegio del Uruguay (1949); Antigua luz (1954, prólogo de Luis Doello Jurado. Faja de honor de la SADE); Entre Ríos y Canciones (1970); Entrerriano por el canto (1976, anticipos de Rapsodia Entrerriana, que obtuviera el mencionado premio “Fray Mocho” y que fue editada en 1978).

La lírica de Jorge Enrique Martí se inscribe en lo que una vez denominamos la “escuela poética entrerriana”, cuyos perfiles mayores son su entrerrianidad, el paisaje y el

CCIII

hombre de la provincia litoral, perfectamente transparentados y cantados con noble efusión por este poeta. Precisamente, su tema cardinal es Entre Ríos, como lo adelantan obviamente los títulos de sus obras. Nosotros lo encontramos tan consustanciados con el paisaje provincial, como a los de Rosa María Sobrón de Trucco, Carlos Alberto Álvarez, José María Díaz, desde luego, Carlos Mastronardi, cuyas resonancias en Martí ha señalado recientemente el ensayista Héctor César Izaguirre<sup>114</sup>. Esa vinculación estilística ha sido tratada por el propio Mastronardi en dos catas a Martí, parcialmente reproducida por Izaguirre... Es que el poema “Luz de provincia”, del poeta de Gualeguay, es de esos que se instalan emocionalmente y no se desarraigan con facilidad. Así, imprimió fuertemente en partes de Entre dos ríos, de Manauta, y hasta en la poesía del jujeño Jorge Calvetti (Fundación del cielo), o en meros títulos: Conocimiento de la patria, de Fernández Unsain, que responde a Conocimiento de la Noche, de Mastronardi, o Como una antigua queja, de Chávez, salido de una línea de “Luz de Provincia”: “y viene hasta mis noches como una queja antigua”, etcétera.

Es cierto que cuando se describe un mismo paisaje es enteramente imposible no incurrir en parecidas adjetivaciones o no sufrir parecidas emociones. Pero Martí no fue excedido por una permanente presión mastronardiana. Por lo contrario, es fulgurantemente notoria su diferencia con la lírica del poeta de Gualeguay. Mastronardi suele aludir a la gentes del campo, pero nunca se mete adentro de ellas, como lo hace Martí. Cualquier guitarra criolla es la guitarra de Martí; cualquier copia es asumida por él, cualquier paisaje es recreado por sus ojos. Podríamos citar miles de versos suyos que nada tienen en común con la forma de recrear el paisaje que tiene Mastronardi. Creemos que son ambos quienes han mirado la provincia entera con una óptica de belleza y permanencia, y nos ofrece un alma del todo inundada por la luz siempre cenital del sol entrerriano,

---

<sup>114</sup> Jorge Enrique Martí: introducción a su obra poética, en "El Mirador", N° 5, Junio 1983, Concepción del Uruguay.

ROSA María Sobrón de Trucco se inscribe dentro de la mejor, de la más delicada tradición lírica entrerriana, que desde Agustina Andrade revela que, si existieron mujeres de varonil coraje que se incorporaron guerreramente en los entreveros de las montoneras, también existieron aquellas que sacan una densa poesía de su iluminada intimidad y la expanden como un perfume largamente guardado y esenciado. Pero también R. M. Sobrón de Trucco conoce los arduos menesteres de la prosa ensayística y la transfiguración de su entorno cotidiano en evocativas estampas.

Nacida en Nogoyá el 11 de abril de 1929 se graduó de profesora de latras, materia que dicta en Victoria, donde reside, y donde ejerce el cargo de Vicedirectora de Escuela Normal Superior "Osvaldo Magnasco". Una intensa labor literaria se ha traducido, aparte de libros que citaremos más adelante, en numerosos artículos publicados en los más dispares puntos del país y en conferencias y entrevistas radiales y de televisión. En 1968 representó a Entre Ríos en el Encuentro de la Cultura del Litoral realizado en Rosario, con el auspicio del Departamento de Extensión Universitaria de aquella ciudad y de la Dirección de Cultura de Entre Ríos. En 1973 realizó una gira por el interior de la provincia con el auspicio de FACER<sup>115</sup>. La revista "Presencia" del Instituto del Profesorado Secundario de la capital entrerriana y la revista "Ser" del Instituto similar de C. del Uruguay, han recogido trabajos suyos.

La obra de Rosa María Sobrón consta de: Juana de Ibarborou a través de "Las Leguas de diamante" (ensayo, Victoria, 1962); La espera iluminada (poemas, 1964, premio cinta bienal de Aseca, Buenos Aires); La voz de la tierra en Gaspar L. Benavento (Cuadernos de Crisol Literario, Victoria, 1966. Primer Premio "Senado de la Nación" en el concurso de homenaje a G.L.B.); Magia y Hondura en tres sonetos de Eduardo González

---

<sup>115</sup> Federación de Asociaciones Culturales de Entre Ríos, con sede en Paraná.

Colombo, Buenos aires, 1970) y Poemas con sol y llanto . Además, cuentos y una selección editada por los “Pliegos de Poesía” (1971).

Además de las distinciones mencionadas, Rosa María Sobrón de Trucco obtuvo dos veces primera mención especial en los Juegos Florales de C. del Uruguay; el segundo premio de poesía en los mismos juegos de 1973; el primer premio provincial de poesía en el IV concurso de la Asociación “Amigos del Arte” de Villaguay con el poema “Muchacha Primavera”. La revista literaria italiana “La Prora” (Roma) tradujo y publicó uno de los poemas de La espera iluminada. Un soneto suyo figura en la antología Cien sonetos argentinos, de Néstor Alfredo Noriega (Edit. Apis, Rosario). El libro La estación se utiliza como texto de lectura en algunos colegios secundarios de la provincia.

\*\*\*

En La espera iluminada, la poeta victoriense prestigia nuevamente el más femenino, el más medularmente femenino de los temas: la concepción del hijo. Es ocioso anotar que nadie como una mujer grávida para operar con ese tema desde adentro de su propio ser, porque no sólo está cantando la inminencia del hijo: se está cantando y aun glorificando a sí misma. Una atmósfera verbal de puro romanticismo envuelve toda la “espera iluminada”; pero ese idioma delicadamente floral que otorga un especialísimo perfume a su poesía, no es una mera exaltación de la naturaleza: es una exigencia cósmica, genesiaca. La tierra, lo que la compone, lo que guarda y lo visible, sus seres vivos y difuntos, y las inminencias felices o ingratas, todo compone una unidad y la aspiración suprema de la Poesía ha sido siempre abordar y aprehender esa unidad. En lo que le toca a esta poeta ha aprendido mucho de ese intercambio sigiloso, secreto, infinito que se cumple entre el alma del mundo y el espíritu poético, como ya lo indicara casi con fuerza de dogma Baudelaire en su soneto “Correspondencias”. En la espera iluminada más que en otros libros suyos, la vida natural y

sus más escogidos símbolos o criaturas representativas avanzan juntos solidarios, con la gravidez tanto humana como lírica de este poeta.

Sin palabras, el grillo dialoga con la luna (“Hallazgo”) o bien ella advierte que un pájaro la nombra (“Respuesta”) o

Y mi alma enamorada  
es jazmín, agua, grillo y doradero  
 (“Septiembre”)

Un cómputo de las alusiones al paisaje, a la vida natural, evidencia el ámbito panteístico que ha habitado y habita. Las metrópolis desconocen esa opulencia del color y del sonido que constituye la geografía total de nuestra provincia. Además de la luminosidad entrerriana que da la coloración y el brillo a su poesía, la antología natural de la señora de Trucco se compone diversamente. Efectuó ese cómputo, que dio para lo vegetal: azucenas, sauce, rosa otoñal, espinillo, glicina, jazmín, naranjas, parral, nardo, ceibos, camalotes, juncos, trival, pámpanos, talas, manzanilla, lirio, campanillas, duraznero, lavandas, enredaderas, linares, salvias, amapolas, pino, trébol, alhucema, manzana, aroma, alelí y muchos árboles, pétalos, verdes, follajes, cálices, hojas, pólenes y corolas. El mundo animal se corona de vuelos y alas, y también parecen florecer jilgueros, calandrias, palomas, cigarras, gorriones, torcazas, mariposas, peces, grillos, gaviotas, abejas y alondras. Todas las estaciones ---ni siquiera el invierno de Entre Ríos carece de esplendor--- y espumas, lucero, colina, lluvia, tarde, nube, estrellas, viento, rocío, ola, pan, miel, aljibe, patios, campanas, panal, oro y azul constelan su poesía. Esta enumeración incompleta evidencia la riqueza verbal que ostentan sus libros. Conjuntamente con sus hallazgos felices: “ala de luna”, “he florecido”, “mientras prendo en mi piel la primavera”, Rosa maría Sobrón de Trucco ejercita combinaciones como éstas: mariposa-trival, hueso-rosa, verde-rosa, celestegrana, gris-azul, noche-sol, pluma-lino, oro-grano, nácar-oro, rosa-miel, pecho-cuna, mar-

cielo, luna-flor, carne-luz, muchas de las cuales participan del propio misterio creador de la Poesía.

NACIDA en Santa Fé es entrerriana por adopción y por la seducción envolvente de nuestra provincia. Radicada en Paraná desde hace muchos años ejerce el profesorado de Historia y la enseñanza elemental de italiano. Su obra poética consta de Omega (Signo, Paraná, 1963); Poemas del agua (Confín, Córdoba, 1965); y por los poemas incluidos en Coral de Poetas (edic. Paulinas, Buenos Aires, 1965); Trece Poetas (Instituto del Libro Argentino, 1967);

---

La máscara del tiempo (edic. Zenda, Lima, 1968) y la muestra colectiva De orilla a orilla (Santa Fe, Colmegna) así como en diversas antologías de la Revista "Ser", de Concepción del Uruguay y la Muestra Literaria Departamental de Entre Ríos (Paraná, 1972), etc. En prosa ha escrito: El cine en Paraná y su influencia en niños y adolescentes (edic. Facultad de Ciencias de la Educación, Paraná, 1962); y Proyección social de la Poesía, trabajo cuya publicación fue recomendada en el XVII Congreso de Sociología de México, adonde

concurrió invitada en 1968. Obtuvo dos veces consecutivas el premio de poesía “Félix Basanta”, de Villa Dolores (Córdoba) en 1971 y 1974.

\*\*\*

Sofía Acosta ejerce con maestría el decir más íntimo así como la captación más profunda de la naturaleza y sus misterios. Lo cotidiano y lo intemporal, lo anecdótico (por ejemplo, “Al Paraná este adiós por Maldonado”) y lo inasible de la existencia humana coexisten en muchas páginas que se tornan memorables. Desde el poema largo hasta las piezas breves corre una misma sensibilidad unitiva, una idéntica vehemencia de expresión. Es una poesía vital, esperanzada, aun frente a la extinción:

---quizá no existen definitivas muertes. Otras seguirán  
viviendo: en otra isla, en otro rincón del mundo...

Como la mejor poesía, la suya se desliza entre símbolos, entre alusiones; también como la mejor poesía, la suya es melancólica, colmada de presagios, de anunciaciones y también de despedidas irremediables:

Un río adiós continuo....

ese río Paraná que ella ha transformado en materia poética tantas veces, ese río cuyo destino natural es irse y volver a pasar

Cuántas veces diré hasta que vuelvas,  
Cuántas veces vendrás a mí para alejarte  
azul, azul, hasta sentirte noche.

El río obsesiona mucha de sus mejores páginas. Y seguramente piensa y siente que no la separa de su tierra natal, sino que es el puente heraclitano que en cualquier momento la puede llevar, si es que Entre Ríos no es más fuerte

POETA, ensayista, abogado y editor, nació en La Paz en 1939. Luego de obtener su título de abogado se radicó en Rosario, donde ejerce su profesión y donde se desempeña como catedrático de Derecho Público Provincial y Municipal en la Facultad de Derecho de esa ciudad. En Rosario fundó y dirige la revista y editorial “La Ventana”, laudable aventura provincial que se ha concretado en numerosos títulos. En cuanto a su obra personal, consta de Punto de partida (1968); Los métodos (1970); Además, el río (1972); La vida en general (Alonso, 1974) y El país de los arroyos (1979), todos de poesía. En prosa ha editado, de su autoría, La Constitución Nacional de 1949; F.O.R.J.A. cuarenta años después. Anunció la publicación de otras obras suyas, como Raúl Gustavo Aguirre, una experiencia poética y

ensayo fundamental sobre Juan L. Ortiz (Propuestas de su vida), un tomo de poemas, Baile de pueblo, y Sociología de la inteligencia Argentina.

La provincia natal es una presencia constante en la poética de Calgaro, no sólo en el paisaje sino también en varias instancias históricas, que parecen inseparables de la conciencia de la entrerriana. El estilo de este poeta lapaceño carece esencialmente de toda retórica conocida, y sus intuiciones e imágenes se desplazan cómodamente por un verso corto y libre, casi sin metáforas y circunloquios verbales. También Calgaro avanza sobre la actualidad de sus formas más cotidianas y visibles, y no desdeña acentuar una ideología humanística, fraternal, al hacer uso de una terminología ausente por lo común en las obras de poesía. Este estilo y este contenido es una presencia constante en su obra; y esa persistencia es, precisamente, la que da un relieve personal a su lírica. Tiene una paleta descriptiva e impresionista, como en este poema titulado “El Palmar” de El país de los arroyos:

Otoñanse los eucaliptus  
los gajos del suelo  
semejan  
un bronceado viento  
bajo.  
Este cielo  
no cesará de ser azul  
ni dejará que los pájaros  
no se entreguen a la luna.

~~Las palmas~~  
frente al soplo del Este  
parecen bailar  
se parecen, sí, a  
verdes figuras de Degas.

#### EL AIRE

La sombra es siempre  
algo que alza el vuelo.  
Era la siesta del verano

cuando me detuve  
en este pueblo.  
Pasó entonces  
la muchacha

CCXI

de pollera celeste.  
No, no era necesario  
que la viera  
bella  
alta hija del aire.  
Basta con que existas.

(El país de los arroyos)——

NACIDA en Gualeguay, se la considera victoriense por haber vivido en la ciudad de Victoria desde su infancia. Maestra normal nacional y profesora especial y superior de castellano y literatura, ejerció su magisterio en Santa Fe, Posadas y Concordia. En la actualidad reside en esta ciudad, en una finca llamada La Chachuera. En Concordia dirigió la página literaria del diario “El Sol”, por espacio de tres años.

En 1964 obtuvo por concurso la beca del Fondo Nacional de las Artes para escritores del interior, y efectuó un curso de perfeccionamiento de literatura argentina en la

Facultad de Filosofía y Letras, en la Capital Federal. Hasta este momento sólo ha publicado una obra de poesía. El Cielo sobre la fuente (Cardinal, Buenos Aires, 1960), pero mantiene inédito otro libro, Tapial con luna. Más o tanto como su labor poética ha trascendido su

CCXII

ensayística, difundida sólo por medio de conferencias y publicaciones periódicas. Entre sus temas, debemos citar: Góngora- García Lorca, un linaje de la poesía; Poesía actual; Mester de Tanguería; La poesía de Alfonso Sola González (tesis final de su curso de perfeccionamiento ya citado bajo la dirección de Guillermo Ara); La poesía de Guillermo Harispe (ensayo y antología) y otros trabajos<sup>116</sup>.

\*\*\*

Marta Zamarripa es una de nuestras mayores contemporáneas, y es lamentable que su labor no haya tenido una difusión mayor y más continuada. Transita por la poesía y el ensayo con la cristalina desenvoltura de quien ha tenido una larga frecuentación del menester crítico y analítico, poniendo asimismo en la valoración de los temas y hombres elegidos para su labor, una energía humana y una concepción social que apartan felizmente sus ensayos de la rigidez, de la frialdad académica o de la tenacidad lingüística. En su poesía se muestra coloquial, conversacional.

53

MIGUEL ÁNGEL FEDERIK

CON su obra inicial. Constituida por sus densos libros poéticos, Miguel Ángel Federik aparece restaurando o proponiendo otro lenguaje lírico de nuevo trasvasamiento, una expresión intemporal, esto es, no señalada con las improntas notorias de la contemporaneidad, estilísticamente hablando. Federik evidencia una percepción dramática de las cosas y los hechos, como toda buena poesía, y elige asimismo una realidad arduamente transferible en palabras, poco comunicable. La estatura de la sed (1971) y Los sepulcros vacíos (1973) presentan a Federik en la segunda posesión de un idioma rico en matices, colmado de revelaciones y de una manera enteramente personal, felizmente personal. Lejos de las aventuras estructurales, de las innecesarias rupturas prosódicas, de

<sup>116</sup> Marta Zamarripa fundó y dirigió la Revista "Juglaría" en Posadas (Misiones). Ha recibido premios como el primero de la revista "Cardinal" (1960); segundo en los Juegos Florales del Círculo de la Prensa (Buenos

Aires, 1962); mención especial y diploma de los Juegos Florales Interamericanos de poesía de Mar del Plata (1962); primer premio del salón del poema ilustrado de Concordia (1965); y primero en el X Certamen de poesía "Francisco Isernia" del Ateneo Popular de la Boca (1968). Un poemario suyo, Es simple lo que digo, fue seleccionado para el premio de poesía español Adonais (Madrid 1971). Ejerció la Vicepresidencia de la Asociación de Escritores Entrerrianos.

CCXIII

las modas o amaneramientos corrientes de los poetas jóvenes de la actualidad, que por ignorancia o falta de información han creído descubrir lo que ya estaba hecho hace más de setenta años (ausencia de puntuación, uso y abuso de las minúsculas o ausencia de mayúsculas, dicotomía del verso (uno a la izquierda y otro un poco más abajo a la derecha), o versos con "colita" sin aparentes razones de ningún tipo, etcétera) Federik es una de las promisiones de mayor contenido en los últimos años.

Nació el 17 de noviembre de 1951 en Villaguay, donde efectuó sus primeros estudios. Cursó y terminó la carrera de derecho en la Universidad Nacional del Litoral y ejerce su profesión en su ciudad natal. Muy joven se inició en las actividades literarias y culturales. En 1970 recibió un segundo premio y mención especial en el Primer Concurso Provincial de Poesía. En 1971 obtuvo el tercer premio en el Segundo Concurso Provincial, y en el tercer certamen, el primer premio (1972). Asimismo obtuvo el premio mayor en el certamen Cuarto Centenario de la ciudad de Santa Fe (1973). Ese mismo año dictó varias conferencias auspiciadas por la Federación de Asociaciones Culturales de Entre Ríos (FACER) sobre Ana teresa Fabani, y en 1974 la misma entidad cultural le organizó una gira de diez conferencias en ciudades entrerrianas sobre la poesía joven de la provincia.

En el poema "Desde los vencidos panteones", de su segunda obra, se pueden valorar todas las características que enumeramos un poco antes, y que evidencian una madurez in común.

Desde los vencidos panteones  
brotó el viento de la eternidad prometida;  
pero yo amo las tumbas lejanas, ansiosas de oriente,  
que acechan bajo las espesas danzas de la luna,  
los replegados cuerpos amarillos.  
Tumbas que son terreno de mis pasos circulares,  
circulares y leves, en la vergüenza viva y posible  
de confundir o alterar el polvo y las melancolías  
de tantos nombres, sí de tantos nombres que yacen,  
no porque la muerte trastorne los cabellos desleídos,  
sino porque al morir apretaron un círculo de hielo.  
¡Oh los sepulcros vacías como la noche de los muertos  
o como los ocultos campanarios que anuncian

o como los cuantos campanarios que anhelan  
un estrépito de rígidos ademanes, donde la madera  
intima con las diez mil bocas desgajadas y entreabiertas:

CCXIV

sepulcros donde el ave profundiza su canto  
y las raíces aprisionan los escombros últimos  
con sus dedos delgados y propicios.

NACIDO en Nogoyá en 1955 se ha radicado en la capital entrerriana. Pese a su juventud ha cumplido una importante tarea literaria. En libro, ha publicado hasta ahora solamente Cauce (ediciones “Comarca”, Paraná, 1979) y La luz vivida (1982). Es autor de guión y poemas de las “obras integrales” de La pajarita de papel y otras desdichas (1976-1977) y Así en la tierra como en hombre (1978). En 1974 se lo elige para integrar el tomo de Muestra Literaria Departamental de Entre Ríos 1973/1974 de la Dirección de Cultura. En 1974

Arte de Villaguay. En 1976 se le concede el primer premio en los Juegos Florales del grupo “Poesía Joven de Entre Ríos”; y en el mismo año el premio mayor del concurso nacional Ediciones Tupambaó (Santa Fe). En el II concurso literario nacional “Desde San Rafael al país” (de Mendoza) recibe una mención de honor. Y, finalmente, le es otorgado el primer premio en el “Salón Anual del Poema Ilustrado” de Entre Ríos (1978)

\*\*\*

Con Juan Manuel Alfaro adviene en Entre ríos un verdadero nuevo modo verbal de expresar el flotante y secreto contenido del mundo y del ser. La primera sensación que se experimenta con los poemas de Cauce, es la de frescura. Otra, la conciencia o el presentimiento de la inseparabilidad del alma y el paisaje, en una real y visible consustanciación. En este sentido, Alfaro se inscribe en esa especie de creadores que parecen poseer vasos comunicantes con el anima mundi. Otras características continuas de sus poemas consisten en una ternura a veces triste ---tal vez la pérdida de la infancia y la adolescencia---; y un regreso al hogar y a la ciudad perdida, a los padres lejanos.

La poesía de este joven creador será siempre distinguible por su personalidad metaforizante incomún. No sólo la metáfora en sí: “tajamar de rosas”, “espina de aire de las polvaredas”, sino la metáfora ultraísta: “las calles callaban las distancias”, o bien creacionista: “y el cielo era azul a manos sueltas”, “yo me volvía silbando jazmínes”, etcétera.

Aparte de las meras imágenes que crean una realidad o una irrealidad, existe un modo dulce de nombrar las cosas queridas, de amar las nostalgias; a la madre le cuenta:

No creas que me fui de tus manteles,  
yo sólo fui a traer la leña para mayo  
... ..  
No pienses que olvidé tu voz en las cortinas,  
ni tus ojos saliendo a andar en cada pájaro.  
Yo sólo fui a la lluvia con los zapatos viejos  
para ver si algo mío necesitaba al barro

Hay otras metáforas e imágenes singulares que recuerdan ---sin que haya parentesco--- a las del primer libro de Emma de Cartosio. En el poema “Con las Calle”

CCXVI

escribe Alfaro: “Yo he alado aquí”, en una volátil metamorfosis. Suele dar valor de adjetivo al sustantivo, lo que indudablemente seduce al espíritu gongorino de todo poeta;

Muerdo el cielo contorno de frutas

Bien se sabe que toda exégesis poética puede conllevar amplias disidencias con el propio autor. Ni los colores, ni las formas, ni los sonidos que uno ve y oye deben por fuerza ser idénticos a los que ve y oye el poeta. Los fenómenos de la percepción rara vez tienen convergencias exactas. Pero, en este caso de Alfaro, habrá una convergencia y una coincidencia: ha tenido una venturosa iniciación poética.

Carlos María Onetti

FUE otro intelectual afincado en Entre Ríos. Había nacido en Melo (República del Uruguay) en 1895, y murió en Paraná el 25 de julio de 1940. Cursó el bachillerato y la Escuela normal (Liceo) en su patria, y las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras en Buenos Aires. Durante varios años desempeñó la cátedra de Literatura Argentina y

se distinguió por su versación sino por su facultad orientadora de vocaciones y por su labor poética personal. Quienes lo recuerdan no cesan de celebrar su vivo magisterio y su amistosa condición. Dictó numerosas conferencias y tradujo el imprescindible ensayo de

---

Jean Epstein La poesía de hoy. Un nuevo estado de inteligencia (Editorial Samat, Buenos Aires, 1929). Su paso por la poesía está constituido por los libros El desfile amoroso; El barco de vela y Provincianita con estrellas federales. En prosa dejó una obra magistral, Cuatro clases sobre Sarmiento escritor, que editara la Universidad de Tucumán.

En ocasión de su muerte, dijo la revista “Nosotros” en su número de julio-agosto de 1940: “Gozaba de un bien ganado ascendiente en todos los círculos educacionales y literarios por su talento, su seguro juicio crítico y su rica y selecta cultura. El propio retraimiento a que lo obligaba su débil salud y un lamentable impedimento físico hicieron de él un investigador y un estudioso consagrado nada más que a las expresiones más nobles del espíritu, principalmente en el campo de las letras y el folklore americanos. La influencia que ejerció en Paraná desde la cátedra, en la cual juntaba a la ciencia la elegancia y vivacidad de una palabra cálida y persuasiva, y por su actividad en las asociaciones de cultura locales, no habría sido estéril”.

Su poemática presenta perfiles modernistas y posmodernistas, y una atmósfera a lo Juan Ramón Jiménez envuelve su creación lírica, como en este “Romance de primavera”:

Lluvia lenta en primavera  
para matar la esperanza...  
Recuerdos de aquella tarde:  
todo ardía, flor de llamas,  
en un sueño y otro sueño,  
corazón y lontananza.  
Malvones rojos dormían  
sobre lechos de esmeraldas;  
el cielo azul se escondía  
jugando a las nubes blancas  
y un fino cuarto creciente  
la luna nos entregaba.

¿Cómo fue? ¿Qué pasó?

¿Por qué se hizo flor el alma?  
Quizás pájaros en vuelo  
la llevaron en sus alas,

CCXVIII

viajera, descubridora,  
absorta y ensimismada.  
Ebriedad de luz y viento,  
canción de estrella cercana  
al borde del horizonte,  
pronto a salir, se ocultaba.  
Y el alma sintió gozosa  
moverse las viejas ansias  
y reventar como yemas  
acordes y disonancias.  
Voces secretas decían:  
Ya brotaban. ¡Ya brotaban!  
Todo en el alma y el alma  
difusa en el panorama.  
Muerte fría, traicionera,  
metió su filo de espada.  
Se achicó el cielo con grises  
empapados de nostalgia  
Lluvia lenta en primavera  
que mató las esperanzas.

Juan Pablo Manfredi

Nacido en Paraná el 28 de marzo de 1904, estudió Derecho, al mismo tiempo que participaba en las contingencias literarias de la “nueva sensibilidad” (Ultraísmo) y más tarde en la corriente de la Novísima Poesía Argentina que lideraba Cambours Ocampo hacia 1946, movimientos sobre los cuales Manfredi pronunció varias conferencias aclaratorias. Al mismo tiempo, contribuía con su propia obra al conocimiento del nuevo estilo, con Arimaspo y los motivos del prisma (1929) y Elegía de primavera (1933). En sus últimos tiempos, retornó a un apagado postmodernismo.

María del Carmen Muratura de Badaracco

Nació en Victoria el 18 de setiembre de 1918. Estudió en la Escuela Normal “Osvaldo Magnasco” de su ciudad natal y asistió a cursos superiores de lengua francesa en

el Instituto de Idiomas de la Universidad de Córdoba. Ha dictado conferencias en distintos centros de cultura de la provincia, de la Capital Federal y de Rosario. Fue fundadora y

CCXIX

primera presidente de la Agrupación Cultural Victoria; es miembro de número de la Junta de Estudios Históricos de Entre Ríos; integra la Comisión de Lugares y Movimientos Históricos de Victoria y el departamento cultural de la Sociedad Italiana de la misma ciudad,

Poeta e historiadora, ambas disciplinas la muestran preparada para ejercerlas con altura y conocimiento. No ha escrito mucho, pero lo hecho compromete a una valoración destacada de su labor. En poesía publicó Alta es la noche (Crisol Literario, Victoria, 1963); Horas. Poema en soledad (1965); El río memorioso (1971) y Los cantos del amor (1979).

En el Capítulo Suplementario sobre Historia de Entre Ríos le dedicamos el espacio correspondiente.

Delfina López Etchevehere

Nació y vivió en la capital de la provincia, donde integró informalmente, como los demás poetas, lo que hemos denominado “Generación de Paraná”. Como ocurrió con tantos autores nuestros, no publicó libro alguno en vida, y en ese estado de ineditez continúa en estos momentos, pese a la belleza indudable de su breve pero densa obra poética. Colmada de imágenes, su poesía se inscribe en un delicado postultraísmo. Su “Techo de dos aguas# es suficiente modelo para revelar su sabiduría lírica:

Los techos de los pobres levantan su oración  
de carígen bañada de sol.  
Con sus alas clavadas al viento  
bebiendo están la carne azul de Dios.  
Voces de tierra germinan en sus flancos desnudos,  
zumos de otoño guarda su alero dormido,  
cantos de alondra bullen de su andar inseguro.  
Corre la luz como las olas sobre los dóciles juncos  
  
pero el resplandor no sube  
reguero de sombras cubre la otra mitad del día.

De la mencionada “Generación de Paraná” se desprenden varios autores que no integraron físicamente el grupo que mencionamos en la introducción a esta parte de nuestra Historia. Entre ellos figura Vicente Julio Federik, nacido en la capital provinciana el 19 de junio de 1912. Luego de estudiar en la Escuela Normal de Gualeguay y cursar el bachillerato en el Colegio Nacional de Paraná, ingresó en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad del Litoral, doctorándose en Ciencias Sociales. Ejerció el periodismo en “El Tiempo”, “El Diario”, “La Voz de Entre Ríos” y “La Mañana” de Paraná, ciudad en la que integró la Comisión Municipal de Cultura y dirigió el “Boletín Oficial” e imprenta de la provincia.

Además de una comedia, Arco Iris, y de varios inéditos, publicó Mensaje sonoro, El libro que soñé para tu angustia, Mananquerí y el número 9 de los “Pliegos de Poesía” editados por el Club de Letras de Entre Ríos (1970).

Emma Barrandeguy

Nació en Gualeguay el 8 de marzo de 1914. Es maestra normal y profesora de francés, inglés e italiano. Ha ejercido el periodismo en la Capital Federal ---donde reside--- y se desempeñó como jefe de correspondencia del diario “Crítica”. Escribió asimismo en “Vea y Lea”, “Damas y Damitas” y “Hoy en la Cultura”. Obtuvo un premio por su libro Ensayo sobre Herminia Brumana. El resto de su obra consta de El andamio (relato); Las puertas (poemas), y Amor saca amor (teatro, premio “Fray Mocho”, de la Dirección de Cultura de Entre Ríos, 1970, editado en 1972).

Antonio R. Gamboa Igarzábal

Nació en Puerto Ruíz (Gualeguay) hacia la primera década del siglo. Ejerció el periodismo y actúa como corresponsal viajero de “El Territorio” de Posadas. Cursó estudios secundarios en Paraná, donde egresó como maestro normal en 1950 y como

profesor de literatura y castellano en 1963. Ejerció la docencia en la capital entrerriana y en Misiones. Fue miembro de la Comisión Municipal de Cultura de Paraná e intervino en la

CCXXI

fundación del Instituto de Estudios Remirianos. Dictó varias conferencias sobre el caudillo entrerriano, a quien le dedicó un folleto, Homenaje a Francisco Ramírez (1974). Este mismo año el Club de Letras de Entre Ríos le dedicó el número 22 de sus 2Pliegos de

Poesía”. Ha publicado: Coplas (1948, premio de letras “Urquiza”); Dimensión de eternidad; Palabras a Chiquilina; La lámpara de mi padre; Raíz y fruto en el tiempo; Viva Entre Ríos (1952); Poemas en el tiempo y la espera; Una voz para Misiones; El blanquito (palabras para un rancho). Prepara La mujer vertical y Andando con el “Martín Fierro”.

Su poesía es encilla, con un permanente aire de coplería pero con un levantado aire amoroso. Gusta también de incursionar en verso por la temática histórica provincial, a la que ha consagrado asimismo páginas en prosa. De su poesía, citamos este Poema 2:

En este cielo alto que mi amor te destina,  
eres una explosión de luz que me limpia los ojos  
de esta sucia tristeza de estar solo  
en esta soledad donde el silencio  
pesa como el polvo y la sombra;  
en este tiempo nuevo para iniciar la andanza  
que mi amor te ha traído,  
eres como la rama anunciando a setiembre,  
como el canto primero que despunta en el alba,  
como verde gramilla rezumando frescura,  
como todo el paisaje que nos deja en la boca  
el sabor detenido en el viento y la tierra,  
en este verso simple donde mi amor te grita  
su ansiedad de ganarte,  
eres como la suma de las buenas palabras  
que conjugan la fábula de la rosa y el grillo,  
del ángel de la lluvia que anda con los niños  
en un barquito de papel y escribe  
una canción pluvial en las acequias.  
Pero yo diré que eres más;  
que eres el rezo con que cada noche  
le doy gracias a Dios por el milagro  
de haber andado con un sueño nuevo,  
y ese buen día que les digo a todos  
cada mañana con la mano en alto.  
Y un júbilo de colegial enamorado;

Y es que conmigo llevo  
Tu cielo, tu tiempo y este verso  
Que es tuyo solamente.

CCXXII

Susy Quinteros

Nació en Concepción del Uruguay, en cuya Escuela Normal obtuvo el título de Profesora. Fue secretaria de la revista literaria “Litoral” que dirigiera en su único número Susana Giqueaux. Le fue adjudicado uno de los primeros premios de poesía de los Juegos Florales organizados por el Círculo Literario de su ciudad natal. En 1972 apareció su libro de poemas Tu lugar y mi tiempo. Reside en Buenos Aires. Su poética es cristalina y recoge mucho de la atmósfera límpida de la provincia litoral, como en estos fragmentos de su “Canto de mi nostalgia”:

A veces, mi nostalgia encuentra en una calle,  
un trozo de mis campos de mis verdes lejanos,  
un amarillo apenas del aroma en setiembre.  
Y siento que mi sangre, mi verso campesino,  
se ovilla entre mis dedos, se lanza cielo arriba.  
Entonces la memoria desmenuza ese tiempo  
pasado del olvido y acorralla en la mano  
ecos, ramas, sauzales, solitarios arroyos,  
y regresa este apuro de semáforo y ruido  
a la lenta costumbre de dorar los trigales.

Regina Suárez de Vanzini

Aunque nacida en Fray Bentos (República del Uruguay) vivió desde su niñez en Concepción del Uruguay, donde efectuó sus estudios (Escuela Profesional de Mujeres). Dedicó un vasto estudio histórico a los cien años de la Biblioteca “El Porvenir” de esta ciudad, en colaboración con Celia Terenzio de Taddei. Obtuvo el tercer premio de un certamen organizado por el diario local de “La Calle”, en 1963; el premio “Doctor Benito Cook” del círculo de Literatura de la Escuela Normal (1967); y otra tercera mención en el Círculo mencionado, en 1969. Fue seleccionada para integrar la antología Seis Autores de Concepción del Uruguay, editada por el Centro Editor de C. del Uruguay (1971) y figura en la muestra poética de aquella ciudad titulada Travesía (1969). Como poeta, prefiere las

clásicas formas del soneto, en las que vierte una tristeza cenicienta pero apacible:

Este mi corazón, delgada llama

CCXXIII

cautiva en el azul del pensamiento,  
arderá sin la luz, la luz que clama  
por levantarse en el rumor del viento.

¿Por qué me llega el canto si en la rama  
no está la flor ni el ave? Sólo siento  
todo el calor del sol que se derrama  
en mi camino opaco y ceniciento.

Sólo puedo soñar la verde fronda,  
detenida en cristal desvanecido,  
e inútilmente mi ansiedad se ahonda.

-  
Por eso voy con paso distraído  
sin mirar, como una rama sumergida,  
navegando de espaldas a la vida.

Rosa Isabel Lucero

Nació en Paraná, donde cursó el ciclo primario y secundario. Es profesora de Pedagogía y Filosofía en el Instituto Nacional del Profesorado de la capital entrerriana. Con su poema “El amigo poeta”, fue laureada en los Juegos Florales de Paraná en 1949.

Ángel Vicente Aráoz

Nació en Rosario de Santa Fe el 5 de abril de 1925, y desde 1949 reside en Gualeguaychú. Su adhesión a la provincia adoptada fue justamente suficiente para que se lo eligiera para la presidencia de la Asociación de Escritores Entrerrianos (entidad de la que fue socio fundador), cargo que ejerció hasta 1974, en que fue sucedido por Adolfo Argentino Golz.

Ha publicado Pasión del Canto (Ediciones del Amanecer, Gualeguaychú, 1972), con prólogo de Roberto Ángel Parodi, y ha escrito varias canciones que han sido musicalizadas, como la tan difundida “Juan”. En su introducción escribe Parodi: “En sus versos sólo se escucha la voz del amante creciendo en el recuerdo y el silencio. Un decir intimista, con el

lenguaje de la confidencia y el susurro, es el que se eleva de estrega primera, pero meditada. Hermosas frase de amor la recorren para teñirla de un apacible sentimiento, de

CCXXIV

una reflexiva certeza acerca del amor y sus quimeras. Poeta sin obligaciones ni ataduras a determinadas corrientes, deja deslizar su pensamiento sosegado, hondamente cavilado y su tono se exalta en la contemplación enamorada”.

Araoz ha viajado por Brasil, Paraguay, Uruguay, Chile y Perú.

Arnoldo Liberman

Nacido en Concepción del Uruguay, en 1934, este médico residente en Buenos Aires fue director de las revistas “El Grillo de Papel” y “Tiempos Modernos”. Mantuvo asimismo una audición en Radio Municipal. Su poesía participa mucho del encanto juglaresco, aunque sabe ahondarse en sustantivados lirismos. Su obra poética consta de Poemas con bastón (a Chaplin); Sonetos con caracol; El motín de la luz; Poemas con los míos y No es cierto que Beethoven no está aquí (carpeta, 1971).

Guillermo B. Barispe

Nacido en Rosario del Tala, reside en Buenos Aires, donde ha publicado Trinchera del asombro (1961), El pan duro (antología, 1963) y Rendición de deudas (1970). Ha obtenido varios premios por su obra, entre ellos, el del IV certamen anual de poesía “René Bastianini”; del certamen de poesía “Horacio de la Cámara”, del Consejo del Escritor (1962). Marta Zamarripa le ha dedicado un admirativo estudio que se mantiene inédito.

Aparte de una poesía que indaga en la problemática de la individualidad, Barispe hace una poesía de combate o de protesta, es decir, de contenido fuertemente social, a favor del cambio de muchas estructuras de nuestra época.

Luís Gonzaga Cerrudo

Este pintor, poeta y cuentista nació en Urdinarrain en 1916, y está radicado en

Concepción del Uruguay. Obtuvo el tercer lugar entre los finalistas del premio de poesía del diario “La Nación” de Buenos Aires (1963). Se le otorgó diploma de honor y mención

CCXXV

especial en los IV Juegos Florales Intercontinentales del año 1964 para poetas americanos. Escribe en “La Nación” y en revistas y diarios de su provincia. Tiene un único libro de poemas editado, Edad sin tiempo (1957), Donde se advierte su madurez lírica con respecto a su poesía anterior, influida e inspirada por la naturaleza y el hombre campesino de Entre Ríos, temas que le eran familiares por cuanto Cerrudo ha residido muchos años en el campo. Figura en la obra Evolución del soneto en la Argentina, de Roberto Ledesma (ECA). Además de su labor literaria, Cerrudo frecuenta las artes plásticas, y fue distinguido por sus ilustraciones al libro Montáraz, de Leguizamón.

Poldy de Bird

Cronológicamente, pertenece a la “Generación de Paraná”, aunque publicó sus modestos poemas muchos años después de haberse disuelto aquel grupo. Su vida fue bastante breve: nació en Rufino (Santa Fe), se radicó en Paraná donde obtuvo un título docente y residió en Concepción del Uruguay y Buenos Aires, donde falleció en un accidente en el año 1946. Publicó numerosos cuentos de carácter sentimental en revistas de Buenos Aires, y dejó tres libros de poemas y una novela, además de un inhallable cuadernillo titulado Mi encuentro con la poesía, editado probablemente en la capital entrerriana antes de 1940. Sus libros de poesía son: El séptimo velo; Corazón al mar y Ramo de coplas, siendo este último el de más feliz expresión. El grito en las venas (Claridad, 1954, con una introducción de Luís Alberto Ruíz) es una perspectiva ampliada de los cuentos sentimentales que escribió en sus comienzos.

Gloria Montoya de Paneri

Nació en Paraná, donde reside. Su poesía puede definirse como la recordación de los más hermosos momentos vividos, transcritos por una feliz expresión lírica. Ha publicado Tierra América (Colmegna, 1976) y Adiós a las ciudades y otros poemas (ídem,

Carlos Alberto Colotta

Nació en Paraná, ciudad que dejó desde muy niño, y reside en Buenos Aires, donde ejerce la profesión de médico. “La poesía de Colotta ---escribió Lisandro Cayoso--- no ostenta un ropaje alambicado ni aspira a ser una expresión vanidosa del hombre-poeta; muy por el contrario, es la sencillez de los auténtico que brilla con la claridad de las mañanas otoñales a las cuales se evoca”.

La obra de este autor está constituida por A Paraná dormida junto al río (Francisco A. Colombo, 1970, Ilustraciones de R. Gianetti), y Los exilios (1981).

Carlos Suárez

Nació en Paraná el 12 de abril de 1940. Integró varios grupos literarios, como “Poesía Buenos Aires” (desde 1958), “Aries” de La Plata (1961), y a partir de 1963 perteneció a “Poesía de La Plata”. Según Luís Sadí Grosso, que le ha dedicado un par de artículos en “LAR” (Crespo), sus preferencias se inclinan por el jazz, el realismo fantástico, el cine, la narrativa y la poesía. “Como en otros jóvenes ---escribe Grosso en una nota<sup>117</sup>--- de su generación, en “Paty” Suárez se comprueban nuevos modos de transferir el erotismo, el paisaje y las visiones críticas a nuestro proceso histórico, a través de un hermetismo que impide el manoseo de los temas al paso y al mostrador, y que deja más posibilidades a la imaginería (sic) y la experiencia del lector, son proponer de entrada límites primarios a sus dimensiones de cultura”.

Suárez está plenamente integrado en la modalidad de la poesía “ciudadana”, o del entorno cotidiano del poeta, como es visible en este poema:

Mirada de las calles.  
Pálpito de árboles  
¿Dónde hallar hoy la certeza de los hombres?

Las plazas abren sus recintos de silencio.

Los hombres eran iguales a las penas.

---

<sup>117</sup> "LAR", cresco, 10 de marzo de 1971.

CCXXVII

Y así los árboles.  
Y así la lentitud de los brazos del hambre en ese frío de cuchillos.  
No obstante quedará algo de la intimidad de ciertas arboledas  
en las últimas luces de la tarde,  
algo de lentitud,  
algo de amor en las calles del invierno  
para el más amplio latido de mañana.

Clara Luz Zaragoza

Nació en Crespo, en 1931, y reside actualmente en Paraná, luego de unos cuantos años transcurridos en Buenos Aires. Es hija del poeta P. Jacinto Zaragoza, y de Clara Jaubert, pintora y poeta ésta que tuvo notoria actuación en las actividades culturales de la capital entrerriana<sup>118</sup>. Clara Luz (Carmen) Zaragoza empezó desde niña su labor poética, dedicándose a la elaboración de finos sonetos amorosos, en los que alcanzó dimensiones líricas incommunes. Al mismo tiempo se volcaba al estudio, primero, y a la ejecución pública, luego, de la guitarra, ofreciendo conciertos de música clásica y folklórica. Más tarde trabajó con Luís Alberto Ruíz en la redacción y organización de varios diccionarios y en la compilación de una antología hispanoamericana de romances antiguos y modernos. Fue colaboradora de "Clarín" de Buenos Aires y publicó una Historia y Mitología del Vino (Mundi, Bs. Aires, 1964). En los últimos años abandonó por entero toda labor creativa (destruyó los originales de una novela), pero de su obra conocida han de perdurar sus sonetos, uno de los cuales es esta "Ausencia":

¿Dónde estaré cuando a tu frágil cielo  
llegue un temblor fugaz de golondrinas,  
y sean más que nunca cristalinas  
las aguas que acarician tu desvelo?

Cielo florido y más florido suelo,  
un murmurar de gráciles colinas,  
y las de oro campanas vespertinas,  
dulzura de la tarde y de mi duelo.

---

<sup>118</sup> Ver Capítulo Suplementario sobre Vida Literaria en la provincia.

y el tan largo dolor e inútil ansia!

Nada más acaricia el sueño mío:  
Un amor, un dolor, y a la distancia  
Una ciudad temblando sobre un río.

Walter Beinza

Nació en Paraná, donde ejerce la enseñanza de guitarra. Es igualmente un digno compositor, y debemos mencionar en esa especialidad la musicalización que efectuó de “La videlita de la vuelta”, de Juan L. Ortiz. No ha publicado aún libro de poemas. Su estilo se configura en líneas cortas, libres y no rimadas, que conducen a un etéreo esquematismo que logra, no obstante esa economía semántica y métrica, expresar con limpidez y hondura imágenes de la ciudad y destellos de momentáneos o permanentes estados amorosos, como en este poema:

Llegas  
y yo sé que contigo  
es posible  
arder  
la noche

traes en tus manos  
en tu rostro  
un fuego tembloroso  
que se busca  
conmigo

traes la arena  
y el agua  
los modos elementales del verano

vivo en el agua  
y la arena  
de tu vida.

Ha demostrado una singular maestría en el uso del soneto, casi la única forma poética en la que ha vertido su experiencia interior y su tendencia contemplativa. Nacida en

CCXXIX

Gualeguaychú, reside hace muchos años en Concepción del Uruguay, donde ejerce la docencia, como maestra normal y profesora en Ciencias de la Educación. Ha dictado varias conferencias sobre poesía y temas de su profesión. En forma reiterada publica poemas en

distintos órganos de prensa, como “La Nación”, “La Capital” de Rosario y en Entre Ríos. Figura en varias antologías locales, como “Travesía. 15 poetas de C. del U.” (1969), Poetas de Entre Ríos (ediciones “Ser”, 1968 y 1971), y en la Muestra Literaria Departamental de Entre Ríos (Dirección de Cultura, 1972). No tiene aún libro propio, a excepción de “Plagio de Poesía” del Club de Letras entrerriano. Ha recibido numerosas distinciones y premios<sup>119</sup>.

Aunque ejerce casi exclusivamente el rigor formal del soneto, ha sabido estructurarlo con un lenguaje nuevo, justificando la vigencia y perenne frescura de esa forma expresiva, de la cual transcribimos una muestra:

Sostendrán los inviernos su nevasca  
cuando tú, en el espacio fenecido  
te amedrentes de sombra, en el rendido  
territorio total de la borrasca.

Y te veas cercado de hojarasca  
sin la voz que tu templo ha conocido,  
dominado a tu llanto de vencido  
la dorsal estocada que te nazca.

Y apagado de sol, puerto de frío,  
errabundo poeta desangrado:

---corazón de corimbos de rocío---  
una tarde de adiós que no despierta,  
todavía en mi pecho enamorado  
latirás desde el vano de otra puerta.



NACIÓ en Paraná el 18 de julio de 1882, pero no podemos reclamarlo como nuestro. Es el mismo caso de Carriego el Joven. Dos desprovincianizados absolutos. Solamente para poder decir “es entrerriano”, incluimos aquí a Gálvez, que en su tiempo fue el primero de sus novelistas y se mantiene como uno de los mejores de América dentro de la propuesta realista y costumbrista. La publicación de La maestra normal originó una defensa del normalismo por Leopoldo Lugones, y de rebote, llegó a convulsionar a la pacífica Paraná en una no muy recordada polémica entre el obispo y en señor Maximio S. Victoria<sup>120</sup>, director de la Escuela Normal de esa ciudad, en el año 1915. Los textos de la agudísima polémica educacional-dogmática fueron editados en folleto por “El Diario”, el mismo año.

Gálvez se radicó en Buenos Aires, donde concurrió a la Facultad de Derecho, doctorándose en jurisprudencia. Fue inspector de enseñanza secundaria, participó en la redacción de la ley de derecho de autor, propiciada, entre otros, por el doctor Roberto J. Noble; intervino en la fundación de la Sociedad Argentina de Escritores y posteriormente en ADEA, colaboró en la redacción del Estatuto de los Trabajadores Intelectuales y se lo designó delegado al PEN Club durante el congreso realizado por esta entidad mundial en Buenos Aires. En 1963 fundó la revista “Ideas”, y en 1917 organizó la Cooperativa Editorial de la Capital Federal. Obtuvo el premio municipal por su novela Nacha Regules y el primer premio nacional de literatura por la novela El General Quiroga. Fue profusamente traducido (a catorce idiomas) y aparte de su labor estrictamente de imaginación (novela y teatro) escribió poemas, biografías y memorias. Murió en Buenos Aires el 14 de noviembre de 1962,

Su producción registra los siguientes títulos: Nacha Regules; La Pampa y su pasión; El general Quiroga; El solar de la raza; El diario de Gabriel Quiroga; La maestra normal; El mal metafísico; La sombra del convento; Historia de arrabal; La tragedia de un hombre fuerte; Hombres en soledad; Calibán (teatro); El hombre de los ojos azules (teatro); El gaucho de “Los Cerrillos”; El enigma interior (poemas, 1907); Sendero de humildad

(poemas, 1909); Los mejores cuentos; El espíritu de la aristocracia (ensayos); La Argentina en nuestros libros; Amigos y maestros de mi juventud (memorias); El novelista y las novelas (1959); La inseguridad en la vida obrera; Este pueblo necesita...; España y algunos

---

españoles. Escribió también una serie novelada sobre la guerra con el Paraguay, y las biografías de José Hernández, Fray Mamerto Esquiú, Hipólito Yrigoyen, Juan Manuel de Rosas, Gabriel García Moreno, Aparicio Saravia, Francisco de Miranda, Sarimiento, Ceferino Namuncurá. Estas biografías fueron editadas íntegramente por Emecé, con una introducción de Carmelo Bonet (1962).

AUNQUE, como escribió Manuel Kantor<sup>121</sup> “nada podrá reconstruir esa anécdota constante que fueron sus días”, trataremos de esbozar pálidamente esa existencia que atravesó la literatura argentina y la dejó iluminada con una verdadera constelación de inteligencia y de fecundidad; y sobre todo, de constante adhesión a todas las manifestaciones del espíritu y de la libertad humana. Gerchunoff nació muy lejos de este país, en la aldea de Preskuroff (Rusia) el 13 de enero de 1883, y vivió sus primeros años en Tulchin, donde su padre poseía una casa de posta. Era una familia pudiente. Hacia 1889 fue traído por sus padres a la Argentina, con un contingente de emigrantes judíos. Los Gerchunoff se radicaron en un principio en la colonia santafesina de Moisés-villa, donde el padre fue asesinado por un paisano, circunstancia que relata, transfigurada, en Los ranchos judíos<sup>122</sup>, y que determinó a la madre a trasladarse a Entre Ríos, a la colonia Bajil, cercana a Villaguay. “En aquella naturaleza incomparable ---relataría después---, bajo aquel cielo único, en el vasto sosiego de la campiña surcada de ríos, mi existencia se ungió de fervor que borró mis orígenes y me hizo argentino”<sup>123</sup>. Se hizo criollo de es “raza dura y leal que llenó de leyendas la comarca entrerriana”<sup>124</sup>.

Después de los habituales menesteres de los niños criollos, se fue a Buenos Aires (1895) donde hubo de conocer los desesperanzados trabajos de los obreros de fin de siglo (panadero, mecánico, pulidor de metales, armador de cigarros, hilandero) al tiempo que leía en forma ávida y constante. Fue asimismo buhonero, como lo relata en uno de los tres

---

<sup>121</sup> Yerno y amigo de Gerchunoff, con quien convivió durante veinticuatro años. Ordenó sus papeles póstumos y redactó un largo apéndice a El hombre importante (Hachette, 1960), donde comenta la obra y recuerda pasajes trascendentes de la vida del escritor.

<sup>122</sup> “La muerte del rabí Abraham”.

<sup>123</sup> Autobiografía (1914).

<sup>124</sup> Los gauchos judíos, “El boyero”, edic. Eudeba, 1964, pág. 47.

CCXXXIV

Cuentos de Ayer (“El día de las grandes ganancias”). Es por esta época que escribe sus primeros versos y en que conoce a Francisco Grandmontagne, quien le abriría, generosamente, un camino que ya no abandonaría jamás: el del periodismo.

Grandmontagne le presentó a José S. Álvarez (Fray Mocho) y éste le publicó en “Caras y Caretas” el artículo de estreno del nuevo autor: “Clarín y Mignon”, el 16 de agosto de 1902.

Trataba un tema de divorcio, materia muy controvertida en ese tiempo, y su estilo contenía ya los gérmenes que harían reconocible su prosa: la ironía, la sátira, la gracia y el conocimiento.

En 1903 se lo encuentra como redactor de un diario rosarino, “El Censor”, y de regreso a Buenos Aires al año siguiente ingresa en las esferas literarias al vincularse con el grupo de la revista “Ideas” (1903-1905), constituido por Manuel Gálvez, Ricardo Olivera, Ricardo Rojas, Emilio Becher, Atilio Chiáppori y otros, y en las páginas de “Ideas” publica aceradas críticas literarias. Dotado de un permanente, delicado y original humor, bautizó el bar adonde concurrían con el nombre de “Café de los Inmortales”, de la calle Corrientes, junto al teatro de “El Nacional”, nombre que ha sido consagrado por la posteridad. También dio nombre a la revista “Nosotros” y a “Davar”, de la Sociedad Hebraica Argentina. También Gerchunoff fundó la funambulesca sociedad “El Patito Feo”, y dirigía misivas gastronómicas a aquellos de sus amigos que compartían su gusto por la buena mesa. Gálvez acertó a retratarlo cabalmente, bajo el nombre de Orloff, en la novela El mal metafísico. Darío le otorgó una perdurable amistad, y cuando Gerchunoff estaba en París, Rubén Darío, que residía en Europa, redactó una de sus célebres epístolas en verso:

Ah, quien pudiera ser Rosthchild, o Romanoff,  
para volar a verte a París, Gerchunoff

Hemos citado estas líneas sólo para compendiar la indudable atracción personal de nuestro escritor y la adhesión de sus mejores contemporáneos. El propio Almafuerte le dedicó en 1903 el soneto “Llagas proféticas”.

En 1908, Roberto Payró lo presenta en “La Nación”, a la que pertenecerá por

espacio de cuarenta años (hasta 1948) y en el que aparecen sus famosas Necrológicas. Ya entonces conocía a Darío (desde 1906), a quien dedicaría páginas emocionadas e

CCXXXV

inolvidables<sup>125</sup>. En 1910 vemos a Gerchunoff dirigiendo el diario “El Orden”, de Tucumpan, y desde esa apacible provincia llama a Valle Inclán, que visitaba Buenos Aires, y le organiza una serie de conferencias. Tres años más tarde iba a reencontrarse con este escritor en España, ya que Gerchunoff viaja a Europa con su familia, y durante cinco meses mantiene tertulia con Darío, Payró y Leopoldo Lugones. En 1914 su misión periodística lo lleva a la Exposición Internacional del Libro, en Leipzig; luego pasa a Bélgica y España, y aquí dicta conferencias sobre don Quijote y Darío. En el viaje de regreso lo toma el comienzo de la guerra mundial, y enterado de que Payró había sido hecho prisionero por los alemanes (a causa de sus artículos críticos sobre los métodos de guerra teutónicos) Alberto Gerchunoff inicia una campaña de prensa por su liberación.

La estancia en Europa le permitió vincularse con gentes de letras de primer plano: en París conoció a Proust<sup>126</sup> en el sepelio de Juan Jaurés (a éste lo había conocido en Buenos Aires y lo visitaba en París); frecuentó a Leon Blum, con una carta de presentación de Lax Dickmann; asistió a los cursos de Bergson (Gerchunoff dominaba seis idiomas), y trató con Max Nordau, el gran campeón contra las mentiras convencionales. En Alemania inició amistad con los dramaturgos Arthur Schnitzler y Gerard Hauptmann; en Bruselas, visitó a Verhaeren, y en España fueron sus contertulios Jacinto Benavente, Pérez de Ayala, Unamuno, Azaña, Blasco Ibáñez (a quien también conocía de Buenos Aires).

Hay un rasgo de la vida de Gerchunoff que puede definir una parte de su personalidad: cuando Lisandro de la Torre fue derrotado en las elecciones presidenciales, Gerchunoff le envió una carta de adhesión, y en respuesta el líder de la Democracia

---

<sup>125</sup> Conoció a Rubén Darío en el Gran Hotel de Buenos Aires, y con él selló desde entonces una amistad purísima e imborrable. En diciembre de 1913 Gerchunoff le escribe a Darío, que estaba en Valldemosa, enfermo y pobre: “Nuestros compatriotas creen que su obra de usted es de un valor enorme; pero la circunscriben a España y América. Yo le he dicho a usted en Buenos Aires (¡ciudad bendita y hermosa entre todas!) que Francia no tiene ahora un solo poeta cuya obra fundamental valga la menor cosa de la suya... Banville y Verlaine, a quienes admiro y quiero, son inferiores a usted. Si usted hubiera escrito en lengua francesa, sería hoy el poeta más universal...” Compartimos enteramente la opinión de Gerchunoff, y aun

agregaríamos a otros: Mallarmé, Valéry, Leconte de L'Isle, etcétera. Por otra parte, Gerchunoff le ofreció gestionarle la edición del Canto a la Argentina y conseguirle dinero. Estos y muchos otros rasgos esclarecen mejor dicho definen las excelentes cualidades humanas de Gerchunoff.

<sup>126</sup> Los detalles de ese encuentro pueden leerse en la nota de César Tiempo titulada "Con-y-sin Alberto Gerchunoff en París" ("Clarín", 8 de febrero de 1973). Gerchunoff colaboró en la revista de César Tiempo "Columna" y su libro La jofaina maravillosa fue editada por los hermanos Forter, tíos de César Tiempo.

CCXXXVI

Progresista lo invita a filiarse al partido, a lo que accede Gerchunoff, aportando desde entonces su oratoria tribunicia y su periodismo político.

Fue el primer director del diario "El Mundo" de Buenos Aires (1928), y dos años después rechaza su nombramiento de académico que le ofrece el gobierno de Uriburu y expresa sus ideas sobre las academias en las hermosas, fulgurantes e irónicas páginas prologales de una novela, El hombre importante, que es al mismo tiempo una despiadada caricatura del típico político argentino. Decidido demócrata y antifascista, Gerchunoff toma una justa decisión cuando, desde Italia el filósofo del régimen, Giovanni Gentile, lo invita a pronunciar conferencias en Italia, en 1932:

"No soy fascista ---responde a Gentile--- y me reservo el derecho de opinar libremente a mi regreso a Buenos Aires sobre las ideas, los métodos y los resultados prácticos del fascismo, pues siendo yo escritor y por lo tanto un representante del país es mi deber escribir y por lo tanto mis reflexiones de viajero"<sup>127</sup>

Por supuesto, la invitación no se reiteró. Iguales motivos lo impulsaron a rechazar, diez años después, una invitación del presidente paraguayo, Morínigo. Igualmente apoyó a César Tiempo cuando éste salió al cruce de una campaña antisemita en la Argentina.

De acuerdo a su biógrafo y yerno, Manuel Kantor, Gerchunoff trabajó en quince diarios a partir de 1904, y en verdad la historia del periodismo argentino no puede prescindir de su nombre, que figuró al pie de más de mil ochocientos artículos, sin computar los anónimos y los que quedaron inéditos.

Dos características esenciales distinguen la prosa de este escritor: el lirismo y el ingenio narrativo y evocativo. Él mismo recordaba, ya en su madurez, sus hábitos meditativos y soñadores. Con todo, su prosa radiante, reflexiva, no se deja avasallar por las vaguedades simbólicas ni por la pendiente del realismo epidérmico. Una constante ternura conforma el contorno anímico de sus personajes, y hasta los hombres y mujeres de carne y hueso que retrató a lo largo de los años (más de trescientos personajes reales) están

---

<sup>127</sup> Kantor, apéndice citado, p. 163.

insuflados de ese espiritualismo constante que constituye, podríamos decir, la inalterable sustancia de su prosa. Semita de raza, Gerchunoff ha escrito una de las páginas más bellas y conmovidas que existen sobre el Espíritu Santo, y hasta ha hecho teología de la mejor

calidad, sin dejar al mismo tiempo de hacer poesía <sup>128</sup>. Precisamente su biógrafo Lázaro Liancho lo llamó “poeta de la prosa”<sup>129</sup>.

La obra de Gerchunoff es muy vasta, y todavía permanece inédita buena parte de ella. Manuel Kantor, que ordenó sus papeles, nos proporciona la siguiente bibliografía: Los gauchos judíos (1910, homenaje al centenario de la República, y que está constituido por estampas, crónicas reales y recuerdos de su vida en la colonia Rajil. Reeditado por Eudeba en 1964)<sup>130</sup>; Pequeñas prosas (Breves diálogos y cortas disertaciones); El nuevo régimen (crítica política al gobierno de Yrigoyen, por lo cual es dejado cesante en su cargo de vicerector del colegio Carlos Pellegrini, de Pilar. Fue publicado en 1918); Cuento de ayer (tríptico, 1919); La jofaina maravillosa (temas cervantinos, 1924, libro de texto en varias universidades de América); Historias y proezas de amor (cuentos), La asamblea de la bohardilla (diálogos filosóficos y reportajes imaginarios); El hombre que habló en la Sorbona (16 relatos. Estos tres últimos libros fueron publicados entre 1925 y 1926, y le valieron el tercer premio nacional de literatura, por lo cual fue objeto de un desagravio); El hombre importante (escrito en 1929 y publicado en 1934, editado por la Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense, de César Tiempo, Montevideo-Buenos Aires, 1934); Enrique Heine, el poeta de nuestra intimidad (1927); La tumba de Heine (1941); Los amores de Baraj-Espinosa; La clínica del doctor Mefistófeles (1937); El retorno a don Quijote (1949, Faja de Honor póstuma de la Sociedad Argentina de Escritores); El libro de los cantares (traducción del romancero de Heine); Entre Ríos, mi país (4 ensayos y otros tres trabajos); Argentina, país de advenimiento (libro ordenado póstumamente por Kantor, con diversos ensayos, 1954, Gran Premio de Honor de la Sade); El pino y la palmera (1954,

---

<sup>128</sup> Ver El hombre importante, edic. cit., págs. 18 y 19.

<sup>129</sup> Alberto Gerchunoff, por Lázaro Liancho (Fco Colombo, 1975).

<sup>130</sup> “Los gauchos judíos es la piedra angular de la literatura judeo-argentina y a la obra habrá que referirse siempre que se se trate de señalar la misión del escritor judío en la literatura del país” (L. Liancho, op. cit.).

CCXXXVIII

con trabajos sobre temas judíos, de 1906 a 1950); Autobiografía (escrita en París en 1914 e incluida en Entre Ríos, mi país).

Su compilador póstumo de siete libros inéditos, a saber (algunos sus títulos no son de Gerchunoff); Buenos Aires (100 estampas); La misión del escritor (conferencias de diversas épocas); Literatura. De Darío a las letras de tango (conferencia en la Universidad de Chile, 1938); Páginas escogidas; Figuras de nuestro tiempo (título de A.S. anunciado en la solapa de El hombre importante). Dejó numerosas obras sin terminar y un epistolario. Murió de un síncope cardíaco en la calle, cerca de “La Nación”, el 2 de marzo de 1950.

ES autor de una única novela autobiográfica, Palo a Pique<sup>131</sup>, que fue suficiente, al tiempo de su aparición, para que Villagra pasara a integrar y completar ese mural de la novelística de ambiente rural constituido por autores como Leguizamón, Balbon Santamaría, el poeta Eufemio Muñoz, Mario César Gras y Gudiño Kramer. Palo a Pique no es exactamente una novela de acuerdo a los cánones tradicionales. Trata del regreso de un estudiante desde

Buenos Aires a la provincia hacia la estancia natal cercana a Gualaguaychú. Sus capítulos se forman con rememoraciones de infancia y adolescencia, pasajes históricos del pasado provincial en los que intervienen antepasados del novelista, un romance indefinido y estampas más o menos folklóricas. Este contenido general fue bien captado por Eufemio Muñoz, que escribió a Villagra: “Usted anda mi camino; pinta el cuadro de mis pasos; narra el romance de mi infancia, mueve las sombras de mis abuelos, de mis padres, de mis hermanos, de mis amigos, de mis peones, los caballos, los perros y los pájaros<sup>132</sup>; y todo esto, al contarnos en prosa colorida y sencilla sus recuerdos propios y de familia... Ambos

somos argentinos, entrerrianos y gualeguaychuenses; nuestras familias viven al lado en el

---

<sup>131</sup> De acuerdo a sus familiares, Villagra dejó otra novela en borradores, pero no está en poder de ellos e ignoran igualmente quien pueda guardar los originales.

<sup>132</sup> En carta personal del autor (Archivo de la familia).

CCXXXIX

pueblo; nuestras estancias son linderas en Talitas. Un mismo amor al campo nos une... Como toda obra de imaginación duradera, la suya tiene por fondo tanta y tan honda realidad, que resulta a un mismo tiempo novata y documento; documento en que habrá de salvarse del olvido mucho de nuestro pasado regional”.

Palo a pique es la más “personal de la serie de obras que recrean el campo entrerriano y sus gentes, en el sentido de que no oculta su carácter autobiográfico, visible, por otra parte, en las constantes efusiones líricas, en las evocaciones reiteradas y, en especial, en el capítulo en que su juvenil protagonista ---el propio Villagra--- se pone frente a la crónica de sus antepasados al leer los viejos papeles de la familia sacados de un antiguo arcón, en la estancia de Talitas, en las costas del arroyo San Alejo, donde el autor pasó su infancia.

Villagra nació en Gualeguaychú, el 23 de junio de 1889; estudió en el Colegio de Concepción del Uruguay, y después de abandonar Entre Ríos se inició en el periodismo en la Capital Federal, donde colaboró con estampas de ambiente campero, notas que sería necesario compilar y publicar para redondear su imagen de escritor. Al mismo tiempo que sus labores periodísticas, se desempeñaba en la Administración Pública en el Senado de la Nación, donde llegó a ser jefe de publicaciones y donde anudó una sólida amistad con el poeta Ricardo Molinari.

En 1930 y hasta 1932 vivió en Santiago del Estero, enviado por el gobierno, y de esa estancia data un libro, aún inédito, con notas autobiográficas ligadas a la ciudad mediterránea. Dictó varias directivas en la Asociación Entrerriana General Urquiza, de Buenos Aires.

Villagra murió el 23 de marzo de 1947. Cinco años antes había aparecido su novela de evocación histórico-costumbrista Palo a Pique, que obtuvo una mención especial en la Comisión Nacional de Cultura en el grupo de Folklore o Literatura regional (región litoral), en el año 1940.

Perfectamente ajustado a la realidad es el juicio de Guillermo Saraví acerca de este libro: “Es entrerriano, de la más auténtica entrerrianía, por los cuatro costados”. Otro

entrerriano que amaba las cosas del campo, expresó que “el corral de palo a pique se nos aparece ---tal la fuerza de la evocación--- como un personaje más”<sup>133</sup>. Esta obra, además de

---

<sup>133</sup> Delio Panizza, *ídem*.

las evocaciones históricas<sup>134</sup> que recoge, y que son de primera mano, documentales y en general, desconocidas, recobra o resguarda del olvido personajes y hechos que, su rememoración, se hubieran perdido con toda probabilidad. Varios pasajes de su novela testimonian que se cantaban vidalitas y otros aires (como el vals) en el campo, corroborando afirmaciones anteriores de Leguizamón, Fray Mocho, Gerchunoff y Balboa Santamaría. Villagra cita por ejemplo, a un tropero cantor, Julián Felipe Berilés, que solía “hacer noche” en su estancia; detalla algunas prácticas del dominio puramente folklórico, como cuando los caballos que conducían a un “finado” se espantan, y sólo prosiguen normalmente su marcha, cuando se cambia de posición el cuerpo del muerto: “La cabecera del finao ---dice el gaucho--- tiene que dir pal lao de la marcha...”

Realmente emotivo es el paisaje donde el novelista transcribe una vieja crónica en la que figura , aparte de uno de sus antepasados, el coronel Villagra, una heroica mujer entrerriana que llevaba en sus faldas una carga de municiones, bajo una lluvia de balas enemigas. El libro recuerda su nombre , y refiere el novelista que aún vivía en tiempo de la aparición de Palo a Pique; era Tomasa de León de Villagra. Es probable que se efectúe una segunda edición de esta inhallable novela, donde se puede escuchar, mucho tiempo después de leída, la música que sale del “cordaje misterioso de las casuarinas”.

UNA de sus obras llenó de fantasmas románticos a toda una generación: La Casa Trágica, y al cabo de los años, desaparecido casi hasta su recuerdo o su conocimiento por las nuevas generaciones, queremos evocarlo sin tratar de modificar aquel juicio a nuestros padres. Gras no nació en Entre Ríos, sino en Santa Fe, el 8 de setiembre de 1893. Su padre, José Gras, era director del diario “Nueva Época” y fue asesinado cuando su hijo tenía solamente dos meses de edad. Por tal circunstancia, su viuda Julia Fernández se trasladó a Gualeguaychú, donde el futuro novelista e historiador cursó más tarde la Escuela Superior Mixta y publicó sus primeras composiciones en un periódico escolar. Las dificultades económicas de la familia lo obligaron a abandonar sus estudios y emplearse como encargado del depósito de materiales de la Defensa Agrícola, lugar donde fue ascendido a contador en 1910.

Naturalmente, esto no satisfacía su espíritu inquieto, y decidió rendir los cinco años de bachillerato en forma libre, e ingresó en 1913 en la Facultad de Derecho de Buenos

Aires. No interesan aquí otros pormenores, sino su labor literaria que se inicia en 1925 con el libro La eterna congoja, al que siguen la novela La casa trágica<sup>135</sup>, Los gauchos colonos,

---

<sup>135</sup> García Santos Editor, Buenos Aires, 1927. Segunda edición, Rosso, 1928.

CCXLII

novela de ambiente campesino, publicada en Buenos Aires, como la anterior, en 1928; una Lógica, reeditada en 1929; La tragedia del linyera (novela, Tor, 1936); Teoría de la lógica (1939); Amadeo Gras, pintor y músico. Su vida y su obra (Bs. Aires, 1942, y que constituye una contribución a la historia del arte en Sudamérica, según declara la portada. Amadeo Gras era su abuelo). Este último libro fue reeditado por “El Ateneo” en 1946. De temática histórica con sus libros restantes: San Martín y Rosas, una amistad histórica (Buenos Aires, 1948), y Rosas y Urquiza, sus relaciones después de Caseros, del mismo año. Escribió además un artículo, “Orígenes de la imprenta en Gualeguaychú”, publicado en “Entre Ríos” (Nº 151-152) de Buenos Aires.<sup>136</sup>

FUE Juan Pedro Cartosio quien inició en la provincia de Entre Ríos un tipo de literatura intimista que en Buenos Aires ---y en el resto del país, excepción hecha de Roberto Arlt--- nadie había intentado, y cuyo ingredientes diferenciales son ciertos componentes psicológicos de manifestación neurótica, a través de ese atrabiliario personaje que da título a una novela, Carlos Rey Antón. No faltó el crítico vecinal y municipal que aventuró una identificación entre ese personaje y el propio autor.

Nacido en Colón hacia 1895, Juan Pedro Cartosio hizo el bachillerato en el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, y fue estudiante residente de “La Fraternidad”, para proseguir sus estudios en la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en la Universidad de La Plata, donde se graduó de abogado, iniciándose en la magistratura federal, ocupando los siguientes cargos: Defensor de pobres y ausentes; Fiscal del Juzgado Federal de C. del Uruguay; Juez Federal en Paraná, y finalmente ascendido a Fiscal de la Cámara Federal de la misma ciudad capital entrerriana y Cámara Federal de La Plata, con idénticas funciones.

Era estudiante todavía cuando fundó la revista estudiantil “Alberdi” de Concepción

del Uruguay; y ya en La Plata se lo nombró director de “La Gaceta Universitaria”, órgano

---

<sup>136</sup> Ver Periódicos y Periodistas de Entre Ríos, de Aníbal S. Vásquez, pág. 34, nota.

CCXLIII

del Centro de Estudiantes de Derecho de esa ciudad. En las páginas de esta última publicación, apareció una monografía suya titulada El federalismo Argentino.

Reinstalado en Concepción del Uruguay, presidió la Comisión Municipal de Cultura; durante su residencia en Paraná integró como vocal la comisión similar de la capital provinciana, donde también colaboró en la revista “Tierra de Urquiza”. Presidió la Comisión Municipal de Cultura de Colón, su pueblo natal, y fue redactor y colaborador de “Voces Entrerrianas”, órgano de la Asociación Entrerriana “General Urquiza”, de la Capital Federal. Fue esposo de Emma Griante (Emma de Cartosio). Juan P. Cartosio, como firmaba, murió en 1975.

Su obra no ha sido numéricamente extensa, y sus títulos son: Carlos Rey Antón (novela, Tor, 1939); Tangy (novela entrerriana, 1942); Pururú (La Plata, 1955; creemos que existe una edición anterior); Piedra Libre (dividido en las secciones: Tipos populares y Achuritas, Edit. “Llanura”, Paraná, 1952). Dejó varias obras inéditas, entre ellas Demópolis, crítica socio-política, y El milagro y la sombra (novela corta de ambiente entrerriano).

El enfoque de sus últimos libros es totalmente distinto al de su primera novela. Si en Carlos Rey Antón anotaba minuciosamente, a lo Proust y también a lo Joyce, pero con estilo enteramente personal, las secuencias temporales de un hombre “raro” o excéntrico, el relato de la más profunda intimidad mental, en Tangy y en Pururú tanto los ambientes como los personajes son extraídos de una cotidianidad provinciana reconocible, y el propio lenguaje se colorea con los matices de la tierra, ascendiendo a la tradición entrerriana, rica en protagonistas populares.

Piedra Libre amplía aún más ese objetivo, y en sus páginas adquieren una firme perennidad los más dispares tipos ciudadanos, algunos de los cuales conocimos personalmente. Mendigos, vagos, gentes que la vida ha dejado al margen y sin destinos ciertos, están pintados al aguafuerte, y su animismo destrozado mantiene las mismas trizaduras, pero ahondadas por la expresión literaria, sin que Cartosio haya tratado de aminorar esa desgraciada desnudez social con inútiles paliativos morales.

Cuentista, poeta y periodista, Luís Gudiño Krámer, aunque desvinculado territorialmente de su provincia natal, solía aludirla en pasajes de sus obras. Nacido en Villa Urquiza, en 1898, fue autodidacta, y después de ejercer los más disímiles oficios y cargos, ancló definitivamente en el periodismo, como secretario de redacción de “El Litoral”, y como director de la colección “Nuevo Mundo” de la editorial santafesina Colmegna. Entre aquellos oficios y trabajos que precitamos, se desempeñó como empleado de banco, comisario de vapor de carga, empleado de una comisión de fomento, remador, mayordomo de campo, escribiente de barraca, topógrafo del Instituto Geográfico militar de Buenos Aires, Mendoza y San Juan; integrante de comisiones geodésicas de triangulación, medición, secretario de policía y comisario en Garay y San Javier (Santa Fe), y filatelista. En 1954 efectuó un viaje por Rusia. Murió en 1973. Publicó Aquerenciada soledad (1940); Caballos; Señales en el viento; Tierra ajena; Cuentos de Fermín Ponce (1965); Sin destino

aparente (novela, 1959); y los ensayos Folklore y colonización (Colmegna, 1959); Escritores y plásticos del Litoral (1955); Exaltación de los valores humanos en la obra de

CCXLV

Hudson; Médicos, magos y curanderos. Bajo el seudónimo de L. F. Oribe publicó el ensayo El río Paraná protagonista. Frecuentó la temática social, y su vasto poema “Don Gauna” es una clara manifestación de su estilo coloquial y sencillo.

ES uno de los más excelentes prosistas y sin embargo es casi extranjero de su tierra, un desconocido para la mayoría de los entrerrianos. Su tránsito por el mundo fue breve, pudo ser ampliamente grato y fructuoso, pero terminó trágicamente. Nacido en Concordia el 5 de octubre de 1899, ingresó en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, ciudad donde instaló su bufete de abogado y en la que ejerció la docencia (Profesor de Instrucción Cívica y Castellano en el Colegio “Mariano Moreno”) y fue director del Consejo Nacional de Educación. Elegido diputado nacional, no podía dejar de distinguirse en tal actividad. Pero en el transcurso del affaire de El Palomar, en el que fueron involucrados varios legisladores, apareció su nombre, sin que tuviera vinculación culposa en el asunto. Para un hombre de honor parecía no quedarle reservada más que una opción, y la tomó. En 1932 puso fin a su vida. Existía, entonces, como él mismo había expresado, un “pudor del

espíritu”.

Dejó escritos algunos poemas, pero su obra principal, que alguna vez será recatada, consiste en libros de cuentos, como Historias sin importancia; Terror y El alma en el pozo;

CCXLVI

en una obra de teatro, Aventura del hombre; en las páginas históricas de Heroísmo civil y Cabildos coloniales y en las impresiones de viaje tituladas Paralelo 55.

COMO Mastronardi, como Villanueva, Manrique Balboa Santamaría nació con el siglo, pero en la ciudad de Villaguay, donde se habían radicado sus padres, procedentes de Capitán Sarmiento (provincia de Buenos Aires). El mismo nos relató que, ya adolescente, recorría #a lomo de caballo las selvas de Montiel”, donde se iba familiarizando con los hombres gauchos ---descritos con tanta eficacia verbal en Montielero--- en las estancias, “muchos de pronunciado origen guaraní o charrúa. “Podría decir que, con el tiempo, me hice carne de ese ambiente montaraz y bravío, de corredores dentro del monte para calentar un duelo a facón, donde dos hombres chocaban sus aceros sin poderse tocar el cuerpo con la punta de la daga, por la gran vista de uno y otro peleador. Luego, atravesarlos por el medio de la pelea, un jinete amigo para evitarles la muerte...” (Este suceso está relatado en Montielero).

Memorioso). El derrotero humano de Balboa Santamaría puede esquematizarse de este modo: hizo la conscripción en la Marina, y una vez terminado el servicio, donde se desempeñó

CCXLVII

como timonel señalero, regresó al pago de Montiel, de donde volvió a salir para radicarse en Basavilbaso. Allí fundó un semanario, "El Pueblo", hacia 1928. Ya había intentado el periodismo con "El Eco" de Villaguay (1926) y con "El Departamento". En estas hojas empezaron a salir sus cuentos criollos y las estampas de caudillos montieleros como Grispín Velásquez, Ventura Goró y otros. Nombrado director de la Escuela de Alcaraz, pasó más tarde al Consejo de Educación de la Provincia, presidido entonces por José María Texier. En 1946 se lo designó secretario de Prensa de la Gobernación.

Balboa Santamaría escribió en "Mundo Argentino", "La Prensa" de Buenos Aires, y en "La Capital" de Rosario, "El Diario" de Paraná y "El Litoral" de Santa Fe. La Comisión Nacional de Cultura le otorgó el primer premio nacional por su novela Montielero (trienio 1948-1950) editada por Kraft. Otras obras suyas (sólo ha publicado tres) son El país de Montiel (Edit. Tor, Buenos Aires, prólogo de Delio Panizza); Vida entre dos ríos. Los entrerrianos (Talleres gráficos de la Editorial de "El Diario", La Mesopotamia, 1969), con una introducción de Antonio Sagarna. Tiene varios libros inéditos, entre ellos Historia de un amor montaraz; Wilke y su perro Lambaré, y Palmas Altas. Balboa Santamaría reside en Paraná.

Mencionar simplemente a Montielero es mencionar la primera novela de largo aliento escrita en Entre Ríos, y que puede asumir con todos los honores el título de una gran novela. Si hay algún elemento en esta obra que merezca destacarse en primer plano, es la veracidad de sus personajes y de su naturaleza, unos y otros convertidos en vivencias verbales, en virtud, sin duda alguna, del contacto personal que el propio autor ha tenido con el paisaje entrerriano y de la comprensión y conocimiento de la psicología del matrero, en torno a cuyas peripecias se desarrolló la trama de la novela. El Calandria cuya vida ---desde la niñez--- describe aquí Balboa, no es el Calandria de Leguizamón sino otro posterior, a quien le fue dado popularmente el mismo nombre. Algunos Críticos le han señalado ciertos paralelos con el gauchito estanciero de Don Segundo Sombra, y al mentor de este Calandria con el propio Segundo. Pero, aparte de la existencia de un hombre curtido de sabiduría gaucha y de un mazalbete que se inicia en la vida ardua del campo y de sus misterios, no

gauchista y de un mazarote que se inicia en la vida árdua del campo y de sus misterios, no hay otro paralelo posible. Montielero es, a nuestro juicio, un novela de mucho mayor envergadura social y literaria que Don Segundo sombra, modelo de “gauchismo

CCXLVIII

académico”, como la denominó Luís Franco. El servilismo de don Segundo hacia el “patrón” no aparece en Montielero; el heroico aprendizaje de Calandria nada tiene que ver con las “vacaciones” del gauchito estanciero de Güiraldes. Y la nomenclatura paisajística de Balboa Santamaría sólo halla una imagen cercana pero menor en el Montaraz de Leguizamón, por ejemplo, aunque esta Montaraz no pasa de ser el primer folletín campero de Entre Ríos, pleno de incorrecciones del lenguaje.

No podemos transcribir minuciosamente las innumerables referencias que hace Balboa Santamaría al folklore lugareño (la estancia misteriosa, el baile de las vizcachas, la curandera, el velorio del angelito, etcétera), la descripción pormenorizada de la existencia de los matreros (estos pasajes son excelentes), y los hallazgos lineales que ha logrado el autor para hacer accesible al hombre de ciudad los “secretos” del hombre de campo, desde sus silenciosas manualidades con el cuero hasta las duras tareas del resero. Montielero, aparte de una novela, puede ser considerada una verdadera enciclopedia de la vida rural entrerriana. Y si a eso se le agrega el soplo épico de sus personajes, hay que concluir en que Balboa Santamaría constituye un hito en la historia de nuestras letras y en las de la república. Si bien hemos sido explícitos respecto al apego al “color local” como escenario para dar obras de ambiente rural, ese color local es ineludible. Los usos y voces del campo entrerriano no suelen tener correspondencia idiomática o vital con sus semejantes de otras provincias argentinas. En cosas del campo no se puede generalizar. Hay que conocer, y bien. En vida campera es una experiencia por lo común impenetrable para el hombre de ciudad. El contacto inescindible con la naturaleza otorga a ésta una especie de humanidad, como el hombre también se torna semejante con árboles y animales de la campaña. Montielero, quizá más que ninguna otra novela entrerriana, es, reiteramos, un verdadero repertorio enciclopédico de la vida interior del campo. Aparte de ciertos recuerdos infantiles de la ciudad, el campo entrerriano se hace en este libro un protagonista de primer orden, y la peripecia humana de Serviliano Almirón ---el segundo Calandria--- no conmueve menos que la peripecia de lo cósmico, duramente infiltrada en la naturaleza del hombre. En Montielero, prácticamente cada línea es una revelación y una enseñanza. No

nombre. En *Montevideo*, prácticamente cada línea es una revelación y una enseñanza. No podemos transcribir ni un párrafo sin que se sienta la imperiosa necesidad de seguir

CCXLIX

haciendo citas. Hay que ir directamente al libro, y más de una vez. Estimamos que es la novela más representativa de la literatura entrerriana de tema campesino.

ERNESTO Bourband<sup>137</sup> ejemplificó, si es que no tipificó cabalmente esa singular raza de periodistas-escritores que se han escandido a sí mismos y han ilustrado esa heroística civil de la prensa provinciana. Este poeta, historiador, cuentista y plástico conservó siempre un puro e ilustre olor a tinta de imprenta, y si alguna parvedad testimonia su obra en libros, se equilibró con la generosa sembradura de miles de artículos memorables, orientadores, y con líneas iniciales de muchos escritores de la provincia, prietos hoy en las cerradas colecciones de su diario “El Telégrafo” que él fundara en Concepción del Uruguay el 17 de noviembre

---

<sup>137</sup> Solía firmar Ernesto Bourband T., correspondiendo esa T. a Torrent. Cuando en 1942 efectuó un viaje a Brasil, Bourband dejó al autor de la presente obra a cargo de “El Telégrafo”.

CCL

de 1931, y cuyas máquinas se silenciaron el 3 de febrero de 1944. “El Telégrafo” fue la coronación periodística de Bourband, pero no la única, como hemos de ver más adelante.

Nació en Colón el 13 de diciembre de 1901, y desde su adolescencia ejerció el periodismo, la literatura ---prosa y poesía--- y las artes plásticas. Cuando aún no había cumplido catorce años de edad, el 15 de agosto de 1915 editó la hoja “El Proyectil”, con un procedimiento de su invención parecido al mimeógrafo. A ese periódico siguió en 1917 “Libre palabra”, que salió en Colón y que culminaría con “El Telégrafo”, a lo que debe sumarse, no accesoriamente desde luego, una indeclinada lucha por la organización gremial de los periodistas. En 1929, cuando dirigía “Los Principios” de Concepción del Uruguay, se efectuó por iniciativa suya en el salón de actos del Colegio Nacional una asamblea por la que pudo constituirse la Asociación de la Prensa de Entre Ríos, lamentablemente de vida muy efímera. Otras hojas periodísticas conocieron su dirección y sus artículos, ya que fue asimismo el numen de la revista “Sustancia”, editada por la Comisión de Cultura de la Municipalidad de Concepción. Varios escritos suyos fueron publicados por “La Nación” de Buenos Aires y otros diarios y periódicos entrerrianos. Su trabajo personal consagrado a la más desinteresada difusión de los hechos culturales y a la revelación encomiástica de los artistas locales, se coronó con la fundación del Centro Editor Río de los Pájaros (una antigua aspiración suya), que contó con varios títulos. Para Entre Ríos, una obra verdaderamente misional, un auténtico apostolado, que comenzó concretamente el 13 de mayo de 1973 con la creación de la Cooperativa, pero que había sido precedida por algunas ediciones, en especial con una antología del cuento entrerriano, Seis Escritores de Concepción del Uruguay (Gruben, Nadal Sagastume, Pietroboni de Jourdan, Celia de Schwartzman, Suárez de Vanzini y T. H. Zapata), aparecida en 1970; una Guía Turística de la misma ciudad, en pulcra edición ilustrada, y una obra propia, Enterrerriana (1969). Esta editorial editó también un boletín, “Vida Literaria” (desde 1972), con noticias y colaboraciones de autores de la provincia así como promovió certámenes para rescatar autores anónimos de las trabas económicas editoriales. En 1973 convocó, por ejemplo, a un concurso para el cuento infantil ilustrado de Entre Ríos. A su muerte, acaecida en 1974

concurso para el cuento infantil ilustrado de Entre Ríos. A su muerte, acaecida en 1974, estaba elaborando otras iniciativas tendientes a un avivamiento integral de la cultura comarcana.

CCLI

Ernesto Bourband mantuvo una revista oral, “Hoja del domingo”, en CW 35, Radio Paysandú (Banda Oriental). Las obras plásticas de Bourband no agregaron a su obra más que otra inquietud, pero es preciso anotar que fue profesor de dibujo en la Escuela Industrial de la Nación (Artes y Oficios), ilustró varias obras, entre ellas El poeta y la fábrica, de Yamandú Rodríguez. La ciudad de su radicación, Concepción del Uruguay, le ofreció en agosto de 1965 un homenaje con motivo de cumplir cincuenta años de labor periodística.

Sin contar numerosas notas que nunca se recogieron en libro y muchas de las cuales constituyen pequeños ensayos sobre los más diversos temas, Bourband publicó las obras siguientes: Romances y Cantares (poesía 1942); Naranja y Sinople (poemas 1951); Daniel Elías: Vida y Afán (ensayo, primer premio del Club del Progreso, de Paraná, 1954); Enterrerriana (ocho cuentos del río y las islas, y 26 estampas argentinas. Primera edición de F. A. Colombo, Buenos Aires, 1969) y Ramírez y el Pacto Federal (en los Cuadernos entrerrianos de literatura e historia, Centro Editor Río de los Pájaros, 1971). En la Guía Turística mencionada publicó una breve historia del periodismo de Concepción del Uruguay. Bourband murió el 14 de julio de 1974.

NO fue el único sacerdote escritor que tuvo la provincia. Antes que él estuvieron Fray N. de la Cruz Saldaña y Luís N. Palma, y contemporáneamente, Luís Jeannot Sueyro y Juan Carlos de la Calle, aunque ninguno de ellos excepto precisamente Spiazzi, pueda ser considerado como un escritor “profesional”, dedicado plenamente a la tarea creadora literaria. Martín Luís Spiazzi utilizó para su labor literaria el pseudónimo no feliz de Martín

literaria. Martín Luis Spiazzi utilizó para su labor literaria el pseudónimo no leniz de Martín del Pospós<sup>138</sup>, nació en San José (Colón) el 21 de noviembre de 1905 y murió el 28 de diciembre de 1967, en Victoria. Hijo de un inmigrante italiano, agricultor, Spiazzi comenzó

---

<sup>138</sup> Arroyo y paraje que toman su nombre de un pájaro de la región.

a trabajar a la edad de siete años, por la muerte de su padre, y conoció las labores rudas del domador, chasqui de diligencia y puestero del paraje denominado Pospós, del que tomaría su nombre literario. Posteriormente trabajó con un acopiador de aves, como conductor de carro; luego trabajó en la fábrica Liebig's, y a los catorce años de edad ingresó en la Orden benedictina de Victoria (1919). Allí, además de la educación para el sacerdocio, frecuentó la literatura (Azoría, Juan Ramón Jiménez, Miró, Valle Inclán, Güiraldes, etc.). Consagrado sacerdote en 1930, se le confió el presbitario de la iglesia de San José de Crespo; luego desempeñó otros cargos de igual índole en Victoria, extendiendo su acción pastoral por los alrededores. Cura párroco de Victoria (1960), creó además un centro tradicionalista de investigaciones históricas y folklóricas regionales, que tuvo poca duración, y al que siguió un museo, de la Agrupación Cultural Victoria. Presidió la comisión de homenaje a Gaspar L. Benavento (1964) e integró el jurado de honor del premio Forti-Glori.

No cabe en una obra como la presente historiar su vida de sacerdote, por el momento; sólo diremos que estuvo con el “aggiornamento” proclamado por el papa Juan XXIII, y en tal sentido realizó una labor verdaderamente revolucionaria en su parroquia, como la supresión de los aranceles parroquiales y la eliminación de las categorías para las distintas ceremonias. Asimismo, eliminó del recinto del templo las estatuas y altares, dejando solamente la imagen de Cristo, para que el culto no tuviera otro destinatario.

“No se eliminaban los santos --- escribe su biógrafo, Carlos Sforza--- por su afán iconoclasta como podrían pensar algunos espíritus de razonamiento apresurado, sino que era poner las cosas en su estricto lugar, volver a las fuentes, hacer de la religión un compromiso de vida con un Dios personal y no una falsificación o un conjunto de actos revestidos más de carácter supersticioso que religioso”<sup>139</sup>.

Martín Luís Spiazzi, para difundir sus propias obras, fundó “mi parroquia comunitaria”, un seminario de singular calidad dentro del periodismo de ese tipo. Además hacía crítica literaria en el diario “Crisol” (Victoria), en “La Mañana”, en “Didascalia” de Rosario y en otras páginas de la provincia. Obtuvo el primer premio en el certamen

---

<sup>139</sup> Carlos Sforza.

General de Cultura de la Nación por su obra El país de los chajás (Edit. Ruíz, Rosario, 1957), que constituye su libro más representativo y que se reeditó en 1961 y 1965.

Aparte de la obra mencionada, y de Un forjador de almas (Opúsculo, Victoria, 1956), dejó varios escritos inconclusos, como Tierras Bravas, Aguas Rojas (novela), Visto y Oído, Los perfumes del paisaje y muchas páginas dispersas en otras hojas periodísticas, como en la revista de la Asociación General Urquiza y el diario católico de Paraná, “La Acción”. Un libro de versos, La epopeya del monte, de 1929, carece de reales valores líricos, pese a que como lo dijo Sforza, “vivió un interioridad auténtica”.

El estilo de Martín del Pospós se inscribe dentro del Modernismo, como lo presuponen sus preferencias por los autores de esa escuela que citamos al comienzo.

BUENA parte de su vida transcurrió en las islas del río Uruguay, como maestro de una escuela flotante. El paisaje de esos lugares realmente subyuga a esas sensibilidades predispuestas al arte, a la contemplación maravillada, a la sorpresa permanente de los

predispuestas al canto, a la contemplación maravillada, a la sorpresa permanente de las aguas y de la vida natural. El silencio de las islas tiene una magia especial; está colmado de cantos de pájaros y del agua que roza las costas, José María Díaz es hoy el poeta por

CCLIV

autonomasia de los racimos isleños, de los trabajos sin ruido de los mieleros, de los plantadores, de los cazadores de caprichos. Poco después del alba, se acercaban a la escuela botes con niños desde todas las direcciones. Algunos hacían kilómetros de agua abajo o arriba para aprender a leer. Y el maestro, además de esas primeras letras y números, los colmaba de poemas y de cuentos, que relataba debajo de un altísimo sauce, o en la cubierta de la balsa-escuela, o en la costa, donde también movía los títeres que él mismo hacía con mates y papel maché. Los sábados y domingos subía al gran bote MOP y visitaba a los vecinos: una, dos o tres horas de remada, para gozar luego del mate, del asado o de las empanadas isleñas, y de la música de los guitarreros, y de los dulces bailes y dulce corazón de esas enclavadas en los claros de los verdísimos montes.

Allí, en ese paisaje, empezó José María Díaz a escribir versos. Era en 1942, y los poemas y las estampas isleñas parecían esmaltadas de cielo azul y de agua transparente, olorosos y multicolores. José María Díaz dejó una vez las islas para siempre. Pero en el recogimiento de su retiro en Paraná, las siguió evocando en claros poemas y en recias nostalgias, que recogieron sus obras, tardías en la publicación, pero que pudieron conservar toda la frescura del descubrimiento de un paisaje y de una emoción.

José María Díaz nació en Paraná, en 1916, y se graduó de maestro rural en la escuela Alberdi. Se inició en el magisterio en la Escuela Fiscal N° 244, con una única aula flotante establecida en una balsa, que también contaba con dormitorio, baño y cocina, y que anclaba, ya en la isla Volantín como en Joanicó, a medio camino entre Concepción del Uruguay y Gualeguaychú. De ese lar isleño tomó Díaz la motivación de toda su obra lírica y evocativa, que hasta el momento consta de los siguientes títulos: Alberdiantina (1962, historia y estudiantina de la Escuela Rural Alberdi); Petria de la Miel (estampas isleñas en prosa poética, 1971 y 1972); Al galope del trigolino (premio “Fray Mocho”, 1971, editado en 1972); Provincia de las barcas (1976); y El fogón de los bichos (sucédidos, Colmegna, 1981).



argentina contemporánea y, a diferencia de sus obras anteriores, en esta se interna en las problemáticas parapsicológicas más fascinantes. Este libro señala inequívocamente que, por lo menos, si no se ha apartado de su temática corriente, realista, se ha aventurado con toda

CCLVI

felicidad en un género colmado de peligros, el mayor de los cuales es con frecuencia la inverosimilitud. En Los Degolladores justamente todos los planteos y los desenlaces tienen una mágica verosimilitud, puesto que todos los tipos de fenómenos parasensoriales tienen ya connotaciones científicas. Así, armado con las mejores armas de la metapsíquica, Manauta crea obras de arte literarias y enriquece la literatura de nuestro país.

Manauta nació en Gualeguay en 1919, y su recia unidad con el lugar nativo ha trascendido a sus libros. El tema del desamparo es obsesionante, y varios de sus libros recuerdan descarnadamente a esas criaturas pobrísimas, desharrapadas y hambrientas, concentradas como un doloroso símbolo en el arquetipo de Odiseo, el desdichado protagonista de esa novela impecable que se titula Las Tierras Blancas. Odiseo es el modelo de esos muchachitos que compran pan y no golosinas, con las monedas ganadas en increíbles menesteres. Uno de éstos se denuncia junto con el entorno social, en el dramático relato “El gran gaucho”<sup>140</sup> donde aparecen nítidamente retratados los niños basureros, los “cirujas” de provincia y una secuela de falsas alegrías, de sexualidad mandona y repugnante, de puñaladas que marcan de rojo los dos enlaces de las pasiones de extramuros.

Juan José Manauta estudió en la Escuela Normal, se convirtió en maestro, asistió a la Universidad de La Plata, donde cursó Humanidades y se graduó de profesor en Letras, aunque no ejerció la docencia. Por esa época había adherido a la política radical, que abandonó velozmente, instruido en otros programas sociales, concretamente socialistas. En 1944 aparece su primer libro, y como accediendo a una tradición entrerriana, de versos, llamado ~~La Mujer de Silencio~~, una obra donde “mi propia voz asomaba sólo a veces, estimulada por el drama de los campesinos entrerrianos obligados a emigrar, el drama de los padres de mis amiguitos de antaño, que dejaban con nostalgia su tierra natal para ir a encerrarse en los conventillos de la Boca y a ganar un jornal insuficiente en la industria que crecía en los cordones de la metrópoli”.<sup>141</sup>

Quizá una profunda piedad por tantos desarraigados, por el recuerdo de tanta gente desplazada, perpetua habitante del desamparo, lo convirtieron en el narrador de la

desesperanza, como lo señala un crítico argentino al comentar Las tierras blancas: “Ese contrapunto de la Madre y Odiseo [un niño], cuajados en la humilde pasión de las jornadas

---

<sup>140</sup> En la antología colectiva *Carnaval... Carnaval...* e incluido también en Los Degolladores.

<sup>141</sup> Apuntes personales de J.J. Manauta, inéditos. Del archivo personal del autor de esta obra.

miserables, del paulatino desvanecer de las esperanzas, de la complicidad con el escalofrío de la hambruna y el ablandamiento de las horas mal vividas, es un picoteo insistidor y mortificante en su certeza oprimida y sufriente golpeando el alma de la tierra. Los cuadros en los que la acción de la novela se va desgranando no son esos oasis de paz e indiferencia que recogemos en más de una novela argentina, a la que a menudo la crítica menos saludable de nuestro país auspicia con el dudoso espaldarazo de las capillas áulicas, sino la mordiente desesperanza de unos seres que deambulan por la corteza “blanca”, desnuda y fría de la patria, padeciendo, en la alcanzada reciedumbre de una indómita fe, la segura recuperación sobreviniente. No sabemos de una imagen más poética que la de Odiseo en la despoblada caracteriología arquetípica de nuestra novelística”.<sup>142</sup>

\*\*\*

Deshechando las posibilidades de hacer uso de sus títulos para la docencia, Manauta prefirió el ejercicio del periodismo, que tuvo que alternar muchas veces con otras ocupaciones. Fue así corrector de pruebas, empleado de una compañía de seguros y de un aserradero, obrero de imprenta y otra vez periodista. Escribió el libreto de la película *Río Abajo*, con libre de Liborio Justo, y una de sus propias novelas, Las tierras blancas, fue traspuesta al cine por Hugo del Carril, además de ser traducida al rumano y al checo.

En 1964 viajó a Europa, y en 1974 a Cuba. Dirigió la revista “Hoy en la Cultura” y luego “Meridiano 70”, ambas clausuradas por el gobierno militar que terminó el 26 de mayo de 1973. Casado, divorciado y vuelto a casar, tiene cinco hijos y continúa escribiendo con idéntico fervor y puesta siempre la esperanza en la redención definitiva del hombre. Su prosa se ha ido acendrando, y desde su primera novela a la última existe una progresión de densidad idiomática realmente poco vista en el país. La novela Puro Cuento que estimamos como una de las mejores de los últimos años, recoge mucha materia documental, algo que

deberá rastrearse en el futuro. Lo que importa en este libro es ese lenguaje absolutamente liberado (ver, por ejemplo, el magnífico capítulo XVII y el capítulo 0). La técnica de ir y venir en el tiempo, de yuxtaponer dos líneas de pensamiento y de acción, alcanzan en sus

---

<sup>142</sup> F.J. S. [Francisco J. Solero], en "Bibliograma".

CCLVIII

últimos libros una gracia y una perfección inatacables (págs. 109 y ss). Y esa flotante amistad del Flaco ---un personaje muerto pero que Manauta presenta como si estuviera vivo dentro de la conciencia de Juanjo--- nos parecen pasajes antológicos y de la mejor vanguardia creativa, en el sentido novelesco.

Charito, esa novela corta que inicia la serie de relatos contenidos en el volumen Cuentos para la dueña dolorida, es una de las "novelas ejemplares" dentro del caudal de su producción narrativa. El típico noviazgo provinciano, dilatado e irresoluto, referido con morosidad y lujoso detallismo, y en donde la poesía sale a Manauta a cada rato, es, según nuestra personal apreciación, su mejor obra entre las que podríamos denominar, como lo hacía la crítica antigua, "de costumbres".

Hasta el momento, la obra publicada de Juan José Manauta, consta de: La mujer de silencio (poesía, 1944); Los aventados (novela, 1952); Las tierras blancas (novela, 1956 y 1957); Papá José (Futuro, novela, 1958); Entre dos ríos (poemas, 1956); Cuentos para la dueña dolorida (seleccionada por el Fondo Nacional de las Artes, con un jurado compuesto por Enrique Banchs, Rafael Alberto Arrieta y Eduardo González Lanuza. Losada, 1961); Puro cuento (novela, 1971); Los Degolladores (cuentos, 1981); Disparos en la calle. Relatos suyos figuran en las antologías Amor nueve veces (Rayuela, 1970, donde se incluye "Ana La Turca"); Carnaval... Carnaval... (Hernández, Bs Aires, selección y notas de Pedro Orgambide, donde se lee su cuento "El tren gaucho"); Variaciones sobre un tema de Durero (Galema, 1968). Y finalmente una pieza de teatro, La tierra, en la antología ~~Cinco obras breves de teatro argentino~~ (Cooperativa Editorial "Hoy en la Cultura", 1966).

ES otro de los escritores entrerrianos alejados de su tierra, depaysés, que por azares de la

carrera docente debió cambiar la llanura por la cordillera, pero que se mantiene unido umbinicalmente a la ciudad y el río natales, a los que suele regresar fugaz y melancólicamente, para el desencanto final de no reconocer rostros, salvo aquellos que

CCLIX

insisten en permanecer indelebles en las calles que se recorrían morosamente y en los sitios que se frecuentaban con la amistad en alto y el verso a flor de piel.

Eduardo Leovino Brizuela Aybar nació en Concepción del Uruguay, en 1920, y cursó el bachillerato en el Histórico Colegio del Uruguay “Justo José de Urquiza”, de 1935 a 1939. En ese colegio su padre era profesor. Pasó luego a la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires (1940-44) donde se doctoró, siendo directores y padrinos de tesis Ricardo Rojas y Antonio Pagés Larraya. En 1947 dejó Concepción del Uruguay donde, en 1944, y por poco tiempo, integró la redacción inicial del diario “La Calle”, firmando notas o viñetas a dos manos con Luis Alberto Ruíz bajo los conjuntos nombres de Critias y Echécates.

En el aspecto profesional, dictó cátedra de historia y de literatura en diversos institutos de la Universidad de Cuyo, y desde 1954 se dedicó exclusivamente a la enseñanza de la literatura argentina y sociología en la Universidad Nacional de San Juan, a cuyo cuerpo titular de la Facultad de ciencias exactas y físicas y naturales pertenece. Fue asimismo director de la sección Letras y rector suplente del instituto del Profesorado. En la actualidad es rector de la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Juan.

Por su labor literaria ha obtenido varios premios, entre ellos el del Centenario del Colegio del Uruguay (1949); el del Consejo del Escritor (1951) y el Premio Provincia de San Juan (1953). Aunque su labor profesoral ha sido siempre absorbente, ha podido escribir algunas obras ciertamente representativas en sus respectivos géneros. Así los cuentos y relatos de El país de los dorados, y el ensayo Sistema expresivo del “Facundo”, la mejor obra que conocemos sobre la estilística sarmientina. Aunque inédita, hemos podido compulsar los originales y advertir que para su tratamiento Brizuela ha hecho un magnífico uso de una nueva metodología y un nuevo enfoque interpretativo. En 1969, la Universidad de Córdoba en su boletín de sociología un ensayo suyo titulado Una sociología del fútbol, cuya edición se agotó en poco tiempo. En cuanto a El país de los dorados se fue publicando en el suplemento literario de un diario de Buenos Aires.



poesía, y en todos esos géneros ha demostrado la posesión de una solvencia intelectual que lo situó desde el comienzo en un lugar destacado dentro de nuestra literatura. Si el género novelesco tiene un experto y agudo psicólogo en este autor de Nogoyá, la crítica tiene en

CCLXI

Ghiano a uno de sus más veraces voceros, en especial la crítica, el análisis o el mero comentario prologal a escritores argentinos clásicos o consagrados. Algunos títulos de su obra evidencian la constancia de su trabajo y el definido propósito de englobar todo el historial literario argentino en grandes cuadros de conjunto, como por ejemplo, Testimonio de la novela argentina, en su Poesía argentina del siglo XX, o la valoración de Lugones, Güiraldes, Arlt, Payró, Carriego y otros.

Ghiano nació en Nogoyá, en 1920, se graduó de letras en el Instituto Nacional del Profesorado de Paraná y siguió las clases de Ángel J. Battistessa en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Pertenece a la Academia Argentina de Letras.

\*\*\*

La obra de Ghiano está constituida por: Extraños huéspedes (cuentos, 1947); Historias de finados y traidores (cuentos 1949; reeditado por J. Mortiz, México, 1972, con el título de Traidores y finados, con el agregado de nuevos textos); Temas y aptitudes (ensayos, 1949); Constantes de la literatura argentina (ensayos, Raigal, Buenos Aires, 1953, que es un intento por sistematizar las características de las letras nacionales); Memorias de la tierra escarlata (novela, 1954); Lugones escritor (1955, Premio Nacional de Crítica); Testimonio de la novela argentina (1956); Poesía argentina del siglo XX (Fondo de Cultura, Económ., México, 1957); La mano del ausente (poemas, 1960); Los géneros literarios (1961); Introducción a Ricardo Güiraldes (1961); La casa de los Montoya (teatro, 1954); Narcisa Garay, mujer para llorar (teatro, primer premio municipal y premio de drama argentinos); Ricardo Güiraldes (1966); Ceremonias de la soledad (1968); Días en el Pueblo (1968); Actos del miedo (Caracas 1971); La renguera del perro (cuentos, ); Vividuras (Crea, 1981), que consiste en frases y pensamientos de diversos autores; Don Cándido Obligado y familia; Antiayer (reedición, teatro, 1971); Donde nunca pasa nada (farsa, ); Noticias más o menos sociales (cuentos); Hace mucho y apenas (poemas, 1982); Tres

tragicomedias porteñas (Goyanarte 1977, con prólogo de Alitio Betti). Asimismo la antología Unos cuantos cuentos (Goyanarte); Vestida de novia; Pañuelo de llorar y Abanico de Venecia, tres trági-comedias estrenadas en Mar del Plata por la Comedia de la Provincia

CCLXII

de Buenos Aires en febrero de 1984. El título que agrupa a las tres piezas es Ceremonias de la soledad.

La renguera del perro ---para tomar un libro como ejemplo--- es una exploración, en nueve cuentos, muy particular de lo cotidiano, una velada crítica a ciertos principios declamados pero no cumplidos, ---el estado de la cosa humana, diríamos---, y es, por último, una demostración del lenguaje siempre pulido de Ghiano, que aquí elude, al revés que en su teatro, el riesgo de las psicologías borrosas. La prisión de lo material, de la crematística, rodea a muchos personajes de esta obra.

MIGUEL Ángel Agustín Silvestrini nació en Manantial Rosales (Comodoro Rivadavia, Chubut) el 28 de agosto de 1927, pero reside en Gualeguaychú, de donde son oriundos sus

CCLXIII

padres, desde los dos años de edad. Estudió en la Escuela Normal, rindió la equivalencia del bachillerato y pasó a Santa Fé para estudiar Derecho, carrera que dejó inconclusa. En 1950 se lo designa director de la Escuela provincial N°62 de Costa Uruguay, cargo que ejerce hasta 1953, en que pasa a la Escuela Nocturna N°5. En forma paralela ejerce desde muy joven otros oficios y cargos, desde maestro de educación física, empleado municipal, viajante de comercio, obrero de una barraca, empleado de almacén, oficinista de una fundición, etcétera, ambientes disímiles que le han permitido confrontar las más diversas psicologías y situaciones y que han pasado a todos sus relatos. También ha sido profesor de castellano, historia, geografía y literatura en colegios secundarios de Gualeguaychú. Actualmente (1973) aparte de su condición de maestro en ejercicio, trabajo de preceptor en la sección Comercial anexa al Colegio Nacional Luís Clavarino y es agente de la Compañía de seguros “San Cristóbal”.

Como actor vocacional se inicia en 1947 al integrar el conjunto “Gervasio Méndez”, con el cual representan a Entre Ríos en el Teatro Nacional Cervantes de Buenos Aires, en el certamen nacional de la Dirección Nacional de Cultura, presentando varias obras. Más tarde dirige y actúa en el Teatro Popular Almafuerte ---primera compañía radioteatral de Gualeguaychú--- y en los conjuntos estudiantiles “La Farándula” y “Estudiantes Unidos”. En 1971 crea y organiza los certámenes provinciales de Teatro Estudiantil, presentando fuera de concurso Así es la vida, y en 1972 Otro toro nació en el sur, de la que es autor. Su actuación en el campo del teatro incluye, además de otras representaciones y dirección de conjuntos, la composición de las siguientes obras: ~~Otro toro nació en el sur~~; Cuando florezca tu malvón; La condena; Coca Twist y Bajo la luna de Soho.

Pero la obra de mayor dimensión de Silvestrini está constituida por una serie de libros de cuentos, varios publicados y otros inéditos que se caracterizan por una tendencia a lo macabro y lo cruento, casi sin excepción. Podríamos denominarlos “el gótico criollo”. Pero, con todo lo ominoso que aparezcan sus escenarios y protagonistas, una singular calidad literaria y un original tratamiento argumental le otorgan indudables méritos y el

derecho a una mayor difusión. De esos relatos ha publicado: Ene Ene; El chasqui (cuentos entrerrianos) y La cabeza de Kits. A esto debemos agregar un libro de relatos para niños.

Silvestrini ha escrito en la revista “Nativa”, de Buenos Aires; en “Antorcha”, de Bahía Blanca y en casi todos los diarios de Entre Ríos. Desde luego, en “El Argentino” de

CCLXIV

Gualeguaychú. Ha obtenido unas veinte distinciones por su labor literaria, entre ellas siete primeros premios.

NACIÓ en el pueblo entrerriano de Larroque (Guaaleguaychú), apenas comenzado el segundo cuarto de este siglo, y realizó sus estudios en la Escuela Normal de Gualeguay,

CCLXV

para pasar luego a la Escuela Superior de Periodismo en la Facultad de filosofía y Letras de Buenos Aires y en la correspondiente de Roma, a la que accedió merced a una beca del gobierno italiano. De regreso a la Argentina dirigió la revista bibliográfica “Señales”, por espacio de seis años. Actuó como secretaria de la Sociedad Argentina de Escritores y se desempeñó como jurado en diversos certámenes literarios. En la misma sociedad dio clases en sus talleres literarios (1972). Ha desempeñado cargos en el Poder Judicial de la Capital Federal, e integró asimismo un programa periodístico en Radio Continental.

Su obra está constituida por La hora undécima (novela, premio Emecé 1961, segunda edición 1967); Los que comimos a Solís (cuentos, premio del Fondo Nacional de las Artes y segundo de la Municipalidad de Buenos Aires, 1965, reeditado con nuevos relatos en 1967); Calamares en su tinta (novela, Losada, 1968); En el otro tablero (relatos, Fabril, 1972); Puebloamérica (novela, Pleamar, 1974); De espejos y daguerrotipos (1978); En el campo de las espinas (cuentos, Pleamar, 1980); Jaque a Paysandú (1983, Bruguera).

La provincia es una materia tangible en los libros de María Esther de Miguel. El milenario “mito de ingestión”, inspirado en la creencia primitiva de que el coraje demostrado por el hombre que se ingiere pasa a quien lo come, se transfigura dramáticamente en Los que comimos a Solís, una obra representativa en la esfera de la provincia. En otros libros suyos la ancha tierra entrerriana no es bastante grande para dejar expandir ciertas personalidades desdichadamente aherrojadas en irremediables limitaciones. El hombre, o la mujer, y no la tierra, son los protagonistas auténticos de María E. de Miguel. Es la carne y no el paisaje, es lo interior y no el contorno. Cuando ella habla de “esta materia inolvidable que es la carne” es porque conoce que puede recrearse a través inclusive de milagrosas resurrecciones o apariciones.

CCLXVI

Adolfo Argentino Golz: Nació en Nogoyá (E. R.) el 8/2/30. Pasó gran parte de su infancia en Viena (Austria). Fue a Australia.

Obra: (en hoja adjunta)

Principales premios: -Faja de Honor de la SADE, género cuento, por “8 Cuentos Octogonales” (1967); Premio Ensayo Periodístico “F. Antonio Rizzutto”, otorgado por la Asoc. De la Prensa Técnica Argentina (1964); “Premio Ensayo Periodístico Hipólito Vieytes”; de AAPA (1980); Primer premio cincuentenario “El Diario”, de Paraná, género cuento (1964); Primer Premio Concurso “Cincuentenario Paraná Rowing Club” (1965); Mención Concurso Ensayo “Premio Fray Mocho”, Direc. De Cultura de E. Ríos (1965); Premio Concurso Ensayo “A. B ello, prócer del idioma”, Conservatorio Literario de Rosario (1989); Premio “San Clara de Asis” como comunicador social (1989), Premio “Jorge L. Borges”, género cuento, FUNDADIC, Córdoba (1987); “Premio Fundación CERIEN”, género ensayo en comunicación social (1987); además otros premios en el género cuento otorgados por la Agrup. Cultura Victoria, diario “El Territorio” de Posadas, Asociación “Mariano Moreno” de Paraná, etc., etc.

Participación en congresos: Delegado por Entre Ríos a: V° Congreso Argentino de Escritores de la SADE (1964); 8° Congreso Argentino de ADVC; Congreso Nacional de Relaciones Publicas (1977); Congreso Nacional de Intelectuales de la Subsecretaría de Cultura de la Nación (1978); I° Congreso Argentino de Comunicaciones de Masas (1965) I° y II° Congreso Argentino de Comunicaciones Sociales y I° Latinoamericano (1979/80); Congreso Argentino de los Medios de Comunicación Social en Extensión (1980); etc., etc.

Principales cargos culturales: ex-secretario de la SADE, Filial E. Ríos; ex-secretario fundador y ex-vicepresidente del Consejo Federal Consultivo de la SADE; presidente de la

Asociación de Escritores Entrerrianos; ex-miembro de distintas comisiones de cultura; director de las Colecciones “Entre Ríos” y “Autores de Hoy” de Ediciones Colmegna; secretario de Cultura del Sindicato de Prensa, etc., etc.

CCLXVII

Otras funciones: Redactor de Prensa de la Gobernación de Entre Ríos (1948-1968); ex-director de las revistas “Letras”, “Guía”, “Enfoques”, “Boletín Universitario” y “Expansión”. Fue redactor de diarios, revistas, corresponsal, integró jurados, escribió prólogos de libros, etc., etc.

Función actual: Desde 1969 se desempeña como jefe de Comunicaciones de la Estación Experimental Agropecuaria Paraná del INTA y en calidad de tal fue becado al Curso de Informaciones dictado en el IICA, en Turrialba (Costa Rica) en 1961, posteriormente cumplió una pasantía de estudio en la Universidad de Puerto Rico. Fue becado para participar en el Curso de Políticas Nacionales de Comunicaciones del CIESPAL en QUITO (Ecuador) en 1976 y en 1988 cumplió una misión de actualización técnica en Australia, en los dos primeros fue becado por la OEA y a Australia en el marco del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas. Además ha participado de seminarios en la Rep. O. del Uruguay, Panamá y Brasil.

Figuración biográfica: “Quienes son los escritores argentinos”, Ed. Crítica (Bs As); “Quién es quien en América del Sur”, Ed. “What’s On S.A.”, “Directorio de Comunicadores”; “Enciclopedia de E. Ríos!, Tomo II de Literatura, Arozena Ed., Paraná; “Direccionario de Escritores Entrerrianos” de la Direc. De Cultura de E. Ríos, etc., etc.

Obras editados

“EL HOMBRE INCOMPLETO” (cuentos) - Editorial Prensa, Paraná. Sep. 1954 (1ª edición); Dic. 1954 (2da. edición).

“LAS EXPOSICIONES AGROPECUARIAS” (Trabajo de Seminario). Editado por el Servicio de Intercambio Científico (SIC). IICA/OEA; Turrialba (Costa Rica), 1961.

“LAS MANOS DEL MONTONERO” - Recitado (plaqueta). Ed. Nueva Impresora, Paraná, 1965.

“OCHO CUENTOS OCTOGONALES” - Ed. Nueva Impresora, Paraná, 1966 (FAJA DE HONOR DE LA SADE).

“LA GARGANTILLA NEGRA” (cuento) - Ed. Gitta Hnos., Santa Fé, 1966 (Primer Premio Cincuentenario “El Diario” de Paraná).

“CRÓNICAS DE ENTRE RÍOS” (selección ontológica) - Ed. Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1967.

“TODOS LOS HOMBRES, NINGÚN AMOR” (cuentos) - Ed. Colmegna, Santa Fe, 1970.

“COMPARTIDARIOS” (cuentos) - Ed. Colmegna, Santa Fe, 1975.

Obras inéditas:

-

“DANIEL ELÍAS, EL POETA DEL SOL” (ensayo) - Mención Concurso Fray Mocho.

“LA PINTURA DE CESAREO BERNALDO DE QUIROS” (ensayo) - Mención Concurso Fundación Caja Nacional de Ahorro y Seguro.

“LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL Y SU INFLUENCIA EN LA IDENTIDAD PROVINCIAL” (ensayo) - 3er Premio Concurso de la Fundación CERIEN (Centro de Estudios de Relaciones Internacionales y de Estrategia Nacional de la Argentina).

“DE ORILLA A ORILLA” (cuentos) - Ed. Colmegna, Santa Fe, 1972.

“CUENTAN PARA USTED” - Ed Colmegna, Santa Fe, 1979.

“ITINERARIO ENTRERRIANO” (poesía y prosa) - Ed. S. E. Suay, Gualeguay, 1981.

“CUENTOS PARA NIÑOS DEL LITORAL” - Ed. Rotary Club de Santa Fe, 1983.

“DIEZ CUENTISTAS DE LA MESOPOTAMIA” - Ed. Colmegna, Santa Fe, 1987.

Figuración en antologías:

“MUESTRA LITERARIA DEPARTAMENTAL DE ENTRE RÍOS” 1973-1975. Ed. Dirección de Cultura de Entre Ríos, Paraná, 1979.

“ENCICLOPEDIA DE ENTRE RÍOS” - Tomo V, Literatura - Arozeno Editores, Paraná, 1981.

ZAMBONI, Olga y BIAZZI, Glaucio. “CUENTOS REGIONALES ARGENTINOS” - Ed. Colihue, Buenos Aires, 1983.

“MUESTRA LITERARIA DE ENTRE RÍOS” 1980-1983 - Ed. Dirección de Cultura de Entre Ríos, Paraná, 1985.

MASTRANGELO, Carlos. “39 CUENTOS ARGENTINOS DE VANGUARDIA” - Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1985.

“...en general sus cuentos se mantienen dentro del escenario que limita el perímetro provincial y salvo en ocasiones lo traslada, su imaginación es múltiple y no se queda meramente en lo folklórico. Por otro lado, imprime decidida o sutilmente una suerte de acción moral que se manifiesta en una ideología del espíritu que busca asentarse en cada criatura prójima. Aparte, el escritor está vivo y radiante en cada página, exaltando con el accionar de los personajes y, en reiteradas ocasiones, asumiendo el rol de protagonista de la ficción.”

Luís Ricardo Furlan

“...tiene el encanto de la narración y una apreciada labor como cuentista. Dentro de la jurisdicción literaria entrerriana tiene usted un nombre y una posición de alto nivel”

Andrés Chabrillón

“...su atmósfera, al mismo tiempo mágica y realista, su honda psicología y su acierto descriptivo colman de placer la lectura.”

Florencio Escardó

“Golz sabe narrar, posee la técnica del cuento y tiene la virtud de dar, en pocas pinceladas, la visión total de sus protagonistas. Su estilo es sobrio, pero no desprovisto de belleza y su presentación de los conflictos psicológicos demuestran que ha logrado ya la maestría del escritor consagrado.”\_

Valmiro Ayala Gauna

“...elude con habilidad el costumbrismo -ese poner el escenario antes que el hombre- y muestra tipos humanos insertos en su circunstancia. Los que somos de la llanura los hemos visto. Sus personajes andan y viven.”

“Cuando me tocó integrar el jurado que le otorgó la Faja de Honor de la SADE, presentí estar ante un excelente cuentista. Ahora que han pasado los años veo que no me he

CCLXXI

equivocado y que tampoco me defraudaste: y que asumes con justicia tu condición de escritor, valioso exponente de las letras entrerrianas contemporáneas.”

Ulises Petit de Muret

A esto habría que agregar “ñoquis” de María E. de Miguel, Juan Filloy, Dardo Cúnes, Leopoldo Marechal, J.C.Ghiano, J. Pedrazoli, etc.

Del Dr ANTONIO PAGÉS LARRAYA: “Acabo ahora de leer sus cuentos, que me han deparado una tarde muy amena. Su desarrollo fluye con espontaneidad y sumerge al lector en su atmósfera. Admiro su destreza para sostener el interés y para dar sentido propio a cada cuento, dentro de sus características diferentes, ya se trate de inferencias psicológicas como las que hilvana en torno al “hombre incompleto”, ya de pinturas humanas como la de “María Delfina”. Creo también que Usted hubiera conseguido mucho más de no ceder a sus evidentes e innatas aptitudes de narrador. No abandone una posición vigilante, crítica, observadora, que le será muy útil en su obra futura, que le deseo sea intensa y pródiga”.

MUY singular es la literatura de este autor entrerriano, nacido en Concordia en 1933. Suele hacer uso de un lenguaje conversacional, popular a veces, y un trasfondo a veces dramático, a veces humorístico, de ese humor irónico al que los críticos han considerado siempre el único o el mejor humor. Según el diario “La opinión”<sup>143</sup> “algunos de los más memorables relatos de la reciente literatura argentina han sido escritos por Blastein”.

Reside en Buenos Aires, y dirige un taller literario.

Su obra se constituye con Sucedió en la lluvia (poesía, Premio Fondo Nacional de las Artes, edic. Stilcograf, 1965, con xilografías de Judith Blastein); La felicidad (cuentos, Galerna, 1969); La salvación (cuentos, Centro editor de América Latina, 1971); El mago (cuentos, 1974); Dublín al sur (cuentos, El Cid Editor, 1980). De su obra Cuentos cortitos así Blastein anticipó dos en la revista “Ser” de Concepción del Uruguay, publicados asimismo en separata en 1973. Uno de ellos es “Adonai”

Adonai iba por el mundo vendiendo las tablas de la ley. Las llevaba sobre el hombro y pregonaba:

--A dié la tabla de la ley, a dié.

Nunca nadie le compró nada.

Pero cuando murió, un carpintero que también era hebreo, escribió su nombre como lo escriben los hebreos, de derecha a izquierda. Nunca nadie alcanzó a entender qué quería decir esa palabra escrita sobre la losa con el lápiz de carpintero:  
IONADA.

Pero eso sí, nadie se animó a borrarla. Ni siquiera la lluvia.

---

<sup>143</sup> Del 28 de diciembre de 1975. Suplemento cultural, p. 8.

Ramón Luís Torres

Nacido en Diamante, donde reside, este cuentista ha ejercido el periodismo, intervino en la fundación de la Asociación de Escritores Entrerrianos (Diamante, mayo de 1969), obtuvo el premio FACER de cuentos de ese mismo año, así como el primero “Fray Mocho” de la Dirección de Cultura provincial por su libro de relatos Los rostros, editado en Santa Fe en 1971. En 1968 había recibido el tercer premio en el certamen provincial del Cuento organizado por el Círculo de Literatura de Concepción del Uruguay, y en 1972 se lo distinguió con el primer premio del Fondo Nacional de las Artes por su novela Contra reloj.

Los rostros recoge siete piezas narrativas de una incomún calidad expresiva y argumental, y no obstante la diferencia estilística de relatos como “consecuencia de las ruinas” y “Final a bordo”, por ejemplo, los une una misma atmósfera de frustración, de desgana vital a veces, que envuelve a los protagonistas. Ha publicado, además, Memoria sobre la marcha (Colmegna, Santa Fe).

CLARA Isabel Marsilli

Cuentista y poeta de Chajarí (Federación), donde nació el 5 de noviembre de 1946, ha publicado sus poemas en la página literaria de “El Sol” de Concordia. Obtuvo el primer premio del certamen “Flor de Lis” de Radio Splendid (1965) por “consejo criollo”. Hacia 1972, según la nota que le dedica en la Muestra Literaria Departamental de Entre Ríos, se desempeñaba como secretaria de la Comisión Municipal de Cultura y auxiliar de secretaría de la Municipalidad local. Su literatura es costumbrista.

Autora de cuentos de temas provincianos, Gloria Iris Morard nació en Colón el 19 de diciembre de 1925 y estudió en la Escuela Normal. Encargada de la sección Letras de la

CCLXXIV

Comisión Municipal de Cultura de Colón, también tiene a cargo la página literaria del periódico "El Entre Ríos". En el certamen de cuentos del Consejo General de Educación obtuvo el segundo premio (1962) y dos terceros premios en 1966 y 1969, este último en el Concurso Litoral de Cuentos del Círculo Literario de Concepción del Uruguay. Figura en la La Muestra Literaria Departamental de Entre Ríos (1972).

#### Guillermo Horacio Gruben

Nacido en Concepción de Uruguay el 9 de enero de 1948,, reside desde la edad de cinco años en la Capital Federal, donde realizó estudios publicitarios, obteniendo el título de Técnico en Propaganda. Más tarde ingresa en la Escuela Superior de Periodismo y se especializa en fotografía. Sólo tenía quince años cuando ingresa como argumentista de historietas en la revista "Historias Tangueras", y luego a la editorial Mazzone con idéntica función. En 1964 colabora en una revista de arquitectura, "El arquitecto constructor", y al mismo tiempo se desempeña como jefe de tráfico de la empresa periodística Perrone. Corresponsal en Buenos Aires del diario "El Trabajo" de Mar del Plata, efectúa comentarios bibliográficos y musicales. Como humorista, colabora en "Patoruzú", "Rico Tipo" y "El cronista comercial". Igualmente integró el equipo de argumentistas de García Ferré, escribiendo "Las aventuras de Hijitus", para la revista respectiva. En 1970 ingresa en la redacción de la revista "Esquí color", donde desempeñó importantes tareas organizativas y de redacción, completando sus notas con fotografías propias. Luego fue jefe de fotografía de dicha publicación, e igual cargo, más tarde, de la revista "Gente". En la actualidad, se desempeña en la editorial "Perfil". Lo mencionado es apenas una parte de la intensa labor periodística de este joven escritor, que ha transitado asimismo por el teatro. Como cuentista, y en lo que respecta a Entre Ríos, fue seleccionado con otros cinco autores para integrar la antología del cuento entrerriano Seis Escritores de Concepción del Uruguay (Centro Editor Río de los pájaros, C. del Uruguay, 1970).

Nacido en Clara (Villaguay) en 1936, se radicó en Concepción del Uruguay donde efectuó sus estudios básicos y obtuvo el título de perito mercantil en el Colegio Nacional, y el de profesora de castellano y literatura en el Profesorado de la Escuela Normal. Ejerció el magisterio en la Escuela Nacional de Educación Técnica N°1 “Ana Urquiza de Victorica” (antigua Escuela Profesional de Mujeres), y en otras casas de enseñanza. Publicó Versos a Israel, en colaboración con Pablo Schvartzman (1955), y ha obtenido numerosas distinciones por su obra inédita. Uno de sus cuentos, “Norma Narváez con minúscula”, figura en la antología Seis Escritores de Concepción del Uruguay (1970). Se dedica asimismo al teatro y a la literatura infantil.

Aníbal Romeo Cúneo

Cuentista, nacido en Gualeguay el 21 de febrero de 1929, pero residente en Gobernador Mansilla, donde se desempeña como empleado del Banco de Entre Ríos. Es maestro normal nacional. En 1965 obtuvo el primer premio del concurso literario de la Dirección de Cultura de Entre Ríos, en la sección cuentos infantiles. Su única obra publicada hasta el presente es Remigio (1969), cuento de ambiente litoraleño.

Roberto Beracochea

Oriundo de Gualeguay, abogado, publicó las novelas La estrella enlodada (1952); El tiempo indeciso (1953), Sombras en el viento (1955), y Los cauces alucinados (1960) y Juan Martín Lucero (1982). Además, un folleto, Delincuencia Juvenil (1960).

OMAR SCOLAMIERI BERTHET

“Glosó el paisaje de las riberas y los montes aledaños hundiendo su pincel en la dócil

sustancia de su emoción”, escribió hace más de cuarenta años (1942) Ernesto Bourband acerca de Omar Scolamieri Berthet, el pintor entrerriano que con mayor asiduidad y fidelidad ha preservado el paisaje de las riberas y las islas del departamento Uruguay, y al

CCLXXVI

que, por si no le bastara, transmite asimismo y con idéntica emoción de las formas y los colores, desde las páginas de tres pequeños libros escritos en su cabaña de “Yeí-Porá” (Retiro hermoso), que él mismo ha levantado en la isla enclavada frente el puerto de Concepción del Uruguay.

Hasta ese sitio del alma donde el lenguaje de los pinceles no puede acceder, llegaron en cambio las palabras de sus libros: Mi mundo está allá (edit. Leonardo, Buenos Aires, 1963) y La vida con Juanjo (C. del Uruguay, 1972). La revista “Ser” que dirigía Roberto Ángel Parodi editó un cuaderno con un fragmento de su primera obra y le añadió cinco reproducciones de paisajes de Omar (1973). La edición original lleva una presentación de Eduardo Brizuela Aybar, que éste publicara originalmente en “Selecciones Argentinas”, y un prescindible recuerdo de Ofelia Britos de Dobranich.

Scolamieri Berthet nació en 1915 y vivió hasta 1980 en la casona familiar que habitara el general Urquiza, en Concepción del Uruguay. Este artista entrerriano era oriundo de “La Colonia”, cerca de Colón, y después de los veinte años se radicó en la antigua capital entrerriana donde, además de sus actividades en el campo de la plástica ha sido presidente de la Comisión Municipal de Cultura, secretario de la Biblioteca Popular, conferencista en diversos puntos del país y del Uruguay, autor de canciones populares, pero por sobre todo, pintor. Ha efectuado unas cincuenta exposiciones de su labor plástica y ha obtenido varios premios. Realizó asimismo un viaje a Europa.

Mi mundo está allá es, simplemente, el minucioso relato de la vida en la isla de los pájaros, sus conversiones con el rey de los vientos. En un manual como el presente, sólo podemos señalar la psicología singular de uno de los personajes vivos de su libro, Juanjo; o el curioso hombre de 3175 años o las pequeñas aventuras cotidianas en la isla. Hombres y naturaleza colorean y dan vida a la totalidad de esta prosa, ingenua a veces, andante ---como que es hija de río--- hermanada con toda razón con el alma de la pintura del autor.

Nació en Buenos Aires, en 1912, pero reside en Paraná desde hace muchos años. Escribió Travesuras (1948); El toro de las astas de oro; Una vida cualquiera (1950);

CCLXXVII

Insomnio (1952); Las cuchillas se vistieron de rocío (1954); Como una flor de seibo (1962); y Patria, linda palabra (1963).

#### María del Pilar Bescós

María del Pilar Boscós de Siboni, oriunda de Concepción del Uruguay, ha ejercido el periodismo en Buenos Aires, donde reside. Viajó por Europa y colabora en “La Nación”, “Atlántida” y otras publicaciones. Es autora de El harén todavía; Detrás del río; Dos mil años en sombra (Kraft, 1968) y otras obras.

#### Carlos Dubner

Nació en Entre Ríos en 1939, pero ha vivido muchos años fuera del país. Su profesión de arquitecto lo llevó a sitios tan distantes como Argelia, Pakistán, Irán (Teherán) y Francia. En la actualidad reside en Mendoza. Hasta 1970 vivió en Teherán, donde preparó un proyecto para el concurso internacional de la Biblioteca Pahleví de la capital persa. En 1964 publicó una plaqueta, El pequeño tipo, con una introducción de Ernesto Sábato y un dibujo de Carlos Alonso. Otro trabajo literario suyo, Kirti, fue recomendado por Roger Caillois a la editorial Gallimard. Escribió además La piedra y sus reflejos; Libro de África y Un poeta místico de Persia (traducción de cincuenta poemas de Rumí). Tiene varios libros inéditos.

#### Diego Angelino

Nació en Paraná en 1944, y reside y trabaja desde hace años en El Bolsón (Río Negro), sitio que suele alternar con visitas a Comodoro Rivadavia y Buenos Aires. El diario “La Nación” le otorgó el premio de cuentos por su serie de relatos Antes que amanezca

(1975). La Dirección de Cultura de Río Negro lo distinguió con un premio por su relato

“Contragombito”. Su obra publicada consta de Al sur del sur (novela); Mi canto mío (poemas); Con otro sol (Corregidor, 1976) y Recordando en el viento (novela Corregidor, 1983).

CCLXXVIII

La poética de Angelino es de vestidura transparente y cálida, poco metafórica y a veces meramente descriptiva, pero da como resultado pequeñas revelaciones del tiempo, del espacio y del sentimiento. -

### III

#### EL ENSAYO Y LA CRÍTICA

NACIÓ en Gualeguaychú el 22 de octubre de 1879, y murió en Buenos Aires el 1 de julio de 1945. Eleuterio Francisco Tiscornia se formó en la Escuela Normal de Profesores de Paraná, iniciándose en la docencia en una escuela primaria de Azul (provincia de Buenos Aires), para continuar su perfeccionamiento profesional en la facultad de Filosofía y Letras de la Capital federal y en el Instituto del Profesorado Secundario. Una vez en posesión de sus títulos retornó a la docencia, en la Capital Federal, manteniendo las cátedras de Gramática y Literatura Española y Americana en el colegio nacional Manuel Belgrano, del que fue vice-rector desde su fundación, y luego rector. Dictó clases en otros establecimientos, fue vocal del Consejo Nacional de Educación y finalmente logró los beneficios previsionales de ley, dedicándose intensamente a los estudios y las investigaciones literarias. Porque Tiscornia se distinguió, en forma casi privativa, en la crítica textual desde el punto de vista del aparato externo de la estilística.

En 1930 le fue otorgado el segundo premio Nacional de Literatura; fue miembro de número de la Academia Argentina de Letras (sillón José Hernández) y colaboró en calificadas publicaciones, entre ellas la “Revista de Filología” y el “Boletín” de la mencionada Academia, y en “La Nación”. Se contó como miembro del Instituto de Filología, de la Asociación Folklórica Argentina, de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares y de otras sociedades de Cultura. Además, le complacía ejecutar la guitarra, y en una obra suya se advierte su pasión indagatoria por los grandes maestros de ese instrumento, como luego lo hiciera Luís Sadí Grosso.

Tiscornia se especializó en literatura gauchesca, sobre todo en las formas

lingüísticas de este género nacional, que lo condujo a comentar y anotar magistralmente el

Martín Fierro, a estudiar la vida de su autor e inclusive los antecedentes de esta forma expresiva (Hidalgo, Ascasubi, etcétera), razones todas que, además de calidad interpretativa, lo sitúan sólidamente en la estructura de la exegesis hernandiana.

CCLXXX

Tiscornia dejó obras representativas, tanto sobre temática hispánica como sobre literatura culta y gauchesca (o rural) argentina, de acuerdo a la siguiente bibliografía: Representación ideal de don Quijote; Discurso sobre la Poesía castellana, de Argote de Molina (edición y notas de E. F. T.); ~~El gaucho Martín Fierro~~, por José Hernández (Facsímil de la primera edición, con un estudio de EFT, Buenos Aires, 1940); Poetas gauchescos: Hidalgo, Ascasubi, Del Campo (Bs Aires, Losada, 1940); Vida de Andrade (edic. de la Academia Argentina de Letras, 1943), y otros estudios literarios y filológicos, como el de la grafía santafesino o santafecino, etcétera.

ENTRE la poesía, el ensayo y el humorismo dividió Félix Estaban Etchegoyen su vocación literaria. Nacido en Gualeguaychú el 3 de agosto de 1893, estudió en el colegio del Uruguay, fue interno de “La Fraternidad” y presidente de la Protectora Fraternal por decisión de sus compañeros de estudio. En dos años terminó la carrera de abogacía, cursó en dos la de Diplomacia y dos de la Consular en la Facultad de Derecho de Buenos Aires. En julio de 1915 se graduó de doctor en jurisprudencia con una tesis sobre Derecho Civil.

Por su cooperación con Francia durante las dos guerras se le otorgó el diploma de “Amigo de París”, en enero de 1953, y por su consagración a la causa de la cultura francesa se lo condecoró con el grado de Caballero de la Orden de las Palmas Académicas de Francia. No terminan aquí las distinciones recibidas, pues también fue condecorado por el gobierno de Brasil en 1935 con las insignias de Oficial de la Orden del Cruzeiro do Sul, en Itamaraby, por sus estudios sobre literatura brasileña, y también por su actividad en fomento del intercambio cultural entre aquel país y el nuestro. En 1955 una nueva distinción lo proclama Comendador de la misma Orden, Fue laureado catorce veces en los Juegos Florales del Languedoc (Francia), de los que fue Mantenedor.

Dictó varias decenas de conferencias sobre literatura luso-brasileña, que era su especialidad, e igualmente publicó diversos artículos de igual temática en “La Nación” y “La Prensa” de Buenos Aires. Murió en la Capital federal el 28 de octubre de 1969.

De su obra literaria debemos mencionar, entre otros libros, Cardos y abrojos, sonetos políticos publicados en 1934; Panal sonoro (poemas 1943); El monóculo de Eca de

sonetos póstumos publicados en 1954; Antología (poemas, 1955); Antología de la poesía  
Queiroz (antología humorística, 1954); Loro borracho (versos humorísticos, 1956); El  
delito de opinión (ensayo, 1958); El proceso Baudelaire (1959); y las traducciones El  
Rubaiyyat de Omar Khayyám; El jardín de las rosas, de Saadí (ambas del francés); Iracema,

CCLXXXII

novela de José de Alençar; El príncipe galante, drama de Christovam de Camargo; y  
Estampas de Guanabara, de Clavo Bilac (del portugués).

77

JUSTO GERMÁN MEDINA

ABOGADO, político, profesor y autor, Justo Germán Medina había nacido en Gualaguay en 1894. Estudió en el colegio nacional de Paraná y en la Universidad de La Plata, donde obtuvo el título de abogado (1917), radicándose al año siguiente en La Paz. Como periodista, dirigió el diario “El Demócrata” de esa ciudad a partir de 1931. Su inquietud por la música se canalizó hacia la ejecución del violoncelo. En el campo profesional mantuvo una cátedra de historia, y como político integró los cuerpos dirigentes del Partido Demócrata Nacional. Fue legislador provincial y nacional, miembro de la Convención reformadora de la Constitución Nacional (1957) y candidato a vicegobernador. Con anterioridad (1933) había formado parte de la Asamblea de la nueva Constitución entrerriana. El 15 de abril de 1934 presentó un proyecto de Ley de Imprenta, definiendo los delitos de esa actividad y los delitos comunes cometidos por medio de la prensa.<sup>144</sup>

Su obra escrita y publicada consta de La Constitución de Entre Ríos; Por una orientación democrática en la política ganadera del país; Anteproyecto de Código en lo contencioso-administrativo para la provincia de Entre Ríos y Política agraria.

---

<sup>144</sup> Ver Periódicos y Periodistas de Entre Ríos, de Aníbal S. Vásquez, págs.. 25/26.

NOS ha dejado una obra en prosa y verso que, si bien no es extensa, tradujo, transmitió la sencillez y la claridad de su alma, una forma benévola de vivir y quizá la eterna espera indevelada del corazón femenino. Ana Etchegoyen, hermana menor de Félix, nació en Gualeguaychú el 28 de noviembre de 1896 y murió en la misma ciudad el 25 de mayo de 1966. Cursó los estudios primarios y secundarios en la escuela normal “Olegario V. Andrade”, y obtuvo el título de maestra, profesión que ejerció en la misma escuela, además de dictar clases de francés, literatura y didáctica. Era corresponsal del diario “La Prensa” en Gualeguaychú y colaboradora del mismo órgano, así como de “La Nación”, “La Capital” (Rosario), “El Diario” (Paraná), “Crisol” (Victoria) “El Argentina” (Gualeguaychú), etc. Fundó la sección infantil de la Biblioteca Popular Sarmiento y dictó numerosas conferencias en el Instituto Magnasco de su ciudad natal y en la Universidad Popular, en que asimismo revistaba como profesora.

Su obra consta de los siguientes títulos: Ensayo crítico sobre “La ciudad alegre y confiada”, de Jacinto Benavente (folleto, Premio del Consejo de Mujeres, Buenos Aires); Una vida (novela corta); Jorge (prosa evocativa, homenaje a un hermano muerto trágicamente, 1940); Amanecer en canciones (poesías para niños, 1944); Lámparas

trágicamente, 1940), Amancebí en canciones (poesías para niños, 1944), Lamparas encendidas (breves ensayos y semblanzas, Bs Aires, 1965); y Alas fugaces (poemas).

CCLXXXIV

EL infatigable escoliasta de José Hernández<sup>145</sup>, que poco consume su devoción por otras búsquedas y otras creaciones propias, nació en Gualeguay el 13 de setiembre de 1900 y murió en Buenos Aires el 5 de agosto de 1969. Era hijo de don Gregorio A. Villanueva, profesor normal y director de “Tribuna”. Maestro de escuela y profesor, Amaro Villanueva ejerció la docencia durante su tiempo, para dedicarse luego al periodismo. En tal carácter, fue redactor desde 1927 del periódico “Crónica”, dirigido por Aníbal G. Vásquez; luego (1930) se desempeñó como vice-director de “Entre Ríos”, dirigido por Ernesto Sanmartino, y en 1938 dirige la revista “Comarca”, todos de Paraná. Integró igualmente las redacciones de “El Diario” de esta ciudad ---de cuya página literaria sería director---, y la secretaría de “El Litoral”, de Santa Fe.

Unos cursos de medicina en Buenos Aires quedaron definitivamente inconclusos. De regreso a Paraná se reincorpora al periodismo y a la vida literaria. Presidió el grupo “Vértice” e inició la difusión de su obra en verso y prosa, sin estridencias, en tanto

elaboraba las ideas directrices de sus libros fundamentales sobre el mate y Martín Fierro.

---

<sup>145</sup> Gregorio A. Villanueva. A partir de 1902 dirigió el diario "Tribuna" de Gualeguay. Fue jefe de policía de Colón, presidente de la sociedad educacionista de Gualeguay y diputado por este departamento en la legislatura provincial. "Era un ciudadano respetable, culto, que dilucidó con mesura y sereno juicio los problemas controvertidos en la época, y murió rodeado del aprecio vecinal el 2 de marzo de 1928" (Aníbal S. Vázquez, *op. cit.*)

CCLXXXV

Como tantos otros escritores entrerrianos, Amaro Villanueva se inició con un libro de poemas, Versos para la Oreja, en 1930<sup>146</sup> que preanuncian al poeta irónico, humorista, dicharachero pero en otros casos altamente lírico, de sus Son sonetos (1952), que recoge composiciones escritas desde 1938. Pero son sus estudios críticos e históricos los que le han dado mayor notoriedad. En 1938 edita el libro Mate. Exposición de la técnica de cebar, que mereció un premio regional de la Comisión Nacional de Cultura y donde nuestro escritor inauguraba según un crítico, "un tipo de investigación y de ensayo desconocidos pero reclamados con insistencia". Esta obra fue reeditada en 1960, muy ampliada, pero no contiene una serie de capítulos que aún permanecen inéditos<sup>147</sup>.

En 1945 aparece la obra que le diera tanta notoriedad en la esfera de la exegesis hernandiana: Crítica y Pico, incesantemente retocada, extendida, y que fue también materia de una polémica con Ezequiel Martínez Estrada. Para Villanueva, el poema Martín Fierro no es una obra de creación inconsciente; tiene un sentido social, y el propio Villanueva escribió que "es posible afirmar que El Payador [de Lugones] quedará en nuestra historia literaria como la última, la más hábil y la más talentosa reticencia de nuestras clases superiores, a la grandeza espiritual del único poeta absoluto que posee el país".<sup>148</sup>

Crítica y Pico fue reeditada con un prólogo de Ángel Héctor Azeves. Luego de estos libros, Villanueva publicó La mano (cuentos). Garibaldi en Entre Ríos; José Pedroni (Ediciones Culturales Argentinas); El ombú y la civilización; El lunfardo (separata de la revista "Universidad", de la Univ. Nacional del Litoral, 1962), que era un mero anticipo de otra obra de gran aliento, el Diccionario Etimológico Lunfardo, que dejó sin terminar pero que aun así es el más extenso de todos cuantos se han publicado hasta ahora. También inéditos se hallan los versos de Lunfardópolis, las páginas de Boca sucia (para una picaresca criolla) y un estudio, El problema de la tierra en los pueblos americanos. No entran en esta enumeración la larga nómina de artículos que dispersó en publicaciones como "La Nación", "La Prensa", "Orientación", "Realidad", "La Capital", "El Litoral", "El Diario", "Columna" y otros órganos de prensa del país.

<sup>146</sup> Fue impreso a mimeógrafo por César A. Ferreyra, 200 ejemplares ilustrados por Miguel Lozano Muñoz, Trinaz Fox y una carátula de Sergio Sergi. Tenía 83 páginas y constituye una pieza bibliográfica inhallable.

<sup>147</sup> Estos capítulos complementarios se titulaban Refranero del Mate; Supersticiones y leyendas; Vocabulario; Historia de la Yerba; Iconografía del Mate, y Psicología del Matero.

<sup>148</sup> Artículo de Amaro Villanueva sobre Hernández en "Columna" (1937). No podemos compartir el juicio de Villanueva sobre Hernández como "poeta absoluto" de la Argentina. Hernández es "un" estilo, no todo el estilo de la poesía argentina.

CCLXXXVI

Aparte de su obra creativa personal, tradujo del francés (con Julio H. Meirama) los poemas del poeta turco Nazim Hikmet; estudió y prologó la obra Los estudiantes, de Víctor Mercante, Recuerdos de Buenos Aires, de Wilde, y puso un prefacio a la obra Poesías de mi aldea, de P. Jacinto Zaragoza. En otros órdenes, integró como tesorero la primera comisión directiva del Círculo de Periodistas de Paraná (1935). En Buenos Aires, donde se radicó tardíamente y formó su hogar, intervino en la fundación de la Academia Porteña del Lunfardo. Hábil carpintero de entrecasa, Villanueva se dedicó en los últimos años ---aquejado ya por una dolorosa enfermedad--- a la creación de "retratos" muy originales, cuya base material eran los sencillos cepillos de piso, nuevos, que torneaba a cortaplumas y con los que creaba rostros de una notable expresividad: malevos, milonguitas, personajes del campo y del arrabal, con aditamentos exóticos dentro de los habituales recursos de la plástica o el "collage": bolitas, tapitas, la misma paja dura de los cepillos para bigotes y pelos, etcétera. Y naturalmente, sabía modelar mates. Debemos también decir que, como Tiscornia, Grosso o Clara Luz Zaragoza, ejecutaba la guitarra.

LARGOS pero ciertamente fecundos fueron los años de silencio de Susana Matilda Giqueaux, puesto que sólo en la última década inició la publicación de sus acendrados poemas, de sus lúcidos ensayos y de sus intensas prosas de imaginación, tanto en francés como en castellano. Nacida en el departamento de Nogoyá en 1904, se radicó en Concepción del Uruguay, y desde su más temprana edad estudió “con apasionamiento” la lengua francesa de sus ancestros, obtuvo el diploma superior de la Alianza Francesa de Buenos Aires y realizó un curso de perfeccionamiento en el Liceo Pedagógico Internacional de Sevres (Francia). Más tarde efectuó un curso de alemán en la Universidad de Estrasburgo y un seminario interdisciplinario en la Facultad de Teología de la misma ciudad. Ha sido profesora de francés en todos los institutos secundarios de Concepción del Uruguay donde, igualmente, ha participado de todo tipo de actividades culturales, incluyendo literatura, música y artes plásticas. En este orden ha dictado varias conferencias sobre literatura francesa, y desde 1965, año en que estudió en Francia las catedrales góticas, sobre este tema. En la X Jornada Poética de Diziópolis (Uruguay) fue invitada a hablar sobre

sobre este tema. En la X Jornada Poética de Piriapolis (Uruguay) fue invitada a hablar sobre Jules Supervielle y sobre el mismo tópico por la Alianza Francesa de la Capital Federal, al conmemorarse el décimo aniversario de la muerte del poeta. Fue asimismo invitada para disertar sobre poesía argentina actual en el Instituto de Español y Portugués de la Universidad de Estrasburgo. También disertó sobre Supervielle en la Galería Nexo.

CCLXXXVIII

Su perfecto conocimiento de la lengua francesa y castellana le ha permitido efectuar excelentes traducciones de poemas de Supervielle, Saint John-Perse, Lubicz Milosz y otros, así como de Rilke directamente del alemán (Elegías de Duino y Sonetos a Orfeo). Los cuadernos “Herrera y Reissig” de Montevideo recogieron algunas de esas traducciones en un volumen.

Hasta este momento su obra publicada está constituida por Paul Claudel a la luz de Paul Claudel (“Ser”, C. del Uruguay, 1967); Juan L. Ortiz y la Poesía como desvelo (íd. 1971); Mar de Fondo (Primer premio del Fondo Nacional de las Artes, ). L’unique lumière (poemas, El Mirador) y La pandilla (novela juvenil, ídem, 1982). Figura en diversas antologías provinciales, como Poetas de Entre Ríos (“Ser”, 1969) y Travesía. 15 poetas de Concepción del Uruguay (1969). Su labor inédita es vasta, y de ella podemos citar una

novela en francés, L’Oiseau dans la nuit, y las páginas líricas de La neige laintaine, y varios ensayos. Susana Giqueaux tradujo asimismo varios poetas argentinos al francés, como Juan L. Ortiz. Fundó y dirigió la revista “Litoral”.

De una gran nobleza estilística, tanto Mar de fondo como L’Oiseau dans la nuit honrarían a cualquier escritor. Una travesía por el Atlántico permite a esta escritora devanar sutilmente las tramas psicológicas de los más disímiles personajes, dentro de un planteo novelístico muy original, ya que, en la ficción, no se trata de un novelista que estudia los caracteres para luego encuadrarlos dentro de un argumento sino de una persona que recoge esos datos para ofrecerlos a otros escritor. Muy original. En cuanto a su poemática, es altamente confesional, íntima, y tanto su poesía en francés como en castellano aciertan en la brillantez del lenguaje y en originalidad de las imágenes.

ESCRITOR y médico psiquiatra, poeta y científico (1894-1960), tuvo una destacada participación, cuando era estudiante, en la Reforma Universitaria. Una vez doctorado, se especializó en medicina legal y ha redactado más de doscientas monografías científicas. Fue profesor de medicina legal y de ontología médica en La Plata y Buenos Aires, renunciando en 1946 para retornar a las cátedras muchos años después como profesor titular de la misma materia en la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Fue miembro de la Academia Internacional de Medicina Legal de la Argentina.

Además de trece libros de poemas, publicó: Motivos entrerrianos; Sierras y cuchillas; Mascarón de Proa; Tres mujeres; El beso; La aventura de la libertad en el hombre. De sus obras científicas citamos: La sugestión en el delito; Reacciones delictuosas de los alcoholistas; Situación legal de los afásicos; Cinco conferencias sobre criminología; Inclusa de relojes; Los hijos de Hansen; La sociedad y el delito; y Memorias de un practicante.

UNO de los más fecundos ensayistas de Entre Ríos, que nació en Concepción del Uruguay el 16 de junio de 1924. En la misma ciudad obtuvo su título de maestro normal y más tarde el de profesor de castellano y literatura en el Instituto del Profesorado (1945) de Paraná. Pero aparte del absorbente ejercicio de la docencia, en el Instituto del Profesorado de Concepción del Uruguay, Parodi diversificó sus actividades sin que perdieran la profunda unidad que las ha individualizado. De ese modo, inició la publicación de sus estudios sobre autores de la provincia y de otras partes del país en hojas de Paraná, Concordia, Concepción y, muy singularmente, en la revista “Ser”, que el propio Parodi proyectó hacia 1962 como un medio adecuado para realzar el recientemente creado Instituto que citamos. “Ser”, es preciso decirlo, es una de las mejores revistas literarias que aparecen en el ámbito litoral, por su regularidad y la calidad de sus colaboraciones. Paralelamente a su labor directiva de esta revista Parodi organizó, sobre la base de los alumnos de la sección Letras del Profesorado, el “Círculo de Literatura”, institución que desde 1966 promovió

finalmente, a nivel nacional<sup>149</sup>. La actividad docente de Parodi se completó con sus cátedras en el Colegio Nacional.

Aparte de numerosos artículos críticos periodísticos y folletos con el sello de “Ser”, sobre Mastronardi, Sobrón de Trucco, Sofía Acosta, Delio Panizza, el libro Montielero de Balboa Santa María, Borges como poeta, Almafuerte, Pedro Miguel Obligado, etcétera, Parodi ha publicado las siguientes obras: La poesía de Borges (1962); Conocimiento de Carlos Mastronardi (1969); Las décimas y los sonetos de Daniel Elías (Dirección de Cultura de Entre Ríos, Paraná 1971); Raúl González Tuñón. España. La izquierda y los barrios armados (1973); La gramática estructural y su enseñanza en la escuela secundaria (1967); Poldy de Bird y el mar (1968); Estilística de los romances viejos (1970); Los límites del cuento y la novela (1971); Fábula de Polifemo y Galatea, de Góngora (Estudio preliminar, notas y vocabulario de la preceptiva gongorina Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1973), que constituye un estudio realmente imprescindible para penetrar la estética gongorina y su hermetismo; Poesías de Garcilaso de la Vega (selección, estudio y notas de R.A.P., Kapelusz, 1968).<sup>150</sup>

Parodi prologó la antología Travesía y el libro Pasión del Canto, Ángel Vicente Araoz (Gualeguaychú 1972). En ocasión de presentarse este último libro y en adhesión al año hernandiano, el Instituto Magnasco invitó a Roberto Ángel Parodi a pronunciar una conferencia. En esa oportunidad habló sobre el poeta y su destino.

Murió en Buenos Aires, donde se asistía de una enfermedad, el 21 de agosto de 1975.

---

<sup>149</sup> Dentro de esta actividad debe destacarse los Juegos Florales de Concepción del Uruguay, la Fiesta Nacional de la Poesía en el año 1971, en que el propio Parodi actuó de jurado, y el poeta Luís Gonzaga Cerrudo de mantenedor. En tal oportunidad obtuvieron los premios Lelio Di Persia, T. Zapata y Pablo Schvartzman. El año anterior, en idénticos Juegos, los premiados fueron J. Orlando Barone, Rosa María Sobrón de Trucco y María Argüello, en poesía; y en cuentos Isidoro Salzman, Sofía Acosta y Julio César Vega.

<sup>150</sup> Todos los libros donde no figure editor son del sello "Ser".

CCXCII

NACIDO en Concordia el 16 de febrero de 1922, cursó estudios en la Universidad Nacional de La Plata, donde se graduó de abogado en 1944. En 1955 recibió el grado de Master in Law in Comparative Law (magna cum laude) en la Southern Methodist University Law School de Dallas (Texas, Estados Unidos), institución de la cual fue profesor asociado en la materia derecho comparado (1955-56). En 1959 obtuvo el título de doctor en Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, donde fue adjunto de Filosofía del Derecho entre 1958 y 1966. Asimismo se desempeñó como profesor visitante en las universidades de Indiana (1979) y de Louisiana (1980). Entre 1968 y 1969 realizó estudios de posgrado en la Universidad de Oxford.

En otro orden de actividades, el doctor Carrió se desempeñó como director general de Asuntos Jurídicos del Ministerio del Interior (1956-1957); conjuer de la Corte desde 1963 a 1966; miembro de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (OEA) desde 1972 a 1976. Mantuvo un estudio

CCXCIII

jurídico en sociedad con Laureano Landaburu, y el gobierno del presidente Alfonsín lo designó presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación (diciembre de 1983).

Escribió y publicó numerosos trabajos de su especialidad, entre los que mencionamos ~~Recurso de amparo y técnica judicial; Notas sobre Derecho y Lenguaje;~~ Recurso extraordinario por sentencia arbitraria en la jurisprudencia de la Corte Suprema.

La novela, el cuento y la crítica entrerriana tienen en Carlos Sforza a uno de sus más responsables representantes. Nacido en Victoria en 1933, se consagró a los estudios humanísticos y en materia literaria a la interpretación crítica de la obra de varios comprovincianos, sin dejar de abordar por eso una temática más universal y trascendente, como la que indica el título de uno de sus ensayos: El silencio de Dios a través de una novela argentina que en 1964 mereció una distinción especial en los Segundos Juegos Florales Nacionales “Tomás Stegagnini” de “La Capital” de Mar del Plata. Dirigió la parte literaria de los diarios “El Sol” y “La Mañana” de Victoria. En 1961, el Consejo del

Escritor distinguió su obra Valoración de León Bioy. En 1964 recibió el primer premio “Honorable Concejo Deliberante” en el concurso nacional de homenaje a Gaspar L.

Benavento por un ensayo sobre La de las siete colinas, el libro que el poeta escribiera sobre la ciudad de Victoria, conocida con las palabras de aquel título. En 1967 obtuvo el segundo

CCXCIV

premio en el concurso provincial de cuentos de la Agrupación Cultural Victoria. En 1969 fue galardonado con el segundo puesto en el certamen de ensayos sobre una novelística argentina que organizara la Asociación Literaria “Nosotros” y la municipalidad de Rosario (Santa Fe). En 1973 se le concedió el tercer puesto de prosa ilustrada en el Concurso del centenario de la Municipalidad de Victoria. En otros aspectos de su actividad literaria, actuó como secretario en la sección plenaria II sobre “Lenguaje y Comunicación” del II Congreso Nacional de Filosofía (Córdoba 1971) y como presidente de la Mesa de Filosofía de las Primeras Jornadas Nacionales Humanísticas (Rosario 1971).

Su obra está constituida por Valoración de León Bioy (ensayo, 1961); Miguel el indio (cuentos, en “Cuentos con Cures”, edic. Paulinas, Buenos Aires 1962 y 1967); Comentario a Gabriel Marcel (ensayo, Cuadernos de Crisol Literario, 1963); Patio cerrado (novela, edic. Paulinas, 1965); Cuentos con niños (cuentos, Cuadernos de Crisol Liter., 1967); Contenido vivencial de la poesía de Rosa María Sobrón de Trucco (ensayo, separata de la revista “Ser”, de Concepción del Uruguay, 1969); Historias de mi pueblo (cuentos, Cuad. Del Crisol, 1970); El silencio de Dios a través de la “La Hora undécima” [de María Esther de Miguel] (ensayo, en “Muestra Literaria Departamental de Entre Ríos, 1970-1972”, Direc. De Cultura, Paraná, 1972); Martín del Pospós. Hombre-sacerdote-escritor (ensayo, edit. Victoria, 1973); De casas y misterios (Castañeda, Bs. Aires, 1978); La rueda (1975) y Historia en negro y gris (1976).

NACIDO en Concepción del Uruguay el 1° de febrero de 1938, obtuvo los títulos de maestro normal nacional y Profesor de Filosofía y Pedagogía. Merced a una beca otorgada en concurso de antecedentes y oposición por el gobierno de Francia para efectuar investigaciones sobre el mito en la Universidad de Estrasburgo con el profesor George Gusdori en 1964 y 1965. En cuanto a su labor docente, es el actual rector del Colegio Nacional del Uruguay “Justo José de Urquiza”, profesor de Metodología de la investigación

(Seminario de Filosofía) y de Sociología en los cursos del Profesorado de la Escuela Normal Superior “Marino Moreno” y Profesor titular de Antropología, Psicología y Sociología Industrial en la Universidad de Concepción del Uruguay.

Eduardo Julio Giqueaux se ha dedicado vocacionalmente a algunas disciplinas muy poco transitadas en la provincia: la filosofía, la mitología y la antropología en sus diversas

CCXCVI

vertientes e interpretaciones actuales. De modo que a su obra es una muy valiosa contribución a esas materias, obra que ha difundido por medio de conferencias, cursos, folletos, libros y publicaciones periodísticas (revista “Megafón”, “La Nación”, etc.). Sus principales cursos y conferencias han sido los siguientes: El Hombre, el Mundo y la Cultura (1961); Antropología Científica, Antropología Teológica, Antropología Filosófica: Síntesis e integración (curso, agosto 1962) y El Hombre, la Cultura y la Técnica (23 de junio de 1983), todos en la Escuela Normal Superior “Mariano Moreno”. Además: Aproximaciones entre la Filosofía y el Teatro de Marcel y Sartre (1963); Hacia una Antropología Integral (1963); Los Estudios Mitológicos en el siglo XVIII (1966); Introducción Histórica a la Mitología (1966); La influencia de la Filosofía en la Mitología del siglo XIX (1967); Fenomenología de la Experiencia Religiosa (1972); Importancia y Función del Símbolo Mítico (1974); El mito y la Cultura (1978); El mito y los Orígenes de la Cultura (1981); Aproximaciones sobre el Mito y el Arte (1986); La Noción de Tiempo y la Morfología de la Cultura Mítica (1982); etcétera, dictados respectivamente en la filial de la Alianza Francesa de C. del Uruguay, Instituto Normal de Paysandú (República Oriental del Uruguay), Instituto Nacional del Profesorado de Paraná, Galería Nexo de la Capital Federal, Escuela Normal “Alejandro Carbó”, de Córdoba (invitado por el Centro de Estudios de la Lengua), Biblioteca Popular “El Provenir”, de su ciudad natal; Centro de Estudios Latinoamericanos (Simposio en Villa Allende y publicado luego en “Megafón”); Aula Magna del Museo de La Plata, con el auspicio de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Centro Médico de Mar del Plata, Universidad de C. del Uruguay, Escuela Superior de Comercio “Manuel Belgrano” (Córdoba).

Sus principales publicaciones son: La experiencia de la muerte a diferentes niveles de cultura (Revista “Ser”, de los Cursos de Profesorado de la Escuela Normal Superior “Mariano Moreno”, enero 1965); El tema del sueño y una obra de C. G. Jung: Psicología y Religión (1967); Mircea Eliade y el mirto de “vera narratio” (revista “Comentario”, Buenos

Aires, marzo-abril 1969); El concepto de la filosofía (“Ser”, 1968); Reflexiones acerca de la religión (“Ser”, 1970); Hacia una nueva definición esencial del mito (prólogo de B. Canal Feijóo, 1971, editorial Juárez); Elementos para una filosofía antropológica de la Educación (“Ser”, Números 13-14, 1972); Sentido y valor de la Historia (“Ser”, N°16,

CCXCVII

1974); El mito y la cultura (Edit. Castañeda, 1979); Hacia una remodelación de la actitud docente, Revista “Estrada”, N°12, Buenos Aires, mayo-junio 1982).

Como Wirth, como el que esto escribe, Eduardo Julio Giqueaux es uno de los contados autores de la provincia que se abrevan en las fuentes inagotables de la mitología y de las culturas clásicas- Tampoco le son ajenas las inquietudes por los temas riesgosos del sueño y la antropología. Al mito atribuye Giqueaux el origen de una línea reveladora y fundadora de las civilizaciones. No podía ser de otro modo, por cuanto el mito era la forma en que los antiguos tenían de contar la historia y sustentar la ética primitiva, raíz remota de la moral de hoy. Claramente lo expresa al afirmar que “la filosofía, lo mismo que la religión y el arte, tuvo sus orígenes en la primitiva conciencia mítica” El mito y la cultura). De todas maneras el mito continua siendo una de las grandes problemáticas de nuestro tiempo, que lo ha despojado de un supuesto contenido imaginario para considerarlo un verdadero Arquetipo múltiple de las sociedades prehistóricas que se valieron de esas alegorías para legarnos un mensaje, una tradición, y también una forma primaria de religión y de culto. La obra de Giqueaux, a nuestro juicio, debe gozar de una más amplia difusión, no solamente por ser una de las pocas que exploran un territorio casi virgen en la Argentina, sino por la seriedad del tratamiento, la originalidad de los enfoques y la justeza del lenguaje. El dominio de varias disciplinas, por otra parte, le ha permitido realzar y colorear los ensayos monotemáticos.

Antonio Colón

Dedicado específicamente a la crítica de arte, este autor nacido en La Paz en 1899, ha publicado Cuatro artistas del Litoral (en colaboración con Luís Gudiño Kramer, E.R. Storni y E. Blanco Boeri); Santa Fe en la plástica; Una época en la plástica santafesina y

Clemente F. Fuccinelli, acuarelista, además de una monografía sobre el escultor José Sedlacek.

Colón estudió en Santa Fe, donde obtuvo los títulos de profesor de dibujo y pintura artística, dirigió el Museo de Bellas Artes y la Escuela de Arte Municipal de la capital

CCXCVIII

santafesina así como organizó y fue director del instituto del Folklore y del Archivo Gráfico Municipal. Fijó su residencia en Santo Tomé, donde dirigió el periódico “La Gaceta”, e integró la comisión directiva de la Asociación Santafesina de Escritores y el directorio de Gráfica S.A.

Juan Carlos Federico Wirth

Nació en Nueva Helvecia (colonia suiza de la República del Uruguay) en 1907 y cursó sus estudios primarios en la escuela bilingüe castellano-alemana “Concordia”, de la citada colonia, y los secundarios en el Liceo de la colonia valdense. En 1925 se trasladó a Buenos Aires, graduándose como abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales en 1930. Radicado en Paraná, cursó el profesorado en esta capital y egresó como profesor de Historia, materia que enseñó en el mismo establecimiento desde 1957 (historia de Grecia). Fue asimismo director de la sección Historia del mencionado instituto paranaense. En 1975 se retiró de la enseñanza. De militancia democrática y credo cristiano mantuvo una militancia cívica de relieve dentro del yrigoyenismo; presidió la filial Paraná de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, hacia 1945, cuando era encabezada por el doctor González Iramain (socialista). Se desempeñó también como asesor legal del Sindicato Gráfico de Paraná desde 1946 hasta 1953. En noviembre de 1955 organizó un movimiento para la defensa de la democracia. En 1960 fue representante de Entre Ríos en el II° Congreso Argentino de Educación Cívica, siendo su primer vicepresidente. Seis años después presidió el III° Congreso Argentino de Educación Cívica, organizado, como la primera vez, por el Movimiento de Educación Cívica. En esta ocasión presentó un trabajo titulado La realidad cívico-cultural argentina. Ayer, hoy y mañana. Ha dictado numerosas conferencias desde 1937, muchas de ellas agrupadas en el libro Inquietudes Argentinas (1967). Dentro del campo religioso, actúa desde hace más de cuarenta años en la iglesia

Evangélica Metodista Argentina, habiendo alcanzado una proyección internacional en esa actividad. Desde 1961 es pastor de la congregación rural de Don Cristóbal, y a su esfuerzo e iniciativa se debe la fundación del Centro Médico Dr. Albert Schweitzer, de la misma

CCXCIX

localidad, y participó también en la fundación de la Universidad Popular de Paraná (1942). Fundó el Instituto Cultural Argentino-Uruguayo (1945), y está hondamente vinculado desde hace cincuenta años con la Unión Suiza, a la que llevó hasta un verdadero florecimiento.

La obra publicada de Juan Carlos F. Wirth consta de Historia de la iglesia Evangélica de Nueva Helvecia. 1862-1944 (“El siglo ilustrado”, Montevideo, 1944); Colonia Suiza hace ochenta años - La inmigración suiza al Uruguay en 1861 (Edit. Independencia, Montevideo, 1944); Reimplantación de la enseñanza laica (Giraudó Hnos., Paraná, 1946); Luz en las tinieblas - Cristo frente al comunismo y al nacionalismo (Nueva Impresora, Paraná, 1950); San Martín antes de 1812 (N. Impresora, 1951); Historia de Colonia Suiza (Edic. Comité Ejecutivo Pro-Festejos del Centenario de dicha colonia, imprenta Liberty, N. Helvecia, 1962); Impresiones de una fugaz visita al Museo de Arte Cretense de Candia-Heraklion (apartado de la revista “Presencia”, N°1, inst. Nac. Del Profesorado, Paraná, 1963); El disco de Festos y los misterios que encubre (“Presencia”, N°3, 1967); Inquietudes Argentinas (Methopress, Bs. Aires, 1967); De Entre Ríos a la Grecia inmortal (Edit. Colmegna, Colecc. “Entre ríos”, Santa fE, 1971); Resonancias contemporáneas de la prehistoria helénica (Idem, 1974); Historia de una mutualidad entrerriana - Ochenta años de acción de la Sociedad de Socorros Mutuos de “Unión Suiza” -1891-1973 (Colmegna, 1974); De el Havre l Río de la Plata en 47 días (Colecc. “Entre Ríos, 1974); Génesis de la colonia agrícola suiza Nueva Helvecia (Historia, Documentos y Cartografía, 2 tomos, Edic. del Ministerio de Educación y Cultura de la República del Uruguay. Imprenta de la Universidad, Montevideo, 1980).

Dentro de la obra multifacética que acabamos de enumerar queremos distinguir en estas líneas su vocación por la cultura de la prehistórica de la Hélade, a cuyo esclarecimiento y actualización ha contribuido con gran responsabilidad literaria y científica. No es común en la Argentina advertir semejante dedicación, que lo llevó a viajar

invitado oficialmente a Grecia en 1970 e intentar la fundación de una cátedra (Culturas prehistóricas de la cuenca del Egeo), que el Ministerio de Educación nacional rechazó por razones económicas.

Sus referencias arqueológicas de primera mano, su visita a parajes colmados de historia antigua y de mitología, le permitieron revalorar numerosos conceptos que se habían

CCC

esclerosado en especial, lo que atañe a la más congruente identificación de la Atlántida y la catástrofe geológica que la hizo desaparecer (De Entre Ríos a la Grecia inmortal) hacia el año 1470 a. de JC. Wirth identifica el legendario país con los restos de la isla de Tera. En su libro De El Havre al Río de la Plata, Wirth relata minuciosamente las condiciones de un viaje trasatlántico a mediados del siglo XIX, formas de vida en el Uruguay por la misma época y posteriores años y numerosos hechos de armas históricas sustanciales o episódicos que hacen a la historia de la vecina república.

Miguel Ángel Andreetto

Nacido en Paraná en 1921, se ha dedicado preferentemente al ensayo de temas literarios. Profesor de Letras, ha ejercido asimismo tareas de prensa, medio por el cual ha difundido varios de sus estudios. Atraído por los temas semánticos y gramaticales, de carácter marcadamente técnico, no por eso ha descuidado un tratamiento más abierto de la crítica literaria. Es así como realizó un prolijo, minucioso análisis de los escritores santafesinos Domingo G. Silva y Mateo Boz, en De literatura regional (Castellví, Santa Fe, 1964), donde consagra también felices páginas a la literatura “diferenciada” y al paisaje como elemento estético. Andreetto efectuó igualmente estudios sobre Benito Lynch y Martiniano Leguizamón. Sobre este último publicó En torno a “Montaraz”.

Ernesto Andrés Zapara Icart

Ensayista y poeta nacido en Paraná. Es sobrino del novelista Balboa Santamaría. Zapata Icart se graduó de profesor de Letras en el Instituto del Profesorado de la capital entrerriana, y ejerció la docencia en Misiones (1965) y en la república del Perú. Colabora en “Clarín”, en “El Diario” de Paraná y en otras publicaciones. De su obra citamos: Inti por dentro; Todo el tiempo del mundo; El estruendo de los apellidos; Aproximaciones a la

literatura judeo-argentina y La gleba perdida. De un meduloso contenido es su breve ensayo sobre la sociología de la literatura publicado en “Clarín” ( ) bajo el título de El escritor.  
Crítica y Testimonio.

Roque M. Galotto

CCCI

Nacido en Concepción del Uruguay, se licenció en Filosofía y Letras y ejerció el profesorado de castellano y literatura en el Colegio Nacional y en la Escuela Normal hasta 1971. En 1972 se incorpora como supervisor docente en el Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, de la Superintendencia Nacional de la Enseñanza Privada. En su actividad literaria ha publicado cuentos, ha escrito para el teatro y en cine obtuvo un premio del Instituto Cinematográfico Argentino en 1962 por el cortometraje basado en su cuento “Un drama breve”. Su obra consta de Papá árbol (drama en dos actos); Para pensarlo (teatro), y los ensayos El existencialismo de Horacio Quiroga y Antígona en la pampa.

Mario A. Presas

Este ensayista entrerriano nació en Concepción del Uruguay el 8 de octubre de 1933, ciudad donde efectuó sus estudios primarios y secundarios, egresando de la Escuela Normal en 1951. Siguió estudios universitarios en La Plata, donde obtuvo el título de profesor de Filosofía (1957), continuando el ahondamiento de esa materia en la Johannes Gutenberg Universitat de Mainz (Alemania Federal), entre 1963 y 1966. Fue profesor en el Instituto Superior del Profesorado de Catamarca, en la Facultad de Humanidades de Universidad del Nordeste (Resistencia) y en el Instituto de Humanidades de Universidad del Sur (Bahía Blanca), de donde pasó a la Facultad de Humanidades de La Plata.

Ha publicado una serie de trabajos sobre filósofos contemporáneos, como Heidegger, Husserl, Jaspers, Marcel, etcétera, y ha efectuado numerosas traducciones de libros de su especialidad, publicados algunos en Europa. La revista entrerriana “Ser” recogió y un ensayo suyo sobre la estética de Franz Marc y Paul Klee (N° 13-14, 1972).

Jorge Díaz Vélez

Nacido en Concordia en 1937, Jorge Díaz Vélez reside en La Plata, donde se desempeña como profesor adjunto de lingüística en la Facultad de Humanidades y profesor titular por concurso en la cátedra de Lengua y Literatura en las escuelas normales 1y 3 de la misma ciudad. En 1967 hizo una visita a Málaga (España) con el fin de perfeccionarse en

CCCII

su especialidad, y asimismo ha participado en congresos internacionales. Fue también secretario de redacción de la revista “Románica” del Instituto de Filología de La Plata. De sus ensayos debemos citar el dedicado al poema Martin Fierro: “Alegato social y poesía en la lengua del “Martín Fierro”, publicado en la revista “Ser” de Concepción del Uruguay (Nº 13-14).

#### María Luisa Cresta de Leguizamón

Ensayista, cuentista y poeta, nacida en Paraná y residente en Córdoba, M.L. Cresta de Leguizamón se desempeña como directora del Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana de la Universidad Nacional de Córdoba. H-a obtenido el primer premio de ensayo del Consejo Nacional de Mujeres por su libro Apuntes sobre Xaimaca; el premio Centro Literario de la Dirección de Cultura de Azul por Cuentos para niños, y el primer premio de poesía “Fray Mocho” de Entre Ríos por su obra De todo un poco (1971, editado en 1972). El resto de su labor está constituida por La lengua materna en la escuela secundaria (Eudeba, 1962); Guía de libros y canciones para niños (Dirección Municipal de Cultura de Córdoba, 1970-71); Aproximaciones (ensayos sobre literatura hispanoamericana, Teuco, Universidad Nacional de Córdoba, 1971); El niño, la literatura infantil y los medios de comunicación (Plus Ultra, 1980); Navidad para todos (1983).

#### Domitila Rodríguez de Papetti

Nació en Concepción del Uruguay en 1939. Realizó estudios en la Escuela Normal, cursó Humanidades en Buenos Aires y luego en el Instituto del Profesorado de su ciudad natal de donde egresó en 1976, perfeccionándose además en idioma francés y en historia y técnica de la literatura. Por razones de salud, debió abandonar estudios superiores de su

especialidad, las letras. Es profesora de literatura y se ha dedicado a redactar ensayos monográficos sobre autores entrerrianos, como El universo de Luís Alberto Ruiz (Con introducción de Ana Emilia Lahitte, 1978) y Alfredo Martínez Howard (1982), además de trabajos sobre Ana Teresa Fabani, artículos periodísticos y estudios para diversos simposios

CCCIII

literarios. Frecuenta con felicidad el género poético, pero aún no se ha editado ningún libro de poesía.

Ana María Garasino

LA recordamos aún en el patio de su casa de Paraná, lleno de pájaros y plantas, en medio de una atmósfera como musicalizada por un secreto surtidor, y con la presencia también amiga de Juan L. Ortiz, hacia el año 1950. No escribió mucho, pero la validez de la calidad equivale a lo múltiple. De su producción debemos mencionar una de las pocas novelas escritas en la provincia, El estanque de Siloá (1927), que fue publicada en forma de folletín en el diario de Concepción del Uruguay “La Calle”, en 1944. Luego, Estudio crítico a “La canción de una vida” de Fabio Fiallo (República Dominicana, 1931); Serranía (novela, 1939); La trayectoria laicista de José Martí (Cuba, 1957) e Historia de una expresión (Paraná, 1947).

Elsa Élide Fehlessin de Ibáñez

Ensayista y poeta, nacida en Paraná, donde reside. En 1944 obtuvo un título docente en el Instituto del Profesorado de la capital entrerriana. Luego de una etapa como maestra de grado, dictó cátedra de castellano, literatura y latín en el mencionado Instituto y en la Escuela Normal. Ha pronunciado una serie de conferencias, ejerce la secretaría de cultura del Centro de Egresados de aquella alta casa de estudios y ha difundido su labor en diversas hojas locales y nacionales.

Su obra consta de El magisterio de Joaquín V. González (separata de la revista “Presencia” N° 1 del Instituto del Prof., Paraná, 1963); Dos ensayos: Garcilaso-Unamuno (Paraná, 1965); Raíces (poemas, colección “La ventana voladiza”, Kraft, Bs. Aires, 1967).

Además de un ensayo que tiene por título El sentido americano en la vida y obra del Inca Garcilaso, mantiene inéditos un ensayo biográfico de José Hernández, unos enfoques sobre La mujer en la obra del Arcipreste y un estudio, En el Centenario de la muerte de Gustavo Adolfo Bécquer.

CCCIV

Es la esposa del escritor Francisco Maximiliano Ibáñez.

- I. LA POESÍA ÉPICA ENTRERRIANA
- II. LA POESÍA POPULAR ENTRERRIANA
- III. LA POESÍA POLÍTICA ENTRERRIANA

CCCV

- IV. EL TEATRO EN ENTRE RÍOS
  - V. LA HISTORIA
  - VI. LA LITERATURA POLÉMICA EN ENTRE RÍOS
  - VII. LA LEXICOGRAFÍA
  - VIII. EL FOLKLORE LITERARIO EN ENTRE RÍOS
  - IX. LA LITERATURA INFANTIL
  - X. VIDA LITERARIA EN LA PROVINCIA
-

EXIGUO es el acervo de poesía épica anónima estrictamente entrerriana, y aun lo poco recopilado casi no se ha difundido por medio del libro. Algunos trabajos de investigación folklórica incurren, además, en el error de recoger, impropriamente, piezas en verso que no son de exclusivo patrimonio provincial, sino litoraleño, y aun del área noroeste del país.

CCCVI

Hasta la más popular de las músicas entrerrianas, la chamarrita, procede de las islas Azores, vía Brasil y la Banda Oriental. Lo mismo ha ocurrido con ciertos refranes, romances, coplas del truco y leyendas de origen indio. Según Santiago Moritán<sup>151</sup> en el siglo pasado se versificaba abundantemente en la provincia ---muy especialmente, sobre temas políticos--- pero gran parte de esas producciones se ha perdido.

Tanto en el Éxodo de los orientales como en el Ejército Grande hubo poetas y cantores, porque el material temático era inagotable. Entre Ríos tuvo una conciencia definida del papel histórico del territorio, como lo demuestran las acciones políticas y de guerra y el papeleo diplomático interprovincial. Y es antigua tradición que las acciones bélicas produjeron siempre su bardo, su skalda o su seda. No podemos lamentarnos de la inexistencia de un poeta representativo en Entre Ríos en esos años, cuando conocemos sobradamente las condiciones de vida y cultura del pueblo, y menos todavía cuando en esta misma época en que escribimos y en que la provincia es pródiga en poetas de todos los registros, las grandes gestas de la entrerrianidad en el siglo XIX no se han puesto en verso sino fragmentariamente<sup>152</sup>.

No debe pensarse que propiciamos un regreso sociológico al payador o al cantor de cielitos de las tropas. Pero sí a la insuflación de puro espíritu nacional en la poesía argentina, épica o no. No podemos pretender para Entre Ríos particularmente una épica, cuando ni siquiera América del Sur tiene su gran Canción de Gesta, el poema continental que serviría como principio escrito de comunidad espiritual consignado en poesía, y que podría reunir a los estados del Nuevo Mundo en ese bloque tradicional o haz acuménico de Ruben Darío, con fundamentos afines de libertad y determinación propia. Pero desde la primera antología de poetas americanos, que compilara por caso, el Canto General de Neruda, la epopeya de la continentalidad, las actas poéticas de fundación se han ido perfilando.

De pie me hallará la muerte

---

<sup>151</sup> Mansilla, Ramírez, Urquiza (Peuser, 1945).

<sup>152</sup> Queremos destacar aquí que Martín Fierro fue escrito en su mayor parte en Paraná.

el día que esté finando  
para que se diga que Entre Ríos  
se murió, pero peleando!

(Anónimo)

La heroística entrerriana no está enteramente escrita aún. Y si bien el Cid entrerriano, como se llamó a Ramírez, tiene numerosos pedestales literarios, otras figuras arquetípicas han sido apenas bosquejadas, y la canción de gesta provincial espera todavía al futuro cronista. (En Paulino Lucero, ya Hilario Ascasubi intentaba una gesta de Urquiza).

Ricardo Rojas no se equivocó al escribir que Ramírez murió “en un lance de Romancero castellano”, pues nuestro siglo XIX reviste mucha similitud con los tiempos del Romancero español. Determinados pasajes de la historia de Entre Ríos trascienden una atmósfera medieval y bárbara; ciertas costumbres de guerra se dieron solamente en nuestra provincia. Recordemos simplemente el famoso “toque de calacuerda”, que se realizaba después de aflojarle el parche a los tambores. El monótono y sobrecogedor golpeteo era la señal de que podía iniciarse el degüello. A éste solía preceder, a veces, “credo cimarrón”, que era la única gracia que el montonero concedía al vencido. Cuando éste caía a tierra, porque le habían boleado el caballo o porque el montonero se le enancaba de un salto limpio, sentía instantáneamente el acero del facón (o el puñal “mangurrero”) sobre su garganta. El caído apenas tenía tiempo para tentar el escapulario que pendía de su cuello y rezar la última oración, que muchas veces ni terminaba, porque el cuchillo (a veces mellado a propósito) lo degollaba, ya que la lucha podía encarnizarse y no se podía perder tiempo.

Algunas imágenes históricas acentúan el aminoso clima, otras resguardan para la posteridad el hálito indomable, el brazo endurecido, la mano encallecida por la tacuara. El segundo de los López Jordán, yendo y viniendo del destierro, armado de fervor autonómico y coraje montielero, es un personaje de acentuado perfil legendario. El asesinato de Urquiza

nos retrotrae a ciertos episodios de la Italia de los condotieri, de los Borgia, los Colonna, los Orsini, y a las querellas dinásticas de muchos reinos antiguos.

No consta que a Ramírez le interesara hacer consignar en verso su gesta particular. Tal vez, de haber vivido más, el relato de sus hazañas se hubiera escrito estando él aún con

CCCVIII

vida, y las hubiera escuchado cantar, como las suyas Ulises en el palacio de Alcino. Se nos ha dicho que siempre hubo en los ejércitos gauchos cantores que el día anterior o al siguiente de un entrevero pulsaban una vihuela campera y narraban la esperanza o la victoria, “porque la Historia sufre la amnesia de las derrotas”, como escribió Dumón Quesada. Pantaleón Rivarola fue testigo ocular de las invasiones inglesas, y narró la defensa de Buenos Aires en un vasto romance. Artigas tuvo junto a sí largo tiempo a un poeta (que luego defecionó) llamado Valdenegro<sup>153</sup>. Algún travieso destino quiso que Sarmiento fuese el sencillo “boletínero” de la gente libertadora de Urquiza, y nos dejara la mejor página sobre el cruce de un gran río por un gran ejército. Más avisados eran los antiguos monarcas de Egipto y Asirín, los jaques árabes y los reyes españoles, quienes tenían sus “poetas oficiales”, que seguían a las huestes a las batallas con la misión ---rentada--- de narrar las glorias militares. Enrique IV de España, en 1462, “mandó hacer un romance sobre cierta campaña en tierras de Granada, y mandó a los cantores de la capilla real que la asonasen”, según refiere Menéndez Pidal<sup>154</sup>. Pero la época de las montoneras no registra cancioneros sistemáticos, aunque sí cantores o poetas independientes de los cuales ya hemos citado algunos. Nos queda por nombrar a don Lino Zaragoza, que pertenecía a los “estrelleros”, la mejor división de lanzas del general Urquiza. Su descendiente, P. Jacinto Zaragoza, le dedicó un soneto, una parte del cual dice:

Fue en el lidiar muñeca poderosa,  
jalón de hierro sobre el potro esquivo,  
bueno en la buena, en la desgracia altivo  
el estrellero Lino Zaragoza

Con el vuelco político y militar de la provincia, Lino Zaragoza siguió peleando con los jordanistas, como sargento mayor (capitán). Era un poeta analfabeto, y aun se recuerdan

---

<sup>153</sup> Eusebio Valdenegro. Ayudante mayor de Artigas y “poeta de bella estampa, moreno de cutis, alto e insinuante de mirada” (Jesualdo, Artigas, edit. Claridad). Escribía décimas durante el sitio de Montevideo (1811), que se ponían en un cartelón al frente del ejército uruguayo (op. cit., p. 266). Artigas lo distinguió y los hizo ascender; pero más tarde, Valdenegro abandonó a su protector y amigo, por intrigas que se urdieron en el campamento de Ayuí. También Bartolomé Hidalgo abandonó a Artigas en el mismo lugar.

<sup>154</sup> Flor Nueva de Romances Viejos, prólogo.

CCCIX

muchas de sus coplas romanceadas, como ésta, escrita después de la derrota de Don Gonzalo:

Donde están los blancos lirios,  
qué se ha hecho, dónde están,  
dónde están los entrerrianos,  
dónde está López Jordán.

Lino Zaragoza murió a los 106 años de edad.

\*\*\*

Si bien “les gustaba matar guerreros” y eran “los más bravos hombres que existían sobre la tierra” (Ilíada, I), la hidalguía entrerriana del siglo XIX fue proverbial. Es ejemplificador el caso de Lavalle, salvado por su enemigo Crispín Velásquez. En marzo de 1831, aliado de López Jordán I, Lavalle invade a Entre Ríos desde Uruguay y arriba a las puntas del arroyo Cló a tiempo de la derrota del caudillo entrerriano. El héroe de las famosas cargas de caballería se interna en Montiel, poniéndose a salvo gracias a la escolta que le proporciona su enemigo, el entrerriano Crispín Velásquez, quien dijo: “A un valiente no se mata ni se aprisiona”. Lavalle comprendió ese gesto en toda su magnitud, y regaló al caudillo de Villaguay un puñal de plata y oro. El máximo poeta épico entrerriano, Mateo Dumón Quesada, evocó esa figura legendaria en un página brillante, “Las Espuelas de la Virgen”. Sin embargo, según un cronista entrerriano, “Velásquez era tan cruel que, en la estaqueada bárbara ni siquiera utiliza el rebenque criollo, sino una especie de snuk brutal y exótico”<sup>155</sup>. Crispín Velásquez estuvo en Cepeda, y para resaltar su prestigio de conductor, Dumón Quesada escribió: “Allí sonrío, paya, arenga. Pincha cansados. Sus gritos aclaran la voz de los clarines roncós. Echa un jarro de vida sobre la cara de los agonizantes. Si tiene

pocas lanzas, les habla de los difuntos, los multiplica. Hice enancar en los reclutas sombras de veteranos. Arenga. Enciende el fuego. Los trabucos soplan, Y cuando toda la montonera hierve y hace vibrar la tapa del sol gaucho, con esa agua dulce de bravura, Crispín

---

<sup>155</sup> EL gaucho entrerriano, de Surraco Muñoz (Edic. del minist. De Educación de la provincia, 1954). El fragmento de Dumón Quesada que sigue, pertenece al poema en prosa Las espuelas de la Virgen.

CCCX

Velázquez llena hasta la boca su mate cimarrón, galopa al frente, se santigua y carga”<sup>156</sup>. El hijo de “Crespín”, Polonio, heredero del feudo de “Palmas Altas”, de Villaguay, ostentó casi todas las cualidades de su aguerrido progenitor. Fausto Aguilar, uruguayo, fue proclamado por Urquiza, en Campo Álvarez, “la primera lanza de América”. Cierta vez, en el campo de Carpintería, se está en vísperas de un encuentro. Aguilar tiene cuatrocientos gauchos emponchados, pues el frío es glacial. Al frente, un río desbordado, que tienen que pasar. Y llueve, además. Llega la orden. “Cargue a lanza, Coronel”. Y Fausto Aguilar, padre de su ego tropajosa montonera heroica, ordena cruza el río, y dice a sus gauchos: “Muchachos, sáquense los ponchos que en el otro mundo no hace frío!” Es de este modo como hasta las derrotas se llenan de gloria.

Es imposible postergar la cita de Jerónimo Galarza, Bartolomé Zapata, Juana Montenegro, Anacleto Medina. No importa que Juana Montenegro luchara del lado de los directoriales. Era entrerriana lo mismo. “Sobre el río Uruguay, en el paso de Belén, se desarrolló un combate en que resultó derrotado el caudillo de Mandisovi, José María Chirico, que respondía a las influencias políticas de Artigas, por fuerzas que comandaba el coronel José María Lorenzo, encargado de pacificar la región de acuerdo a las instrucciones impartidas por el comandante militar de Entre Ríos, don José Blas Pico (primer gobernador de Entre Ríos por decreto del Director Supremo Gervasio Posadas, del 10 de setiembre de 1814, que creaba la provincia de Entre Ríos. En ese combate sobresalió por su denuedo y valentía la mujer entrerriana Juana Montenegro, que se halló junto a su esposo, soldado del escuadrón de dragones de Gualeguaychú que comandaba el capitán Gregorio Samaniego”<sup>157</sup>. Según Beatriz Bosch, la Montenegro “logra arrancar un fusil a los contrarios, persiguiéndolos hasta el monte vecino. Por cuyo rasgo el Directorio dispone se le pase por vida el haber de un soldado. Fue desde entonces la Dragona Montenegro”<sup>158</sup>.

Anacleto Medina era indio, procedente de Misiones, pero vivió siempre en Entre Ríos, donde inició y persistió en la carrera militar. En su Historia de la Confederación

Argentina, escribió Adolfo Saldías: “La personalidad de don Anacleto Medina es tan preclara, que cuesta convencerse de lo olvidado que se lo tiene en Entre Ríos”<sup>159</sup> y en el

---

<sup>156</sup> Velásquez murió el 15 de abril de 1862. Fue socio del general Urquiza, y alcanzó el grado de brigadier general.

<sup>157</sup> Revista “Entrerriana” (Paraná, agosto 1954, año I, n° 6).

<sup>158</sup> Historia de Entre Ríos (Plus Ultra, 1977).

<sup>159</sup> En la actualidad, un barrio paranaense lleva su nombre.

país. Compañero del general Ramírez desde la primera hora de nuestra independencia, se batió con españoles, portugueses, los sublevados con Artigas, con los ejércitos de Buenos Aires... mandando un cuerpo de ejército en Cepeda, como mandó una división en la segunda campaña contra Buenos Aires, fracasada por la traición de Mansilla. Y es este mismo gran soldado, que estuvo a punto de ser fusilado, al que se cargó de cadenas, en injusta prisión, el que trasladado a Buenos Aires, ante la realidad argentina y la imposibilidad de rehacer la magna empresa de su jefe, el general Ramírez, la cual conocía y de la cual habló siempre, fue el que, declarada la guerra al Brasil, pasó con su regimiento a formar parte del ejército republicano, realizando toda la campaña; y terminada ésta, volvió al Estado oriental. Amigo de Lavalleja, desde 1830, lo acompañó en su acción guerrera prosiguiendo bajo las órdenes de los generales Oribe, Garzón y Urquiza, durante la larga

guerra civil en ambas márgenes del Plata y Uruguay... Cuando el general César Díaz A. Pereyra (1857) y derrotó al general Moreno, Medina marchó sobre Díaz con una fuerte división. Obligado Díaz a capitular, Medina, con alma generosa y creyendo ser interpretado por su gobierno, se comprometió solemnemente a respetar la vida de los revolucionarios, del general en jefe abajo. A pesar de esto, el presidente Pereyra le ordenó fusilar al general Díaz y demás jefes que lo acompañaban, lo que Medina, con gran pena, efectuó en u propio campamento de Durazno el 2 de febrero de 1858, lo que se conoce por la “hecatombe de Quinteros”. Medina siguió interviniendo en todas las guerras civiles, con su divisa de “blanco”, la que en Entre Ríos había hecho flamear con Ramírez, López Jordán y sus partidarios, que constituían la casi totalidad de la provincia. Cuando llegó a una edad avanzada, se hacía montar a caballo con sus asistentes y afirmado en sus estribos blandía la lanza y era el primero en los “entreversos”; ya era Brigadier General. En la batalla de Manantiales terminó su carrera de valiente por su incontenible temeridad. Derrotado por fuerzas superiores del general Suárez, Medina se retiraba, impávido, al tranco de su caballo, del campo de batalla, acompañado de un oficial y algunos soldados, quienes en vano le

suplicaban que se salvara al galope de su caballo. Rodeado así por una gruesa partida de caballería enemiga que le intimó rendición, sin reconocerlo, el guerrero nonagenario levantó la cabeza, acarició su lanza y afirmándose en su apuro respondió con la arrogancia de un héroe de epopeya: “¡Soy el General Medina!”, como diciéndoles: Vengan a tomarme, y murió peleando como había vivido siempre...” Era el día 17 de julio de 1871.

CCCXII

Otro indio ilustró, aunque era completamente iletrado, las gestas de la provincia: Miguel Guarumba, caudillo y dueño de Federación. Según Aníbal S. Vázquez<sup>160</sup>, “hizo un culto de su adhesión a las instituciones y a los gobiernos constituidos”. Se cree que vino de Misiones, huyendo de las excursiones vandálicas de los portugueses. Ingresó al ejército de “Federacioneros” comandado por el indio Pablo de la Cruz. Guarumba participó en Caseros y en Cepeda, desplegando un valor incomún. Era un formidable lancero, y fue ascendido a la más alta graduación de la provincia, esto es, a coronel, título reconocido por la Nación. Los guarumberos, como se llamaba a los soldados de su escuadrón, tenían por su jefe una lealtad excepcional. Como cuenta Vázquez, hablaba bastante mal el castellano, y cuando revistaba sus tropas, solía decirle: “Muchachos, firmes como la tronca”. Su anecdotario es riquísimo, y entre los hechos curiosos se recuerda que, cuando la proveeduría general del Ejército le envió varias bolsas de café en grano, Guarumba las devolvió explicando que a su gente no le gustaba comer café. Su gente echaba los granos a la sopa, al puchero y hasta intentaban hacer mazamorra con el café, ignorando para qué servía. Los restos de Guarumba se encuentran en la iglesia de Federación.

Otra figura colateral de la heroística entrerriana fue la amante de Ramírez, la portuguesa Delfina. Guitarrera de negros cabellos, acompañó a Ramírez en sus campañas, vestida de traje militar: casaca roja, con galones de oro, y un chambergo con plumas rojas y negras. Logró que el Supremo olvidara a su prometida, Norberta Galvento, quien murió anciana y virgen en su casa de concepción del Uruguay<sup>161</sup>.

Toda la existencia de Ramírez es épica; vivió y murió en lucha. Lugarteniente de Artigas primero, y luego su denodado enemigo, a quien venció. De regreso de su campaña en Córdoba, donde se le opusieron fuerzas muy superiores, que logran aislarlo de Medina. Luego de algunas escaramuzas, éste se había retirado con cerca de cincuenta hombres. El propio Medina, en sus memorias conservadas por el general uruguayo Antonio Díaz, relató la muerte del Supremo, que le fuera referida por un soldado de la escolta del general (al que

siguieron pronto cuatro soldados que traían a la Delfina). Después de su derrota, y solamente con seis u ocho soldados, Ramírez se retiraba con el fin de unirse a Medina,

---

<sup>160</sup> Del pasado entrerriano (Colmegna, 1946).

<sup>161</sup> Esta vivienda es hoy la Casa (Museo) de Delio Panizza, que el gobierno adquirió a la familia del poeta fallecido en 1974.

CCCXIII

cuando una partida de tiradores lo rodeó, baleándolo e hiriéndolo. La cabeza del caudillo fue cortada y enviada a Santa Fe, donde fue exhibida bajo las arcadas del Cabildo, embalsamada. Tiempo después fue enterrada junto con el cuerpo en los fondos del templo de los mercenarios. Entre Ríos jamás recuperó sus huesos. Anacleto Medina, con los restos de su tropa, llevó a la Delfina hasta el Chaco, de donde bajó con ella a Entre Ríos, hasta Concepción del Uruguay. Para finalizar esta breve y desde luego incompleta reseña de la heroística entrerriana, queremos transcribir una página del diario “El Nacional”, de Gualeguaychú (6 de marzo de 1908), que relata el heroísmo de una mujer durante las guerras civiles. El artículo fue trasladado íntegro sobre el final de la memoria -novela Palo a pique, de Eduardo J. Villagra, y la protagonista de los hechos es precisamente, una antepasada del novelista. De aquí el artículo:

“No se ha hecho la historia de la época tormentosa de nuestras contiendas civiles; luchas titánicas, grandes en sacrificios y grandes en ideales patrióticos, porque todos los que combatían lo hacían por la reorganización nacional. Las clases cultas de Buenos Aires buscando su predominio, y las masas ignorantes de las provincias defendiendo su soberanía con el instinto del federalismo, ahondaron profundamente las divisiones de los partidos, llegando esta neurosis del odio a su paroxismo allá por el año 40, época del interesante episodio que pretendemos narrar con nuestro torpe y desaliñado estilo”... PUnitarismo significaba para los federales el

gobierno despótico de los hombres de Buenos Aires, el sometimiento de todas sus libertades y el monopolio de todos sus intereses; de ahí el ardor y el encarnamiento heroico del ejército entrerriano contra las legiones libertadoras de Lavalle y Paz... Pero, como lo ha dicho uno de nuestros más eminentes pensadores, hablando del error de criterio con que juzgaron las clases cultas de Buenos Aires los sucesos de esa época caótica de nuestras contiendas civiles: “Es que la Revolución tenía por su propio origen un carácter

esencialmente democrático; las clases superiores lo desconocían y de ahí la lucha”. Lucha denodada y ardorosa que no pedía ni daba cuartel... Cuando la desgraciada expedición del general Lavalle por Entre Ríos, se produjo uno de esos episodios frecuentes en las guerras civiles, pero que tiene, este, un tinte romanesco muy digno de la mujer

CCCXIV

argentina, noble y abnegada en grado heroico... El ejército entrerriano sentía una profunda aversión a los unitarios y por eso la profunda resistencia que hizo a la legión libertadora del general Lavalle, ese mártir de las libertades argentinas... Los federales, al marchar al encuentro con los libertadores<sup>162</sup> dejaron las familias de los jefes del ejército en las costas del río Gualeguay, paraje denominado “El arenal grande”, custodiadas por un pequeño destacamento que mandaba el coronel Villagra. Entre este grupo de familias estaban las esposas e hijos de los generales Galarza y Francia... La pequeña tropa contaba apenas con escaso armamento y había que redoblar la atención para mantener constante vigilancia... Pasaba el tiempo relativamente tranquilo en el improvisado campamento, cuando una madrugada sienten el tropel de una fuerte partida de los unitarios... A la voz de alarma, corrieron a medio vestir los hombres capaces de manejar un arma, que serían ocho o nueve ancianos, que tenían por única arma fusiles de chispa... El coronel Villagra reúne su pequeño grupo de bravos y los tiende en guerrilla frente al enemigo y bajo un fuego nutrido de el mando de la izquierda al entonces sargento del Anselmo Ojeda, después coronel prestigioso del departamento de Villaguay... La pequeña guerrilla detiene al enemigo con su presencia de espíritu respondiendo al fuego con tres o cuatro fusiles, los únicos que tenían munición, pues en la precipitación no habían tiempo de alzar cada tirador la munición necesaria... En medio de esa ansiedad surge una mujer joven, con la lividez del dolor en el rostro, pero con la serena majestad de la heroína que depone su vida en aras del deber y el patriotismo... Aquella joven corría con el apresuramiento que imponían las circunstancias, llevando en sus sacos la carga de munición para las guerrillas, bajo las balas y los insultos soaces del enemigo que se desataba en improperios al verla auxiliar a los que la detenían en su paso...

“---¡Galga! ¡Garza y sin pluma!, y otros apodos más hirientes eran los gritos de los enemigos... Ella seguía imperturbable su faena heroica, alcanzando munición a los defensores del pequeño campamento, mientras todas las

demás mujeres yacían aterrorizadas en el fondo de sus carpas... El enemigo tuvo que retirarse ante la porfiada resistencia de la pequeña guerrilla, sostenida por el valor y la abnegación de aquella joven, digna de figurar entre las heroínas del Tasso... Hoy, que la Nación está constituida, que los días pasan bajo las brisas glaciales de la indiferencia por la

---

<sup>162</sup> De modo inexplicable, el periodista que escribió esta crónica evocativa, insiste en llamar “libertadores” a los invasores de la provincia, cuando los entrerrianos estaban defendiendo su autonomía.

CCCXV

suerte de la Patria, vemos más grande la figura aureolada de aquella joven, que vive aún, anciana venerable, entre el cariño de los suyos, doña Tomasa de León de Villagra”.

En esta novela-memoria de Villagra, Palo a Pique, se relatan varios sucesos de índole heroica.

### ANTOLOGÍA MÍNIMA

Esta antología mínima de la poesía épica entrerriana reúne los nombres de Guillermo Saraví, P. Jacinto Zaragoza, Mateo Dumón Quesada y Rafael Morales Sánchez. Pero no fueron los únicos que dedicaron muchas páginas en verso y crónicas para resguardar la heroística de la provincia. Para redondear la exigua cantidad de poetas que celebraron las gestas entrerrianas, habría que citar a Delio Panizza, Ernesto Bourband, Galo Zaragoza, José Arávalo y otros. Los que reunimos en esta brevísima antología representan de algún modo, a los demás. Aún se aguarda el Romancero Entrerriano que cante a su totalidad la vida heroica del hombre de nuestra provincia, empezando con la bravura y la defensa que de su libertad hicieron los charrúas y los minuanes, modelos ariscos de nuestro gaucho y de nuestros montoneros.

CERRO CORÁ<sup>163</sup>

## LA ÚLTIMA REVISTA

## I

EN la calma solemne de la noche,  
 el férreo Mariscal, por vez postrera  
 su ejército revista. Sobre el negro  
 manchón de las vecinas arboladas,  
 se distinguen los cuerpos alineados  
 como una tenue pincelada. Llegan  
 con el viento los débiles rumores  
 que alza el Aquidabán. Alguna enseña  
 deshilachada, trágica, en la brisa  
 se extiende como un ala gigantesca,  
 y sobre ese puñado de guerreros  
 ---la última falange que le queda---  
 parece el alma de la patria misma  
 llamándolos a sucumbir con ella!

---“Soldados del 14! Cuatro pasos  
 al frente!”--- dice el Mariscal, y apenas

quince sombras altivas adelantaron  
 el arma le presentan!

Tras una larga pausa dolorosa  
 impregnada de fúnebre tristeza,  
 los del 43 fueron llamados...  
 Cuatro sobrevivientes ---cuatro lentas  
 figuras espectrales--- se movieron...  
 Dormían los demás, pero en la espesa

noche definitiva, a campo raso,  
con las pupilas al espacio abiertas,  
aunque sin ver la claridad del día  
ni la vislumbre azul de las estrellas!

---“¡Los del 46! ¡A revistarse!”---  
siguió la voz del adalid, siniestra,

---

<sup>163</sup> De Guillermo Sarcón.

como si desde el fondo de la noche  
estremecida de dolor viniera.  
Y adelantóse un hombre, un hombre solo,  
pero sobre él alguna cosa inmensa,  
desmesurada, informe, se movía:  
era el ala gloriosa y macilenta  
que en la angustiosa víspera del drama  
desplegaba en las sombras la bandera!

Una inflexión más áspera, más ronca,  
mandó después: ---“¡Soldados del 40!  
¡Soldados del 40! ¡A la revista!...---  
Y respondieron desde las tinieblas,  
los ecos imprecisos de la noche,  
los rumores del viento y de la selva!

## II

¡Cerro Corá, Cerro Corá!... En tu cumbre  
culminó aquella noche la tragedia...  
En ti la angustia de Solano López,  
más grande aún, más vasta aún que aquella  
que desbordó en la cima de Berruecos,  
su desmedida cruz halló pequeña!...:  
En ti su patria, el Paraguay entero  
desangrado en un lustro de epopeya,  
juró el desesperado sacrificio,  
su legendaria inmolación suprema!

Aun la nación mártir apretaba  
el arma rota entre las manos yertas,  
sus épicos fantasmas se movían  
entre las ruinas de las fortalezas,  
los niños de Humaitá se incorporaban  
apoyando el fusil sobre las piedras,  
Curupaiby velaba amenazante  
cañones rudos y apagadas mechas

cañones ruidos y apagadas incógnitas  
de Boquerónel trueno formidable  
estremecía el alma de la selva  
y Curuzú con su legión de espectros  
cavaba más profundas sus trincheras!...

¡La última revista!... Fue un recuento  
de claros y de muertes... Una tétrica  
ceremonia delante de la gloria

CCCXIX

y la noche sin fin que estaba cerca.

Antes del grito varonil y heroico  
del “muero con mi Patria”, entre las nieblas  
de esa última noche de febrero,  
no quiso el Mariscal contar sus fuerzas:  
pasó revista a su cortejo fúnebre...  
¡No era otra cosa su legión deshecha!

Regimientos, brigadas, divisiones...  
Cuando a todo lo largo de la tierra  
(desde el lejano Itapirá perdido  
hasta aquella fatídica eminencia),  
no quedaba un rincón que no estuviese  
cubierto de sagradas osamentas,  
esos extraños nombres sin sentido  
se convertían en palabras huecas.

---“¡Soldados del 40! ¡A la revista!---  
Y ni un sobreviviente que se mueva,  
ni un bisoño soldado que responda...  
Y atrás, lejos, la oscura cordillera  
de Amambay... Y el río más cercano  
que refracta la luz de las estrellas  
como siempre... Y la mancha de los montes  
tendidos hacia allá, como el esquema  
de los fieros ejércitos diezmados  
en una lucha desigual y cruenta...

III

¡Cerro Corá, Cerro Corá! ... Tú eres  
del Paraguay, pero también de América!

Ara del holocausto mitológico!  
en ti ha quedado la indeleble huella  
de un horrendo dolor que no se olvida

de un horrible dolor que no se olvida  
y de una sangre que jamás se seca!

---

CCCXX

DÉCIMAS <sup>164</sup>

VIEJO Lancero de Urquiza  
estás fuera de la Historia.  
No ambicionaste otra gloria  
que tu lanza y tu divisa.  
Tu poncho color ceniza  
fue guía en los entreveros.  
y ante los golpes certeros  
de tu lunado rejón,  
se hizo trizas el frontón  
de los rojos mazorqueros.

Viejo de barbas mecidas  
por los vientos del pampero,  
florejían en tu cuero  
como rosas las heridas.  
Entre las cargas fornidas  
donde el valor se encarniza  
y la lanzada precisa  
marca un muerto o un herido,  
se escuchaba tu alarido:  
¡Viva Entre Ríos y Urquiza!

Viejo de rostro severo

y muñeca omnipotente  
se meió sobre tu frente  
la eficacia del acero.  
Siempre cargaste primero  
al frente de tu mesnada,  
y cuando más enconada,  
se mostró la mala suerte,  
hiciste parar la muerte  
con los golpes de tu espada.

---

<sup>164</sup> De Jacinto Zaragoza.

## DE MAULA

(De Mateo Dumón Quesada)

EL valor legendario del capitán Don Martín Zanabria fue la semilla de su montonera. Esa bravura anda de boca en boca. Corre con las ruedas del amargo. Se hace primero grito; después, anécdota, y por último trovo<sup>165</sup>, que alza vuelo desde el fogón, rebasa el campamento, y al posarse en los palenques de los pagos tranquilos, hace crujir cabrestos y flamear baguales con mocetones ariscos en las cruces. La fama del capitán los atrae. Tiene imán de bandera.

Así agrupa Don Martín Zanabria sus cien primeros soldados. Son hombres que llegan de los cuatro rumbos de la patria: cruz milagrosa donde siempre da carne lo heroico. Esos hombres salen de las cocinas adobadas por el humo y el amargo. De las trastiendas con payadores. De las ramadas zancudas y las islas de carreros, en las noches eléctricas de relatos. Este bisoño llega al campamento sobre el matungo “prestao”. Con el riendaje zurcido; pero trae la luna ensartada en su lanzón. Aquel otro, dueño de azotea y marca, luce el escapulario que le puso la madre y una divisa bordada por la novia. Llegan algunos tapes en bronce, caliente todavía. De ojos oblicuos: zafas del cincel. Casi todos lucen colores crudos en los chiripaes. Divisas, golillas deflecadas como de gallos en reñidero. Van allí, domadores con las lloronas comidas a potro, ovillos donde duermen arrolladas las leguas. Entre los reclutas, tranquean veteranos, con casaquillas de patricias. Muy borrosas. Sus melenas grisáceas parecen conservar el polvo de Sipe-Sipe. Sus divisas flameantes, el andar elástico de los flotes y el latir del gal en el bruido de los corcos, son como recuerdo de

elástico de los fletes y el latir del sol en el bruido de los corvos, son como recuerdo de Chacabuco que salen del uniforme. Hay algunos pardos finos como sus lanzas. Negros lustrosos: mates curados a uso y abuso. Y detrás, indios silenciosos y tristes, que por orden de un clarín, saltan en pelo, lancean sin descanso... Y después del combate, salen a la orilla

---

<sup>165</sup> Magnífica descripción del fenómeno épico dentro de la poesía. Es toda una teoría.

CCCXXII

de toda emoción común, para volver a quedar silenciosos y tristes ...remansos sin estrellas...

Con todas esas cañaditas barroas, Don Martín Zanabria fue formando el arroyo vivo de su escuadrón.

Estamos en el campo glorioso de Cepeda. Amanece, Por orden del general Ramírez, la caballería de Entre Ríos ya pasó aquella cañada borrascosa de yuyos. Sólo falta la señal del ataque. Don Martín ocupa el centro. Sus gauchos montan cien pingos. Los ensillaron al aclarar, porque el capitán está viejo, y lleva el niño en ancas. Tiene cosas pueriles. "Se le puso" que su escuadrón cargue al frente. Adelante. Con luz para llegar primero al "dulce" de los lanzazos. Don Martín monta un pangaré arisco. El no usa uniforme. Ni un galón a la vista. Ganó varias cicatrices. Las oculta con pudor de gaucho. Está en mangas de camisa. El brazo derecho arremangado hasta el codo. Su golilla celeste con las puntas a la espada... Cuando cargue, ayudará al pingo con esas dos alitas. Botas de potro. Y espuelas grandes: dos ruedas de molino, donde ese montielero, romántico y pobre como el Quijote, hizo su pan heroico de cada día. Tiene las barbas blancas, floridas con las margaritas que le faltó tiempo para deshojar; porque las urgencias de la patria y la provincia, lo alcanzaron en el camino del colegio. Lo apartan de la tranquera. Le quitan el romance, el árbol donde anidar, la familia, ¡todo! Y en pago de esa soledad emocional, el caudillo sólo recibe un concepto con relieves de medalla. Este canto de un payador afónico, que la historia no oye:

---¡Guapo--- sin agüela es el capitán don Martín Zanabria!

Nada más. Aél le bastó. Esa nombradía es el mate que calienta sus manos. El lucero amigo que baja por una gotera de su quincha... La novia enancada en sus redomones. Y esta familia de cien hijos ajenos, que forman su escuadrón.

Con ellos aguarda en Cepeda la señal del ataque. Sube una bandera roja. Es la chispa. Por la línea, corre de jefe en jefe un solo grito:

---¡Carguen! ¡Carguen!

Y cuando llega a don Martín Zanabria, el viejo aletea con las lloronas, y ya sobre el pangaré casi en vuelo, lanza su grito:

---¡Carguen!

Se entreveran. Desde retaguardia, un oficial galopa hacia la línea, con un mensaje del general Ramírez. Es el alférez Elía. Joven, uniformado. Que desde allá, donde el fuego

CCCXXIII

recalienta lanzas, gritos y clarines, ve huir a un jinete. Es viejo. Monta un pangaré brioso. Ha perdido el lanzón. Trae la diestra en el pecho y la cara pálida. El alférez le manotea las riendas del caballo.

---¡No dipare, maula!--- grita.

Y el gaucho se agranda:

---¡Maula yo! ---ruge--- No, juyo: ¡vengo a morir ande no me vean mis muchachos!  
¡Atrevido!

Retira del pecho roto a lanza su diestra enrojecida, para dar al insolente un bofetón de sangre. Y cae muerto.

Era el capitán don Martín Zanabria.

LEGIONES DEL PASADO<sup>166</sup>

Al cumplirse un nuevo aniversario  
de la muerte del General Francisco Ramírez.  
10 de Julio de 1821.

HOY quisieron descubrirse los sepulteros olvidados.  
Hoy relucen más que nunca los aceros oxidados  
y a través de un siglo entero se desplaza el banderín;  
y los ponchos de bayeta y las cerdas desgredadas  
se anunciaron en la loma con las lanzas enristradas  
que destilan su fiereza por sus puntas de carmín.

Hoy las cosas del pasado se aproximan a nosotros.  
Paraná parece lleno de tacuaras y de potros  
y en el parque la calandria se resiente y vibra más...  
Y acudiendo presuroso de la trágica floresta,  
llegó un hálito de tribus... “y al clarín de su protesta  
se alinearon los cultores del coraje montaraz!

Y emergiendo inexorables de los últimos rincones,  
a un redoble de tambores, las históricas legiones,  
agitando su estandarte de quebracho y oropel,  
a la tumba de Ramírez se aproximan, y sombríos,  
depositan sobre ella las divisas de Entre Ríos  
que arrancaron de los ceibos para dárselas a él.

El pampero, conmoviendo nuestra selva milenaria,  
ha trocado su bramido por la lírica plegaria  
susurrada ante la tumba del Caudillo Federal;  
y tal vez sugestionada por la magia de su acento.

y al rugido de un listado con el trino de un zorzal,

Que sus corvos y trabucos le presenten los Dragones;  
que resuene el fragoroso trepidar de los bridones,

que flamee desafiante nuestra enseña tricolor;  
que otra vez por estos pagos se desaten las golillas;  
que se exhumen las tacuaras, que crepiten las cuchillas,

---

<sup>166</sup> De Rafael Morales Sánchez.

el tropel enloquecido, con un grito de furor...

Yo también quiero alzar lanzas como mis antepasados,  
y pagar un alarido... Y en los montes intrincados  
bien pudiera en una aurora levantarse mi cuartel  
como el místico santuario de una raza ya perdida  
que es la noche sin estrellas quien hundirse entristecida  
con la clásica leyenda de las chuzas de Montiel.

Y hoy las huestes legendarias al salir de la espesura  
renovaron sus arrestos de selvática bravura  
en la voz de una guitarra y en el filo de un facón...  
Y en la tumba de Ramírez, más salvajes y bravíos,  
Se agruparon los centauros del indómito Entre Ríos  
En un gesto que bien puede presagiar otro malón...

(Paraná, julio de 1948)

CAPÍTULO SUPLEMENTARIO II LA POESÍA POPULAR ENTERRRIANA

NO es extraño que una tierra de epopeya como Entre Ríos no diera contemporáneamente una poesía de tono heroico: creemos que en ninguna comunidad antigua tampoco se dio. Por lo contrario, la épica nació de una maduración de aquellas gestas reales luego de un ajetreo oral y escrito que asentó los perfiles históricos, muchas veces al mismo tiempo que se consolidaban las propias bases idiomáticas del país respectivo, como en los casos de Grecia, Roma, el antigua Israel (cuya gesta fue escrita, no siglos después, sino milenios más tarde de su supuesta realidad). En Entre Ríos no conocemos poesía épica ---gestas--- que pueda llevar dicho nombre, salvo algunos poemas de Francisco F. Fernández o de Olegario V. Andrade (aquél escribió el himno nacional paraguayo y otras composiciones de guerra, éste un himno a la defensa de Paysandú y el “Nido de Cóndores”, etcétera). Pero una gesta es un ciclo más o menos completo, coherente, no un episodio o una pequeña serie de episodios. De tal modo que al comenzar a hablar sobre la poesía en entre ríos (no su historia, porque la historia de una poesía empieza con la historia del idioma en que está escrita) debemos referirnos concretamente a las escasas piezas de tipo popular y político que se originaron en los fogones de la paz o en los vivaques de las montoneras de guerra.

Algunos antecedentes de poesía popular

La poesía popular moderna es de origen juglaresco. Al día siguiente de una batalla,

de un milagro, de las bodas de un rey o de una infante, del ajusticiamiento de un reo, los juglares ya disponían de material rimable con qué divertir a los villanos y a los señores afectos a los poemas. Con un curioso sentido de la conveniencia mutua, juglares, clérigos y monjas colaboraban estrechamente para retener cerca de los santuarios a los peregrinos, por

## CCCXXVII

ejemplo, de la Vía Tolosana (de Nimes a Santiago de Compostela) y otras rutas franco-españolas.

Como réplica, los clérigos y estudiantes nómades llamados goliardos<sup>167</sup>, franceses, alemanes e ingleses, cantaba por los caminos las célebres carmina burana de Beuern: poesía licenciosa y vulgar. El hecho de que la poesía popular y sus cultores fueron despreciados y repudiados, se evidencia cuando leemos algún texto emanado de la jerarquía eclesiástica. Uno de san Valerio (en España Sagrada, del siglo VII) menciona el arte de los goliardos, “en que se describen los torpes ejercicios histriónicos y juglarescos de un indigno presbítero llamado Justo, grande enemigo y perseguidor del santo abad del Vierzo”<sup>168</sup>. Bonifacio VIII condenó definitivamente a los clérigos que fueron juglares o goliardos, negándoles todo privilegio eclesiástico (Decretales, VI). No obstante esta intransigencia, la poesía popular no se extinguió jamás, y se ha creado ininterrumpidamente hasta hoy en todo el mundo. Fue madre ---en nuestro ámbito--- del romancero español, de la balada inglesa, del teatro y la novela picaresca. Naturalmente no podemos circunstanciar aquí todo el vasto y complejo proceso cumplido por el anónimo poeta en la creación de un arte lírico menor dirigido al pueblo.

Muy distinto al europeo es el origen de la poesía popular rioplatense. Su escenario natural fueron los reñideros, las carreras de sortijas, las pulperías, los rodeos, los vivaques, los festejos del 25 de Mayo, las patriadas. Era poesía de palenque y de duelo criollo, de carreras cuadreras y mesas de naipes, de canchas de taba y de comité, cuando no de pura evocación de los hábitos gauchos en desaparición, y de estremecido recuerdo de las maloqueadas indias. Esta ha sido la única realidad, casi, del hombre pobre argentino litoraleño o bonaerense, del hombre de campo, padre o inspirador de esa poesía ciudadana y rural. Libre de intención estética, con abundante uso de vocabulario cotidiano ---por lo común coloquial y especialmente “dichos”--- la poética popular argentina comenzó a

tenerse en consideración entre el público letrado desde la salida del Martín Fierro<sup>167</sup> y del Fausto, aunque la poesía popular ya tenía representantes dignos con Pantaleón Hivarola (¿el

---

<sup>167</sup> Recibieron su nombre del obispo Gólfas, quien inició la costumbre de errar de pueblo en pueblo recitando poemas vulgares y pidiendo limosna.

<sup>168</sup> Menéndez y Pelayo, Antología de poetas líricos castellanos, tomo VI, p. 31 (Obras Completas, edic. oficial, t.XXII).

<sup>169</sup> Año 1872. Segunda parte, La Vuelta, en 1878.

CCCXXVIII

iniciador?), Hilario Ascasubi, Bartolomé Hidalgo, Juan Gualberto Godoy y otros. Ismael Moya ha recordado que junto a Urquiza vivió el payador entrerriano Gregorio Aguilar, desde 1835.

### Poesía vulgar y poesía popular

Muchos siglos se han necesitado para dotar a vulgar y a popular de dos connotaciones distintas. En aquella Edad Media que evocamos al principio de este capítulo, vulgar y popular eran una sola cosa, porque la sociedad entonces sólo se dividía en dos: el vulgo, los habitantes de los villorrios que rodeaban la casa señorial o feudal, los villanos; ése era el único pueblo. Y los nobles. Más tarde, con el nacimiento de las ciudades (burgos) y por ende de la burguesía, los integrantes de éste alcanzaron un grado de información mayor que otro sector del pueblo menos dotado económicamente, y sus niveles de captación de la palabra escrita fueron mayores, en tanto el pueblo bajo descendía, o por su analfabetismo o por su propia reducida esfera de acción. Un ejemplo quizá bastará: en tiempos de Dante (siglo XIV) el latín era el idioma que se hablaba en las clases altas y cultas; pero en el pueblo circulaba otra lengua, que el autor de la Divina Commedia iba a proyectar al campo de la idiomática universal: el toscano, luego llamado italiano (también el idioma de Castilla iba a sobreponerse a otras formas dialectales y convertirse en el castellano actual). Ignoramos hasta qué grado el italiano de Dante era inteligible (poéticamente) para el pueblo en general o para el vulgo; pero no creemos que pueda confundirse lo popular de Dante (es decir, adoptar el idioma del pueblo en vez del latín) con una intención de mimesia del habla del vulgo. Dante era un humanista, y estaba ya lejos de lo vulgar, personalmente; históricamente se considera plebe desde los tiempos romanos: el pueblo indeterminado. Lo popular tiene valores líricos, sin duda alguna; lo

vulgar nunca ha discriminado sobre la calidad estilística o el contenido moralmente tolerable de una composición. La poesía vulgar es de un acarreo grotesco y grosero, y escasas piezas son del orden de la divulgación escrita. La poesía vulgar no demuestra un sabio ni intuitivo uso de la versificación ni del discurrir. No haré mención concreta de ella porque es sobradamente conocida. Ha sido elaborada por “poetas” de baja calidad y sin

CCCXXIX

sensibilidad ninguna. La poesía vulgar desconoce la gracia de aludir sin nombrar. La poesía que llamamos, limpiamente, popular, tiene la sencilla nobleza del estilo cotidiano de la que gente que, medianamente letrada, sabe dónde el poeta ha concretado una trouvaille, dónde ha calado en la emoción del hombre común. La poesía popular es ágil, chispeante, graciosa y hasta maliciosa, sin llegar a la imagen sicalíptica, a la obsenidad, al mal gusto. Siempre una alusión, sin chabacanería, y si es posible, sin vulgaridad manifiesta.

La gracia de nuestra poesía popular ha tenido como excelente vehículo de divulgación a su hermana, la música popular. Cielitos, zambas, huellas, pericones, vidalitas, tristes, cires, chamamés, valeses, chamarritas, cuecas, chacareras, cifras, triunfos y rancheras, duplicaron en el canto el amor, la tristeza y el trabajo argentinos, y hasta dispusieron de largas guerras para convertirlas en celebración poética. La “Zamba de Vargas” es algo más que una anécdota, y el “triumfo” de Obligado, con letra de Brascó, señala una cadena no interrumpida de poesía popular unida a la música y en homenaje a las glorias argentinas.

Otro fenómeno extraño de la poesía popular es su “gusto por el anónimo”. El Romancero español, extraído del acervo juglaresco o de la tradición oral analfabeto, fue reelaborado a su gusto por los poetas cultos, de corte, o por los investigadores, pero jamás se le quitó el agrisabor del pueblo. Los ingenuos elementos plebeyos de la poesía popular, trabajados por las mentalidades aristocráticas y cortesanas, no perdieron absolutamente nada de su simplicidad, de su candidez ni de su sencilla grandeza. El hálito poético de los romances o serranillas era mucho más fuerte e inspiraba más respeto que la propia inspiración culta. El romance del conde Niño (“Amor más poderoso que la muerte”) y las serranillas del marqués de Santillana ejemplifican lo que acabamos de decir.

En la sección que dedicamos a la poesía épica de Entre Ríos hacemos algunas referencias a la costumbre de la guitarra en los vivaques de las montoneras o en las

circunstancias bélicas. Pero bien sabemos que los ocios del trabajo y los trabajos del amor siempre tenían ---y tienen--- una guitarra muy cerca. Cuando Eduardo Villagra describe en Palo a Pique los años que pasó en la estancia de sus mayores en Entre Ríos, recuerda: “Sus totoras ennegrecidas [las del fogón] guardaron el eco armonioso de arrulladoras vidalitas y el rasguído de tristes entrerrianos”. También Manrique Balboa Santamaría, en Montielero,

CCCXXX

rememora que se estilaba el pericón (pág. 131) y el estilo (p. 139). Otros autores modernos de Entre Ríos, como Martiniano Leguizamón, Gerchunoff, Fray Mocho y Leoncio Gianello, relatan y transcriben cantares de otras épocas. Fray Mocho cita coplas de baile en su Memorias de un Vigilante, coplas que procedían de mucho tiempo atrás:

Dicen que las heladas  
secan los yuyos,  
ansí me voy secando  
de amores tuyos;

¡Este es el triunfo, madre,  
dueña del alma;  
más quiero darte muerte  
que vida amarga!

\*\*\*

¡Ni aunque todos se apongan  
los doloridos  
no hay dolor que se iguale  
al dolor mío!

¡Este es el triunfo, madre,  
dame la muerte,  
dámela despacito,  
no me atormente!

Se crea o no, esto nada tiene que ver con lo que se insiste en llamar folklore, esa palabra de tan huidiza significación. En el canto de “la región”, con la música íntima o externada, de la región, de la comarca, del pago. Dice Marcelino M. Román: “Creo que la poesía de mi comarca natal, Entre Ríos, es la más definitivamente regional, por su acento,

su vibración, su tonalidad, su luz de provincia... Pero su querenciosa raigambre terruñera crece en ramazón desplegada sobre la rosa del horizonte, con pájaros mensajeros que parten hacia todos los rumbos. Es una poesía afirmada e impregnada de lo regional, no retobada en lo regional”<sup>170</sup>.

---

<sup>170</sup> M.M. Román, Reflexiones y Notas sobre Poesía y Crítica, Paraná, 1966.

En su novela Espiga Madura<sup>171</sup> Leoncio Gianello describe una pequeña fiesta campera donde un cantor ---Aparicio Posada--- entone una vidalita, cuya letra, o es tradicional o pertenece al mismo Gianello, quien antes de dedicarse a la historia escribía poemas. De todos modos, como ejemplo de poesía campero-popular, la transcribiremos:

Un beso de ríos  
vidalita  
da el nombre a mi tierra,  
tierra de Entre Ríos  
vidalita  
hija de la guerra!

Ya don Justo avanza  
vidalita  
va contra el tirano  
y florece lanzas  
vidalita  
mi campo entrerriano...

Bocas de sus mozas  
vidalita  
ceibales en flor,  
se han de abrir en besos  
vidalita  
para el triunfador.

Muestran las moharras  
vidalita  
sus lunas de acero,  
que son como garras  
vidalita  
en el “entrevero”.

Bajo los luceros  
vidalita

cayó el gaucho herido;  
le brota del pecho  
vidalita  
un clavel florido...

Boca de sus mozas  
vidalita  
ceibales en flor,

---

<sup>171</sup> Ediciones Colmegna, Santa Fe, 1946. Colección "Nuevo Rumbo".

CCCXXXII

se abrirán en besos  
vidalita  
para el triunfador!

En un libro bien entrerriano, el ya mencionado Palo a Pique, de Villagra, no podía faltar la expresión poética popular, aunque también del pueblo de campo. Seguramente, como en el caso de Gianello, los últimos poemas sean del propio Villagra. Véase una "guitarreada" típica:

“Después de la cena, era de rigor la tertulia bajo el amplio emparrado junto al comedor... formábase vasto círculo y no era necesario por cierto el ruego insistente ni aún la simple insinuación para que el rasgido dulce de las guitarras pusiera su nota armoniosa en el silencio de la noche... Cada uno llevaba su aporte, en la medida de sus posibilidades. Ya fuera el recitar de una poesía, como la ejecución de un triste en la guitarra, el cantar de un estilo, una vidalita, o el relato emocionante por alguno de los viejos, de cosas muchos más viejas, de algún episodio heroico de los nuestros, o de tal o cual leyenda de aquellas que la superstición criolla conservaba cuidadosamente... Para todos, la favorable acogida, la frase de aliento, el premio del aplauso. Un minucioso y concienzudo templar de la guitarra con su interminable subir y bajar de prima y de bordonas, con un sinfín de notitas punteadas de dos en dos buscando la armonía del sonido, llevaban la expectativa al linde de la impaciencia que alguien solía rebalsar con un “Bueno...? y?, de efecto contraproducente, porque el ejecutante lo castigaba con otros largos minutos de ronco bordoneo... Y al fin, tras el preludio prometedor, la voz varonil bien timbrada y armoniosa desgranándose en melancólica vidalita:

Yo voy por la noche  
Vidalita

Vidalitá  
Llena de misterio  
Recorro las tumbas  
Vidalitá  
En el cementerio.

Las recorro a todas  
Vidalitá  
Me detengo en una  
Donde caen los rayos

CCCXXXIII

Vidalitá  
De la blanda luna.

Allí duerme el ángel  
Vidalitá  
Que yo amaba tanto,  
Por eso en su tumba  
Vidalitá  
Vierdo amargo llanto.

Duerme, duerme, niña,  
Vidalitá  
En ese panteón  
Y escucha los ayes  
Vidalitá  
De mi corazón.

“Luego, pasada de mano en mano la guitarra, la nota más optimista de un vals y la confesión de dos amores hermanados en un mismo culto:

En el templo de mi alma  
Dos imágenes hay, tan sólo dos.  
Los alumbró la luz de mi cariño  
y tienen por altar mi corazón.

La una es venerable,  
Bella y rubia la otra, como el sol.

A la primera, yo le llamo madre,  
A la segunda, mi primer amor.

“Enseguida, vencida la timidez por el encanto de la noche plateada y por la amable acogida adivinada de antemano, no faltaba quien diera a conocer su reciente e inédito recuerdo de estudiante al terruño inolvidable:

Allá donde también canto el boyero  
en la copa del tala o ñandubay,  
donde anida el chajá y el tero-tero,

donde llegan las aguas del Ñancay...

“Y seguís la evocación, premiada al finalizar con la aprobación entusiasta de los presentes... El paso errante de don Julián Felipe Berilés, gaucho tropero que hizo noche

CCCXXXIV

algunas veces en la estancia, inspiró unas décimas sencillas, que fueron recitadas con la emoción del autor novel. Comenzaban así:

Gaucho viejo, peregrino  
de las pampas de mi tierra  
que anduviste llano y sierra  
tras de tu inquieto destino.  
Nada te atajó el camino.  
Y si tu andar de resero  
te llevó por el sendero  
del sacrificio y la pena,  
lo seguiste, el alma llena  
del Quijote caballero...

.....

.....

En 1937 y en Paraná apareció un curioso libro. Se llamaba Versos para la Oreja y estaba editado pulcramente a mimeógrafo por César A. Ferreyra. La edición total alcanzaba a doscientos ejemplares (hoy inhallables), con ilustraciones, también mimeografiadas, de Miguel Lozano Muñoz, Trinax Fox y una carátula (xilografía) de Sergio Sergi. El autor de la obra era Amaro Villanueva.

Campo y ciudad se reparten en las 83 páginas de la colección, y tanto en una temática como en la otra, el estilo es enteramente popular, como el que volvió a utilizar ---parcialmente--- en un libro posterior, Son-Sonetos (1952). Buen humor, picardía criolla, lenguaje directo, sin ornamentaciones barrocas, conforman la triple apoyatura de su temática en Versos para la oreja. Igual que en Marcelino M. Román ---poeta de pueblo si los hay--- en Villanueva existió desde el principio un compromiso: la veracidad y la autenticidad, el poner el verso, también, al servicio de la causa, social o política, de lo cual

existen ilustres precedentes. El número IV de los “Sonetillos con sirvienta”, dice:

El domingo se ha encendido  
en tu boca y tus mejillas  
y te quiere las rodillas  
el estreno del vestido.

Con tono despavorido  
la niña y sus amiguillas

CCCXXXV

ajan todas las puntillas  
de tu aliño discutido.

Que “loca”, que “quién la vé”  
que “ a dónde irá tan compuesta”,  
que si “es faja o es corsé”,

que “mirá la flor de siesta”  
¡Qué van a enseñarte, ché,  
lo que es un día de fiesta!

Esto es una de las vertientes líricas de Villanueva, popular, extrínseca, solita, fraternal, crítica e irónica, motivada por una temática circunstancial y de factura simple. La otra vertiente, nada descuidable y que creemos la más importante de la poética de Villanueva, es la lírica pura, la amatoria, su visitada intimidad, que participa a veces de cierto conceptismo, como el “Tanto te quiero desde que te quiero” o de romanticismo vertido en metáforas del cuño más reciente:

Andas con mejilla desolada  
por el instinto de la despedida

que es el Villanueva que preferimos por sobre su poesía popular y su poesía política y aquellos intentos de poemas histórico-patrióticos que publicara en la revista “Nosotros” (Nº 250, año 1930) y que jamás tendría que haber incluido en Son Sonetos. Villanueva permaneció en un posmodernismo sin estridencias, con algunos elementos vanguardistas, fácilmente distinguibles en su labor poética. Estas metáfora

se abanica de esquinas el boulevard Echagüe

es típicamente ultraísta. El lenguaje popular, yo no sólo el tema, se reitera en Son Sonetos, pero con una mira lírica más elevada, y vuelve a aparecer en el aún inédito Lunfardópolis, versos en el idioma que, del área del delito pasó luego al del tango y por éste al pueblo en general. Pero el lunfardo es ajeno a Entre Ríos en todo sentido, y debemos omitir aquí todo

CCCXXXVI

ejemplo. Lo que sí resulta inexcusable excluir en esta sección sobre poesía popular es el soneto que hizo a Fray Mocho y que también incluyó en Son Sonetos.

#### SERMON A FRAY MOCHO

Mocho, pecador hermano, tu fama es de las de atar.  
Va rodando por el mundo como cosa de la vida,  
Dele chacota y bolazo, muy de cogulla caída  
Y con labios frecuentados de vino y habla vulgar.

De convento a conventillo te sabes equivocar.  
Del guasaje del suburbio tu guitarra es la bebida.  
Con mucamas y chinitas andas el alma perdida  
Y viven muertos de risa quienes te oyen platicar.

Mocho, pecador hermano; ni ayunas ni vas a misa.  
Tu vida, que ya es vidorra, no es camino de hombre santo.  
Vé que estás bajo la cruz, que no es de jugarle risa;

Que eres, pecador hermano, fraile pero no juglar,  
Y que el cielo no es tan gaucho, para caer, hecho un encanto  
Con que, por ser de los Santos, es el cielo tu lugar.

En incontables sentidos mucho más popular que Villanueva, es el poeta Marcelino M. Román que empezó su empecinada, sostenida e irrenunciada poesía convivencial con dos libros poemáticos donde predomina una temática ya descriptiva, ya trágica y no tan subterráneamente crítica, cuyo punto central es la gente pobre. Aunque “era linda la pobreza/ cerca de su corazón” (Calle y Cielo), a veces esa carencia se hace melancólica confesión: Este pasaje que sigue es de Tierra y Gente:

Sin divertir la persona  
y sin novia. que es lo peor.

y un novio, que es lo peor.  
Con veinte pesas mensuales  
como para novia estoy.

Uno es peón de campo, claro

~~es carpintero, es arador,~~  
y de a ratos domador.

Sabe trabajos de monte,

CCCXXXVII

de guascas y de galpón;  
sabe remediarse en todo  
pero siempre anda pobrón.

### CAPÍTULO COMPLEMENTARIO III LA POESÍA POLÍTICA EN ENTRE RÍOS

CURIOSAMENTE, la poesía política en Entre Ríos carga una dosis apreciable de intención picaresca, como si los duelos políticos o bélicos fueran instancias no definitivas y en las que se jugaban la vida los hombres de los distintos bandos. Entre la élite del viejo Paraná (es decir, los blancos opositores al régimen gobernante, el urquicismo, entre 1853 y 1862) circulaban manuscritas estas décimas de autor anónimo tituladas Con aires de personaje:

Justo José sin embargo  
que nada tiene de justo,

tendrá de verdugo un busto  
en Vences y Pago largo,  
la India Muerte le hace cargo  
de su atrocidad salvaje,  
y en honor del caudillaje  
a Europa irá en comisión  
a pescar en Southentón  
con aires de personaje<sup>172</sup>.

Era un hombre Salvador  
de carácter seco y duro,  
con reputación de puro  
en lo que toca al honor,  
pero lo asaltó el temor  
de un nuevo personaje  
y lo abandonó el coraje

---

<sup>172</sup> Justo José de Urquiza

CCCXXXVIII

lo que no es cosa muy rara,  
y se convirtió en mampara  
con aires de personaje<sup>173</sup>.

Santiaguito es un malvado  
sin fe, pudor ni conciencia,  
que escalar la presidencia,  
se propone, del Estado,  
y a este fin orden ha dado  
a su grey de que trabajo  
sin que en los medios se ataje  
y triunfe de cualquier modo,  
mientras él pasa de beodo  
con aires de personaje<sup>174</sup>.

Un zote es José Miguel

que parece estar parado  
del natural al papel;  
educóse en un cuartel  
y de cuartel es su traje  
hasta que llegó a ser paje  
de un tocador de violín  
que lo hizo su comodín  
con aires de personaje<sup>175</sup>.

Aquel jayán depravado  
a quien su mirar incierto  
ha dado el nombre de tuerto

y su porte el de malvado,  
ocupa un puesto elevado  
en que ejerce el vandalaje  
pero si cambia el paisaje  
en ese nuevo episodio  
andaré de monipodio  
con aires de personaje.

Un hombrecillo es Tomás  
Pequeño, más no sin gracia,  
reputado en diplomacia  
como muy ducho y capaz.  
Siempre fue hombre de paz  
metido en guerrero traje  
y hoy es con este embalaje

---

<sup>173</sup> Salvador María del Carril

<sup>174</sup> Santiago Derqui, ministro del Interior.

<sup>175</sup> General José Miguel Galán, Ministro de Guerra de la Confederación.

CCCXXXIX

un cachucho puesto a flete,  
extracto de mate siete  
con aires de personaje<sup>176</sup>.

Martín es un cascarón  
que pretendió ser Ministro,  
mas le cerraron registro  
a su noble aspiración.  
Hízose de oposición  
para vengar este ultraje,  
más le faltó coraje  
para llegar a la meta  
y se quedará trompeta  
con aires de personaje<sup>177</sup>.

¡Baldomero! ¿Quién sin asco

¿Quién pronunció tu nombre  
sin que diga: me di un chasco?  
Entre los naipes y el frasco,  
el burdel y escamotaje  
campa tu libertinaje;  
con todo, en vez de una soga  
llevas al cuello una toga  
con aires de personaje<sup>178</sup>.

Esteván es un villano  
que por gusto al Caudillo  
ha repartido el cintillo

a la trona, por su mano  
Renunció ser ciudadano  
por la librea de paje;  
y esto le valió un plumaje  
de avestruz, en su sombrero  
bajo el cual es todo cero  
con aires de personaje<sup>179</sup>.

El merendador Ciriaco  
ebrio consuetudinario  
siempre lleva el incensario  
para sahumar al Cosaco;  
un pucho de mal tabaco  
no valdrá cuando aquél baje,

<sup>176</sup> General Tomás Guido, ministro de Relaciones Exteriores.

<sup>177</sup> Senador Martín Zapata.

<sup>178</sup> Doctor Baldomero García, ministro del Superior Tribunal.

<sup>179</sup> General Juan Esteban mmmm

CCCXL

por eso es que en su lenguaje  
de taberna vil, lo encomia  
para no quedarse en momia  
con aires de personaje<sup>180</sup>.

Juan María prefirió  
ser ministro de un Caudillo  
al rol honroso y ancillo  
de un hombre firme y de pro;  
con el cintillo punzó  
hoy engalana su traje  
más no impedirá el ropaje  
que ecsale el fetor mefítico  
de traficante político  
con aires de personaje<sup>181</sup>.

Es un torpe de Indalecio  
que hizo papel de valiente  
más lo hizo tan torpemente  
como hace de un sabio un necio.  
Cayó luego en el desprecio  
de la gente de coraje,  
y cambiando de lenguaje  
nada hay ya de valor  
y es hoy un adulador  
con aires de personaje.

En cuanto a tonto y servil  
es de apostar uno a ciento,

aquí no hay mayor jumento  
que el abyecto Ramón Gil,  
tonto que vale por mil  
por mucho que se rebaje,  
porque es tonto de abordaje  
dispuesto a pasar por todo  
y andar destilando lodo  
con aires de personaje.

Lástima es don Luís José  
que al lado se haya olvidado  
de su carácter sagrado  
y que quieto no se esté.

Tiempo ha que siente pie  
en continuo corretaje

---

<sup>180</sup> Ciriaco Quintena, Jefe de la Capitanía General del Puerto.

<sup>181</sup> Doctor Juan María Gutiérrez, senador y ministro.

CCCXLI

como jefe de pasaje  
del Janeiro a la Asunción  
ostentando un Motilón  
con aires de personaje<sup>182</sup>.

Francisco es hombre gastado  
en quien murió el patriotismo,  
pero en cambio el egoísmo  
aquel vacío ha llenado.  
Si se halla bien colocado  
poco le importa el pasaje,  
busca seguro y buen gaje,  
pues tome, no siendo rico  
seguir andando de pico  
con aires de personaje<sup>183</sup>.

me decía don José que a don Lucio  
y preguntando por qué  
me dijo: Porque anda sucio.  
¿Me quiere usted jugar sucio  
por verme de mal paisaje?,  
no soy puerto que da anclaje  
le dije, y él me responde:  
¿No ves que lo puerco esconde  
con aires de personaje?<sup>184</sup>

Tan donoso es don Juan Pablo  
que al mirar su estatura

se le cree caricatura  
con la máscara de diablo.  
Además en un establo  
puede dársele forraje,  
sin que todo esto ataje  
para ir de Villa en Villa  
luciendo su mascarilla  
con aires de personaje<sup>185</sup>.

El Tártaro Ángel Vicente  
con sus hordas de beduinos  
a los pueblos Argentinos  
tiene en jaque permanente.

Basta que el Gran Can intente

<sup>182</sup> Monseñor Luis José Gabriel Segura y Cubas, primer obispo electo.

<sup>183</sup> Francisco Bilbao, chileno, director oficialista del diario "El Nacional Argentino".

<sup>184</sup> General Lucio Mansilla.

<sup>185</sup> Juan Pablo López, de Santa Fe, apodado "Mascarilla".

CCCXLII

un acto de vandalaje  
para que con un mensaje  
lo haga ir hasta Tucumán  
a saquear, como en San Juan,  
con aires de personaje<sup>186</sup>.

La Constitución jurada  
por el pueblo entusiasmado  
le arroja el caudillo a un lado  
o es por sus patas hollada;  
si al exterior acatada  
se le presenta el Salvaje,  
aquí es pieza de equipaje  
que acomoda en su maleta,  
para usarla de careta  
con aires de personaje.

¿Qué importa que en el Congreso  
una noble minoría  
combata con valentía  
cuando siempre es sin suceso?  
Un diputado de a peso,  
un senador sin coraje  
... ..  
y dé campo a un malhechor  
para alzarse en dictador  
con aires de personaje.

El Erario Nacional

es una Caja vacía  
donde lo que entra en el día  
sale sin quedar un real,  
aunque se sospeche a cuál  
otro bolsillo hace viaje,  
se sabe que en el pasaje  
algo queda enredado  
en la uña de algún malvado

con aires de personaje.

0 0 0

---

<sup>186</sup> Ángel Vicente Peñaloza, el “Chacho”.

CCCXLIII

### El 18 de noviembre

(Anónimo)

Del dieciocho de noviembre  
no me quisiera acordar  
día de tristeza y duelo  
para el bando de Jordán.  
De mil quinientas palomas  
que en Gualeguaychú pisaron  
al enfrentar a la aduana  
¿sabe Dios cuántas quedaron?  
Los jordanistas pensaron  
en Gualeguaychú triunfar,  
también jugar a las bochas  
con la cabeza el Villar.

Vera y Zamora, el mulato  
tan orgulloso venía  
que al que pensaba tomar  
era al deseado Leiría.  
¡Qué lección para los sucios  
que acompañan a Jordán  
que permitieron el triunfo

del batallón de Villar!

¡Qué vivan los valerosos  
esos Guardia Nacional!  
¡Qué viva Francisco Leiría  
y el comandante Villar!

Poco antes de la batalla de Cepeda (1859) se establece una especie de intercambio de cielitos entre quien defiende la postura porteña (Ascasubi) y la entrerriana (José

CCCXLIV

Hernández). El 11 de abril de 1859 publica Ascasubi en “El Nacional” un Cielito antiteruteru, como queriendo dar a entender que los entrerrianos se alarmaban por cualquier rumor. Un poeta “desconocido”, que firma Juan Barriales, le replica con un Cielito aterutereu, y la batalla de **mmm** son bastante agresivas en lo personal, como las que siguen:

Allá nos vamos, motoso,  
te lo dice Juan Barriales,  
a hacerte largar los riales  
que te prestamos, roñoso.  
Al venir del otro lao  
arrastrando las chancletas  
y a quitarle las pesetas  
que en Colón han manotiao.

Pero Ascasubi también estuvo con Urquiza (Colón es, naturalmente, San José) y durante un banquete ofrecido por el general entrerriano en Concepción del Uruguay, Ascasubi dijo estas décimas:

Constante el gaucho Paulino  
a la patria y el amor  
a los veinte años, señor,  
vuelve a caer a este destino;  
como patriota argentino  
sólo cumplo mi deber  
  
viniéndomele a mi modo,  
es decir, con cuerpo y todo  
hasta morir o vencer<sup>187</sup>

Como se sabe, Paulino Lucero, de Ascasubi, canta la gesta de Urquiza. Otra muestra más del “tono” de la poesía política de esas meses que precedieron a Cepeda:

Mitre el acreditao  
el primero se presenta,  
a gatas con la osamenta  
como burro agusanao.

---

<sup>187</sup> Los poemas de Ascasubi contra Rosas le fueron encomendados al poeta por el propio Urquiza, y se imprimieron en las prensas del Colegio del Uruguay. Estas prensas han vuelto a ponerse en movimiento, editando la revista del Colegio, "El Mirador" y varias colecciones. Esas prensas fueron asimismo las que imprimieron el manifiesto de Urquiza contra Rosas en 1851.

CCCXLV

Formarán buen regimiento  
de varias armas, armado  
con su barriga Obligado  
y con palmeta Sarmiento.

Pero mucho antes de Cepeda, cuando toda la entrerrianidad estuvo de pie junto a Urquiza desde el Pronunciamiento contra Rosas, el ingenio de Ascasubi compuso este cielo titulado A la salud del Ejercito Entre-Riano y Correntino:

Vaya para Rosas sólo  
este cielo y pericón,  
pues a los demás Rosines  
les toca de refilón.  
¡Ay, cielo de la Victoria!  
Cielito del Paraná...  
¡Oído! que ya la coronta  
tocó un punto alto en Calá.  
¡Atención!... En el campo  
tocan a montar.  
¡A caballo, soldados  
de la Libertad!  
¡Guerra al tirano!  
Carabina a la espalda  
sable a la mano.  
Ya brillan los corvos y las tercerolas:  
y lucen las lanzas... lindas banderolas  
de los valientes  
patriotas entre-rianos  
y de Corrientes.

Vamos a ver en Palermo  
si es garbosa la persona  
de ese general Vejiga,  
Juan Manuel de Rosas.

Juan Manuel Rosas Corona.  
¡Cielito de la Tristura!  
con que se dice el remate  
que ese bruto es general  
por las campañas de Uñate.

Cuando va al tranco ese maula  
La panza hace tela... ¡tela!  
de aguachado, de bichoso  
y de barrigón que está.

CCCXLVI

¡Cielito!... y de precisión  
tenemos que adelgazarlo,  
para lo que vamos todos  
dispuestos a galoparlo.

Él piensa de Tucumán,  
Salta, Córdoba y La Rioja,  
San Juan, Mendoza y San Luis,  
seguir con la cincha floja.

¡Cielito!... y por desengaño  
pronto, tirano, haz de ver  
que entre todos de un tirón  
dos barrigas te han de hacer.

Y si no nos facilita  
un tal Dodone  
para cruzar el río  
cualquier chalana.  
No hay necesidá  
de hacerme capiguarna  
en el Paraná.

Ya verás ingrato, cuando la embestida  
dónde aparecemos de una zambullida.  
Y después de eso  
¿no te da comezón  
en el pescuezo?

También quiero prevenirte  
de que el general Garzón  
va de un golpe al Cerrito  
a echarle un ¡truco! a Violón.

¡Ay, Cielo mío!... y después,  
ni no te parece mal.

le piensa pasar la mano  
al titulado Legal.

De balde te vas poniendo  
tan cumplido y tan blandón  
tratando de hacer compadres  
a los de la Entreinvención.

CCCXLVII

Cielito de la sordera!  
Salí, Supremo Lagaña  
¿no ves que los Uropeos  
ya te conocen la maña?

Pues si el general Urquiza  
no te hubiera abandonado  
atenido a él estarías  
mordedor y endemoniado.

¡Cielito!... porque en lo guapo  
sos enteramente igual  
a un perro bayo que tiene  
en la estancia el general.

Dicen que en Buenos Aires  
~~en la situación~~  
se ha puesto redemente  
muy caro el jabón.  
¡Qué calamidá  
cuando el Jefe Supremo  
tan jediendo está!

Dormite, morrongo, dormite mi amor;  
dormítele Urquiza al Restaurador  
y la pichona  
que pretende su parte  
en la corona.

Si Rosas mata al botón  
le juega mi general  
a cual de los dos resulta  
con más charque en el tendal.

¡Ay cielo y de la máshorca,  
el endurece la pandilla  
lo que ha de tener de sobra

le que ha de tener de boca  
Juan Manuel... será morcilla!

Y si Corona presume  
de un ejército infinito  
el que de acá le larguemos  
no ha de ser muy peticito.

¡Cielito!... y ya los Rosines

CCCXLVIII

deben saber que no es broma  
que el ejército Entre-Riano  
como se las dan las toma.

También saben que no usamos  
echar de lejos balacas,  
ni peliar con los matreros  
ni robar pingos ni vacas.

¡Ay cielo! Pero si alguno  
medio a forcejear nos sale  
por sostener al tirano,  
¡a qué te cuento, más vale!

El diablo es que anda sonando  
¡Cristo! ¿Y si será verdá?

que el ejército Rosín  
debe mandar Biguá.

¡Ay cielo de la Barriga  
cómo vendrá al padrecito  
después que lo largue Rosas  
soplan hasta lo infinito.

¡Jesús nos favorezca  
si viene Biguá!  
y nos larga la inflada  
¡qué barbaridad!  
¡Cuando atropelle

y que no nos desenvaine  
tamaño fuelle!

Y traigan a los tientos las armas de Rosas  
fuelle y jeringas ---vergas y otras cosas---  
con que en Palermo  
se divierte el ilustre  
cuando esté enfermo

cuando este enjambre.  
Velay el sol aparece  
¡miren cómo resplandece  
y al oscurecer la luna  
de los libres la coluna!

¡Ay cielo! Digan conmigo:  
¡Viva la Federación!

CCCXLIX

¡Viva Urquiza y Virasoro!  
¡y también viva Garzón!

¡Con que adiosito, paisanas!  
que aquí concluya el cielito  
y ya para mi escuadrón  
también me largo, luego.

Cielito, y por conclusión  
la más linda moza diga,  
si no me hace algún encargue  
para el general Vejiga.

El poeta nativista Claudio Martínez Paiva recogió esta Antigua Litoralera y le efectuó algunos retoques. Creemos que este es el lugar más indicado para hacer una aclaración: Martínez Paiva, como se supone y afirma, no es entrerriano. Nació en Carmelo (República Oriental del Uruguay), y además su nombre no es Claudio sino, precisamente, Carmelo. Esta es la “litoralera”, de extracción popular.

#### Entre un bufar de baguales

Ganando a lanza el destino  
vivimos sobre el camino  
los que somos federales.  
Quien nos provoca  
que convierse primero  
con Montes de Oca.

De Entre Ríos a misiones  
no almitimos unitarios,  
por desliales y arbitrarios  
los echamos a empujones  
Y el baile sigue

porque es aún bastonero  
Martín Rodrigue.

Dicen los directoriales  
que sólo ellos son los gilenos,  
nadie es más ni nadie es menos  
decimos los federales.  
Libres, y juntos  
o que sigan a muerte

CCCL

los contrapuntos.

Por Fernando y otros godos  
Carlotas, Juanes y Lucas  
trabajan los de pelucas  
y nojotros contra todos.  
En esta guerra  
está en juego la muerte  
de nuestra tierra.

Ni los Lópes ni Dorregos  
nos llevarán por delante;  
ande el Supremo se plante  
no lo muevan ni los ruegos.  
Ñandubais duros  
somos los entrerrianos

pa estos apuros.

Si aguanta el santafesino  
y no afloja el cordobés  
haremos que el portugués  
se güelva por donde vino.  
Y entonces, puede  
que los porteños sepan  
lo que sucede.

Federales, federales,  
no doblemos las rodillas  
ansí rieguen las cuchillas  
con un chaparrón de balas.  
Tuyos y míos  
sean siempre estos gritos:  
¡Patria! ¡Entre Ríos!

COMO en todas las demás expresiones literarias, nuestra provincia también ha sido pródiga en obras para la escena, y muchos comediógrafos y dramaturgos entrerrianos figuran honrosamente en el teatro nacional. Pero, salvo algunos autores que han visto su obra publicada, la mayoría debió contentarse con ver representadas sus piezas tanto en los escenarios locales como en los de la Capital Federal o en importantes ciudades del país. También son escasos los libros o los ensayos que tratan del teatro entrerriano, pero los iremos señalando en su momento. De todos modos, ¿cuántas obras de teatro, incluso clásicas, de nuestro país, han merecido cuidadas ediciones críticas? Muy pocas, y en su mayoría en malas ediciones populares plagadas de erratas y sin previa ubicación de sus

mayoría en malas ediciones populares plagadas de erratas y sin previa ubicación de sus autores. El privilegio concedido a Sánchez Gardel, a Eichelbaum, a Leguizamón o bien a autores más jóvenes que atraieron a editores por la gravitación de las formas y contenidos teatrales renovadores ---entre los que contamos al entrerriano Dragón---, no se ha dilatado hacia muchos otros que jamás han visto impresas sus obras. La mayoría de los autores argentinos, que sólo han escrito para la “representación”, yacen en las viejas colecciones

CCCLII

semanales de hace sesenta años y jamás se han reeditado. En la actualidad, no existe ninguna editorial que se dedique específicamente a la publicación de las obras de teatro argentino. Y en aquellas colecciones, muchas veces, el valor de las piezas era puramente circunstancial; su temática, en otros, enteramente ceñida al llamado “teatro de costumbres”, que ya ha perdido por completo la adhesión de un público más exigente y que reclama formulaciones de mayor universalidad.

Tampoco, reiteramos, se ha escrito mucho sobre el teatro entrerriano. Algunos artículos, algunos comentarios y conferencias o historias muy sintéticas, que a falta de contenidos esenciales en las obras que comentaban, se han limitado a una enumeración, estrictamente similar a la que adaptamos para el teatro en esta obra, pues consideramos los textos para la escena muy distintos para los de la lectura, y para el examen de los cuales es preciso una técnica exegética distinta también. Es por ese motivo que este se presenta como un Capítulo “complementario”, apendicular. El lector sabrá atenerse a esta aclaración.

Dejando a un lado ciertos autores no argentinos que escribieron algunas piezas sin mayor valor en el siglo pasado, el primer hombre de teatro de nuestra provincia que reclama mención es Francisco Felipe Fernández, a quien ya tratamos en la primera parte de este libro. Cronológicamente, la sucede un español arraigado tan profundamente en la provincia que sólo recurriendo a su biografía recordamos su origen: Benigno Teijeiro Martínez, que también tratamos entre nuestros “clásicos”, pero que pasó por el teatro sin pena ni gloria. A Martínez sigue en el tiempo Emilio Onrubia, Manuel T. Fernández y otros, hasta el año 1896, fecha clave para el teatro nacional, no sólo entrerriano. El 21 de mayo de ese año la compañía circense de Podestá, abandonando el picadero y subiendo al tablado del “Victoria” (que fuera de Onrubia), estrena Calandria, pieza de Martiniano Leguizamón, obra que evoca la peripetia de Servando Cardozo, el argentino del matrero de

Leguizamón, obra que evoca la perfección de Servando Cardozo, el arquetipo del matrero de la provincia y que constituye quizá la obra más clásica del teatro nacional.

“Cuando los picaderos de los viejos circos y hasta el escenario del “Apolo” ---escribe Ulises Petit de Murat--- andaban recogiendo los ecos de las hazañas de los gauchos duros y peleadores, a don Martiniano Leguizamón se le ocurrió pintar uno muy diferente. Corrían los últimos años del siglo pasado; el gaucho también comenzaba a

CCCLIII

correrse para el lado de la leyenda. Como un montón de fuegos artificiales estallando en la alta noche, surge entonces Calandria. No anda resentido, buscando multiplicar ojales, a punta de facón en la piel de los cristianos. Sale al galope de los vericuetos de la selva de Montiel ---es entrerriano hasta los caracuses--- para hacernos sentir el insólito restallar de sus carcajadas... Calandria, en la ternura de sus cantos, en la piadosa ironía instintiva que pone para encarar la vida, haciendo de la tragedia un drama primero y, en seguida, imprimiéndole un viraje rápido a la comedia, parece llevarse bien con esa sonrisa que ondulan cuchillas y acentúan flores, y que hace de Entre Ríos la provincia argentina de más adentrada dulzura”. Ese romántico Robin Hood de la selva, que se da el lujo de burlarse de la brava policía del siglo XIX y que dice: “¡Qué diablos! ¡Para qué gritó “macho” la partera!” termina en la redención del trabajo y del amor, y por fin, “un gaucho no muere a lo Juan Moreira”. Leguizamón había escrito dos piezas anteriores, cuando era estudiante: Los apuros de un sábado y La bandera de los Andes (1877 y 1878, en que actuó también como actor), en Concepción del Uruguay.

La cronología nos impone ahora a otro autor: Emilio Berisso. Nacido en Avellaneda, en 1878, fue Villaguay el sitio que lo entroncó a la provincia, donde aun residen sus descendientes. Murió en 1922. Dirigió la revista “La Quincena”, donde colaboraron Darío, Lugones, Jaime Freyre, Osvaldo Magnasco. No es mucho lo que se sabe de su vida y la de su hermano Luís, aparte de que sus rentas provenían de una estancia. De su obra teatral, Emilio Berisso estrenó Con las alas rotas (1917); Los cimientos de la dicha, con la que se iniciara en 1915, estrenada por Angelina Pagano y Roberto Casaux. A éstas siguieron La amarra invisible (1915) y El germen disperso, de hondo contenido humano, Escribió también una novela, prescindible, titulada En los esteros (1926).

César Iglesias Paz, nacido en Yerúa el 1 de octubre de 1881 y muerto el 18 de agosto de 1922, cursó la carrera de derecho doctorándose con una tesis sobre cuestiones

agosto de 1922, cursó la carrera de derecho doctorándose con una tesis sobre cuestiones sociales. Escribió dieciséis obras, la primera de las cuales, Más que la ciencia, fue estrenada en 1907 y en la que gustó analizar los caracteres femeninos. “Aportó a nuestro teatro ---transcribe Juan José de Urquiza de un crítico innominado--- un nuevo criterio de apreciación de los valores de la belleza, un sentí más alto de la vida, un concepto más fino y sensible de la psicología humana en las luchas del amor, del deber, del ideal”. De sus títulos

CCCLIV

citamos; La conquista (1912); La enemiga (1913); La dama de Cour (1914); Ilusiones (1914); La mujer fuerte (1915); María Blanca (1915); El vuelo nupcial (1916); Diplomacia conyugal (1916); El señuelo (1917); El complot del silencio (1917); El pecado original (1918); Buenos Aires (1919); A liquidar tocaron (1919); El aplauso (1919); La propia obra (1920); Una deuda de dolor (1921), y la pieza inconclusa La gota de agua, que terminara José León Pagano en 1924.

También nació en 1881 Mariano Sozio, que se hizo conocer con el seudónimo de Mario Folco. Medicado desde 1910 en Buenos Aires, participó en forma anónima en la redacción de varias obras de éxito. Murió el 11 de setiembre de 1941, de un mal incurable, y alejado de toda compañía.

El paso de Manuel Gálvez por el teatro no dejó mayormente huellas. Aparte de La conjuración de Maza ---que terminó en zarzuela---, escribió El hombre de los ojos azules y Calibán, y efectuó las adaptaciones al teatro de sus novelas Nacha Regules y La maestra normal. El poeta Evaristo Carriego escribió una única obra, Los que pasan, de contenido sentimental y costumbrista, que se estrenó como homenaje póstumo el 16 de noviembre de 1912 en el Teatro Nacional por la compañía de María Gámez.

Gustavo Caraballo, también novelista y poeta, nació en Paraná el 7 de agosto de 1885 y murió en 1967<sup>188</sup>. Cursó Derecho en Buenos Aires y alternó el ejercicio de su profesión con el periodismo, la cátedra, la magistratura y el teatro. Fue redactor de “La Nación”, profesor de literatura en el Conservatorio Nacional de Música y en el Colegio Mariano Moreno. Después de dos libros de poesía [Las sendas del arquero (1911) y Las visiones del silencio (1913)] y de un texto de preceptiva (1915), se inicia en el teatro con El hornero (1917), que estrena Pablo Podestá con Enrique de Rosas. A esa obra siguieron: El patrón del agua (1919); La cruz del sur (1920); Con los nueve (1921); Juan Cuello (1922); La mancha de sangre (1923); El niño oculto (1921) y La salamandra. Sus personajes están

La mancha de sangre (1925), El mito oculto (1931) y La salamandra. Sus personajes están recortados de la historia gaucha y entroncan con la mejor tradición del teatro argentino, El chimango (1948) y Don Prudencia Lima, del mismo año.

Pedro Benjamín Aquino en Buenos Aires mayor renombre que sus comprovincianos citados hasta aquí, excepto Leguizamón, Defilipis Novoa y Eichelbaum. Había nacido en Concepción del Uruguay, el 1 de octubre de 1887. Su padre fue rector del Colegio Nacional

---

<sup>188</sup> Beatriz Bosch lo da como nacido en 1889.

CCCLV

de esa ciudad. En 1910 Aquino se graduó de médico. Estrenó su primera obra en 1914 (ya había publicado poemas y cuentos), llamada El tiranuelo, con la compañía de Orfilia Rico. El teatro de Aquino en los distintos ambientes en que se mueven sus personajes se destaca siempre por su fulgor humano, su emoción y hasta su delicado humor. Su profesión de médico le ofreció un material muy sensible a la emotividad pública y hasta hoy conserva su teatro cualidades que le otorgan vigencia en la escena nacional. Escribió: El tiranuelo; La Diana; la trilogía estudiantil La Carrera Charrúa, La llegada de Charrúa y La Canción de Charrúa; Una mala mujer; Ha pasado una mujer; Elevación; Una mujer desconocida; El reo de la familia; Criolla vieja; El viejo médico; La brecha; Georgina se casa; El ídolo roto; La emboscada; Las murallas de Jericó; El caballo de Troya; Y muerto el perro; La clínica del doctor Salviatti; El hombre que se vendió; El gordo López; El camote; El yacaré; Luz mala; ~~El valor de vida~~; ~~Para la Capital don Narciso Amenábar y señora~~; y Allegra.

Juan Bautista Abad Reyes nació en Paraná el 22 de diciembre de 1893. Efectuó estudios musicales antes de radicarse en Buenos Aires y luego en Montevideo, donde se hizo ciudadano uruguayo, intervino en la vida política (fue diputado por varios períodos) y ejerció el periodismo en “El Día”, de la capital oriental. En 1928 regresó a la Argentina, donde continuó su labor periodística en “Crítica”, “Noticias Gráficas”, “La Razón” y “La Nación”. Este último diario lo designó corresponsal, durante siete meses en el exterior. Actuó en radio y escribió letra y música de varias composiciones. Abad Reyes se inició en el teatro con un drama rural titulado El lobisón, estrenado en Montevideo en 1919, que recibió el primer premio del diario “La Noche”, de esa capital.

Con Francisco Defilipis Novoa tenemos otro hito en el quehacer teatral argentino y entrerriano. Nacido en Paraná, en 1892, murió en Buenos Aires el 27 de diciembre de 1930. Estudió en la Escuela Normal de la capital entrerriana, ejerció de maestro rural, fue periodista en Rosario, director de cine (“El rey de Roma” de Hugo West), finalmente se

periodista en Rosario, director de cine ("Flor de Durazno", de Hugo Wast) y finalmente, se inicia en el teatro con La pequeña felicidad, a la que siguieron muchas piezas que lo situaron en un indudable primer plano, que no ha perdido todavía, porque supo recibir los impulsos renovadores que vinieron de Europa después de la primera guerra mundial.

En Entre Ríos escribe y estrena ~~El día sábado~~ (1913) y ~~La casa de los viejos~~ (1914). Ya en Buenos Aires, Roberto Casaux le estrena su primera obra en Buenos Aires, El diputado por mi pueblo (sátira política, 1918); luego siguen El conquistador de lo

CCCLVI

imprevisto (1919); La madrecita (1920); La samaritana (1923); Los caminos del mundo (1925); Tu honra y la mía (1925); El alma de un hombre honrado (1926); María la tonta (1927). Hasta aquí la producción escénica de Defilipis Novoa estuvo signada, primero, por el costumbrismo (en auge en esa época) con obras que luego él mismo repudiaría; y desde 1925 su teatro se colma de personajes símbolos, ideas, y su lenguaje se torna más cerrado, menos accesible al público general de ese tiempo. Hasta 1929, con Despertate Cipriano gira hacia el grotesco, influido acaso por Pirandello. En julio de 1930 se estrena He visto a Dios, la obra que lo consagrara y a la que él denominara "misterio moderno". Este grotesco ha pasado a ser una de las principales obras del teatro argentino. Para televisión, fue interpretado su personaje principal por otro entrerriano, el actor Osvaldo Terranova. Obras obras de Defilipis Novoa fueron: La loba; Una vida; Tú, yo y un mundo después; Nosotros después; ~~Ida y vuelta~~; ~~Sombras en la pared~~ y El turbión.

Aquí es necesario hacer un paréntesis, para nombrar a una persona que desde muy joven se dedicó al teatro, pero que jamás escribió una pieza para la escena. Consagró su sagacidad crítica, su verdadero amor por el viejo arte griego, al teatro, a través del comentario y el libro. Hablamos de Nicolás Coronado, nacido en Paraná el 21 de diciembre de 1891 y muerto en Buenos Aires el 27 de mayo de 1961. Fue hijo de Juan coronado. Cursó estudios de Derecho en la Capital Federal, que suspendió por razones de salud, y se dedicó a la crítica teatral, compilada en libros a partir de 1924: Desde la platea; Crítica negativa y Nuevas críticas negativas, donde examina la producción teatral contemporánea y en la que lo vemos actuar sin la menor concesión a la falta de calidad de las piezas, periódicamente juzgadas en una revista porteña. Su último libro mereció el primer premio municipal de prosa del año 1927. A partir de 1923, Coronado ejerció la docencia (profesor



Cuando tengas un hijo (1929); Señorita (1930); Un guapo del 900 (1940); Un monstruo en libertad; Un viajero inmóvil (cuentos); Pájaro de barro; El gato y su selva; Soledad es tu nombre; Vergüenza de querer; En tu vida estoy yo; Las aguas del mundo (1957); Gabriel el olvidado; Subsuelo (1966); Un cuervo sobre el imperio; Rostro perdido (1951); Dos brasas (premio nacional, 1957, estrenada en 1955 por “La Farsa”); y Un tal Servando Gómez (1942). Un guapo del 900 obtuvo los premios municipal y nacional.

CCCLVIII

Del teatro entrerriano posterior debemos citar, después de Eichelbaum, a Pablo Palant, nativo de Victoria, donde nació el 21 de abril de 1914. Murió en Buenos Aires el 4 de marzo de 1975. Autor, crítico, cuentista, periodista teatral, sus títulos para la escena son: Jan es antisemita (1939); La huída (1940); Una mujer viene y se va (1942); El amor muerto (1950); El testamento (1951); El ángel cruel (1953); La dicha impía (1956, premio nacional y medalla de oro de Argentores); El escarabajo (1959); El dedo gordo (comedia musical, 1963); El invitado (1966). Además, Historias de Adán 8 cuentos, 1959). Su primer trabajo, no mencionado en la nómina anterior, se llamó El cerco. Aparte de su labor estrictamente teatral, efectuó adaptaciones para el ciclo televisivo “Grandes Novelas”, en colaboración con Víctor Proncet (Canal 7) y con la dirección de Sergio Renán, y un guión sobre cine sobre Jorge Newbery. Palant está considerado como uno de los iniciadores del Teatro “Independiente” o no estrictamente comercial. Así fue como estrenó en “Máscara” y en “Teatro del Pueblo”, de Leónidas Barletta, aunque más tarde sus obras se representaron en la Comedia Nacional (El Escarabajo, en 1960, con dirección de Crestes Caviglia). Con motivo de su muerte dijo José Barcia en “Clarín”: “Siguió algunas huellas de Samuel Eichelbaum pero, fundamentalmente, su obra tuvo perfiles propios. Palant fue también un insobornable crítico,, función que ejerció en todos los medios periodísticos”. Tradujo a Beckett y a Simone de Beauvoir. El Seminario de Autores Argentores lleva su nombre.

Juan José Beoletto, de Paraná, ejerce el profesorado en Mendoza. Aparte de la fundación de varias agrupaciones de teatro como “La Nube” y “Bosquejos”, escribió las piezas Fueron invitados a un sueño y Las ruinas nos dan sus ecos.

De Juan Carlos Ghiano, hemos dado ya la nómina de sus obras teatrales en el capítulo 69. También mencionamos en su lugar correspondiente la única obra de Manauta, La Tierra.

Oswaldo Dragún, nacido en San Salvador el 12 de mayo de 1929, estudió abogacía un par de años, para volcarse luego enteramente a la creación teatral, que se inició con La peste viene de Melos (1956; Cuba 1959); continuando con Historias para ser contadas (1956); Los de la mesa 10 (1957, llevada al cine); Tupac Amaru (1957); Historias de mis esquinas (1958); El jardín del Infierno (1960); Y nos dijeron que éramos inmortales (1961); Milagro en el mercado viejo (1964); Amoretta (1964); Heroica (premio de la Casa de las

CCCLIX

Américas, Cuba, 1966, prohibida en Buenos Aires, y estrenada recién en 1984 con el título Heroica en Buenos Aires); y Hoy se comen al flaco, estrenada en octubre de 1983 por el Teatro Abierto, donde trabajó Natalio Hoxman, poeta y actor también entrerriano, que había publicado un único libro de poesía, El Bisel de la sombra.

Muchas de sus piezas y otros textos originales han sido llevados al cine y la televisión. Para este último medio escribió varios guiones. Dragún es una de las principales figuras del teatro nacional de hoy.

COMO género, la Historia tiene su territorio literario propio, que de ninguna manera pretendemos invadir. Las páginas que siguen, únicamente intentan enumerar a los cronistas de nuestro pasado provincial. Lejos está de nuestro ánimo y de nuestros conocimientos aventurar una catalogación crítica, un análisis hondo de las tendencias historiográficas de cada autor; pero la exclusión de tantos excelentes autores (que en muchos casos han sido

también poetas y prosistas de imaginación) disminuiría el probable valor de nomenclador o de memorándum que se propone la presente obra. Sólo queremos añadir, para salvar un poco más nuestros reales objetivos frente a posibles objeciones que, releer o leer y procesar críticamente los centenares de autores entrerrianos que se han dedicado a la narrativa o al ensayo o a la poesía, ya fue una tarea que excedió ampliamente nuestra disponibilidad de tiempo. Esto no debe entenderse como una disculpa, sino como una realidad. Por lo tanto,

CCCLX

solicitamos a cada benévolo lector que considere esta sección de Historia como un mero apéndice informativo. La Historia se desentiende del género literario por cuanto escapa al rigor estético verbal y se hunde en documentos y en hechos.

\*\*\*

La Historia ha sido y continúa siendo una de las pasiones más vehementes del hombre entrerriano. No es ajena a esta inquietud la heredad heroica de la provincia y la constante reiteración de nuestras gestas en la obra de los historiadores, los novelistas, los poetas y los hombres de teatro. Pasada hace mucho la edad de la Conquista y Civilización de la provincia, vemos con otra óptica el enfrentamiento de españoles e indios. Aunque la Historia es irreversible ---tanto en sus grandes como en sus pequeñas peripecias--- un sentimiento diverso nos inclina a una natural simpatía por esos pueblos incultos que a pesar de su inferioridad intelectual y material tenían en el fondo de sí mismos un sentimiento que es consustancial a la criatura humana: el de la libertad. Por ser de indios, o contra indios, no tiene menor dimensión épica la resistencia que ofrecieron a los invasores.

“Los indios entrerrianos ---escribe una historiadora nuestra--- especialmente charrúas y minuanes, rehusaron la tutela del colonizador. Valientes, indómitos, erraron por los montes hasta extinguirse sin someterse a la vida sedentaria ni a la servidumbre.

Perecieron totalmente después de dos siglos de lucha por su libertad. Estas características de defensa de la tierra nativa, hostilidad al invasor, repulsión a la servidumbre y bravura indómita han sido transmitidas a su descendiente el gaucho. En circunstancias análogas, este sucesor del aborígen se desangrará y extinguirá en los campos de batalla defendiendo los mismo principios”.

En sabia síntesis, la señora Murature de Badaracco nos ha instalado en la idiosincrasia del hombre que ha hecho la historia entrerriana y en sus virtudes características. Y, en líneas generales, los demás historiadores han rendido homenaje a ese indígena que, de una forma u otra (incluso por axogamia) está en la sangre del criollo. Aparte de los heroicos guerreros de La Matanza (Victoria), que todavía esperan su Homero provincial, no pueden olvidarse nombres y hechos como los de Andresito o Anacleto Medina, y hasta el insólito Guarumba concordense. Muchas ilustres genealogías de la provincia acaso tengan raíces indias,

CCCLXI

aunque creemos que es bastante decir que la propia genealogía provincial, nuestro antecesor en la tierra, el pueblo indio de Entre Ríos, ha encarnado soberanamente el valor y la defensa de su libertad. No otros tampoco han sido los móviles de sus inmediatos antecesores.

Hemos revisado uno de los planos históricos de la provincia, donde se espejan conquistadores y pueblos indígenas. Otro plano en el que todos los historiadores parecen estar de acuerdo, es el del siglo XIX entrerriano, donde resplandecen Ramírez y Urquiza en primer lugar, y otros personajes heroicos o de militancia civil que redondearon de un modo u otro la imagen de la autonomía entrerriana, de su personalidad histórica en el concierto del país.

Situado esto en claro, penetremos no sin cierta timidez, en esa vasta, cercada y difícil jurisdicción que es la Historia, donde continúan ardiendo todavía algunas pasiones que incidieron profundamente en la vida de Entre Ríos.

Derecho en la Universidad de Córdoba. Durante la época de Rosas debió exiliarse, pero ya en 1851 figuraba como secretario del general Urquiza. A Seguí le tocó redactar el texto del Pronunciamiento del 1° de Mayo de 1851, que fue la chispa inicial del derrocamiento del tirano el 3 de febrero de 1852 en Caseros. Posteriormente, Seguí se desempeñó como auditor de guerra, y en 1852 intervino en la Asamblea General Constituyente de Santa Fe, donde juró la Constitución que fue su resultado. Más tarde ocupó la banca de diputado por

CCCLXII

Santa Fe, en el Primer Congreso. Por dos periodos desempeñó el cargo de ministro general de la Gobernación de su provincia. Luego asumió el cargo de ministro de Relaciones Exteriores, y en 1860 se lo eligió representante de Entre Ríos en la Convención de Santa Fe.

Como periodista, Seguí fue redactor de “El Federal Entrerriano”, cuya aparición data del 2 de junio de 1842. Integró asimismo la redacción de “El Iris Argentino”, estuvo al frente de “El Nacional Argentino”, diario adicto a los fines y filosofía política de la Confederación. Aparte de poemas, hoy casi inhallables pero prescindibles, escribió un libro ahora fundamental, Memoria para servir a la historia de la Revolución del 1° de Mayo de 1851 y consecuencia de esa Revolución. En esta obra, a cuyo conocimiento proveyó el doctor Salvador M. Dana Montaña en una conferencia organizada por la junta de Estudios Históricos de Flores (noviembre 1965).

Juan Ángel Martínez

Entrerriano de origen, se desempeñó como magistrado en Buenos Aires. Dirigió en Victoria “El Pueblo Entre-Riano”, desde 1878; y aunque contrario a Ricardo López Jordán, hizo cuanto pudo para librar al caudillo de la sospecha de complicidad en muerte de Urquiza. Escribió Formación política argentina, publicado en Buenos Aires en 1924 pero escrito varios años antes.

Wenceslao S. Gadea

Fue autor de un único libro, Don Justo: la tragedia de Entre Ríos en 1870 (Buenos

Aires, 1943), que se inscribe naturalmente en el estilo de la minuciosidad objetual, descriptiva y llana. Gadea nació en Concordia el 28 de setiembre de 1864, ciudad donde hizo sus primeros estudios, para continuar los secundarios en el Colegio del Uruguay. Egresó como escribano del Superior Tribunal de Justicia de la provincia. Se desempeñó como funcionario público y mantuvo cargos honoríficos. Su interés por el periodismo lo condujo a fundar el periódico “El Independiente” en 1893. Fue asimismo director de la

CCCLXIII

segunda época de “Fiat Lux”. En 1918 editó “Concentración Popular”, todos en Concepción del Uruguay. Desde 1899 a 1902 fue intendente municipal, en cuyo desempeño introdujo la iluminación eléctrica en Concepción del Uruguay. De 1902 a 1905 fue diputado provincial (conservador). Le tocó presidir la Comisión de homenaje a Urquiza en el centenario de su nacimiento (1901).

Luis B. Calderón

Nacido en Concepción del Uruguay en 1874, murió en Mar del Plata el 18 de febrero de 1955. Fue abogado y docente en colegios secundarios. En este carácter, desempeñó la cátedra de Historia en el Colegio Nacional de la Capital Federal y en “Nicolás Avellaneda”. Presidió la Asociación Entrerriana General Urquiza, de Buenos Aires. De su labor historiográfica citamos: Urquiza. Síntesis histórica de su época, su actuación y su obra (1949), y Urquiza y Concepción del Uruguay: mi pueblo.

César Blas Pérez Colman

Nació en Concepción del Uruguay en 1875 y murió en 1949. Era hijo del doctor Benito E. Pérez, periodista de Rosario del Tala. Abogado recibido en Santa Fe y ya radicado en Paraná, se dedicó a la política, llegando a ser diputado provincial. Como periodista fue director de “La Razón”. Dentro de la magistratura ejerció como Juez Federal, miembro y presidente de la Cámara Federal de Apelaciones de Paraná. Fue docente, con cátedras en la Escuela Normal de la capital entrerriana. Asimismo fue miembro y presidente de la filial Paraná de la Academia de la Historia y presidente de la Biblioteca

Popular. Quizá su mejor contribución a la historia la logró al demostrar que no fue por inspiración del virrey Vertiz ni de Tomás de Rocamora que se efectuaron las fundaciones de Gualeguay, Gualeguaychú y Concepción del Uruguay, sino del obispo Malvar y Pinto. De sus obras citamos: Paraná 1810-1860 (Rosario, 1946); Entre Ríos. Su historia (3 tomos), y La parroquia de la ciudad de Paraná. Muchos estudios históricos breves no han salido aún del ámbito de los diarios y revistas donde se publicaron originalmente.

CCCLXIV

Juan Álvarez

Analista histórico-económico, sociólogo e investigador, nacido en Gualeguaychú en 1878 y muerto en Rosario en 1954, y a quien se considera el iniciador de una nueva forma de interpretar los fenómenos históricos en el país, poniendo el acento en la incidencia que la economía tiene sobre todas las demás formas culturales en el desenvolvimiento de un país. En 1910 y bajo su dirección se levantó el tercer censo municipal de Rosario. Juan Álvarez fue procurador de la Suprema Corte, y en el año 1945 se intentó persuadirlo para que se hiciera cargo del gobierno nacional, ante la amenaza del movimiento popular que se iniciaba entonces. De su valiosa producción histórico-estadística citamos: Estudios sobre las guerras civiles argentinas (Roldán, Bs. Aires, 1912; Eudeba, 1966 y 1972, esta última con prólogo de Sergio Bagú); Ensayo sobre la historia de Santa Fe (Bs. Aires, 1910); Temas de historia económica argentina (Junta de Historia y Humanística, Bs. Aires, 1929); El problema de Buenos Aires en la República Argentina (publicado originalmente en los "Anales" de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Bs. Aires, 1917. Este y el anterior fueron reeditados en un volumen por la Sociedad de Historia Argentina, Bs. Aires, 1936, con un estudio preliminar y bibliografía de Narciso Binayán); Guerra económica entre la Confederación y Buenos Aires. Una de sus tesis básicas es que el actual sistema económico argentino rural será inestable "mientras la propiedad no se halle en manos de quienes trabajan y viven en los campos" (Guerras Civiles Argentinas, cap. 4, pág. 79, edic. Eudeba). La editorial, cooperativa fundada por Eugenio Díaz Romero editó su obra Buenos Aires.

Aunque no fue específicamente ni escritor ni historiador, contribuyó con algunas obras a esclarecer o informar acerca de algunos temas de interés para los entrerrianos. Nacido en Nogoyá, su infancia transcurrió en la pobreza. Interno de “La Fraternidad”, pudo estudiar en el colegio de Concepción del Uruguay. Luego de obtener el título de abogado en

CCCLXV

Buenos Aires inició una carrera política y administrativa de singulares relieves, habiéndose desempeñado como juez, profesor, diputado, ministro de Gobierno de Miguel Laurencena (1914), embajador en Perú, miembro y presidente de la Suprema Corte de la Nación. En 1926 se lo designó ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación. Como escribió Bernardo González Arrili, “su enterranía era cálida, profunda y contagiosa”. Sagarna escribió la historia de “La Fraternidad en su libro El Colegio del Uruguay, y como periodista fue uno de los fundadores de “El Diario” de Paraná (15 de mayo de 1914) y redactor del mismo. Además de la obra citada, publicó Medio siglo entrerriano; El hombre del Pronunciamiento, de la liberación y de la Organización.

Santiago Moritán Colman

Abogado y magistrado, fue director asimismo del diario católico “La Acción”, de Paraná. Se desempeñó como catedrático de Historia en el Colegio Nacional de la capital entrerriana. Escribió Ramírez, Mansilla y Urquiza; y Argentina y Paraguay: por qué no constituyeron una sola nación.

Dardo Carvalán Mendilaharsu

Nacido en Concepción del Uruguay el 7 de mayo de 1888, estudió en el histórico colegio de esa ciudad y luego en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, paralelamente a sus cursos de diplomacia y Derecho consular. Integró las filas de la Unión Cívica Radical y ocupó importantes cargos públicos y docentes. De su producción historiográfica citamos: Dos cuestiones históricas (1916); Sombras históricas (1923), y Rosas (1929). Fue

Aníbal S. Vásquez

Su labor no puede sustraerse a la permanente consulta de todo investigador que desee penetrar en los entretelones de nuestra vida pública, en las minucias o en los grandes acontecimientos que han perfilado categóricamente la fisonomía provincial.

CCCLXVI

Miembro del Parlamento y ministro de Gobierno de Entre Ríos, Aníbal S. Vásquez entregó la mayor parte de su vida a la tarea histórica y al periodismo, del que fue, por otra parte, el más erudito de sus historiadores, con su libro Periódicos y periodistas de Entre Ríos (póstumo, 1970), así como deshojó día por día los anales entrerrianos en esa “summa” calendárica que representa su obra monumental Dos siglos de vida entrerriana (1950).

La trayectoria de Vásquez por la prensa es sencillamente excepcional. Aparte de haber sido uno de los fundadores, secretario y director durante doce años de “El Diario” de Paraná, participó en la fundación, dirección y redacción de hojas periodísticas. Como autor publicó: La emancipación de la ciudad (1921); Comentarios municipales (1922); Organización de las estadísticas municipales (1925); Organización municipal de Entre Ríos (1927); Caudillos entrerrianos (Tomo I, Ramírez, 1928); La República de Entre Ríos (1930); El sabio Bonpland (1934); La reunión del ejército aliado en Concordia (1937); Caudillos entrerrianos (tomo II, López Jordán, 1940); Del pasado entrerriano (1946); Periódicos y periodistas de Entre Ríos. Además de estas obras, efectuó algunas compilaciones documentales, como las ordenanzas, decretos, etcétera, de la municipalidad de Paraná desde 1900 y 1922, y el Digesto Municipal de la misma ciudad (1926). Otras obras fueron José Hernández en los entreveros jordanistas (1953) y Causas económicas del Pronunciamiento del Urquiza contra Rosas (1956).

Este historiador y memorialista nació en Gualeguaychú en 1899. En 1971 se incorporó a la Academia Nacional de la Historia. De formación conservadora, fundó con un grupo de amigos “La Nueva República” en 1927, luego de su regreso de Europa. “La Nueva República” ---escribió muchos años después el mismo Irazusta--- “aunque osó

Julio Irazusta

desafiar, desde el punto de vista del catolicismo ortodoxo, el anticlericalismo imperante, y acorde con ese criterio, acometió la crítica literaria contra algunos elefantes sagrados que eran símbolos del régimen [yrigoyenista] se aplicó con especial dedicación a examinar la política del día, mirada con lupa, desprovista de espíritu banderizo y con espíritu de servicio público desinteresado”. De la obra de este autor (hijo de Cándido Irazusta) citamos: Vida política de don Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia (5

CCCLXVII

tomos); Tomás de Anchorena, prócer de la Revolución, la Independencia y la Federación; Urquiza y el Pronunciamiento (1952); La Argentina y el Imperialismo británico (en colaboración con Rodolfo Irazusta); Adolfo Saldías; Influencia británica en el Río de La Plata; Genio y figura de Leopoldo Lugones (Eudeba, 1968); La monarquía constitucional en Inglaterra.

Antonio Serrano

Historiador, investigador de las culturas indígenas y profesora, nacido en Paraná el 7 de marzo de 1899. En 1921 egresó de la Escuela Normal de la capital entrerriana con el título de profesor en Ciencias. Se especializó en arqueología, botánica, geología e historia. En 1941 la Universidad de Córdoba lo contrató para que se abocara a la fundación y dirección del Instituto de Arqueología Lingüística y Folklore. En 1937 había sido becado por la Comisión Nacional de Cultura para efectuar investigaciones arqueológicas en Brasil. Serrano se desempeñó como profesor de Prehistoria y Arqueología en las Facultades de Filosofía y Letras de Córdoba y Rosario. Intervino en la fundación del Museo de la Provincia, cuya dirección ejerció hasta 1941. La obra escrita de Serrano es cuantiosa, pues suma entre libros y escritos menores más de ciento cincuenta títulos, de los que citamos: Los aborígenes argentinos (1947); Los sambaquis o concheros brasileños (sobre la cultura lítica del sur de Brasil); Arte decorativo de los diaguitas (1943); Los comechingones (1945); Consideraciones sobre el arte y cronología diaguita (1953); Los primitivos habitantes de Entre Ríos (1950); Los pueblos y culturas indígenas del Litoral (1955); Etnografía de la antigua provincia del Uruguay.

Antonio Serrano colaboró en La historia de la Nación Argentina y en la vasta

síntesis sobre los indios de Sur América publicada por la Smithsonian Institution, titulada Handbook of South American Indians. Serrano perteneció a la Academia Nacional de Geografía y correspondiente de la Academia Nacional de Historia.

Juan José Nágera

CCCLXVIII

Geógrafo y geólogo, nacido en Gualeguaychú. Estudió en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y en la de Filosofía y Letras. Obtuvo el premio Carlos Berg por

---

su tesis doctoral La Sierra Baya. En 1915 Nágera era el undécimo doctor en Ciencias Naturales diplomados en la Universidad de Buenos Aires. Fue profesor de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (geografía económica y política de la Argentina); profesor titular de mineralogía y geología en la Escuela Superior de Ciencias Naturales de la Universidad de La Plata; profesor titular de geografía general del Colegio Militar de la Nación; profesor de Ciencias Naturales de la escuela de comercio “Carlos Pellegrini”, y profesor de Geografía en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Recorrió todo nuestro país estudiando geografía, geología y ofidiología, viajando asimismo por otros países de América, Europa y África. Fue representante del país en el Congreso de Geografía y Etnografía de El Cairo (1925). Fue jefe del Servicio Geológico Nacional.

En 1927 publicó en la revista “Humanidades” de La Plata su estudio titulado Doctrina del mar libre, que fue la real base para un decreto nacional de 1944 “por el cual se establecía que las zonas internacionales de fronteras de los entonces territorios nacionales y las de sus costas oceánicas, así como el mar epicontinental argentino, se considerarán zonas transitorias de reservas mineras”<sup>189</sup>.

De sus obras citamos: Buenos Aires subterráneo (3 volúmenes); Tomás de Rocamora, su fundación de Gualeguaychú (1958); Primera carta geológica general de

---

Tandilia; Inmigración: Parques naturales bonaerenses; Puntas de Santa María del Buen Aire, lugar de la fundación de don Pedro de Mendoza, obra que procura establecer el real sitio de la primera fundación; Geografía física de la República Argentina.

Manuel Portela

Uruguayo radicado en Gualeguaychú y nacionalizado argentino, dejó entre sus papeles inéditos una crónica de su ciudad adoptiva. (ver capítulo 27).

Antonio P. Castro

---

<sup>189</sup> Cita de Enrique Alonso, "La ciencia al servicio de la Nación", "Clarín", 6 de setiembre de 1979.

CCCLXIX

Nacido en Concordia, publicó Ramírez (1935); Crónicas históricas (1939); y Crónicas regionales entrerrianas (1950).

Beatriz Bosch

Con Beatriz Bosch asistimos a una extraordinario capacidad de trabajo investigativo y a la subsiguiente difusión de sus resultados, por medio de la prensa, la cátedra, las conferencias y los libros. En la imposibilidad de transcribir íntegramente su vasto currículum (cuatro páginas oficio a un espacio) nos limitaremos a consignar, por el momento, algunos datos personales y el título de sus obras más importantes, omitiendo una verdadera masa de artículos periodísticos no reunidos jamás en libro pero colmados de aportes a la ciencia historiográfica. Nacida en Paraná, cursó la Escuela Normal y la Facultad de Ciencias Económicas y Educativas de Universidad del Litoral, obteniendo los títulos de maestra normal y profesora especializada en Historia y Geografía. Como docente, ha dictado cátedras de Historia en Instituto del Profesorado de Paraná y en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y Jurídicas de aquella Universidad, de cuyo consejo directivo (1958-63) es miembro. Ha integrado numerosas delegaciones de su especialidad, ha sido jurado de los concursos para el otorgamiento de cátedras de Santa Fe, Buenos Aires y La Plata, entre 1956 y 1965. Como delegada a congresos, ha viajado a

Washington y a varias ciudades argentinas. Presidió el V Congreso Argentino de Escritores (Paraná, 1964). Es miembro de la Academia Nacional de la Historia y de varias sociedades de Historia de la Argentina y del exterior. Ha escrito numerosos prólogos y estudios preliminares, reseñas bibliográficas y juicios críticos, así como memorias. Pronunció unas cuarenta conferencias y obtuvo diversos premios en el país y el extranjero.

Su obra está constituida por: Urquiza, Gobernador de Entre Ríos, 1842-1952 (Paraná, 1940) Gobierno del coronel Lucio Mansilla (Paraná, 1942); El Colegio del Uruguay. Sus orígenes. Su edad de oro (Buenos Aires, 1949); Presencia de Urquiza (Buenos Aires, Raigal, 1953); Los tratados de Alcaraz (Bs. Aires, 1955); Labor periodística inicial de José Hernández (Santa Fe, 1963); Urquiza, el Organizador (Bs Aires, 1963); Entre Ríos Ayer y Hoy; Urquiza y su tiempo (Buenos Aires, 1971). En 1978 apareció su

CCCLXX

Historia de Entre Ríos (Plus Ultra). La obra Urquiza y su tiempo, de dimensión casi monumental, obtuvo el primer premio en el certamen Nacional de Historia de la Subsecretaría de Cultura de la Nación, en 1972. Se le concedió la “faja de honor” de la Sociedad Argentina de Escritores por Presencia de Urquiza, en 1953. Recibió igualmente el segundo premio categoría ensayo “Aníbal Ponce” del Consejo del Escritor por su libro sobre Hernández, en 1964, y el primer premio zona Litoral de la subsecretaría de Cultura de la Nación por la misma obra (1965). Fue copartícipe del segundo premio nacional en Ciencias de la Secretaría de Cultura y Educación como colaboradora de La Argentina. Suma de Geografía (dirigida por Francisco de Aparicio y Horacio A. Difrieri) y copartícipe del premio “Wallace Atwood” del Instituto Panamericano de Geografía e Historia de la OEA como colaboradora de la misma obra (1969), etc.

Beatriz Bosch fue editorialista de “El Diario” de Paraná entre 1950 y 1958. De su obra Urquiza y su tiempo ha escrito León Rebollo Paz: “Con un excelente libro acaba de enriquecer Beatriz Bosch nuestra historiografía. En adelante, este nutrido volumen deberá ser obligadamente consultado por quienes necesiten conocer cabalmente la vida intensa de Justo José de Urquiza, los acontecimientos de su escenario y de su tiempo. Es el fruto de largos estudios y de paciente investigaciones que la autora ha venido divulgando en los últimos años a través de artículos periodísticos, ensayos y monografías... Es un libro armónicamente estructurado, con rigurosa unidad temática y claro desarrollo expositivo”.

Lisandro e Isidoro Ruiz Moreno

Nietos del patriarca de la historiografía entrerriana, don Martín Ruiz Moreno, Leandro e Isidoro han continuado la tradición familiar, y buceando en sus propios archivos contribuyeron a esclarecer muchos aspectos de la historia entrerriana del siglo XIX.

Leandro Ruiz Moreno ha publicado Centenario del Pronunciamiento y de Monte Caseros (1952); El general don Francisco Ramírez (1955); Síntesis biográfica del Brigadier Gral J. J. de Urquiza (1957); Entre Ríos, esencia y destino; y una vasta serie de publicaciones periodísticas. También ha sido valiosa su contribución a la cuestión limítrofe entre Buenos Aires y nuestra provincia con Son de Entre Ríos las islas Las Lechiguanas. Leandro Ruiz Moreno siguió la carrera militar, fue intendente de la ciudad de Paraná,

CCCLXXI

donde nació, y dirigió la revista “Entre Ríos”, patrocinada por la Academia de la Provincia correspondiente de la Academia Nacional. De su hermano Isidoro citamos Urquiza y Seguí.

---

Origen de una amistad.

Facundo A. Arce

De intensa producción historiográfica puede calificarse la labor de Facundo A. Arce, nacido en Paraná, de cuya Biblioteca y Museo Histórico ha sido director. De la obra del profesor Arce citamos: Papeleo de Leiva (1946); La formación del Acuerdo de San Nicolás a la luz de un nuevo documento (1947); Los Cabildos de Entre Ríos (1948); Don José de Urquiza, padre del organizador de la República (1949); Síntesis biográfica de don Antonio Crespo (1957); Entre Ríos en los albores de la Revolución de Mayo (1960); Artigas, héroe del federalismo rioplatense (en colaboración con Manuel Demonte Vitale, 1950); Significado de la batalla de Cepeda (1967); Ramírez, abanderado de Mayo y adalid federalista (1968).

María del Carmen Murature de Badaracco

Nacida en Victoria el 18 de setiembre de 1918 realizó estudios superiores de francés en el Instituto de Idiomas de la Universidad de Córdoba. Su obra histórica se ha

---

circunscripto temáticamente a la provincia, y consta de los títulos siguientes: Cien años de lucha (ensayo histórico sobre la comunicación fluvial Victoria-Rosario, 1956); La educación en La Matanza-Victoria (Desde los orígenes hasta 1900) (1963); Historia de Entre Ríos (Primera edición del Consejo General de Educación, 1963; segunda y tercera, Nueva Impresora, Paraná); Hogar de niñas María Oberti de Basualdo (Ensayo histórico en

colaboración con Carlos Anadón); Historia de La Matanza [Victoria] Desde los orígenes hasta 1900 (edic. Municipalidad de Victoria, 1968).

Además de su obra histórica, la señora de Badaracco ha publicado poesía y poemas en prosa, de acuerdo a los siguientes títulos: Alta es la noche (“El Crisol Literario”, Victoria, 1963); Horas. Poema en soledad (1965) y El río memorioso (1971).

CCCLXXII

Leoncio Gianello

Historiador, novelista y poeta, nació en Gualeguay el 12 de setiembre de 1908. Obtuvo el título de maestro normal y luego el de abogado y doctor en ciencias jurídicas y sociales. Se radicó en Santa Fe donde su asimilación al medio fue de tanta magnitud y sustantividad que ha desempeñado puestos claves en la conducción política de esa provincia, a partir de 1937, en que fue electo diputado por la capital, presidente de la comisión de Instrucción pública, presidente de la Cámara de Diputados y del Consejo de Educación, etc.<sup>190</sup> Escribe en “La Nación” de Buenos Aires.

Gianello ha podido evadirse, en el tratamiento de la Historia litoral, de un obstinado anclaje en el federalismo del siglo XIX, aunque ha rendido su tributo a los “patriarcas” de la Federación; pero, ampliando su labor investigativa e interpretativa, su obra histórica se diversificó en una temática más nacional, como lo evidencian los títulos de sus libros, que enumeramos seguidamente: Estampas Sanmartinianas; Estampas Rivadavianas; Historia de Santa Fe; La enseñanza de la Historia en la República Argentina (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1951); Aporte de Santa Fe a la formación del derecho patrio (tesis doctoral); Historia de Entre Ríos (edición oficial); Historia de la economía y de la Cultura Argentina; Estanislao López, vida y obra del patriarca de la Federación; Los pueblos del Litoral y la Revolución de Mayo (1960); Historia Argentina (texto de enseñanza secundaria); Florencio Varela; José de San Martín; Almirante Guillermo Brown;

---

<sup>190</sup> Otros cargos desempeñados por L. Gianello: Presidente de la Comisión de Hacienda de la Cámara; Ministro de Educación en dos oportunidades (1962 y 1969-70); ministro de Gobierno y Justicia de Entre Ríos (1970-1973). En la esfera de la educación ejerció la docencia en establecimientos de segunda enseñanza y

fue profesor de Historia Moderna en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario; profesor de Ideas económicas, de Sociedades anónimas, cooperativas y seguros; profesor de finanzas en la Escuela Superior de Comercio. Fundó la Universidad Católica de Santa Fe, de la cual fue vicerrector y su vicepresidente interino. Participó en numerosos congresos del país y del extranjero; presidió las primeras jornadas nacionales de Historia de Mayo (1969); con anterioridad había presidido la Comisión Revolución de Mayo en el tercer congreso Internacional de Historia de América en 1960. Representó a la Academia Nacional de Historia en el congreso de Historia de Tucumán (1945); asistió como invitado oficial de Puerto Rico y la OEA al primer seminario sobre enseñanza de la Historia en América (1966), en España inauguró con una conferencia (9 de abril de 1969) el Instituto Español Sanmartiniano, etc. Es miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, presidió la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe, integra como miembro de honor las Academias de Mendoza y correspondiente las de Santiago del Estero, Córdoba y Corrientes. Pertenece asimismo a la Academia Nacional Sanmartiniana y correspondiente de las academias de Historia de Madrid, Uruguay, Paraguay, Perú y Brasil.

CCCLXXIII

Historia del Congreso de Tucumán (edición de la Academia Nacional de la Historia en el sesquicentenario de la Independencia); La espiga madura (novela, 1946).

Fue codirector del Diccionario Histórico Argentino u redactor de varias partes de la Historia Argentina, de la academia Argentina de la Historia. Ha obtenido numerosas distinciones.

Otros autores del género literario

CCCLXXIV

Bernabé Melquíades Marizza

Cuentista e investigador de historia, nació en Diamante el 11 de junio de 1924. Cursó estudios técnicos pero se ha dedicado preferentemente a recoger datos sobre la fundación de su ciudad natal así como las características de la inmigración alemana en la zona y la creación de las colonias. Paralelamente, redactó numerosas biografías de caudillos entrerrianos, difundidas por radiotelefonía entre 1963 y 1968. Un relato suyo de tema campero figura en la “Muestra Literaria Departamental de Entre Ríos” (Paraná, 1972, edición de la Dirección Provincial de Cultura).

Manuel Eugenio Macchi

Catedrático del Colegio del Uruguay y director del Museo Histórico del Palacio San José, que fuera residencia de Urquiza, el profesor Macchi ha dedicado especialmente su tarea historiográfica a la investigación de la época y escenario urquicianos, contando para ello con los archivos del Palacio. De su labor citamos Urquiza. Última etapa; Los despachos militares del General Urquiza (1947); Entre Ríos. Síntesis histórica [1520-1930] (1963) en colaboración con Alberto J. Masramón y editado por el Consejo General de Educación de la provincia. Ha escrito en “La Prensa” de Buenos Aires y en diversas páginas periodísticas entrerrianas. Fue miembro de la Academia Nacional de la Historia.

Fermín Chávez

Además de su labor historiográfica, dedicada muy en especial a “revisar” las peripecias históricas del federalismo y sus líderes (Peñaloza, Rosas, Hernández, Ricardo López Jordán, etcétera), Fermín Chávez entrerriano nacido cerca de Nogoyá el 13 de julio de 1924, ha publicado algunos libros de poemas: Como una antigua queja (1950); Una provincia al Este (1951); Mundo de lobisones ( ) y la antología Las cien mejores poesías líricas argentinas (1953). Estudió filosofía y teología en Buenos Aires y Cuzco (Perú).

CCCLXXV

Ejerció el periodismo y en 1950 fundó y dirigió la revista “Nombre”. Posteriormente dirigió la revista “Ahijuna” y en la actualidad está a cargo de la dirección de otra revista, de ideario peronista, “Movimiento”. Políticamente, se formó en las filas del nacionalismo de derecha. Sus libros de historia son: Civilización y barbarie en la cultura argentina (1956); Vida y muerte de López Jordán (1957); José Hernández, periodista, político y poeta (1959); Alberdi y el mitrismo (1961); Vida del Chaco (1962); Juan Luis Basaniche (1964); El revisionismo y las montoneras (1966); La cultura en la época de Rosas (1973); Entre Ríos, cuchillas, historias (1971); La vuelta de José Hernández (1973); Poesía rioplatense en estilo gaucho (antología) y La recuperación de la conciencia nacional (1983); Perón y el peronismo en la historia contemporánea (1984).

Clara Luz Zaragoza

Nacida en Crespo e hija del poeta P. Jacinto Zaragoza, fue colaboradora de “Clarín” de Buenos Aires. Intervino en la redacción del Diccionario de la Literatura Universal, de Luis Alberto Ruiz, pero su contribución al género histórico está constituida por su Historia y mitología del vino (Mundi, Bs. Aires, 1965). También compiló un dilatado Romancero de España y América para Claridad (1959), pero el cierre de esta casa editora impidió su aparición.

**Mmmmmmmmm** Contribución a la historia está constituida por Judíos en América, que lleva prólogo de Aristóbulo Echegaray (1963), donde además del ensayo que da título al libro estudia el tema de la Inquisición en este continente. En el momento que redactamos estos apuntes mantenía las siguientes obras inéditas: Medallas de Concepción del Uruguay;

Temas de Numismática y Medallística entrerriana, y Urquiza y la masonería. En otro género ha publicado Cuentos criollos con judíos (1967) y algunos folletos de poemas.

Albino Romanzo

Fundó el Instituto de Estudios Históricos de Concepción del Uruguay. Nunca reunió en libros sus artículos periodísticos. Dirigió una época el diario “Los Principios” de su

CCCLXXVI

ciudad natal, y desempeñó el cargo de presidente del Consejo de Educación de la provincia de Buenos Aires.

Mariano G. Calvento

Es autor de Estudios de la Historia de Entre Ríos (1939).

Oscar E. Urquiza Almandós

Oriundo de Concepción del Uruguay, ha publicado Apuntaciones sobre el jordanismo, separata de la revista “Ser” (1965). En el número 7 de la citada publicación, que dirigía el profesor Roberto Ángel Pardo, publicó Notas para la historia del colegio de la Unión del Sud.

Filiberto Reula

Profesor y autor de una valiosa Historia de Entre Ríos, en dos volúmenes (Castellví, Santa Fe).

Delio Panizza

Paralelamente a su labor poética en la que hizo uso frecuente de elementos históricos, ha escrito las biografías de Martiniano Leguizamón, Herminia Brumana y Juan Zorrilla de San Martín, además de Urquiza, el Paraguay y el Uruguay. Nació en Rosario del

Tala en 1893 y murió en Concepción del Uruguay en 1965.

Guillermo Saraví

Hizo su contribución a la historiografía provincial con El escudo de Entre Ríos (1941).

CCCLXXVII

Silvano Santander

Nacido en Gualeguay en 1919 escribió la historia del Ferrocarril Primer Entre-Riano (1964), reeditada en 1966. Dirigió el Museo Histórico de Paraná y fue miembro del Concejo Deliberante. A su inquietud se debió la creación del Club de Letras de la capital de la provincia, que editó numerosos “Pliegos de Poesía”.

Luis R. Boschetti

Oriundo de Concepción del Uruguay, aportó Un ladrillo del templete a la historiografía de Urquiza. Boschetti fue director de la Biblioteca Popular de su ciudad natal. También frecuentó el género cuentístico.

Juan Antonio González Calderón

Nacido en Gualeguay el 23 de agosto de 1883 y muerto el 21 de enero de 1964. Obtuvo el doctorado en la facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires con una tesis titulada “Poder Legislativo” (1909), que además fue laureada por la misma institución de enseñanza, casa que en 1914 lo designó profesor suplente de Derecho constitucional. En 1917 fue designado profesor suplente de derecho público en la Universidad de La Plata. Desde 1912 hasta 1919 se desempeñó como profesor de Instrucción Cívica en el Colegio Nacional “Manuel Belgrano”. Entre 1922 y 1925 fue diputado nacional por Entre Ríos, e integró la Comisión de Negocios Constitucionales de la Cámara. En 1929, la Universidad de Buenos Aires lo nombró profesor titular y la Academia

Nacional de Derecho y C. Sociales lo incorporó como miembro de número. A partir de 1932, el doctor González Calderón fue sucesivamente juez, ministro y presidente de la Cámara de Apelaciones en lo Federal de la capital de la República, cargo este último al que renunció en 1944 por discrepancias con el gobierno de facto. En 1947 renunció asimismo a sus cátedras a las que retornó en 1955. Al reasumir su cargo (que había desempeñado

CCCLXXVIII

durante 27 años) en la Facultad de Derecho, dictó una conferencia titulada “No hay Justicia sin libertad”.

Aparte de su labor en la magistratura y en la cátedra, González Calderón fue periodista, miembro de varias academias extranjeras y autor de varios libros de historia y de Derecho, como Historia de la Organización Constitucional; Urquiza y la Organización Constitucional (1940); Derecho Constitucional Argentino; Doctrina constitucional y Función constitucional de los ministros.

Ernesto Bourband T

Poeta, pintor, cuentista y periodista [ver LA NARRATIVA] contribuyó al género histórico con Ramírez y el Pacto Federal. Fue uno de los fundadores del Instituto de Estudios Históricos de Concepción del Uruguay.

Juan Bautista Ghiano

Es autor de una obra sobre su ciudad natal, Nogoyá en el historial de Entre Ríos (1950).

Amaro Villanueva

Dentro del género histórico, escribió Garibaldi en Entre Ríos.

José Augusto Nadal Sagastume

Nació en Nogoyá, donde estudió, para culminar los cursos del Profesorado en Historia en Paraná. Ha ejercido la docencia en su ciudad natal, llegando a ser vicerrector del Colegio Nacional y profesor de historia contemporánea en el Instituto del Profesorado de la capital entrerriana. Participó en varios congresos de su especialidad. Es miembro de número y vicepresidente de la Junta de Estudios históricos de Entre Ríos y miembro

CCCLXXIX

correspondiente de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina, del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, de la Junta de Historia de Corrientes y de la Junta Diamantina de Estudios históricos. Le fue concedido el primer premio regional zona litoral del Ministerio de Educación y Justicia de la Nación por su Historia Eclesiástica de Entre Ríos (1965) y primer premio de la provincia en el concurso histórico sobre la vida de Tomás de Rocamora (1969). Su obra está constituida por: La tradición y la enseñanza religiosa en Entre Ríos (1946); El padre Castañeda. Su programa cultural en Paraná (1948); Historias de la Virgen del Carmen en Nogoyá (1949); La rivalidad entrerriano-porteña durante el Directorio de Pueyrredón (1967); El pleito de 1836 entre los federales del Litoral (1968); Episodios de la revolución entrerriana de 1830-1831 (1967); Historia de Nogoyá [Tomo I, 1782-1821] (1972) y otros trabajos menores como Una noche trágica en la historia de Entre Ríos (“El Parque”, Nogoyá 11 de abril de 1946).

3  
Cronistas y memorialistas

La crónica es el relato historiado que no llega a las precisiones históricas, ni personales ni públicas en estatura heroica. Encuadrada con esta elasticidad, la crónica puede revivir pormenores marginados por la Historia grande, y circunstanciar peripecias pasadas y presentes que no pocas veces fueron utilizadas con eficacia por los historiadores. Entre Ríos ha sido medianamente pródiga en el género de la crónica, excluyendo desde luego numerosos textos que esclarecen puntos oscuros del acontecer político o guerrero de la provincia. Desde las Páginas olvidadas de Evaristo Carriego el Viejo hasta las Crónicas de Matreros, de Guillermo Saraví, publicadas a partir de 1954 en un diario rosarino, podemos citar a Gerchunoff, con sus evocaciones de costumbres, tradiciones y hechos de la colonia judía de Rajil (Villaguay); a Balboa Santamaría, son sus estampas de entrerrianos contenidas en Vida entre dos ríos y las estampas de caudillos de B. Melquíades Marizza; a Aníbal S. Vásquez con Del pasado entrerriano y cobre todo por su monumental Dos siglos de vida entrerriana (1950). De la primera de estas obras de Vásquez él mismo ha dicho que fue compuesta “con temas sorprendidos en la tarea de investigación”, impregnados de regionalismo. Citemos también a José Augusto Nadal Sagastume, que rastreó paso a paso desde los orígenes la historia eclesiástica de Concepción del Uruguay; a José Eduardo Seri, que ha escrito una biografía de Alfredo Martínez Howard, aún inédita; a Luis Sadí Grosso, que dictó numerosas conferencias sobre poetas apenas conocidos o directamente “olvidados”; a Domitilia Rodríguez de Papetti, autora de dos obras histórico-biográfico-

críticas sobre Luis Alberto Ruiz (1978) y Alfredo Martínez Howard (1982); a Juana Aladio Varela, con sus Expresiones Folklóricas Nogoyaenses (1972) que utilizó temas de la ciudad para redondear una imagen ya palidecida de la misma.

El género memorialístico ha sido aún más avaro en la entrega de obras. El clásico pudor argentino de poner le coeur a nu ha impedido que gentes de intensa vida interior y exterior nos dejaran los más vívidos y preciosos testimonios de épocas y regiones.

CCCLXXXI

Gerchunoff escribió su autobiografía; Juan Emiliano Carulla, de villaguay, su Al filo del medio siglo; Carlos Mastronardi redactó minuciosamente sus Memorias de un provinciano,

aunque revela muchas lagunas de su vida privada (1967). “No me mueve el propósito de narrarme ni me ofrezco a la curiosidad del lector ---dice allí Mastronardi---. Por obra de la palabra, como la divinidad de los panteístas, nuestro rostro puede estar en todas partes”.

Otro tipo de crónica personal lo dio Poldy de Bird en un ahora inhallable libro, Mi encuentro con la poesía. Rosa María Sobrón de Trucco evoca, en una serie de estampas, los primeros años de su vida, en La estación (1970), tal como lo hiciera antes Reynaldo Ros con La huerta azul (1948). José María Díaz con Patria de la miel y con Alberdiantina ---los citamos en el orden de la redacción no de la publicación--- rememora los años pasados en las islas del Uruguay como maestro y como alumno de la Escuela Rural Alberdi, respectivamente.

Gpeneros intermedios entre crónica y memoria cultivaron Omar Scolamieri Berthet (colonia, Colón, 1915), en Mi mundo está allá (1963) y La vida con Juanjo (1972), donde relata sus momentos en el Retiro Hermoso (Yeí Porá) que él mismo construyera en una isla frontera al puerto de Concepción del Uruguay. Es también crónica el libro Fraternilia de Jorge Enrique Martí, que evoca sus años de internado en “La Fraternidad”, la vieja institución para estudiantes que fundaran el siglo pasado hombres como M. Leguizamón, Zubiaur, Sagarna y otros.

---

CAPÍTULO SUPLEMENTARIO VI LA LITERATURA POLÉMICA

DEFINIMOS aquí como literatura polémica no sólo a aquella que enfrenta a dos o más disidentes en la prensa, en libro o el panfleto sino también a aquellos textos que, aunque originalmente no hayan tenido forma escrita fueron perpetuados por los taquígrafos en las tribunas públicas, en las cátedras o en los escaños del Parlamento. Tampoco podemos desechar los recuerdos sobre pasadas controversias registradas por memorialistas y cronistas que fueron coetáneos de dichos debates.

Toda polémica es beligerante<sup>191</sup>, ya tome figura de la ironía, de la crítica, de la corrección o de la simple diferencia de criterio. Si no fuera beligerante no sería polémica ni tendría sentido. La polémica, en esencia, es el choque violento o vindicativo de opiniones irreconciliables, de dos filosofías o dos políticas excéntricas. En una palabra, es un duelo (o torneo, según el carácter) verbal, oratorio o escrito. Asume la apariencia del libelo cuando se trata de una mera diatriba anónima o semianónima.

La literatura polémica ha existido desde las épocas florecientes de Israel, Grecia, Roma, Francia, Inglaterra y otras naciones. Los primeros cuatro siglos del Cristianismo, cuando los dogmas carecían de estabilidad o autoridad, fueron un semillero de controversias, que muchas veces obligaron a la convocatoria de concilios especiales, algunos con crímenes y derramamiento de sangre. A partir del siglo XCI con la Reforma y

algunos con crímenes y derramamiento de sangre. A partir del siglo XIX, con la Reforma y sus ramificaciones, Europa hirvió de polemistas, controversistas y “herejes” (disidentes u objetores). ¿Qué fueron las 95 proposiciones de Lutero sino el principio de una vasta polémica, que no ha terminado todavía? Lo mismo ocurrió más tarde cuando entraron en colisión las concepciones teomanárquicas, monárquicas con las burguesas y populares, desde las sociedades religiosas comunitarias y la revolución francesa hasta Marx, los

---

<sup>191</sup> Polémica viene del griego polémikós, o arte de la guerra.

CCCLXXXIII

anarquistas y sus derivados sociopolíticos. Esas controversias están vigentes con otros nombre sy en diferentes niveles.

En Entre Ríos y en el siglo XIX esa literatura floreció en tres ocasiones especiales: durante el rosismo, el urquicismo y el jordanismo antiurquicista y autonomista. Ascassubi, Andrade, Carriego el Viejo, Francisco Felipe Fernández, Clodomiro Cordero y otros se distinguieron en la ardiente defensa de sus principios cívicos. Se hace necesaria una corta digresión: ¿acaso cada historiador, cada antólogo, no se inscribe voluntaria y subjetivamente en los cánones del controversismo? ¿Ciertos narradores, dramaturgos y poetas no enuncian y denuncian acaso desviaciones, errores, injusticias y son por lo tanto polémicos o blancos perfectos para el primer disidente que desea hacer uso de sus derechos a la opinión, si tiene los conocimientos suficientes? Consideramos polémico, aunque sin contrincante visible, aquel texto que refute criterios o pautas establecidos o no. que merezcan una crítica responsable.

Por dos vertientes, reiteramos, se desliza ese arduo, riesgoso y afilado género ---prestigiado en la Argentina por Sarmiento y Alberdi--- que no podemos incluir sin más dentro de la Literatura, ya que muchas veces el texto polémico verbal o escrito es producto del repentismo, la improvisación, la urgencia, la ocasión, y no ofrece al autor responsable el tiempo de maceración, pulimiento y correcciones que son precisos para un perfecto acabado de la composición. Por lo general, el texto polémico se evade o prescinde de la

retórica pura, por lo cual suele caer en el brulote, en la diatriba o en el exabrupto, cuando no en el insulto o la injuria. Sólo en altos espíritus se suele dar, no sólo una corrección literaria sino una elevada dosis de dignidad humana y caballerosidad, y se elude toda altisonancia o ataque personal. Porque la controversia únicamente puede ser válida cuando ambos contrincantes poseen estatura similar. No se polemiza con intelectos inferiores o sin

autoridad en el tema de que se trate.

El primer escritor, cronológicamente hablando, que abre esta Historia de la Literatura entrerriana, fue Alejo Peyret. Y también uno de los primeros polemistas. En sus Cartas sobre la intervención del gobierno federal en Entre Ríos examina y refuta las concepciones político-filosóficas de Sarmiento, en especial su tajante dicotomía “civilización y barbarie”<sup>192</sup>. Peyret, bajo el seudónimo de “Un extranjero”, no atacó a un

---

<sup>192</sup> Esta fórmula es muy anterior al libro de Sarmiento. Pertenece a Juan Cruz Varela, quien la utilizó en 1826, en su periódico “El Mensajero Argentino”.

CCCLXXXIV

hombre (Sarmiento) sino a una idea, a un concepto, a un libro que lo prohijaba. El texto de Peyret, que no repetiremos aquí, puede verse en el capítulo 1 de este libro. También fue notoriamente polémica su intervención escrita en el caso de los colonos inmigrantes que Urquiza mandó traer de Europa. También parte de esos textos pueden consultarse en el citado primer capítulo.

El polemista que le sigue es el abogado y periodista Evaristo Carriego, al que llamamos el Viejo, siguiendo una larga tradición histórica, desde Plinio. Con ejemplaridad cívica y moral objetó públicamente las circunstancias políticas de los gobiernos efectivos o delegados de Urquiza. Para este periodista insobornable, el gobierno de la provincia no era patrimonio del general Urquiza. Por su fe democrática vio clausuradas varias hojas de prensa, en las que no dejaba de criticar las desviaciones o las arbitrariedades del personalismo. Pero lo más memorable de su postura opositora se centra en el proyecto de erección de una estatua de Urquiza estando éste vivo aún, proyecto votado afirmativamente por el Congreso entrerriano pero que nunca fue llevado a efecto. Carriego fue también antimitrista.

Para coronar su azarosa itinerario periodístico y polémico, Carriego trató durante la Convención Constituyente de 1903 un tema profundamente ligado a su idiosincrasia: la libertad de imprenta. De Carriego hay que pasar a su coetáneo Andrade, quién, desde la tribuna parlamentaria a la hoja periodística se propuso sostener polémicamente, es decir, en

batalla, su postura de entrerriano y la de su provincia en general. Los artículos de Andrade llegaron a tan virulencia, en contra del gobierno nacional, que el doctor Guillermo Rawson, ministro del interior, dirigió en 1867 una protesta a gobernador de Entre Ríos, José María Domínguez, cuyo texto damos en el capítulo 5. La censura fue aceptada por el gobernador urquicista. Finalmente, una obra clásica de Andrade, *Las dos políticas*, constituyó y

arquitecta. Finalmente, una obra clásica de Andrade, Las dos políticas, constituye y constituye aún uno de los pilares de la antinomia política de su tiempo.

También Francisco Felipe Fernández ---que ya tratamos en la primera parte de esta obra--- escribió, entre 1868 y 1870, una vehemente colección de manifiestos y proclamas de apoyo a Ricardo López Jordán (del cual era secretario, edecán militar y vocero político) en contra de Mitre y Urquiza y a favor de la autonomía entrerriana, en el buen sentido político del Federalismo, es decir, la menor discrecionalidad en la intervención de los asuntos provinciales.

CCCLXXXV

Otro escritor político y controversista fue el doctor Clodomiro Cordero, quien bajo el seudónimo de “Clidio” y desde Buenos Aires defendió encendidamente la causa jordanista, como antes se había puesto a favor de la libertad de sufragio, suprimida casi por entero en Entre Ríos en tiempos de Urquiza. Obra suya de controversia fue Horacios y Curiacios (Buenos Aires, 1883) sobre el derecho histórico de Concepción del Uruguay de mantenerse como capital de la provincia, que lo fue hasta el 11 de octubre de 1883, y que cesó de serlo bajo el gobierno del general Racedo. Su actuación polémica llegó más lejos: trató de insurreccionar al pueblo de aquella ciudad para obtener que continuara como cabeza de la provincia.

\*\*\*

La escuela laica constituyó por largo tiempo una tradición educativa ciudadana intocable, muy ligada con los propios orígenes y propósitos de las ideas republicanas, y vinculada también con varios sistemas educacionales modernos de extracción europea y norteamericana. El normalismo, instituido con fervor por Sarmiento, fue el semillero de los docentes argentinos y de la escuela mixta, gratuita y obligatoria. Ese normalismo iba a ser breve y circunstancialmente conmovido en Entre Ríos por una protesta emanada de la jerarquía católica de Paraná y cuyo destinatario era la Escuela Normal de esta ciudad, en el año 1915. El intercambio de cartas entre la autoridad eclesiástica y las autoridades nacionales en Educación, y las cartas del director de la Escuela y de diversos profesores, así como del Ministerio de Gobierno provincial y otros protagonistas de la polémica, se objetivó finalmente en una edición efectuada por “El Diario” de Paraná ese mismo año (61 páginas). Ese folleto se titulaba La Escuela Normal y el Obispado de Paraná, y llevaba el subtítulo “Defensa de la Escuela Laica contra los Ataques y los Avances de la Autoridad

subtítulo “Defensa de la Escuela Laica contra los Ataques y los Avances de la Autoridad Eclesiástica”, con varios subtítulos interiores. El origen de la controversia fue un artículo de Leopoldo Lugones en “La Nación” de Buenos Aires (13 de junio de 1915); que salía al cruce de una correspondencia de Unamuno en el mismo diario. El obispado reaccionaba

CCCLXXXVI

ante frases como ésta de Lugones: “El político y el cura: he ahí los enemigos de la Escuela Normal... Comporta un peligro para los agentes de la obediencia”. El caudal de invectivas de Lugones contra el sistema propiciado por la iglesia es formidable en cantidad y en iracundia. El obispado, en su protesta ante el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, refiere que el artículo de Lugones motivó un aplauso y una adhesión entusiasta, oficial y selectiva, de parte de la dirección y profesorado de la Escuela Normal. En efecto, se dirigió a Lugones el siguiente telegrama: “Señor Leopoldo Lugones, Buenos Aires- La defensa del magisterio argentino, sincera y justiciera, hecha desinteresadamente por el genial escritor, obliga a la Escuela Normal de Paraná, y a sus profesores que suscriben, a presentarle sus más efusivas felicitaciones y a adherirse con toda simpatía a sus juicios imparciales. Aún juzgándolo con la moral política más cruel que consagra la supervivencia de los más aptos, el normalismo cada vez más libre y más fuerte, proseguirá su obra de eliminar de toda maleza sectaria el suelo patrio, si lo estimulan y auspician los verdaderos maestros de la opinión, que, como nuestro poeta, viven sirviendo un ideal porvenir, superior a toda crítica reaccionaria y a toda injuria literaria. Como en todo tiempo, cuente con el afecto de los que estudian y enseñan en esta casa, editora responsable del normalismo tan gratuitamente atacado y tan noblemente defendido. Maximio S. VICTORIA, Argentina TEJEIRO MARTINEZ , Juan B. PERLINI... (siguen las firmas).<sup>193</sup>

El obispo de Paraná, en la misma comunicación, señalaba las doctrinas “revolucionarias” y “ácratas” de Lugones y la trascendencia de la adhesión recibida. También se queja el obispo Abel por el hecho de que, en el mismo local de la escuela, se leyera el citado artículo de Lugones, y de que se organizara un mitin auspiciado indirectamente por el personal de la Escuela para protestar contra las críticas del diario católico “La Acción” efectuadas a la dirección de la Escuela, mitin en el cual, según el

católico "La Acción" efectuadas a la dirección de la Escuela, mitin en el cual, según el obispo, "se pronunciaron, por alumnos y profesores, discursos injuriosos y denigrantes...

---

<sup>193</sup> Años más tarde, Lugones modificaría su ideario socialista y democrático, convirtiéndose en un vocero del militarismo y la oligarquía. Pero debemos anotar que durante años fue un eficaz inspector de segunda enseñanza y director de la Biblioteca del Maestro. Debemos asimismo aclarar que los artículos de Unamuno y Lugones tuvieron como origen la publicación de la novela de Gálvez La Maestra Normal que los maestros consideraron injuriosa. En cuanto a Maximio S. Victoria, director de la Escuela Normal, fue quien tuvo a su cargo los honores de la recepción del poeta Alfafuente cuando éste visitó la capital entrerriana. Victoria fue padre del poeta Marcos Victoria, que también hizo sus estudios en esa Escuela.

CCCLXXXVII

para la religión católica, sus dogmas, sus ministros y sus adeptos, llegando en la noche del 19 de junio, hasta apedrear el palacio episcopal donde resido" etcétera. (Más tarde se probó que no hubo discursos injuriosos ni tal pedrea). Según el obispo, el mitin produjo una reacción unánime de la sociedad paranaense, que obligó o llevó al señor Victoria a escribir un artículo con "conceptos injustos y falsos" acerca de la Iglesia católica. Entre esos conceptos figuran algunos como éstos: "Aunque destrás del periodista (de "La Acción") esté su clero, su obispo inerme, su secta sacando la brasa con mano ajena...; que hay que elegir entre: la sacristía o el aula laica, la iglesia teocrática o el Estado, el convento o la escuela, el jesuitismo o la maestra normal, la patria celeste o la patria argentina". Seguidamente, el obispo dice que todo se ha hecho en unión con los masones o los socialistas.

Seguidamente, el folleto incluye un informe de la Dirección de la Escuela sobre los hechos denunciados por el Obispo, dirigido al presidente del Consejo Nacional de Educación. Luego de aclarar que en la nota presentada por el obispo "no hay requisitoria ni pedido explícito sobre cuyo contenido la superioridad deba contestar afirmativa o negativamente", el señor Victoria manifiesta que "se trata de un protesta por hechos ocurridos fuera del recinto y de las horas de clase de esta Escuela y de conceptos vertidos en una manifestación de tres o cuatro mil personas, etcétera. Seguidamente, el señor Victoria recuerda que una denuncia anterior del obispado fue archivada, por ser el cargo

injusto y los hechos desfigurados por el denunciante. "En el caso actual ---dice Maximio S. Victoria--- los hechos están explicados, referidos e interpretados en forma muy distinta de la referida por S.S.I.: 1° por la nota N° 2 que adjunto, de S.S. el Ministro General de Gobierno de la Provincia, que presenció el mitin de protesta; 2° por el señor Vicedirector de esta Escuela Normal, en la nota N° 3, que tuvo pleno conocimiento del asunto; 3° por el

esta Escuela Normal, en la nota N° 3, que tuvo pleno conocimiento del asunto, 5° por el profesor Dr. Pedro E. Martínez, en la nota N° 4, ex presidente del Superior Tribunal de Justicia de la Provincia; 4° por la nota N° 5 del profesor de historia argentina doctor Martín Giménez, ex Presidente del Consejo de Educación (San Luis), ex rector del Coelgio

CCCLXXXVIII

Nacional, ex Inspector de Colegios nacionales y escuelas normales; por la nota N° 6 que esta Dirección elevó a la superioridad en fecha 22 de julio ppdo., informando, con otro

motivo, sobre los mismos hechos denunciados por el Sr. Obispo de Paraná. El testimonio probo, honrado y recto, que manifiestan los documentos antedichos, invalidan y destruyen el valor didáctico, legal y moral de la denuncia, pudiendo reforzarlo, si fuera necesario, con el testimonio de todo el personal docente de esta Escuela Normal y con el de personas de insospechable imparcialidad que presenciaron y tuvieron conocimiento de los hechos referidos... Nótese desde luego que el señor Obispo gira alrededor de dos nociones que, no obstante su carácter muy elemental en el derecho público argentino, constituyen un error de fondo en el criterio con que el protestante ha elevado su nota al Ministerio del Culto: “la neutralidad exigida por las leyes en los establecimientos nacionales de educación” y su representación de la Religión del Estado, cuyos intereses viene a defender con su protesta./

La neutralidad no está expresada en ninguna de nuestras leyes de educación, aunque del espíritu con que fue discutida la ley de 1884, de su letra misma, fluya claramente la laicidad, la gratitud y la obligación escolar. Ese concepto de la neutralidad fue siempre rechazado unánimemente por los que defendían en aquel entonces los intereses católicos, especialmente por Estrada y Goyena. La ley no lo consigna. En cambio, las relaciones de todos los cultos tolerados por el Estado con las escuelas que éste sostiene, están definidas en la ley de Libertad de Enseñanza de 1878 en el el Art. 8 de la ley 1884: “La enseñanza

religiosa sólo podrá ser dada en las escuelas públicas por los ministros autorizados de los diferentes cultos, a los niños de su respectiva comunión y antes o después de las horas de clase”. Por actos externos al ejercicio de la docencia, no es posible violar las leyes de educación, sobre todo en mandatos que no están ni en la letra ni en el espíritu de las mismas. Más grave es el error de atribuir al Estado una profesión religiosa que no tiene

mismas. Más grave es el error de atribuir al Estado una profesión religiosa que no tiene.

“Un Estado, en la concepción del derecho moderno, puede confesar la existencia en la mayoría de los que lo componen de una religión; es decir, afirmar en sus leyes que la mayoría del pueblo tiene tal o cual religión, como hacen hoy diversos Estados dando a sus declaraciones legales mayor o menor trascendencia. Pero eso no significará que el Estado, entidad colectiva, tenga lo que sólo pertenece al individuo, una creencia, una religión. La religión es una concepción enteramente individual: requiere una cabeza, una inteligencia, la unidad moral, en fin. Nadie se puede asociar para tener una religión. Las creencias

CCCLXXXIX

religiosas están íntimamente ligadas a la entidad individual y si el Estado es una agrupación en la cual todos los movimientos se corresponden, es imposible concebir que el Estado tenga religión”.

Este concepto ha triunfado en nuestra legislación y pertenece al Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, que así interpretaba las relaciones con la iglesia hablando en nombre del P. E. Nacional, en la sección del 13 de julio de 1883, para sostener la actual ley de Educación primaria. Esa es también la doctrina que enseñan nuestras universidades. “El Estado no está obligado a predicar los dogmas de la iglesia ni la moral católica. Se trata de un culto protegido y no de una religión adoptada”. A tal conclusión llega el doctor Montes de Oca en su luminoso análisis del Art. 2º de la Constitución Nacional: “El espíritu de la mayoría de los convencionales, el sancionar los artículos de la Constitución vigente, agrega, ha sido el de excluir toda religión de Estado y establecer solamente que la Nación costea la religión católica”, como un privilegio tradicional.

“El obispado de Paraná ---sigue Victoria---, se capa de tutelar intereses de una “Religión de Estado” que no existe, ya que no es posible alegar ignorancia de las leyes que invoca, o comete un avance al régimen interno y externo de las escuelas que están bajo la vigilancia y gobierno del Consejo Nacional de Educación o su actitud de protesta implica un abuso de la autoridad espiritual que inviste, que el Estado reconoce pero que limita. A ese título el Ministro de I. Pública rechazó en 1882 la solicitud del arzobispado de Buenos

Aires, pidiendo [que pedía] que no se nombraran para la Escuela Normal de Córdoba maestros norteamericanos de religión protestante. A título de abuso debió devolver Carlos II a Clemente XIII el breve en que reclamaba del católico rey de España la expulsión de los jesuitas, diciendo: “que el Sumo Pontífice había faltado en los términos y en los conceptos

a aquella cortesía de espíritu y de moderación que se debía a un rey como el de España y de las indias, ornamento de su patria y de su siglo, y que debía haberse devuelto el referido breve con las formas y procederes del caso, y haberse negado la admisión de otro alguno de

CCCXC

su especie, porque siendo temporal la causa que se trataba, no había potestad en la tierra que pudiese pedir cuenta a S. M. de sus decisiones en casos de ese género”.

A renglón seguido, el señor Victoria examina las razones que debe haber tenido el gobierno nacional para designar a Lugones inspector general de colegios y en cátedras, hace consideraciones acerca de la supresión de las hogueras para las ideas y los ideales de la civilización moderna. Menciona el carácter de masones de Sarmiento, Mitre y Urquiza, y su obra pública esclarecida a favor de la nación. No cabe transcribir enteramente las 61 páginas del folleto aludido. Sólo cabe decir que, finalmente, la resolución del Honorable Consejo Nacional de Educación, por expediente 3019 M., en agosto de 1915, resuelve: “Las actuaciones agregadas y sobre todo las notas del Director de la Escuela Normal de Paraná, ilustran suficientemente la sin razón de la denuncia hecha por S. S. I. el Obispo de Paraná.” Esta resolución fue aprobada por unanimidad.

Entre Ríos: Carolina Margarita Grimaux de Gil, de Rosario del Tala, y Francisco Maximiliano Ibáñez, de Paraná.

Margarita Grimaux de Gil publicó en 1970 una ya agotada Toponimia de Entre Ríos, pero se la conocía por publicaciones anteriores, en especial, de poemas, y por haber dictado varias conferencias sobre temas provinciales. Nacida en Rosario del Tala el 11 de julio de 1914, cursó la Escuela Normal y ha ejercido la docencia en diversas causas de

CCCXCI

estudio y también la enseñanza del idioma francés. Es fundadora de la filial tálense de la Alianza Francesa, y formó parte de la Comisión de Lugares Históricos. Obtuvo el primero y segundo premios en el Salón de Poemas Ilustrados de la escuela “Onésimo Leguizamón”, y plaqueta de esa biblioteca por la edición de Toponimia de Entre Ríos. En esta obra, la señora de Gil ha tratado tan y apasionante tema departamento por departamento, entroncando la toponimia indígena con la originada por las corrientes colonizadoras, no descuidando, en numerosos casos, aunar topografía con leyenda, relatando el origen puramente mítico de un topónimo, sobre todo en los referentes a la fauna y flora provinciales. Son del mayor interés sus indagaciones acerca del nombre MONTIEL, que revelan la seriedad de su labor investigativa, la constancia de una larga y lenta compaginación y cotejo de datos y fuentes. No menos valor tiene la bibliografía consultada, y los informes de puro carácter histórico sobre la fundación de nuestras ciudades. El libro fue impreso por el diario tálense “El Tribuno”, con el auspicio de la Comisión de Cultura de su ciudad natal, y sería muy oportuna una reedición oficial.

Francisco M. Ibáñez

El mismo título de libro, idéntico fervor investigativo que el de la autora tratada precedentemente, Francisco Maximiliano Ibáñez pertenece a una familia de gente de letras, y aunque nacido en Victoria reside en Paraná, donde cursó parte de sus estudios secundarios y superiores. Graduado de maestro normal y luego de profesor de geografía, ejerció la docencia básica y secundaria en la Escuela Normal Rural “Alberdi”, y la enseñanza superior en los Institutos del Profesorado de Paraná y Santa Fe, y la docencia

universitaria en la Facultad de Humanidades de la Universidad N. del Nordeste (Chaco). Asimismo dictó como profesor titular las cátedras de introducción a la Geografía y Geomorfología. Paralelamente a esta labor educacional ha dedicado su tiempo a la

CCCXCII

investigación, que oportunamente ha vertido en una serie de obras de indudable interés y necesidad.

En otro orden de sus actividades, F. M. Ibáñez (casado con la poeta y ensayista Elsa Elida Fehlesein) ha tenido destacada actuación en varios congresos y comisiones provinciales y nacionales relacionados con la educación y la geografía. En este aspecto fue asesor del ministerio de Gobierno, Justicia y Educación de Entre Ríos, y presidente de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, filial Paraná-Santa Fe. Fue secretario de la Biblioteca Popular de la capital entrerriana, y presidente del Club Social. Obras: Bibliografía geográfica sobre Entre Ríos (1959); Situación y límites de Entre Ríos (1959); Vegetación de la provincia de Entre Ríos (1962); Evolución de la cartografía de Entre Ríos (1963); En el centenario de Juan S. Ambrosetti (1966, en colaboración con Facundo A. Arce); Museo provincial del Paraná (1966). .

Antonio Rubén Turi

Poeta y ensayista , nacido en Paraná el 31 de marzo de 1917. Estudió en el Instituto Nacional del Profesorado, al que se incorporó más tarde como catedrático. En este carácter y a partir de 1940 dictó clases sobre lengua castellana, Literatura de Europa Meridional e Historia de la Lengua. Dirigió la sección castellano y literatura y fue miembro del Consejo Consultivo del citado Instituto. Dictó lingüística en el Instituto del Profesorado Básico de Santa Fe. En octubre de 1972 fue designado por la Comisión Ejecutiva de la Ila. Fiesta Nacional de la Tradición, de Paraná, para recordar la personalidad de José Hernández, a quien dedicó un romance, posteriormente editado por la citada comisión, en el año citado.

Anotemos al pasar que Turi, como Hernández, se desempeñó como taquígrafo del Congreso provincial.

Su obra publicada es muy poca, ya que consta sólo del citado romance a Hernández y de El castellano en nuestros labios (1971), que fuera distinguida con el primer premio de ensayo por la Dirección de Cultura de Entre Ríos diez años antes; y de un estudio sobre Andrés Chabrillón, que figura en un tomo colectivo de los Cuadernos de Divulgación Cultural de la citada Dirección<sup>194</sup>. De los ensayos no reunidos en libro debemos mencionar

---

<sup>194</sup> Que consta de dos estudios más, sobre Martínez Howard, de Iris Longo, y sobre Amaro Villanueva, de Luís Sadí Grosso.

CCCXCIII

Medio siglo de teatro de nuestra provincia<sup>195</sup> y Entre Ríos y el teatro, en la Revista del Fondo Nacional de las Artes (1962). Aparte del romance citado sobre Hernández, la poesía de Turi sólo ha aparecido, creemos, en la antología de poetas entrerrianos Entre Ríos Cantada (1955).

León R. Naboulet

Oriundo de Entre ríos, quizá de Paraná, vivió un tiempo en Misiones y en la provincia de Buenos Aires (Quilmes), donde murió. Cuando el autor de la presente obra se desempeñaba como lector de originales de la Editorial “Claridad”, le cupo la tarea de revisar un vasto Diccionario del Lunfardo, de Naboulet. Ya con la aprobación definitiva iba a entrar en composición cuando ocurrió la enfermedad y fallecimiento de Antonio Zamora, director de dicha casa editora. Tenemos el casi convencimiento de que la obra desapareció durante el vaciamiento de la editorial “Claridad”. Nosotros, por una feliz circunstancia, conservamos la vasta introducción a dicha obra. En este prólogo, Naboulet hace mención a otros dos diccionarios más de su autoría: uno de misionerismos y otro de entrerrianismos.

Amaro Villanueva

Una de las características del estilo de Amaro Villanueva ha sido su lenguaje, conversacional o coloquial, y que hace frecuente uso de formas hablantes populares que nunca con anterioridad se habían utilizado para el género crítico. En el Capítulo Complementario sobre poesía popular destacamos también dicha circunstancia.

En el plano puramente lexicográfico, Villanueva dejó inédito un Diccionario

EL Folklore es la parte visible y presente de yacimientos culturales pretéritos, la prolongación en el tiempo de usos y prácticas muy antecedentes a la contemporaneidad. Es lo que ha quedado más o menos viviente de costumbres, tradiciones, vocabulario y

---

<sup>195</sup> Publicado en "El Diario", de Paraná.

creencias antiguas o muy viejas. Es, asimismo, la reactualización real de tales usos y prácticas, y la continuación, bastante fuera del contexto científico, técnico o cultural, de la

llamado sabiduría popular, que no es ni fue nunca otra cosa que la recensión alterada de las arcaicas formas de medicina, literatura, cultos, supersticiones o religión. Para dar un ejemplo: el actual curanderismo no es sino prolongación pragmática y empírica de la primaria ciencia de los caldeos, los egipcios, los hebreos y los griegos. El avance de la medicina, en todas sus materias, relegó la infusa ciencia de curar, y se produjo el traspaso, ya en capas incultas, de ciertas nociones superadas. Aquí sólo nos cabe tratar de las expresiones literarias folklóricas, esto es, no cultas, una de las cuales es la literatura llamada gauchesca, originada en las clases rurales, campesinas, y que en algunos casos alcanzaron una categoría literaria superior al ser tomadas por hombres rioplatenses de ilustración, como Hidalgo, Ascasubi, Jose Hernández, Estanislao del Campo, Lusich, y el Viejo Pancho, Yamandú Rodríguez, Martínez Paiva y otros. Otro aspecto del folklore es la literatura oral o payadoresca, el teatro del picadero o criollo, más tarde el tango y la llamada "proyección folklórica" (para diferenciarla de la creación popular y anónima, no profesional); esta última es una producción que, aunque originada en círculos cultos extrae su temática y vocabulario del pueblo no cultivado o imperfectamente culto.

El auténtico folklore escrito es generalmente anónimo, y su riqueza es asombrosa. Basta leer los cancioneros recopilados en las repúblicas americanas para advertir no sólo la coincidencia de temas y expresiones, sino una filiación popular indudable. El folklore indio-gaulesco está magníficamente representado por Martín Fierro, obra de un hombre culto que extrajo sus materiales de una realidad rural que aún no había desaparecido y que él conocía muy bien. El campo argentino sigue constituyendo un manantial para creadores

que, aún siendo analfabetos en muchos casos, componen letras para ser cantadas. El repentismo de los payadores es también un fenómeno folklórico, ya que sus bases aparentemente, no provienen de canteras cultas. Un clarísimo ejemplo de lo que decimos es la payada entre Fierro y el moreno.

Por regla general y tácita, el Folklore ha sido excluido casi siempre de la Literatura, aunque es una forma de Literatura. Y aunque haya perimido una exigencia de formación intelectual para la creación de obras literarias (recordar Cuarto de Despeje, de la brasileña

CCCXCV

Carolina de Jesús) lo cierto es que el Folklore actual válido ---el cancionero actual, por ejemplo--- proviene o mana de individuos cultos, sabios en el uso de la Gaya Ciencia.

Muchos autores entrerrianos han extraído precisamente de las tradiciones populares buena parte de su obra. Hasta la toponimia actual de la provincia conserva nombres de lugares de indudable origen popular, gaucho o indígena. La medicina popular goza de una aceptación masiva, y al parecer esa aceptación proviene de la eficacia de la farmacopea folklórica. Debemos recordar también que el mayor de los médicos renacentistas, Paracelso, quemó todos sus libros de medicina y confesó que toda su sabiduría médica o curativa la había recibido de las hechiceras, los vagabundos y desde luego, de los alquimistas. Tampoco podemos olvidar que Paracelso fue el creador de la homeopatía.

Con el payador de los vivaques y de los patios de estancia y corralón, de comité y fiestas patrias, se pone a la par ese “verseador” anónimo que se ocupó de legarnos los versos para el truco junto con las más insólitas recetas para curar todos los males conocidos. La medicina popular ---herencia de milenios--- es justamente una recurrida fuente de inspiración. La pieza que vamos a transcribir la recitó el 26 de mayo de 1943 y durante una velada en casa del doctor Juan José Bruno, de Concepción del Uruguay, un morocho llamado Paredes, lo que hizo con las manos cruzadas en la espalda y la mirada en el piso. Paredes no sabía leer ni escribir, y uno de nosotros la tomó al dictado. Ignoramos si esta composición ha sido publicada alguna vez. Tampoco conocemos a su anónimo autor ni cuándo se fijó en la memoria popular. Hasta el mismo Paredes pudo haber sido el autor de “Mis Recetas”:

No hay nada más aproba  
na curar el padreión

pa curar el padrejon  
qu' el hinojo y el cedrón  
con alguna manipuela;  
el sauca es la ortiga;  
marcela pa la barriga  
que mejor rimedio no hayo,  
arazá, cola e' caballo

pa riñones y vejiga.  
Yerba e' la piedra y yantén

CCCXCVI

pa yagas y escaldaduras,  
y el cipote la picadura  
la cura en un santiamén;

al estómago hace bien  
un tesito de culé,  
y el mentao ñangapiré  
el poyo o la yerba güeña.  
Y pa curar la cangrena  
ceibo verde y yaguapé.

Pa la mala enfermedá  
lo mesmo nueva que vieja,  
el quequén, yerba la oveja,  
la miona o el zacará.  
Una pomada e' verdá  
pa curar la disípela

se hace friendo con cautela  
seis hojas de moralito  
y otras tantas de ucalito  
y un poco de sebo e' vela.

Pa curar un sabañón  
se pone en el fuego un rato  
un poco e' tuna en un plato,  
después se rifriega juerte.  
Y p'al orzuelo es la muerte  
la cruz con la cola 'el gato.

Si un enfermo ha e' transpirar,  
en cuanto en la cama se eche  
dele borraja con leche  
qu' en fija lo hace sudar.  
El toronjil, ni qué hablar,  
es bueno p'al corazón,  
el herro ayuda al pulmón

el berrío ayuda al pulmón  
cuando afloja y desportuna;  
y pa la tos más perruna  
el guaco con el cedrón.

Enfermedá e' la pelada  
curé con agua de ortiga,

~~pa catarro con fatiga~~  
~~la nacagüita es mestrada,~~  
ajo y cáscara e' granada

CCCXCVII

pa las lumbrices es güeña.  
Y si el estómago lleno  
de suciedad se desgrana  
está la flor de badana  
que purga y saca el veneno.

También paisano le juro  
y canejo creanmeló  
que con solo yaguapé  
a la tirisia la curo.  
Remedio güeno y seguro  
pa curar la pajarilla  
es San Juan y manzanilla;  
y p'al mal de la vejiga  
está de más que les diga  
la barba e' choclo y gramilla.

Palreumatismo la grasa  
de perro negro es güeña,  
la e' lagarto también llena  
la aspiración por güenasa;  
la tos con bulsa se pasa  
tomándola con quiquilla  
P'al catarro o arenilla  
que en la vejiga hacen cama  
se curan con retama  
golondrina o doradilla.

Miles verrugas curé  
con sangre e' sapo escuerzo,  
y aunque esto lo diga en verso  
pa tuito eterno dolor,  
yo me reibo del dolor  
más fe le tengo al mastuerzo.

Dentro de la poesía de inspiración folklórica y con igual temática que la anterior, Marcelino M. Román, poeta culto pero que conoció la vida y los trabajos del campo, escribió estas otras recetas, que aparecieron en su libro Coplas para los hijos de Martín Eierro:

Para combatir la fiebre  
no hay como la vira-vira,  
ni que la menta del campo  
para curar las heridas.

CCCXCVIII

Yerba mora para darle  
un alivio al corazón;  
~~también resultan buenazos~~  
el toronjil y el cedron.

Semilla de uña del diablo  
tas liso, mburucuyá,  
granilla y lengua de vaca  
para mala enfermedad.

Agua chico, verbena  
es cosa fresca y purgante.  
Tiene el dolor de cabeza  
en el palán su calmante.

Hay dolencias que no sanan  
ni con el sanalotodo;  
esas también tienen cura  
pero hay que buscar el modo.

No van a curar los daños  
que están en el caracú,  
paños tibios, cataplasmas,  
ni rezos ni hojas de ombú.

La poesía de los “velorios de angelitos” es también común en Entre Ríos. Luego de una invitación que recibió P. Jacinto Zaragoza para asistir a uno de esos velorios, nos refirió las diversas instancias de esa ceremonia y recordó los versos que se dijeron. Allí se había encontrado con “un tal Lubiriaga” más conocido como “Rat+on colorado”, medio pariente del niño fallecido y medio “pintón” también a consecuencia de los “frecuentes besos a la limeta de ginebra”. Con este gráfico lenguaje nos fue describiendo las fases del

besos a la muñeta de ginebra . Con este gráfico lenguaje nos fue describiendo las fases del velorio y los distintos personajes que fueron desfilando durante la tarde y la noche. No es este el sitio para una descripción minuciosa, ya que el tema pertenece a la estricta jurisdicción del folklore no literario. Pero sí queremos reproducir unos versos que se cantaron allí y que Zaragoza recordaba de memoria. Los había cantado el nombrado Lubiriaga, y eran éstos:

Este angelito murió  
a la caída de la tarde,

CCCXCIX

y en el cielo y en la gloria  
rogará por padre y madre.

Este angelito murió  
con una estrella en la mano,  
y en el cielo y en la gloria  
rogará por sus hermanos.

Este angelito murió  
con una estrella en la frente,  
y en el cielo y en la gloria  
rogará por sus parientes.

Este angelito murió  
llorando gotas de vino,  
y en el cielo y en la gloria  
rogará por sus padrinos.

Se sabe que en estas extrañas celebraciones fúnebres no se puede llorar, porque las lágrimas mojan las alas del “angelito” y éste no puede entonces volar. Lo que sí se podía hacer era beber copiosamente, bailar y cantar, y por supuesto, realizar juegos de prendas en los que el perder, en penitencia, debía decir relaciones a una moza y viceversa:

Quisiera ser de tu alcoba  
cama, colcha y cabecera,  
y a eso de la medianoche...  
¡amalaya quién pudiera!

\*\*\*

Ciertamente debemos inscribir en este capítulo los nombres de quienes han extraído

no poca de su temática de las fuentes rurales o suburbanas de las ciudades de Entre Ríos, ni podemos omitir la referencia al uso de lenguajes o modalidades del habla folklórica por los autores conocidos como cultos, en oposición a los autores espontáneos que han carecido de bases educacionales. Los autores entrerrianos no han podido nunca sustraerse a la influencia de las tradiciones del campo, por ejemplo, y escritores de sólida formación universitaria y académica no han vacilado en recoger trozos enteros de la vida de

CD

extramuros o de la campiña o de las riberas, algunos con el lenguaje oral mismo en que se conocen, o trucando la voz campesina por su equivalente culto. La tierra silvestre no suele modificar su ecología y el hombre de campo rara vez cambia sus hábitos o entrega su confianza o su ego a los doctores y sabios de la ciudad. El gaucho aprende guitarra sin maestros, hace sus propias rimas sin conocimientos retóricos. Tiene sus propias diversiones, sus propios trabajos, sus propias pasiones y penas. Canta su amor y la pobreza que lo acompaña, y suele ser, en los fogones, un oyente atento de cantos, dichos, leyendas y cuentos que posean algo de su propio contorno y existencialidad. El Folklore es principalmente tradición, y por esta circunstancia no elabora variantes sustanciales en el tiempo.

En Entre Ríos sucede algo curioso: las formas campesinas de vida; el paisaje total y las gentes de campiña han impregnado la obra de los autores cultos. Es difícil hallar un autor entrerriano que esté influido, y algunos de ellos son enteramente una proyección de vivencias gauchas o rurales. Y si bien es la Literatura narrativa la que suele recoger peripecias novelescas del hombre de campo, vemos que el poeta de esta provincia ama la naturaleza y la ha convertido siempre en canción. Muchos de los autores que hemos tratado anteriormente volverán a ser nombrados en las presentes páginas, porque se los ve imbuidos o inspirados en las experiencias de la vida rural o isleña. Son, de algún modo, folkloristas. Román se jactaba de ser un “gauchesco”, y además solía hablar y escribir como tal, es decir, como un auténtico peón de campo. La siguiente es una muestra de su poesía “comprometida” con el ámbito rural. Se titula, justamente, “Peón de estancia”:

Aunque muy poco les hago

al canto, el ritmo

al canto y al guitarreo,  
canto ya que me lo piden:  
disculpen si chamboneo.

De vacunos y lanares,  
y yeguarizos hablemos;  
de curar los abichados

y de componer los cercos.

De señalar las ovejas

CDI

y de capar los terneros,  
de vigilar las aguadas  
y recorrer los potreros.

Hablemos de los caballos  
y hablemos de los aperos;  
del fuerte sol del verano,  
de la escarcha del invierno.

Hablemos de lo que quieren  
pero sin tocas el sueldo:  
si quiero tener mujer  
no sé cómo la mantengo.

Hablemos de las carreras,  
de la taba y otros juegos;  
de los tiempos de elecciones  
y del asado con cuero.

Hablemos de las haciendas,  
de los chanchos y los perros,  
más no de las injusticias  
que los pobres padecemos.

Me pidieron que cantara  
y traté de complacerlos.  
Me tendrán que disculpar  
si es que en algo los molesto.

De los poetas nativistas de Entre Ríos, Eufemio Francisco Muñoz fue uno de los que pudo cantar con mayor conocimiento, pues el campo y sus costumbres eran su alimento diario. En un soneto escribió: “En nuestro campo se halla el vellocino...” sus familiares

dicen que su pasión por la campina era tanta, que la madre le amenazó con vender todos los bienes y los campos que tenían si no continuaba sus estudios. Así, Muñoz concurrió a la escuela del Estado de su ciudad natal, Gualeguaychú, donde nació el 4 de octubre de 1891. El bachillerato lo cursó en Concepción del Uruguay, como internado en “La Fraternidad”; luego Derecho en La Plata, donde obtuvo su título. Ya entonces colaboraba en “Caras y Caretas” y en “Nativa”. Dictó numerosas conferencias y publicó varios

CDII

ensayos. Su obra está constituida por Con el caballo de la rienda (Edic. Colecc. “Nativa”, 1951) y Cante... Cieguito (poemas y cuentos criollos, Edit. Landini, 1966).

Otros autores del *folk* gauchesco fueron, en Entre Ríos, Humberto Alfredo Seri, nacido en Gualeguay el 11 de enero de 1909 y muerto en 1975 en Crespo, donde había fijado su residencia desde muy joven. Allí fundó el periódico “LAR” y levantó la biblioteca “Orientación” (1932). Escribió poemas de corte rural y gauchesco, de los cuales publicó algunos en Buenos Aires. En unión con otros escritores fundó en Crespo en 1928 la revista “Libre Verbo”. De inspiración y tema gauchesco fueron también Enrique Urquiza Martínez, Amaro Villanueva y otros.

Profundamente enraizado en lo telúrico y en lo folklórico se demostraron autores como Manrique Balboa Santamaría, con su novela Montielero, casi todas las obras de Leguizamón, las novelas y cuentos de Juan P. Cartosio, los relatos de Carlos Echazarreta, payador entrerriano muerto en 1957, autor de Hazañas de dond Goyo Cardoso (cuentos, Bs. Aires, 1954); Enrique V. González, que escribió los relatos entrerrianos Lo que me contó Lencina (Llanura, Paraná, 1955). Alberto Gerchunoff, Juan Carlos Ghiano, Miguel Silvestrini, José María Díaz, Ernesto Bourband (especialmente con Entrerriana), Eduardo Brizuela Aybar con los cuentos de El país de los dorados (publicados en un diario de Buenos Aires) T. A. Vergara Osuna, Juan José Manauta, sobre todo en el libro Los degolladores que tiene cuentos de auténtico rango folklórico, campesino y suburbano. Esta

lista desarticulada no estaría completa si no mencionamos a Fray Mocho, Martín del Pospós, María Esther de Miguel, P. Jacinto Zaragoza (del cual quedaron inéditos muchos relatos y notas del género), a Guillermo Saraví con sus Crónicas de Matreros; a J. B. Ambrosetti, que recogió en sus viajes numerosas reliquias folklóricas orales; a Juana

Aladio Varela, que rescató parte las viejas tradiciones de Nogoyá; a Juan Luís Cabral, que ha escrito sobre algunos temas de troperos; y a Linares Cardoso, músico, pintor y poeta que ha dado nueva vida a la chamarrita. Para que quede constancia de este tipo de folklore entrerriano elaborado, transcribimos “La lindera”, a quien él mismo puso música:

Anteayer fin de semana  
estuve en las Cuatro Esquinas,  
bailando la chamarrita  
chamarrita correntina.

CDIII

Cerquita ‘el Guayquiraró  
por el paso Yacaré  
escuché la chamarrita

y ahí nomás me entreveré.

Le dije “mi palomita”  
a una moza de ojos vivos,  
bailemos la chamarrita,  
chamarrita de Entre Ríos.

Chamarrita, chamarrita,  
chamarrita ‘e Las Estacas  
la bailo con mi guaynita  
porque es livianita y flaca.

La chamarrita lindera  
pagos del Mocoretá,  
se baila medio cansada  
con el trote de aguará.

Cuando llueve en entre Rpios  
el buen gaucho se sosiega,  
deja el trabajo y al rancho  
como el peludo a su cueva

La prienda le está esperando  
con sabrosas tortas fritas,  
matecitos con guitarra  
y una linda chamarrita.

Por los pagos de Montiel  
pisoteando el mía-mío  
encontré la chamarrita  
chamarrita de Entre Ríos.

Nacido poco después de comenzado el siglo, Amalio Baltasar García ha difundido en numerosas hojas periodísticas y literarias sus relatos de ambiente campesino. Pero a esta labor creativa útil para indagar y comprender la psicología y los ambientes rurales, debe añadirse otra faz de su tarea de escritor. Ha editado cuatro libros de poemas: Pétalos de vida; Mirando hacia arriba; Veinte sonetos a la paz y Treinta poemas a Dios. A esto debemos agregar un opúsculo, Romance del Puerto Viejo. Figura en varias antologías y ha

CDIV

obtenido diversas distinciones por su obra: tercer premio en el certamen literario del Sindicato de Prensa de Paraná (1972); segundo premio (género folklore) en el Primer Festival de la canción (Dirección de Cultura de la provincia, 1974); segundo premio en el concurso internacional de Poesía “Alfonsina Storni” de la Fundación Givré (1975); primera mención en el certamen literario internacional “Hna. Cecilia” (República del Uruguay), etc. En su juventud fue campeón nacional de tiro (fusil).

También podemos considerar folklórica la poesía de tema campesino de Pedro Enrique Alzogaray, nativo de Villaguay, donde nació el 5 de setiembre de 1906. Dos veces fue galardonado en el certamen poético del Colegio Nacional de Villaguay (1964 y 1969). Integró la antología de poetas jóvenes de Multi Press (1945). Ha colaborado en “Nativa”, “La Capital” de Rosario y “El Pueblo” de su ciudad natal. Figura en la Muestra Literaria Departamental de Entre Ríos de 1972. De su estilo y temática rural transcribimos estas décimas, metro que goza de la predilección de casi todos los autores y payadores que se han dedicado a reflejar usos y sentimientos de las gentes del campo entrerriano, caso Delio Panizza y Daniel Elías. El siguiente poema se titula “Día de lluvia en la estancia”.

La lluvia desde temprano  
el techo de cinc golpea,  
se desliza y culebrea  
en el patio limpio y llano.  
Hoy madrugar es en vano,  
que en la estancia no hay labor;  
sólo un viejo trenzador  
combate su aburrimiento  
afinando un largo tiento  
de la cocina al calor.

Por una moza cebado,  
el mate de mano en mano  
recorre el círculo humano  
que los peones han formado.  
Con ñandubay sustentando  
arde el fuego del fogón,

y se suma a la reunión  
para escuchar las consejas,  
---leyendas del pago viejas---

CDV

un gaucho más, el patrón.

Con su delicioso olor  
a la pituitaria pincita  
la dorada torta frita  
anunciando buen sabor.  
Estirado, “Cazador”  
Junto a la puerta olfatea;  
dorada grasa gotea  
sobre el rescoldo un vaquero,  
y “Negro” el gato casero,  
junto al fogón ronronea.

Afuera... ¡lluvia cerrada!  
Como por el viento arreado,  
busca refugio el ganado  
en la espesura callada.  
Sólo un tero en la hondonada  
se alborozaba en la hroa gris,  
y eufórico y muy feliz,  
desde el gramillal tupido,  
celebra con un silbido  
el chaparrón la perdiz.

Rumbea su madriguera  
el telúrico peludo;  
el zorro su “cuaá” agudo  
suelta en su veloz carrera...!  
Cruzan la remota esfera  
parpando los siriríes,  
rumbeando los sarandíes  
de la costa columbrada,  
y a una rústica enramada  
descienden dos colibríes.

Después, al atardecer,  
como emblema de bonanza  
el iris en lontananza  
su arco comienza a extender.  
Ha cesado de llover  
y el pampero resoplando  
  
los nubarrones ya arreando,  
y desde el cenit distante,  
el espléndido diamante

CDVI

de una estrella está colgando.

## Capítulo Suplementario IX

## LA LITERATURA INFANTIL

LA literatura infantil ha tenido numerosos cultores en la provincia, tanto en verso como en prosa. Varios autores que citaremos a continuación ya han sido tratados en capítulos anteriores. Cronológicamente, iniciamos esta enumeración con Ana Etchegoyen, autora de Amanecer en canciones (1944); Reynaldo Ros divulgó en revistas y hojas literarias parte de su poética para niños. Y aparte de sus recuerdos y reminiscencias de sus primeros años, Ros consignó las cotidianas aventuras de los niños de su barrio, a los que rebautizó singularmente: Pepín Punzó, un duende; Patinón, una chiquilla patinadora, etcétera. El que elegimos como muestra para este apéndice se titula “Nocturno del niño en brazos”:

Mire, pues, qué luna linda  
sale allá en el fin del dedo.  
Dígale con su boquita:

Bero-bero-bero-bero...  
Tras el río, sobre el álamo,  
ya la luna sube al cielo;  
ya la luna come tuna,  
ya se mira en un espejo.  
Mire, pues, qué tuna linda  
que la luna está comiendo.

Dígale que lo convide,  
no se ponga a hacer pucheros.  
Cuando duerman frente al agua

CDVII

la arboleda y los isleños;  
cuando esté la luna sola  
en lo alto del silencio,  
volcará su luz lunera  
a la flor del limonero.  
Y el camino de la hormiga  
que, hoja al hombro, anda ligero,  
de la punta de los mimbres  
a la cueva entre los ceibos.  
Con la luna de linterna  
mil gatitos y mil perros,  
cazarán la rata diablo  
que se come el sauce tierno.  
Ya el Paquito, Paqui, Paqui,  
se me cansa de este cuento;  
vaya en brazos de Mamita;  
duérmase sobre su pecho.  
Ya el Paquito, Paqui, Paqui,  
su mirar baja del cielo,  
y a entornar esos ojazos  
lo ayudamos con dos besos.

Ponciano Jacinto Zaragoza frecuentó ocasionalmente el género. De nuestro archivo rescatamos este poema inédito, “Muñecos para el cumpleaños de mi hija Luz”, que dice:

Para tu cumpleaños  
mi niña morena  
bailarán los Gnomos  
en la luna llena.

Las hadas lejanas  
tejerán sus tules

con hebras de estrellas  
y lotos azules.

Y en un rayo de luna llena,  
con su bonete y su re tin tín,  
bajará a contarte Robín  
en el clarín de una azucena.

Música alegre y bulliciosa,  
de ritmo fácil y sencillo

CDVIII

que le enseñó a cantar un grillo  
en un pentagrama de rosa.

Desde Lunilandia  
vendrá Lunilandia,  
manos de Jacinto,  
cabeza de guinda;  
te traerá un minúsculo  
libro que escribió,  
con las aventuras  
de Pepín Punzó.

Duendes rojos de la campiña  
y hadas azules de la fronda,  
bailarán la rondalla ronda,  
para el cumpleaños de mi niña.

Y más que sus brillantes de Ormuz  
y sus diamantes de Golconda,  
alumbrará la ronda ronda  
el nombre de mi Clara Luz.

El poeta Manuel Portela dejó inédito un libro de poesías para niños, llamado Cucuruchos. También de Gualeguaychú es René Mildred Oppen, quien escribió Las voces del bosque [Cuentos de mi chimenea] (1964); Los tres hermanos (1965); Yuyito (1966) y El niño encantado (1967). Hortensia Margarita Raffo, de la misma ciudad, publicó Zorrobandido y otros cuentos (Edit. Guadalupe, Buenos Aires).

Afincado desde niño en Gualeguaychú, Miguel Silvestrini ha dedicado a los niños nobilísimas páginas y ha montado espectáculos teatrales para la gente menuda. Publicó Lola y mantiene inédito el libro Jacinto Gumersindo Jeremías. También Emma de Cartosio

ha dedicado parte de su obra al mundo infantil: Cuentos del ángel que bien guarda (1958); Tonticaciones para Grillito (1962); Dontes et Récits de la Pampa (París) y Cuentos para la niña del retrato (1973).

Carlos Sforza, de Victoria, publicó Cuentos con niños (1967), y las estampas de Rosa María Sobrón de Trucco, en La estación (1970). Celia de Schvartzman obtuvo en 1970 el premio municipal de Concordia por Cuentos Infantiles y ha escrito además acerca

CDIX

de esa literatura. En Paraná, María Ruth Fischer (autora de Puñal de estrellas y Comarca Nodriza) anunció hace mucho la publicación de un libro de poemas para niños, Ñanga Pichanga. También el poeta Aníbal Romero Cúneok se ha dedicado a tan ardua temática.

## CAPÍTULO COMPLEMENTARIO X VIDA LITERARIA PROVINCIAL

### Ediciones y publicaciones

NUESTRA provincia ha sido pródiga en cuanto a publicaciones literarias ya desde el siglo XIX, en que no había diario y hasta pasquines políticos que no recogieran piezas de poesía, o algo que pretendía serlo. Excepto la página de “El Diario” de Paraná, todos los órganos

políticos con páginas o columnas literarias, o revistas exclusivas, han tenido vida efímera y poca divulgación en el área de la provincia entera. Su carácter ha sido, y sigue siendo local, departamental. Pero lo importante es que han visto la luz, y pudieron y supieron en casi todos los casos dar una imagen siempre acertada y justa del tiempo y las gentes coetáneas. Por cierto, en muchas de esas revistas y columnas no se intentó ninguna selección; las páginas y sus responsables acopiaron todo lo que llegaba a sus manos y lo imprimían,

CDX

aunque esas colaboraciones agredieran el sentido estético o, menos perdonable, acordaran con todos los pasatiempos posibles. Se tuvo una proyección puramente provincial, descolocada casi siempre frente al cambio incesante de las estructuras literarias de la metrópolis o de los movimientos literarios internacionales. Desde luego sería exigir demasiado que los responsables de tales columnas o páginas poseyeran una cultura literaria al día o un gusto excelente. Debe bastarnos, en el sentido de la presencia literaria, la apertura de páginas para la labor poética, mala o buena. Aquí trataremos de señalar esas hojas o revistas que supieron ponerse al día con las variaciones de la literatura moderna.

Sabemos que tanto en “El Soldado Entre-Riano”, de Francisco Felipe Fernández, como en las hojas dirigidas por Olegario V. Andrade, Carriego el Viejo y Vicente G. Quesada (“Revista del Paraná”), se espejó la indecisa o combativa literatura del siglo pasado. La presente y siguiente enumeración puede aparecer como una nómina desarticulada y no crítica en modo alguno de las hojas que recogieron la embrionaria producción provincial y más tarde la seguridad de varios estilos logrados e insertos plenamente en su tiempo.

Hemos mencionado la ¡Revista del Paraná”, que alcanzó a ocho entregas mensuales, algo insólito para esa época. Hacia 1919 aparecía en la capital entrerriana “Vida”, sin pretensiones de vanguardismo alguno y de escasa calidad literaria. Fue fundada por Miguel Ruiz Moreno y Carlos Sanguinetti. La revista “Libre Verbo” se publica en Crespo por decisión de un grupo de escritores de allí y de Paraná: Alfredo Humberto Seri, su hermano José Eduardo, P. Jacinto Zaragoza y Alfredo Martínez Howard. La fecha: 1928. En la década del 30 circuló en Paraná un periódico de pequeño formato escrito enteramente a máquina y diagramado como un diario, bajo el título de “La Fiera Literaria” (homónimo de

una revista italiana de vanguardia), crítico, zumbón, irreverente, como convenía a una generación ---la que llamamos de Paraná--- que combatía el encasillamiento romántico-modernista, el convencionalismo y otras actitudes sociales y literarias perimidas. Aunque con dirección y firmas anónimas o seudónimas, algunos de sus colaboradores y fundadores son reconocibles (Amaro Villanueva, Martínez Howard, Carlos Alberto Álvarez, entre otros). El mismo año 1930 ve la luz en Paraná la revista “Rumbos”, fundada por Ponciano

CDXI

Jacinto Zaragoza, en tanto Amaro Villanueva da a luz en la misma ciudad la revista “Comarca”, en 1938. También Villanueva dirigió por un tiempo la página literaria de “El Diario”, cargo en el que le sucedieron Elio C. Leyes y Marcelino M. Román. En 1931 Martínez Howard fundaba en Paraná la revista “La Novela entrerriana”. De las prensas oficiales apareció y desapareció la revista “Tellus”, de contenido misceláneo y calidad variable. También en la capital entrerriana Ariel R. Olivera funda la Organización “Llanura”, de la cual fue el único integrante, y cuyas ediciones se iniciaron en 1950 con la publicación de Los Ojos Cerrados (Gran Réquiem para Ana Teresa Fabani), de Luis Alberto Ruiz, libro que siguió tiempo después un libro de relatos de Juan Pedro Cartosio, Piedra Libre. Segundo Luis Gianello impulsa y desarrolla en Paraná el Club de Letras de Entre Ríos, cuya manifestación más importante son las sucesivas ediciones de los “Pliegos de Poesía”, exclusivamente con autores de la provincia. El primer número apareció en 1968. En la misma ciudad Rosa Isabel Guzmán fundó hacia los años 50 la revista “Orquidea”, que alcanzó varios números. Allí publicó poemas por primera vez Luís Sadí Grosso. En la década del 70 aparece en Paraná “El Alberdino”, publicación del canto del mismo nombre y que se asocia con la Escuela Rural Alberdi.

Siempre en la capital de la provincia, Adolfo Argentino Golz dirige las colecciones “Entre Ríos” y “Autores de Hoy”, de la editorial santafesina Colmegna. Al mismo cuentista se le encomendó la dirección del semanario “Expansión”, de la ya desaparecida “Nueva Impresora”. En Paraná se publicaron las revistas “Entre Ríos”, con la dirección de Leandro Ruiz Moreno, y “Enterrerrianía”, fundada en 1954. Ambas fueron marcadamente efímeras. Debemos asimismo mencionar la revista “Presencia, del Instituto Nacional del Profesorado (Paraná); y “Sauce”, de Carlos Alberto Álvarez. La Dirección de Cultura de Entre Ríos

edita una Síntesis de actividades culturales” y mantiene las ediciones de antologías bajo el título de “Muestra Departamental”; edita además los libros del premio provincial oficial “Fray Mocho”.

En Victoria aparecen los “Cuadernos del Crisol Literario”. También el diario “La Mañana” de esta ciudad suele recoger trabajos literarios. En la vecina Diamante, Francisco Tomat Guido, residente entonces en esa ciudad, dirigía las ediciones “Flor y Truco”.

Casi en el periodo arqueológico de Concepción del Uruguay aparecía “La Regeneración”, literario, agrícola, mercantil e industrial (1950) dado a luz en la imprenta

CDXII

del Colegio del Uruguay, fundado un año antes. “El Hogar Entrerriano” fue un semanario literario, científico, artístico y de noticias locales aparecido en 1880. También “El Avisador” tuvo su rincón literario (1882); aparecía tres veces por semana. En 1909 sale “Fulguraciones y Eclipses”, revista social y literaria dirigida por Alfredo Justo Parodié Mantero. La revista “Atenas”, de 1923, era dirigida por el autor y director teatral pampeano Dolveo E. del Busto, radicado durante años en Concepción del Uruguay. Pieza de coleccionista es también la revista “itapé”, que dirigiera Elvio Modesto Suárez. También deben mencionarse el semanario literario “Crónica”, y “Página Azul”, dirigida ésta por Alberto C. Pascal, de la cual Ernesto Bourband opinó que era de estilo vargasviliano. En 1928 aparece “Lectura Moderna”, escrita enteramente con minúscula y dirigida por el mismo Bourband que, luego, en su diario “El Telégrafo” convocaría y congregaría a todos los escritores de la provincia.

En 1942 y en la misma ciudad, Alfredo Martínez Howard y al que esto escribe dieron vida a otra efímera revista, “Imagen” (dos números), que contó con excelentes colaboradores. Bajo su sello se publicó una selección de Cuaderno de Estudiante (1942), del mismo Martínez Howard. Es importante tener en cuenta este pequeño libro porque creemos que resguardó una parte de otro libro mayor, cuyos originales han desaparecido hace muchos años. Se ignora hasta este momento quién pueda poseer el resto de los originales, que triplicaban el modesto Cuaderno. En enero de 1944 apareció el diario “La Calle”, que se fundó por inspiración de Martínez Howard y Luis Alberto Ruiz (director y secretario de redacción respectivamente). Este tabloid de veinticuatro páginas se convirtió instantáneamente en el primer diario de la provincia, y fue sostenido financieramente por Darío Peretti y su esposa, Concepción Tibiletti; por Leopoldo Broedl (que fue luego su

segundo director) y otros. La aparición efectiva de “La Calle” nunca se hubiera llevado a cabo sin el estímulo y el dinamismo del doctor Víctor Rodríguez, que fue en realidad la verdadera alma de esa publicación, entre cuyos redactores se contaron Eduardo Brizuela, Lesto Peano y Ricardo Panelo. Este diario editaba un semanario de literatura, donde colaboraron Ana Teresa Fabani, Canal Feijóo, Juan Filloy, Roberto Ledesma y otros autores de primera línea.

Varios años después se editaba en Concepción la revista “Ser”, dirigida por el ensayista y profesor Roberto Ángel Parodi. El esfuerzo de esta excelente publicación se

CDXIII

debía al Instituto del Profesorado y el apoyo de varias entidades y empresas. Interrumpida su publicación por la muerte de Parodi (1975), ha vuelto a reaparecer con las mismas características y con colaboraciones de gente de letras de todo el país.

Susana Giqueaux fundó y dirigió la revista y ediciones “Litoral”, con secretaría de Susy Quineros. Su único número apareció en junio de 1962. Siempre en Concepción del Uruguay, Ernesto Bourband ofrecía las páginas de su diario “El Telégrafo# (cerrado para siempre en 1944) a las mejores producciones locales e historiaba metódicamente toda la actividad cultural de la ciudad. Bourband se esforzó siempre por poner en marcha la publicación oficial de una Biblioteca Entrerriana. Este mismo periodista, poeta y pintor dirigió “Sustancia”, revista financiada por la Municipalidad local desde 1951. Aparecieron muy pocos números. También en la misma ciudad sobre el Uruguay, y ya extinguido su diario, Bourband creó el “Centro Editor Río de los Pájaros”, que efectuó algunas publicaciones, editó un pequeño boletín, “Vida Literaria”, en 1972, una “Guía Turística” de la ciudad (1971) que ofrece mucho más material que el que supondría su nombre, y una antología, 6 escritores de Concepción del Uruguay (1970). Pablo Schvartzman funda (1966) en la misma ciudad las ediciones Ánfora y la revista mensual “Haor” (1955-56), de la cual aparecieron veinticinco números. El Rotary Club financió la publicación de “Pirámide” que tuvo como asesor a Argentino Suárez. Debemos mencionar también los Cuadernos del Instituto de Estudios Históricos y Literarios, cuyo primer número apareció en octubre de 1965. Celia de Schvartzman edita “Poesía Uruguayense”, de la cual aparecieron varios números. Debemos citar el periódico “Sucesos”, con un feliz espíritu de renovación. Finalmente, merece una consideración muy especial la revista “El Mirador”, del Colegio Histórico “Justo José de Urquiza”, que desde 1979 se edita en las antiguas

prensas del propio colegio, continuando honrosamente la tradición de esa casa de estudios, que tuvo también su imprenta propia a poco de su fundación en 1849 y donde se imprimió, por ejemplo, el Pronunciamiento de Urquiza contra Rosas y que fue escrito por Juan Francisco Seguí<sup>196</sup>. “El Mirador” desprende también varias colecciones individuales: “Olegario V. Andrade” (poesía); “Martiniano Leguizamón” (novela); “José S. Álvarez” (crónicas y relatos) y “Carlos Mastronardi” (investigaciones y ensayos).

---

<sup>196</sup> El sello editorial que usa “El Mirador” es el mismo de las viejas publicaciones del Colegio en la imprenta que dirigía Jaime Hernández, impresor contratado por Urquiza. El Mirador alude a una torre-atalaya del mismo Colegio.

CDXIV

En Colón, Jorge Enrique Martí edita la revista “Tribuna”, eminentemente cultural. En La Paz se editó “Entrerriánia” (1966), dirigida por Estanislao Néstor Córdoba. Recordemos que hacia el año 1940 Luis Doelio Jurado hizo publicar en “El Censor”, de Gualeguaychú, los cien sonetos de La Urna, de Enrique Banchs, tres sonetos por día),

Debemos incluir en esta enumeración fatalmente incompleta a las “ediciones del Amanecer” de Gualeguaychú, la página literaria de “El Sol”, de Concordia, dirigida por Marta Zamarripa, el mensuario L.A.R. de la ciudad de Crespo, dirigido por Humberto A. Seri, que aunque de temática agrícola, siempre recogió trabajos en prosa y verso de escritores de todo el país e incluso del extranjero.

### Agrupaciones y cenáculos

Aquí hemos de citar solamente aquellas agrupaciones y cenáculos que trascendieron los límites departamentales y cuyos integrantes son reconocibles, en su mayoría, por sus obras o su actuación pública. En 1929 se organiza en Paraná el “Círculo Literario Entrerriano”, que fue presidido inicialmente por P. Jacinto Zaragoza y luego por Argentina Teijeiro Soler de Muzio (hija de Benigno T. Martínez). Esta agrupación tuvo, como la mayoría, una vida efímera. El 16 de agosto de 1939 se funda la Agrupación de Gentes de Artes y Letras “Vértice”, cuyo primer presidente fue el mismo Zaragoza, al que siguió Amaro Villanueva. Este grupo se integró con José María Gangli, -Carmen Segovia García, Carmen Corte, Clara Jaubert de Zaragoza, Reynaldo Ros, Eduardo Barbagelata, Héctor Santángelo (más tarde fundador y director del teatro “Casacuberta”, de Paraná), Alfredo Martínez Howard, Manuel Marchese y otros. Su órgano literario fue la revista “Rumbos”.

Carlos Alberto Álvarez y Alfonso Sola González mantuvieron dos “peñas” fugaces; el primero, la llamada “Sauce”, que editó una revista del mismo nombre, y el segundo, la peña “El Camello”, que efectuó, se dice, una sola reunión. En 1931, Sola González funda en Paraná, con Guillermo Saraví, P. J. Zaragoza, Martínez Howard, Reynaldo Ros, Carmen Segovia, Carmen Corte, Clara Jaubert y otros, el “Ateneo del Paraná”, también de muy breve duración. Como se advierte, sus componentes son los mismos de “Vértice”. El pintor Manuel Marchese organizó en Paraná lo que se dio en llamar la “República del Puerto Viejo”. A partir de los años 1940-1943 muchos de los poetas paranaenses abandonaron y

CDXV

no se volvió a las reuniones orgánicas ni a la fundación de revistas. Muchos de los integrantes de esos ateneos y agrupaciones se perdieron en el casi anonimato y otros jamás publicaron un libro. Hacia 1949, cuando el que esto escribe visitó Paraná por primera vez, no existía ninguna agrupación literaria, y si existía alguna carencia de toda notoriedad. En 1953 y principios de 1954 se formó en la capital entrerriana un grupo espontáneo, no convocado, en el cual el autor de estas líneas tuvo la función de aglutinante, en torno a Mateo Dumón Quesada, poeta de Gualeguaychú residente en Paraná. Los escritores de aquel tiempo solíamos reunirnos en el Mercado Viejo, en “el fortín de Corujo” (Grosso, Zaragoza, Román, Juanele), o en el Club del Progreso (Álvarez, Zaragoza) o en el bar “Olimpo”, frente a la plaza de Mayo, en el bar alemán “Alberto”, etc. En nuestro mismo hotel (el desaparecido “Atenas” ---luego “Olimpo”--- de Basilio Talagañis) vivían por entonces Mateo Dumón Quesada, que efectuaba periódicos recitales con notable afluencia de público, y con quien estrechamos grandes vínculos de amistad a partir del año 1949 y durante nuestra estada en Gualeguaychú como secretario de un diario. Todas las mañanas, Talagañis nos obsequiaba en el patio del “Atenas” con café a la turca y ginebra. De a poco, se fueron acercando, invitados por nosotros, diversos escritores de la ciudad, sin ánimo, reiteramos, de constituir ninguna asociación. Así se reunían escritores de la más diversa extracción literaria y política: radicales, peronistas, marxistas, socialistas, anarquistas, católicos, ateos, independientes y hasta espiritualistas, en torno a la mesa redonda matinal.

Como vivíamos allí con Mateo, éramos, junto con Talagañis, los anfitriones naturales. Asistían no necesariamente todos al mismo tiempo, Villanueva, Ortiz, Grosso, Juan Luis Cabral, P. J. Zaragoza, Clara Luz Zaragoza, Carlos Alberto del Mestre y otros. A veces, había una guitarra con su guitarrista. Jamás se nos pasó por la cabeza “organizarnos” o algo

hacia una guitarra con la guitarraista. Cuando se nos pasó por la cabeza "organizarnos" o algo parecido. Estas bellísimas reuniones terminaron cuando Dumón Quesada fue atacado del mal que lo llevó a la muerte<sup>197</sup>.

Concepción del Uruguay no ha sido, como Paraná, un lugar donde fructificaran las peñas literarias, culturales o artísticas, y dieran reales frutos las letras y las artes. Una vez por año, periodistas e "imprenteros" se reunían en un almuerzo, y muchos de ellos eran poetas. Pero todo no pasaba de allí, o de las esporádicas reuniones que se efectuaban para

---

<sup>197</sup> En mi obra inédita Historia secreta de la antología Entre Ríos Cantada se amplían muchísimos detalles de esta peña insólito y absolutamente libre, y temas conexos.

CDXVI

agasajar a algún conferencista visitante. Poetas y libros publicados por gentes del lugar eran escasos cuando no inexistentes, y en su mayoría absoluta, pasatistas. Que sepamos, existió una sola peña, sin fecha de fundación, sin presidentes ni comisiones, sin una sede fija, y que se distinguió por una cosa: ser un círculo bastante cerrado, donde no se admitió a personas que trabajaran mal en el campo literario o artístico, o no tuvieran versación importante en otras áreas. Esta peña informal que se denominó "Salamandra" tuvo como órgano no oficial las páginas de "El Telégrafo", de Ernesto Bourband, integrante del grupo. "Salamandra se constituyó espontáneamente en el año 1942, y las reuniones empezaron a tener coherencia y conciencia merced a haberse dado naturalmente como lugar de cita (al anochecer), la trastienda de la casa de música de Argentino Suárez, viejo lector y gustador de todas las letras y las artes y notable persona. Como era agente-concesionario de la RCA Víctor, el lugar fue designado más tarde como Trasvictor, hoy triste recuerdo por la muerte de Argentino Suárez (1982), de su mujer y de su pequeña hija, en 1946. Además de tener como sede la Trasvictor, el grupo se reunía semanalmente en dos parrillas cercanas: la de Filippini y la de los griegos, equidistantes de la Trasvictor, y ambos en la calle Rocamora. El restaurant Comas, y a veces el Hotel París, eran los lugares elegidos para determinadas ocasiones. En esos años (1942-1946) casi todas las actividades artísticas pasaban por allí o tenían allí su origen, o se concertaban con la sociedad "Amigos de la Música". En esa peña "Salamandra" tuvo su fe de nacimiento y mesa de deliberaciones el proyecto del diario "La Calle", y de allí partieron las invitaciones efectuadas a Lino Spilimbergo, Policastro, Horacio Juárez, Juan Carlos Catagnino, el crítico Payró, Juan Sol, Sebastián Antonio de Raco, Eliane Richepin y otras personalidades. Finalmente, debemos consignar quienes eran los miembros de la peña: Argentino Suárez, Aurelia Taddei de Suárez, Beba y Nina

los miembros de la Peña: Argentino Suárez, Arcenia Tadder de Suárez, Dosa y Nina Gargano, Alfredo Martínez Howard, Gregorio e Isaías Feldman, Luis Alberto Ruis, Ernesto Bourband, Elvio M. Suárez (hermano de Argentino), Ana Teresa Fabani, Leopoldo Broedl, Víctor Rodríguez, Omar Scolamieri Berthet y muchos otros que la frecuentaron después que el autor de la presente obra ya no estaba en Concepción del Uruguay. Cuando volvimos en 1975, luego de veintitrés años de ausencia absoluta, la Peña ya no existía, y casi todos los viejos integrantes habían muerto. En la actualidad (1983) no se conoce la existencia de ningún grupo literario en la ciudad.

CDXVII

### Certámenes, premios, juegos florales

Las olimpiadas griegas y los juegos florales (~~florales ludi~~) de Roma son los más antiguos antecedentes de certámenes de poesía asociados con el deporte y con el culto a Flora, diosa de las flores y de la primavera (la misma Cloris griega). Baste recordar que uno de los poetas oficiales de los juegos olímpicos fue Píndaro, una de las cúspides de la poesía griega y universal. El rey Tacio, según las crónicas históricas, fue quien instituyó las Floralias, que desde el año 80 de la fundación de la ciudad se hicieron anuales. La costumbre o tradición fue restaurada en la Provenza medieval, y el rey Juan I de Aragón la introdujo en España, más precisamente en Barcelona, donde las justas poéticas se denominaron Jochs Florals y que perpetuaron el nombre casi mágico para poetas y trovadores: Clemencia Isaura. En 1393 el mencionado rey designó al caballero Jaime March y a Luis de Averso como maestros y defensores (mantenedores) de la Gaia Ciencia o Gay Saber, es decir, la Poesía. En Barcelona, los Juegos Florales se efectuaban en Mayo, en plena primavera, y los premios eran flores artificiales: oro, violeta, plata o amaranto.

Aunque los primeros juegos florales del país no se celebraron en Entre Ríos, hay un detalle que vincula a esta provincia con Buenos Aires, sede del triunfo de Olegario V. Andrade, que el 12 de octubre de 1881, en el Teatro Opera, fue distinguido con el primer premio: flor natural y banda, por su poema “La Atlántica”.

En Concepción del Uruguay se celebraron los primeros juegos florales de la provincia, en homenaje al primer centenario de la fundación de la villa del Arroyo de la China. Pero los actos se efectuaron un año después, el 3 de febrero de 1884, ya que el clima ciudadano no era apto para ninguna fiesta: la ciudad de Concepción del Uruguay (Villa del

Arroyo de la China) había sido despojada de su jerarquía de capital<sup>198</sup>. Agustín M. Alió presidió entonces la comisión organizadora, y como vocal figuraba Victoriano E. Montes (también jurado), y ya celebrado autor de “El tambor de San Martín” y “La tejedora de ñanduty”. Había doce premios para los ganadores, y se presentaron veintiséis trabajos, correspondiendo el primer premio al poeta J. J. García Velloso, por “Los frutos de la paz” (también obtuvo otro premio). García Velloso fue el padre de Enrique García Velloso. En el tema histórico se le concedió el premio a Benigno T. Martínez.

---

<sup>198</sup> Ver Capítulo II, Clodomiro Cordero.

CDXVIII

El 9 de julio de 1902 se celebraron los primeros Juegos Florales de Paraná (e igual fecha de 1903, 1904, 1910) y el 25 de mayo de 1921. En la primera de estas fechas fue laureado el poeta Enrique Almuni (español) por su composición “Reina del Orbe”. El mismo autor vuelve a ser galardonado el 9 de julio de 1903 por “El Castillo de las Brujas”. En 1904 obtuvo el galardón el poeta santafesino José Cibils, por un poema titulado “La Mujer”. El 9 de julio de 1910 logró el premio el poeta de Buenos Aires Nicolás Augusto González. El 7 de julio de 1916 ---en el quinto de los Juegos--- fue laureado otro autor porteño, Ismael Navarro Puente, por “Camino del sol”. Y en los Juegos Florales del 26 de mayo de 1921 el Gran Premio fue concedido a Guillermo Saraví por su “Salmo del Hambre” que el poeta incluyó luego en Hierro, Seda y Cristal, su primer libro.

#### ~~AUTORES TRATADOS EN ESTA OBRA~~

Abad Reyes, Juan Bautista

Acosta, Sofía

Acosta, Sonia  
Aguilar Vidart de Seguí, Amalia  
Agus, Rolando  
Aladio Varela, Juana  
Alfaro, Juan Manuel  
Álvarez, Carlos Alberto  
Álvarez, José S. (Fray Mocho)  
Álvarez, Juan  
Álvarez, Máximo

CDXIX

Alzogaray, Pedro Enrique  
Ambrosetti, Juan Bautista  
  
Andrade, Agustina  
Andrade, Olegario Víctor  
Andreetto, Miguel Ángel  
Angelino, Diego  
Aquino, Pedro B  
Araoz, Ángel Vicente  
Arce, Facundo A.  
Balboa Santamaría, Manrique  
Barbagelata, Agustín Rolando  
Barrandeguy, Emma  
Barroestaveña, Francisco A.  
Belbey, José C.  
Benavento, Gaspar Lucilo  
Beoletto, Juan José  
Beracochea, Roberto  
Berisso, Emilio  
Bescós de Siboni, María del Pilar  
  
Bird, Poldy de  
Blastein, Isidoro  
Bosch, Beatriz  
Boschetti, Luís R

Boschetti, Luis R.  
Bourband, Ernesto  
Brizuela Aybar, Eduardo L.  
Cabral, Juan Luís  
Calderón, Luis B.  
Calgaro, Orlando Florencio  
Calvento, Mariano G.  
Caraballo, Gustavo  
Carriego, Evaristo (el Viejo)

CDXX

Carriego, Evaristo (Carrieguito)  
Carrió, Genaro  
  
Cartosio, Emma de  
Cartosio, Juan Pedro  
Carulla, Juan Emiliano  
Castro, Antonio P.  
Cerrudo, Luís Gonzaga  
Chabrillón, Andrés  
Chávez, Fermín  
Colón, Antonio  
Colotta, Carlos Alberto  
Cordero, Clodomiro  
Coronado, Juan  
Corvalán Mendilaharzu, Dardo  
Cresta de Leguizamón, María Luisa  
Cruz, Arnaldo H.  
Cúneo, Aníbal Romeo  
De Miguel, María Esther  
Defilipis Novoa, Francisco  
  
Del Pospós, Martín  
Díaz Romero, Eugenio  
Díaz Vélez, Jorge  
Díaz, José María

Díaz, José María  
Di Persia, Danilo Héctor  
Dragún, Osvaldo  
Dubner, Carlos  
Dumón Quesada, Mateo  
Echazarreta, Carlos  
Eichelbaum, Samuel  
Elías, Daniel  
Etchegoyen, Ana

CDXXI

Etchegoyen, Félix E.  
Etchevere, Delfina López  
  
Fabani, Ana Teresa  
Federik, Miguel Ángel  
Federik, Vicente Julio  
Fehlesein De Ibañez, Elsa Elida  
Fernández Espiro, Diego  
Fernández Unsain, José María  
Fernández, Francisco Felipe  
Fernández, Manuel F.  
Fischer, María Ruth  
Gadea, Wenceslao S.  
Galotto, Roque M.  
Gálvez, Manuel  
Gálvez, Víctor  
Gamboa Igarzábal, Antonio R.  
Garasino, Ana María  
Garat, Damián P.  
García, Amalio Baltasar  
  
Gayoso, Lisandro  
Gerehunoff, Alberto  
Ghiano, Juan Bautista  
Ghiano, Juan Carlos

Gilano, Juan Carlos  
Gianello, Leoncio  
Gianello, Segundo Luís  
Giqueaux, Eduardo Julio  
Giqueaux, Susana  
Golz, Adolfo Argentino  
González Calderón, Juan Antonio  
González, Enrique V.  
Grané, Luis María

CDXXII

Gras, Mario César  
Grimaux de Gil, Margarita  
Gruben, Guillermo Horacio  
Gudino Krámer, Luís  
Guillot, Victor Juan  
Harrispe, Guillermo B.  
Heinze, Walter  
Ibáñez, Francisco Maximiliano  
Iglesias Paz, César  
Irazusta, Cándido  
Irazusta, Julio  
Irazusta, Rodolfo  
Izaguirre, Héctor César  
Leguizamón, Martiniano  
Leguizamón, Onésimo  
Leyes, Elio C.  
Lieberman, Arnoldo  
Linares Cardozo, Manuel  
López Etchevehre, Delfina  
Lucero, Rosa Isabel  
Machado, Juan Antonio  
Macchi, Manuel Eugenio  
Magness, Orvaldo

Magnasco, Osvaldo  
Manauta, Juan José  
Manfredi, Juan Pablo  
Mantero, Juan Antonio  
Marizza, Bernabé Melquíades  
Marsilli, Clara Isabel  
Martí, Jorge Enrique  
Martinez Howard, Alfredo  
Martínez, Benigno T.

CDXXIII

Martínez, Juan Ángel  
Martínez Tenreiro, Alberto  
  
Mastronardi, Carlos  
Medina, Justo Germán  
Medus Pérez Colman, César Eduardo  
Meirama, Julio Héctor  
Méndez, Gervasio  
Miranda, Raúl Jacinto  
Montes, Victoriano E.  
Montoya de Daneri, Gloria  
Monzón, Julián  
Morales Sánchez, Rafael  
Morad de Maffei, Gloria Iris  
Moritán Colman, Santiago  
Muñoz, Eufemio F.  
Murature de Badaracco, María del Carmen  
Naboulet, León R.  
Nadal Sagastume, José Augusto  
Nágera, Juan José  
  
Onetti, Carlos María  
Onrubia, Emilio  
Oppen, René Mildred  
Otin, Juan José

Ortiz, Juan Laurentino

Palant, Pablo

Palma, Luís Nicolás Calletano

Panizza, Delio

Parodi, Roberto Ángel

Pedrazzoli, Julio C.

Pérez Colman, César Blas

Peyret, Alejo

Pirro, José Hernán

CDXXIV

Portela, Manuel

Presas, Mario A.

Quesada, Vicente G.

Quinteros, Susy

Raffo, Hortensia Margarita

Rebaque Thuillier, Eugenio

Reula, Filiberto

Rodríguez de Papetti, Domitila

Román, Marcelino Mariano

Romanzo, Albino

Romero, Ramón

Ros, Reynaldo

Ruíz Moreno, Isidoro

Ruíz moreno, Leandro

Ruíz Moreno, Martín

Sagarna, Antonio

Sanguinetti, Carlos

Santander, Silvano

Saraví, Guillermo

Schvartzman, Celia de

Schvartzman, Pablo

Scolamieri Berthet, Omar

S...

Segovia Garcia, Carmen  
Seguí, Juan Francisco  
Segura, Juan José Antonio  
Seri, Humberto Alfredo  
Seri, José Eduardo  
Serrano, Antonio  
Sforza, Carlos  
Silvestrini, Miguel  
Sobrón de Trucco, Rosa María

CDXXV

Sola González, Alfonso  
Sozio, Mariano  
Spiazzi, Martín Luís  
Suárez, Carlos  
Suárez de Vanzini, Regina  
Tiscornia, Eleuterio F.  
Torres, Ramón Luís  
Triano, Lidia  
Troncoso, Rosa Coralia  
Turi, Antonio Rubén  
Urquiza Almandós, Oscar Fernando  
Vázquez, Aníbal S.  
Vega, Julio César  
Vergara Osuna, T.A,  
Victoria, Máximo S.  
Villagra, Eduardo J.  
Villanueva, Amaro  
Wirth, Juan Carlos Federico  
Zamarripa, Marta  
Zapata Icart, Ernesto Andrés  
Zapata, Floriano  
Zaragoza, Clara Luz

Zaragoza, Galo

Zaragoza, Ponciano Jacinto

Zublaur, José Benjamin

—

CDXXVI